

A black and white photograph of a park. In the foreground, a large, dark tree with many leaves frames the left and top of the image. In the background, a fountain with multiple jets of water is visible, surrounded by a paved area and some buildings in the distance. The overall scene is somewhat hazy and atmospheric.

LOS AMANTES  
*del espejo*

Myriam Oliveras

*Yo que sentí el horror de los espejos  
No solo ante el cristal impenetrable  
Donde acaba y empieza, inhabitable,  
un imposible espacio de reflejos*

*Sino ante el agua especular que imita  
El otro azul en su profundo cielo  
Que a veces raya el ilusorio vuelo  
Del ave inversa o que un temblor agita*

*Y ante la superficie silenciosa  
Del ébano sutil cuya tersura  
Repite como un sueño la blancura  
De un vago mármol o una vaga rosa,*

*Hoy, al cabo de tantos y perplejos  
Años de errar bajo la varia luna,  
Me pregunto qué azar de la fortuna  
Hizo que yo temiera los espejos.*

José Luis BORGES, *Los Espejos* (Fragmento)

## PRÓLOGO

### *Versailles, 1685*

Sélinie se adentró presurosa por el pasillo sumido en las tinieblas. Su corazón latía como un tambor contra su pecho. Volvió la vista atrás, temerosa.

A sus espaldas, el corredor, iluminado por la tenue luz de los candelabros, estaba desierto. Los espejos colocados a lado y lado de la galería producían la ilusión óptica de que ésta era interminable. Era una sala de increíble belleza, pero por algún motivo, aquella noche se le antojó siniestra.

Se preguntó por qué se sentía de aquel modo, ya que no había motivos para estar asustada; además, el hecho de que el rey tuviera amantes no escandalizaba a nadie. Era algo normal, algo que formaba parte de la agitada y secreta vida que se ocultaba tras los muros de palacio.

Sin embargo, solo hacía un mes que Su Majestad la había contratado como criada, y apenas un par de semanas desde que la había elegido para compartir su cama. Era como si se hubiera encaprichado de ella. Las demás sirvientas le hacían el vacío, celosas de que en aquellos momentos, Sélinie fuera su protegida.

Por supuesto, no era solo por la belleza física del monarca, sino porque cuando una estaba a su lado, se veía colmada de favores, regalos y una buena cantidad de trabajo menos que de costumbre. Para cualquier chica de familia humilde que entrara en el palacio, aunque fuese para trabajar de criada, estar cerca del soberano era el mayor de los honores. La posibilidad de ser elegida como amante formaba parte de los sueños de todas ellas.

La madre de Sélinie, Charlize, muerta hacía ya un año, había trabajado para el padre de Louis. A causa de ello, aquel mundo lascivo y perverso, consistente en intercambiar favores sexuales por joyas y regalos, había formado parte de la vida de Sélinie desde su más tierna infancia.

La joven llegó al final del pasillo y cruzó al trote el Salón de la Paz, sin apenas reparar en los ricos decorados de la pared. Su pulso continuaba siendo muy rápido. Se detuvo un momento para apoyarse en la pared y respirar hondo. Pequeñas gotas de sudor se escurrían por el pronunciado escote del vestido de terciopelo granate, regalo del rey, que le había indicado ponerse para aquella ocasión especial.

Si bien esa clase de caprichos eran muy propios del monarca, era la primera vez que le pedía que se reunieran en su dormitorio a medianoche. En todo caso, su madre ya le había advertido que siempre obedeciera a todas las pretensiones y órdenes del rey: solo así sería su favorita durante el mayor tiempo posible.

Sélinie estaba convencida de que el motivo de los nervios y la expectación que la dominaban era lo que había sucedido aquel mediodía, cuando estaba sirviéndole la comida a Louis delante de toda la corte. La joven siempre tenía miedo de dejar caer la sopa ardiente sobre sus elegantes vestimentas y recibir una severa reprimenda, aparte de ser despedida y encontrarse sin hogar ni recomendación para trabajar en otra parte. Por ese motivo, su mano siempre temblaba al inclinarse sobre el plato, y al servirle apenas respiraba.

Aquel día se llevó un susto colosal cuando Su Majestad se inclinó para susurrarle al oído, seductor: «Te espero hoy a medianoche. Tengo algo muy importante para ti». La chica, que por poco dejó caer el cucharón, se limitó a enrojecer y asentir de forma imperceptible. Pese a que todo el mundo ya sabía lo suyo con el rey —los chismes acerca de cada nueva favorita se extendían como la pólvora por los aposentos del castillo—, ella siempre actuaba con disimulo.

De modo que aquella noche, mientras recorría los interminables pasillos, no dejaba de preguntarse qué sería aquello que el monarca quería darle. Normalmente, no se andaba con tanta ceremonia y le entregaba el regalo en cuestión sin más. En el caso de los vestidos, además, Sélinie lo sabía de antemano pues debían tomarle las medidas para que se ajustara bien a su cuerpo y fuera diseñado bajo los gustos e indicaciones del rey.

Por fin, se detuvo ante la abertura secreta, camuflada tras un cuadro, que conducía a los aposentos del monarca. Con mano temblorosa, apartó con dificultad el óleo y se escurrió por el hueco.

El susurro de su vestido al rozar contra el suelo y el taconeo de sus zapatos eran los únicos sonidos que flotaban en la oscuridad del pasadizo. Cuando terminó de bajar la escalera, se detuvo frente a otra pequeña puerta y, temblando de pura expectación, entró sin llamar, tal y como se le había indicado. Todavía jadeante, se giró, tapó la abertura secreta y se adentró en la oscura habitación.

Cuando observó a su alrededor, los ojos ya acostumbrados a la oscuridad, solo rota por la trémula luz de dos candelabros colocados a lado y

lado del inmenso lecho, distinguió a Louis tumbado en él sin un hilo de ropa, mordisqueando con parsimonia un racimo de uvas. No escapó a los perspicaces ojos de Sélinie el paquete que descansaba sobre una cómoda cercana a la cama.

—Acércate, muchacha —siseó el rey con su tranquila y seductora voz.

Muerta de nervios, Sélinie se apresuró a obedecerle y se sentó con timidez a su lado. Por suerte, había dejado de sudar y su respiración transcurría con normalidad.

—Qué bonita estás esta noche... —musitó el rey, mirándola con la lascivia reflejada en sus ojos ambarinos.

La joven se limitó a sonreír, marcando sus encantadores hoyuelos. No dudaba en utilizarlos ante Louis, pues sabía que le cautivaban, igual que sus enormes y oscuros ojos almendrados, sus labios gruesos y su cabello de tirabuzones hasta la cintura.

En aquel momento, sin dejar de mirarla a los ojos, el rey dejó las uvas a un lado y se inclinó poco a poco sobre ella, pasándole las manos por detrás de la cabeza. Al hacerlo, los cabellos de Louis le rozaron la mejilla, inundando sus fosas nasales con un intenso aroma a azahar.

Sélinie se estremeció de placer. Sabía que iba a soltarle el pelo, pues siempre lo hacía. Le encantaba contemplarla con su larga melena desparramada sobre la piel desnuda. Y a ella le encantaba que la mirara...

Sin poder evitarlo, se había enamorado del rey. Sabía que tarde o temprano él se cansaría de ella y se buscaría a otra, por eso trataba de disfrutar al máximo de su compañía. Estaba segura de que ningún hombre podría hacerle el amor con tanta pasión, ni hacerla temblar de deseo como Louis lograba con cada caricia.

En ese instante, el simple roce de sus manos contra el cuello al liberarla de las horquillas la hizo estremecer. Aún mirándola muy serio a los ojos, el monarca le desabrochó los corchetes de plata del vestido y se lo quitó con impaciencia, dejándola solo con el asfixiante corsé, las largas calzas blancas, las medias y los zapatos. Se tomó su tiempo para contemplarla y luego, poco a poco, la tomó en sus brazos y su boca se cerró con pasión sobre la suya.

Sélinie sintió como si le corriera fuego por las venas, cada parte de su cuerpo encendida, vibrando de anhelo.

Temblando de excitación, el rey se colocó detrás de ella y le quitó el

pesado corsé. Uno tras otro, deshizo los interminables lazos con premura; acto seguido, la despojó de las medias y de los zapatos granates, con lazos y bordados en plata, a juego con el vestido. Para terminar, le bajó las calzas blancas y la dejó tumbada sobre la cama, tan desnuda como él.

—Eres tan bonita... —susurró, acariciándole la mejilla con ternura.

Sélinie enrojeció.

—Vos también, mi rey —contestó con fervor.

Deslizó la mano bajo el ombligo del soberano, pero este la frenó, sonriéndole con malicia.

—Todavía, no, mi amor...

Atrapó de nuevo sus labios, mientras la acariciaba con un ardor que hizo que la joven se contrajera, gimiendo bajo la apretada boca del monarca. Los movimientos de cadera y los estremecimientos de Sélinie contra él contribuyeron a incrementar tanto su pasión que el rey no pudo contenerse por más tiempo y la hizo suya ferozmente.

Al sentir a Louis dentro de ella, Sélinie dejó escapar una exclamación mientras todo su cuerpo vibraba. Sus ojos se pusieron en blanco y casi creyó que perdía la conciencia. Estaba perdida en el cuerpo de su amante, ahogándose en su olor, en el ardor de su piel, en su carne suave y caliente.

A los pocos minutos, los dos sudaban copiosamente. Sélinie sintió que no aguantaría mucho más y oprimió con fuerza la espalda del monarca, clavándole las uñas. Él gimió a la vez de dolor y de placer y la embistió con más fuerza.

La chica cerró los ojos, respirando con dificultad, pero cuando sintió que llegaba el momento culminante los abrió y miró a Louis, que la contemplaba con la cara contraída por el placer. Pensó en lo mucho que le deseaba y, mientras el placer la envolvía en una serie de deliciosos espasmos, se le escapó con la voz ahogada por la pasión:

—Os amo, Louis...

El rey la miró con una mezcla de ternura y pasión sin límites. Segundos después, mientras él también alcanzaba el clímax dentro de su cuerpo, susurró:

—Yo también te amo, Sélinie...

Un calor dulce y pegajoso como la miel se expandió por el pecho de la muchacha al escuchar aquellas palabras. Por unos momentos, el cuarto entero pareció iluminarse y ella se sintió como si estuviera a punto de desmayarse por el peso de su propia felicidad.

Con un jadeo, Louis dejó de moverse y se desplomó sobre el sudoroso cuerpo de su amante. Ambos permanecieron así unos minutos, saboreando los restos del placer a medida que una deliciosa calma se extendía por sus cuerpos y sus respiraciones se normalizaban.

Al fin, el rey se apartó de ella. Con un suspiro, se tumbó a su lado boca abajo, apoyándose en un codo para mirarla con cariño.

—Eres increíble.

—No, Su Majestad, vos sois increíble.

La chica se sintió algo avergonzada de haberle llamado Louis con tanta familiaridad hacía solo unos segundos, pero aún más de haberle confesado su amor. Aunque él también lo había hecho... ¿verdad? En aquel instante, Sélinie ni siquiera estaba segura de cómo se llamaba. Tal solo sentía aquel calor, aquel fuego dorado expandiéndose por su corazón.

Como si presintiera sus miedos, el monarca le sonrió.

—Antes no bromeaba... —murmuró con la cara pegada a la suya, mientras le acariciaba los cabellos—. Te amo.

—Yo también os amo, Su Alteza —balbuceó ella, enrojeciendo de nuevo.

—No es necesario que me llames «Su Alteza». —El soberano se rió con una risa fresca y clara—. No me molesta que me llames Louis.

—De acuerdo... Louis. —La chica sonrió, marcando de nuevo sus hoyuelos.

Él correspondió a su sonrisa y se enderezó.

—Confío en ti por completo, Sélinie, a pesar de que nos conozcamos desde hace tan poco.

El rey se puso en pie y cubrió su desnudez con una bata de seda color cereza. Tomando el paquete que Sélinie había visto antes sobre la cómoda, volvió a sentarse en la cama y se recostó contra la cabecera de oro. En aquel momento, ella advirtió que no era un paquete sino una caja de madera tallada en forma de espejo, con unos extraños símbolos grabados en plata.

Se estaba preguntando qué contendría cuando Louis se la alargó, sonriente.

—Ábrela —ordenó, mirándola con expectación.

La joven tomó la caja de sus manos y la miró unos segundos antes de abrirla. Por un momento, un intenso fulgor la deslumbró, pero entonces advirtió que se trataba del espejo más hermoso que jamás había contemplado, y que el resplandor se debía al reflejo del dosel de la cama, chapado en oro.

—Es... hermoso —susurró con los ojos brillantes.

Con sumo cuidado, lo sacó de su caja y lo contempló bajo la luz de las velas. Estaba labrado en la más fina plata y una guirnalda trabajada en forma de rosas con incrustaciones de diamantes engarzaba el cristal del espejo, liso y pulido como la superficie de un estanque.

—No es su belleza lo importante, sino su valor —musitó el rey, tomándolo de las manos de Sélinie con el semblante pensativo—. Me costó muchísimo que su anterior dueño me lo vendiera. Nadie sabe de dónde procede... es una auténtica leyenda. En nuestro país se le llama *Le Miroir des Merveilles* porque se afirma que posee cualidades mágicas que siembran la fortuna en el camino de quien lo posee.

Hizo una mueca y miró a Sélinie con ojos inescrutables.

—Es tan antiguo que es imposible proponer una fecha que siquiera se acerque a su verdadero origen —prosiguió—. De hecho, algunos afirman que no está tallado por manos humanas.

Con un rápido movimiento, Louis volteó el espejo y le mostró a Sélinie su parte trasera, llena de grabados que parecían representar los caracteres de una lengua antigua y desconocida, resplandecientes bajo la temblorosa luz de las velas.

—¿Ves estos signos? Se dice que quien sepa pronunciarlos obtendrá la vida eterna. Nadie sabe qué significan, ni en qué lengua están. —El soberano hizo una pausa, fijando la vista fija en un punto invisible—. Y me temo que seguirá siendo un misterio, al menos para mí.

En este punto, su rostro se ensombreció.

—Muchos coleccionistas y anticuarios, especialmente los que creen en esa antigua leyenda sobre las propiedades mágicas del espejo, tratarían de robármelo si supieran que soy su actual dueño. —Sonrió con una mueca de desprecio y petulancia a la vez—. Pero nunca lo tendrán... a no ser que tú desees venderlo.

— ¿Yo? —exclamó ella, patidifusa.

El monarca sonrió ante su inocente sorpresa y le acarició la mejilla con ternura. Demoró su respuesta mientras la contemplaba; era tan joven y tan bella que en ocasiones lograba hacerle olvidar lo que estaba a punto de decir.

—Sélinie —dijo al fin—, me has robado el corazón como ninguna otra lo había hecho jamás. Ninguna de mis otras amantes ha significado nada para mí.



Hizo una pausa para medir el efecto de sus palabras. La joven le miraba ensimismada, con un brillo candoroso iluminando sus ojos pardos.

—En realidad —prosiguió el monarca—, antes de conocerte, todo cuando me importaba en el mundo era la cantidad de objetos que adquiría: antigüedades, reliquias, joyas, absurdos juguetes y demás chucherías que llenaban por momentos el vacío de mi existencia. —Sonrió con una mezcla de ironía y tristeza—. Eso me producía una cierta sensación de felicidad, falsa por supuesto. Ahora me doy cuenta de ello...

Acarició con dulzura la mejilla de su amante, que cerró los ojos y se apoyó contra su mano, estremeciéndose de puro deleite ante su contacto.

—Después, sin embargo, todo volvía a quedarse vacío, pues ninguno de esos objetos podía llenar el hueco de mi corazón, anhelante de algo distinto. Hoy, tan solo unas semanas después de conocerte, y pese a tus humildes orígenes, me doy cuenta de no puedes compararte a ninguna otra. Has llenado de una dicha sin precedentes cada resquicio de mi antaño avaricioso y frío corazón.

Sélinie parecía absorber cada una de sus palabras como si de oxígeno se tratara. La expresión de sus ojos rayaba en la adoración.

—Ahora, en cambio —prosiguió el rey—, esos «juguetes» que tanta felicidad me causaban ya no tienen ningún significado para mí. En cambio, me doy cuenta de que sí podrían suponer mucho para ti. A fin de cuentas, yo puedo tenerlo todo. —Sonrió con arrogancia, pero en seguida volvió a ponerse serio y apretó las mandíbulas—. Pero ahora, lo único que quiero es a ti. Eres mía, Sélinie, mi más preciada posesión. Y por ello, de ti depende mi felicidad.

Al fin, apartó su mano del rostro de la chica y se decidió a responder a la pregunta que esta le había hecho antes de su discurso, una pregunta que aún flotaba en el aire como el perfume de sus cuerpos, acalorados por la pasión reciente.

Con los ojos brillantes, el rey cogió de nuevo el centelleante espejo con la mano que acababa de apartar de la mejilla de su amante. El frío metal pareció absorber el calor de su piel y adquirir un fulgor más intenso. Louis solo demoró un instante la mirada en su propio reflejo; le pareció como si la felicidad que se reflejaba en ellos le alentara a continuar y sonrió.

Sin un atisbo de duda, colocó el mango de plata sobre la palma de la joven y le cerró los dedos sobre el metal con firmeza.

—Sí, Sélinie. —Hizo una pausa teatral antes de mirarla con ojos que

semejaban un par de ascuas encendidas. Ella sintió un leve vértigo cuando el rey añadió—: Ahora es tuyo.

## **París, 1827**

*«Querida hija:*

*Cuando leas esto, yo ya no estaré contigo. Sé que en estos momentos te sentirás triste y desamparada, pero debes ser fuerte por mí.*

*Lamento no haber podido ofrecerte una vida mejor, pero desde que tu padre nos abandonó, he hecho lo posible porque crecieras sana y no te faltaran las cosas esenciales para vivir.*

*Sé que nunca aprobaste el denigrante oficio que me vi obligada a desempeñar, pero no me quedó otra alternativa. Era una mujer sola, perdida en los peligrosos ambientes de París, con solo veintidós años y una niña de un año a quien alimentar.*

*Y yo estaba tan sola, Jacquie... Como ya sabes, mi madre murió cuando yo todavía era una niña. Al conocer a tu padre, se convirtió en todo mi mundo, en mi única esperanza. Al menos, fui feliz mientras os tuve a él y a ti.*

*Pero ahora no puedo alargarme con esta clase de historias. Si estás leyendo esta carta, significa que no tuve tiempo de explicarte todo esto con vida.*

*Léeme con atención, Jacqueline: por mucho que te pese que ya no esté contigo, debes ser fuerte; es lo más importante, mucho más que mi muerte. No puedes permitir que el dolor te ciegue. Es vital que comprendas lo que voy a decirte.*

*Como ya habrás observado, te he legado un paquete de forma alargada. Contiene un espejo, pero no uno cualquiera. Se trata de una legendaria reliquia, cuyo nombre no puedo desvelarte, pues temo que esta nota pueda caer en malas manos.*

*Jacqueline, sé que no tienes ni idea de lo que te estoy hablando, pero debes proteger este espejo como sea, aunque sea con tu vida. Lleva en nuestra familia desde hace generaciones, y cada madre lo ha legado a su hija en el momento de su muerte. Es una tradición que siempre pase a la descendencia femenina, nunca a los chicos.*

*Destruye de inmediato esta nota después de leerla, Jacqueline. Nunca hables del espejo con nadie y límitate a pasárselo a tu futura hija cuando creas que se acerca el momento de abandonar este mundo.*

*Ahora debo despedirme, hija mía. Te deseo todo lo mejor en esta vida y también que el espejo te otorgue más fortuna que a mí. Lamento no poder*

*ser más explícita en este punto pero estoy segura de que pronto averiguarás de qué hablo.*

*Con todo mi amor, tu madre,*

*Gabrielle.*

*P.D.: Si las cosas se ponen feas, abandona inmediatamente nuestro piso y ve a ver a Eugène. Es la única persona en la que podemos confiar.*

La carta se deshacía entre los temblorosos dedos de Jacqueline, empapándose bajo la lluvia. Era la tercera y última vez que la leía. Pronto no quedarían vestigios de la temblorosa tinta azul que llenaba las cada vez más frágiles hojas de papel. El mensaje se habría extinguido para siempre.

«Como la vida de mamá...», pensó la chica, ahogando un sollozo.

Su llanto se vio interrumpido por una exclamación cuando un relámpago cegador rasgó el cielo, seguido de un trueno que hizo temblar hasta la más diminuta parte de su ser. El terror que sentía era infinito, pero siguió adelante. Tenía que hacerlo.

Caminando bajo la lluvia y rodeada por los oscuros edificios del centro de París, Jacqueline se sentía como caminando a través de un túnel, inmersa en un sueño en blanco y negro.

Las gotas de lluvia se deslizaban por su aterido cuerpo y por sus mejillas bañadas en lágrimas, confundándose con éstas. Su humilde camisola blanca y la raída falda de lana a cuadros se pegaban a su cuerpo empapado. Sus finos cabellos de color castaño chorreaban, recogidos en un elegante moño, que dejaba ver las delicadas facciones de su rostro, cuya piel era tan tersa que se diría que las mejillas relucían, con los pómulos altos y marcados bajo los inmensos ojos castaños.

Temblando por el frío y los desconsolados sollozos, Jacqueline se arrebujó como pudo en la vieja capa gris con reborde exterior de seda color arena, la única prenda de buena calidad que tenía y que le había regalado su padre mucho tiempo atrás, antes de abandonarlas a ella y a su madre, Gabrielle.

Palpó el bulto en su bolsillo para comprobar que todavía seguía ahí y sus manos se cerraron con firmeza en torno a él. Ese paquete contenía lo único que su madre había podido legarle a su muerte, algo que debía proteger con su vida. Al menos, eso era lo que Gabrielle le había pedido como último

deseo en la carta que le había entregado pocos instantes antes de morir.

Mientras evocaba las palabras de Gabrielle, Jacqueline se preguntó por qué sería tan importante aquel espejo. Era una lástima que no pudiera venderlo: estaba hecho de la más fina plata y los diamantes parecían auténticos. Podría haber pertenecido a una auténtica reina. Con las ganancias de la venta, habría vivido con comodidad el resto de su vida. Pero su madre nunca se lo habría perdonado, estuviera en el cielo o en el infierno.

Pese al recelo que sentía ante la supuesta importancia del espejo, Jacqueline estaba muy asustada. ¿Por qué debía impedir que cayera en malas manos? Y si no podía venderlo, ¿qué haría, huérfana, sola y sin dinero?

Trató de secarse las lágrimas, pero no podía dejar de llorar. Arrojándose una vez más en la capa y bajando la cabeza para protegerse los ojos de la lluvia, cruzó la calle casi corriendo. Era más de medianoche, así que a su alrededor no había más que beodos y mujerzuelas con enormes escotes, ofreciendo su mercancía en cada portal.

Jacqueline ignoró los piropos y comentarios soeces dirigidos a ella por un grupo de borrachos, quienes se echaron a reír de forma escandalosa cuando ella apretó el paso, luchando por caminar en contra del viento.

Nunca había pasado tanto miedo. Sentía el espejo como un fardo en el bolsillo, no porque pesara mucho, sino por la inquietud que le producía llevarlo encima a esas horas después de todo lo que le había contado su madre.

En aquel momento, le pareció oír pasos atenuados detrás de ella, como si alguien la siguiera con sigilo. Se volvió al momento, mas no fue capaz de distinguir nada a través de la cortina de lluvia, solo sombras imprecisas, fruto de la insalubre luz que arrojaban las farolas sobre el asfalto mojado.

Avanzó un paso tras otro, el pánico restallando como un látigo contra sus oídos a cada latido. Pum pum. Sonaba tan fuerte en su mente que, por un instante, creyó estar imaginando el sonido de los pasos, confundiendo con el de su propio corazón. Pero si aguzaba el oído, por encima del sonido de la lluvia impactando contra el suelo, podía oír algo... Pisadas cautelosas. Fuertes. Regulares.

Los pelos de la nuca se le erizaron y todo su cuerpo se estremeció mientras la sensación de estar siendo acechada aumentaba. Siguió avanzando con el corazón a punto de explotar y al llegar a la fuente en el centro de la Place de la Concorde, se giró de golpe, a punto de soltar un gemido de

angustia.

—¿Quién eres, qué quieres? —masculló, temerosa de hacerse oír, abrazándose el cuerpo con los brazos.

Detrás de ella solo vio la calle, empapada y vacía. No había nadie siguiéndola, al menos en apariencia. Flotaba un silencio sobrenatural, tan solo roto por el ruido de la lluvia impactando contra la acera, así como las ya lejanas voces de los borrachos, que al verla agazapada al lado de la fuente comenzaron a reír más alto y a señalarla con el dedo.

¿Y si uno de ellos no era quien pretendía ser? ¿Y si su perseguidor se estaba haciendo pasar por un borracho para vigilarla sin levantar sospechas? Quizá se estuviera volviendo paranoica, pero el modo en que la miraban no le gustaba nada.

El espejo se volvía cada vez más pesado en su bolsillo, como si creciera poco a poco, poseedor de una fuerza de gravedad interna que la arrastraba hacia abajo, haciéndola desfallecer. Pensó que iba a desplomarse sobre el resbaladizo suelo en cualquier momento.

«Tengo que resistir, tengo que ser fuerte... por mamá. Se lo he prometido», musitó para sus adentros. Cerró los ojos, las lágrimas resbalando de nuevo por su rostro. Pensar en su madre le dio nuevas fuerzas para seguir adelante.

Siguió caminando incansable, un paso detrás de otro, abriéndose paso a tropezones por las calles borrosas y mojadas. Avanzó como en el interior de un sueño tembloroso y difuso, confundiendo cada sombra con un maleante agazapado en la oscuridad, listo para engullirla entre sus fauces.

El latido de su corazón se mezclaba con el eco, imaginario o no, de los pasos regulares a sus espaldas, sin que pudiera dilucidar si era fantasía o realidad.

Por fin, dejó atrás las tabernas y los círculos de borrachos y se adentró por una calle estrecha, la Rue de Surène. Fue observando los pequeños y desgastados números sobre las puertas hasta divisar el dieciocho, que pese a la impenetrable oscuridad, se distinguía gracias a un farolillo de aceite colgado al lado.

Se había detenido tantas veces frente a aquella puerta, antes de traspasarla para olvidar su miserable vida y ser feliz durante unas horas... Respiró hondo antes de llamar, un sinfín de recuerdos dibujándose en su mente.

Eugène Delacroix, un pintor maravilloso y una persona increíble. Así

es como solía describirlo con orgullo a sus conocidos. Pero era mucho más que eso.

Se habían conocido cuando ella solo tenía seis años y él era ya un apuesto joven de diecisiete. El pintor, amigo de la madre de Jacqueline, se había ofrecido a cuidar de ella cuando Gabrielle tuviera que encargarse de algún «cliente». Ésta sabía que la pequeña Jacquie estaría en buenas manos, pues no había nadie más recto y honrado en todo París.

Lo que no imaginó era que, con el tiempo, su hija se enamoraría de él.

La primera vez que Gabrielle la dejó con su amigo para irse a trabajar, la pequeña Jacqueline se sintió incómoda y cohibida: no le gustaban los extraños, y menos aún tener que separarse de su madre. Pero cuando aquel desconocido le sonrió por primera vez, el mundo se transformó de inmediato en un lugar mejor.

Durante el rato que estuvieron juntos, Eugène no dejó de esforzarse ni un segundo por hacer que se sintiera a gusto: improvisó un truco de magia con unas brochas de pintura, le dio de merendar un delicioso postre de chocolate, jugó con ella al escondite por toda la casa... Para cuando Jacqueline se dio cuenta, habían pasado tres horas y ni siquiera se había acordado de su madre.

Lo había pasado en grande aquella tarde... y todas las que siguieron, pues cada vez que Gabrielle debía trabajar, la llevaba a casa de Eugène, que incluso dejaba que la pequeña le aconsejara respecto a sus cuadros y le ayudara con los pinceles y los lienzos. Nunca nadie la había hecho sentir tan importante como él.

Cuando Jacqueline cumplió catorce años, su madre consideró que ya era lo bastante mayor para quedarse sola en el humilde piso en el que vivían. Aun así, la niña siguió acudiendo por decisión propia a casa de Eugène para pasar la tarde con él y observarle mientras pintaba.

«Ahora, mamá jamás podrá saber lo que siento por su mejor amigo... lo que ambos sentimos, en realidad», pensó Jacqueline con tristeza.

Nunca olvidaría aquella tarde. Había ido a ver a Eugène poco antes de comer, mientras su madre dormía, puesto que la noche anterior había vuelto a casa a las seis de la mañana.

«Un buen cliente», había comentado Gabrielle alborozada, con las manos llenas de monedas. A Jacqueline le repugnaba aquel dinero. Nunca se lo dijo a su madre, pero ella lo sabía.

Decidida a salir, se puso la misma ropa que llevaba aquella noche: la

camisola escotada blanca, la vieja falda de lana y su elegante capa. La única diferencia habían sido los zapatos, unas preciosas zapatillas de baile que la noche actual no llevaba. Su madre se había gastado el sueldo de un mes para regalárselas por su cumpleaños, pues sabía que su hija soñaba desde siempre con ser bailarina, y no tenía suficiente dinero para apuntarla a ninguna academia.

Las zapatillas eran del color del mercurio, con el brillo de la luna y las estrellas. Suaves y resbaladizas como el agua, de un delicadísimo satén plateado, Jacqueline las cuidaba como si fueran de cristal, y aquella lejana tarde se las había calzado para ir a ver a la persona que más quería en el mundo aparte de su madre.

Eugène la había sorprendido con un inesperado paseo hasta el cementerio.

«Un nuevo cuadro», le confió muy alegre. «Quiero que tenga un ambiente hermoso y tétrico a la vez, por eso he escogido el cementerio. Vamos a encontrarnos con una modelo allí».

Jacqueline asintió, triste porque no la escogiera a ella como modelo. Pero al llegar al cementerio y ver que no había un alma, miró a Eugène sorprendida.

«¿Y la modelo?»

«Tú eres la modelo, Jacquie. La más preciosa que podría existir».

Pese a aquellas palabras, al principio, todo había transcurrido con normalidad. Eugène le había indicado cómo ponerse y después había comenzado a trabajar, inclinado sobre su enorme cuaderno. Al terminar, Jacqueline se había acercado expectante a contemplar el esbozo del cuadro.

—Qué bonito —susurró extasiada—. ¿Cómo puedes pintar tan bien?

—No es ni la mitad de bonito que tú —le contestó Eugène, mirándola con aquellos profundos y cautivadores ojos castaños—. Y si pinto bien, es porque tengo a alguien que me inspira...

Ninguno de los dos había apartado la mirada del otro y entonces había sucedido aquello con lo que Jacqueline llevaba años soñando: Eugène, su héroe y su salvador, la había besado en los labios. Un beso dulce, virginal, que no obstante pronto había comenzado a volverse peligrosamente apasionado.

Pero entonces, Eugène se había detenido, con las mejillas tan rojas como las nubes que comenzaban a despuntar en el cielo de aquel lejano atardecer.



—Perdóname, Jacquie —dijo sin mirarla, recogiendo los enseres que había diseminado por la hierba—. Lo siento mucho.

—¿Sientes haberme besado...?

—No... Sabes que no, Jacquie. Pero tu madre no se lo merece. Ella confía en mí y yo... te quiero demasiado como para apropiarme de tu juventud. Deberías estar con alguien de tu edad.

«Te quiero demasiado». Era curioso como unas palabras tan bonitas podían romperle el corazón a alguien. Pero lo habían hecho.

A partir de ese día, Eugène actuó como si nunca hubiera pasado nada. Como si aquella tarde nunca hubiera existido. Pero el retrato era una prueba de que sí, y Jacqueline se estremecía cada vez que lo miraba. Era lo único que le quedaba de aquel beso mágico bajo la luz del crepúsculo en una noche de verano.

Suspiró mientras el recuerdo se difuminaba en su mente entumecida por el dolor y golpeó la puerta con los nudillos. Nunca usaba el timbre, sino que llamaba de un modo peculiar, dando toques rítmicos para que supiera que era ella.

Cuando la puerta se abrió de golpe, un rectángulo de luz cálida y amarilla rompió la oscuridad y cayó sobre el empapado rostro de Jacqueline. Sus enormes y melancólicos ojos relucieron bajo la luz. Sintió que su corazón se henchía de esperanza ante la visión de un rostro familiar.

—¡Jacquie! —Eugène la miró con una mueca al mismo tiempo de horror y sorpresa reflejada en sus ojos oscuros—. Pero, ¿te has vuelto loca? ¿Qué haces paseándote sola por París a las tantas de la noche y con la que está cayendo? ¿Tu madre no te ha enseñado los peligros que hay en esta ciudad?

—Mi madre está muerta —musitó ella con un hilo de voz. Dos lagrimones afloraron a sus ojos.

—¿QUÉ? —Faltó poco para que Eugène se desplomara. Se aferró al marco de la puerta con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos—. Cielo santo, Jacquie, ¿qué estás diciendo? Pero, ¿cómo...?

—Mi madre está muerta —repitió ella un poco más fuerte, como si diciéndole en voz alta pudiera convencerse a sí misma.

—No puede ser cierto. —Con el rostro desfigurado por la pena, Eugène comenzó a sollozar quedamente, cubriéndose el rostro con la mano—. Por favor, dime que no es verdad.

—¿Puedo entrar? —musitó ella con un hilo de voz—. Me estoy

empapando.

—Dios mío, discúlpame, estoy... —Se interrumpió y sacudió la cabeza, apartándose del umbral—. Pasa, deprisa. Te va a coger una pulmonía ahí fuera.

Sollozando en silencio, Jacqueline se apresuró a entrar en la caldeada y hogareña casita. Al momento, él cerró la puerta y la tomó entre sus brazos.

—Jacquie, no puedo creerme lo que me acabas de decir, yo... lo siento tanto —susurró, apretando su fuerte mandíbula contra la cabeza de la joven.

Tratando de ser valiente por ella, el pintor ahogó un sollozo y enterró el dolor en lo más hondo de su pecho. La abrazó cada vez con más fuerza, mientras Jacqueline se aferraba a él como si le fuera la vida en ello. Al sentir los temblores que sacudían el delgado cuerpo de su amiga, una lágrima resbaló por la mejilla de Eugène, diminuta y reluciente como un diamante.

—Por favor, pequeña —susurró sin dejar de acariciarle el pelo con ternura—, cuéntame lo que ha pasado.

Jacqueline se separó de él y agachó la cabeza.

—Creo que la han asesinado.

Por un momento, pareció como si Eugène fuera a desmayarse sobre la alfombra. Con el rostro blanco como el papel, dio un paso atrás y las rodillas le fallaron, con lo cual se dejó caer torpemente sobre el brazo del sillón.

—Esto debe de ser una pesadilla —susurró, como si hubiera olvidado que Jacqueline estaba allí. Por fin, se rehízo lo bastante para mirarla a través de las lágrimas que empañaban sus ojos—: ¿Qué quieres decir con que lo «crees»? ¿No estás segura? ¿Qué es lo que ha pasado, por el amor de Dios?

—Ella... Verás, esta noche... —Jacqueline trató de continuar, pero un sollozo sacudió todo su cuerpo—. ¡Oh Dios mío, no puedo! ¡Quiero que vuelva, por favor!

Rota de dolor, se cubrió el rostro con las manos y se puso a llorar de forma desesperada. Eugène se levantó como movido por un resorte para volver a abrazarla. De nuevo, notó que las ropas de la joven estaban frías y empapadas.

—Perdóname, no puedo pensar con claridad, y tú te vas a poner enferma si sigues así... solo nos faltaría eso. Voy a traerte una muda de ropa seca y a preparar té bien caliente, a ver si así nos tranquilizamos un poco. En unos instantes me lo explicarás todo, con calma y en orden.

Al centrarse en temas más mundanos, el pintor sintió que recuperaba

un poco el dominio de sí mismo.

—Gracias, Eugène... —Jacqueline le miró con un cariño no exento de una profunda melancolía.

Tras corresponderle con una mirada igual de triste y afectuosa, él se perdió en la oscuridad del pasillo.

Tras entregarle las prendas secas y dejarla a solas para que se cambiara, el pintor fue a la cocina y puso un cazo de agua a hervir. Tal vez si mantenía las manos ocupadas disiparía un poco la nube de dolor que paralizaba su mente. No podía creerse que Gabrielle, su gran amiga, hubiera muerto.

Se habían conocido hacía trece años en una exposición de arte. Gabrielle era la encargada de servir copas a los asistentes, mientras que él trabajaba como ayudante del artista en cuestión. Era su modo de ir introduciéndose poco a poco en el mundo del arte, ganando de paso algún dinero extra para ayudar a su hermana Henrietta, que se había hecho cargo de él al quedarse huérfano.

Sin saber cómo ni por qué, Gabrielle y Eugène comenzaron a hablar; así se percataron de que eran casi vecinos y de que tenían un montón de cosas en común. Poco a poco, su amistad se fue estrechando, hasta que un día, Gabrielle comenzó a confiarle todos sus problemas, alentada por el buen juicio de su amigo, que siempre estaba dispuesto a escucharla y a ofrecerle sus sabios consejos.

Así, le explicó cómo su esposo las había abandonado a ella y a su hija, motivo por el cual ella se veía obligada a aceptar toda clase de trabajos, y le confió la preocupación que le suponía no tener a nadie que cuidara de su pequeña mientras ella estaba ausente. Eugène, que andaba muy justo de dinero por aquella época, le propuso el siguiente trato: por un módico precio, él se haría cargo de Jacqueline cuando ella estuviera trabajando. Gabrielle aceptó de inmediato.

Lo que Eugène jamás podría haber imaginado era que aquella niña despistada con dos absurdas trenzas, que siempre llevaba la ropa remendada y las rodillas llenas de costras, se convertiría un día en la dueña de su corazón.

Ahora, su dulce niña estaba en peligro. Si bien delante de ella había tratado de aparentar calma, estaba a punto de desmoronarse. No se imaginaba en qué clase de turbio asunto podría haber estado metida Gabrielle si Jacqueline sospechaba que había sido asesinada, pero la cosa no pintaba nada

bien.

En los últimos tiempos, él mismo había notado a su amiga demasiado pálida y delgada, pero lo había atribuido a una mala época o a alguna preocupación pasajera que no había creído conveniente confiarle por el motivo que fuera. No entendía por qué Gabrielle no había recurrido a él si necesitaba ayuda de un modo tan desesperado. Y ahora ya jamás lo sabría.

Embargado por la pena, se frotó los ojos, pugnando por evitar las lágrimas. Tenía clara una cosa: por más dolor que sintiera en su interior, no permitiría que Jacqueline viera su estado. Debía ser fuerte y protegerla, ahora más que nunca.

Estaba perdido en sus cavilaciones cuando la joven se aproximó a la cocina por el pasillo, sin hacer ruido al pisar con los pies descalzos sobre la mullida alfombra. Vio que Eugène se hallaba de espaldas, vigilando la tetera. Unos segundos después, la retiró del fuego con un paño de cocina. Al girarse y ver a Jacqueline ahí plantada, por poco la dejó caer.

—¡Jacquie! Me has asustado —exclamó, llevándose la mano al pecho tras dejar la tetera sobre la encimera.

Concentrarse en otras cosas le había devuelto la calma por unos instantes, pero al perderse en los atemorizados ojos de su amiga, la congoja volvió a adueñarse de su corazón, estrujándolo con sus dedos crueles y fríos.

—¿Ya está listo el té? —preguntó Jacqueline insegura, con la mirada extraviada. Todavía seguía en estado de shock.

—Sí, ya está —asintió él, cogiendo de nuevo la tetera. La colocó en una bandeja junto con dos tazas, las cucharillas y el azúcar, y miró a la joven por el rabillo del ojo—: Te sienta bien mi ropa.

Ella asintió con expresión ausente y se dirigió hacia el comedor, mientras Eugène la seguía, inseguro de si el comentario que acababa de realizar había sido adecuado en aquel momento. Una vez Jacqueline estuvo instalada en el sofá, sirvió el té en las dos tazas y tomó asiento frente a ella.

—Bueno, Jacquie. Sé que va a ser muy duro, pero necesito que me lo cuentes todo. —Alargó el brazo y apretó la mano de la chica, tratando de insuflarle valor.

Ella miró el fondo de la taza y la tristeza cubrió de nuevo su rostro, esfumándose toda la alegría que había sentido al reencontrarse con su amigo.

—Esta noche mamá volvió antes a casa. Por regla general, no vuelve hasta pasada la medianoche o, si tiene suerte —Jacqueline levantó las cejas al pronunciar la palabra «suerte»—, hasta la mañana siguiente. Pero hoy volvió

antes y estaba muy blanca. Afirmó que la comida no le había sentado bien y se tumbó en el sofá. Poco después estaba agonizando. —Una lágrima resbaló por su rostro.

Eugène se levantó para sentarse a su lado y volvió a cogerla de la mano.

—¿Mencionó algo en particular? ¿Vio a alguien raro en el bar, notó algún tipo de... detalle sospechoso a su alrededor? —preguntó con voz suave, apartando con delicadeza un mechón que se había desprendido del moño de su amiga.

Ella negó con la cabeza.

—Ni una palabra. En realidad, todo sucedió demasiado rápido, y no me dijo que estaba tan mal hasta que... hasta que fue demasiado tarde. — Jacqueline cerró los ojos y suspiró, tratando de recuperar la calma. Eugène le acarició con ternura el brazo, animándola a proseguir—. Cuando por fin fui consciente de su estado, quise llevarla a que la viera un médico, pero no me dejó. Me dijo que no había nada que hacer. Según ella, alguien debía de haber deslizado veneno en su comida, en la taberna a la que acudía a veces a mediodía. — Jacqueline miró a Eugène con sus enormes y asustados ojos, que en ocasiones a él le recordaban a los de un cervatillo, dada su inocencia y candor—. Yo le pregunté, llorando: «¿Por qué alguien iba a querer matarte?»

—¿Qué contestó?

—Nada. — La chica sacudió la cabeza de nuevo—. Solo me indicó que fuera a buscar un paquete que tenía escondido detrás de un cuadro. Yo no lo había visto en mi vida. Allí también había una carta y me dijo que me la guardara en el bolsillo junto con el paquete. Era una especie de testamento, pues la había escrito por si acaso algún día pasaba algo parecido. Era como si supiera... o creyera que alguien quería matarla. En aquel momento, me dijo que corría un grave peligro y que debía marcharme, pues estaba segura de que ahora «ellos» vendrían a por mí. Le pregunté: «Pero, ¿quiénes son ellos?» y, una vez más, no quiso contestarme.

Jacqueline hizo una nueva pausa y Eugène le tendió su pañuelo. Ella se secó las lágrimas y se sonó con delicadeza.

—Bueno, ¿y qué había en ese paquete? —inquirió el pintor con cierta impaciencia, frunciendo el ceño.

—Espera. — Jacqueline alzó la mano—. En ese momento no lo abrí, porque empezamos a oír ruidos raros. Mi madre se puso muy nerviosa y me ordenó que apagara todas las velas. Así lo hice, y luego, con precaución, me

asomé a la ventana, que, como ya sabes, da a ese callejón tan sombrío. Me pareció ver una extraña silueta agazapada, como esperando...

—¿Había alguien de verdad o solo te lo pareció? —interrumpió él, ansioso.

—No lo sé, no podía ver demasiado bien, estaba muy oscuro. Además, apenas podía... reaccionar, mi madre estaba cada vez peor. — Jacqueline cerró los ojos con fuerza, luchando por contener nuevas y dolorosas lágrimas—. Mientras yo estaba mirando por la ventana, ella se vació el bolso y los bolsillos. Llevaba bastante dinero y me lo hizo guardar todo. Luego me ordenó que me vistiera y saliera cuanto antes. Me dijo que no perdiera de vista el paquete ni un instante y que no confiara en nadie. Y entonces... entonces...

La chica se detuvo, pues el llanto le impedía continuar.

Eugène la abrazó con fuerza. Él mismo se sentía a punto de desfallecer, pero trató de serenarse para reflexionar sobre la extraña historia de Jacqueline.

—Chist, cielo, no llores. Estoy aquí. Sabes que me tienes para lo que quieras.

—Entonces me dijo que me acercara —continuó ella con la voz rota por la pena—. Me besó la frente y me dijo... que me quería, y que tuviera mucho cuidado. No paraba de repetir que no podía permitir que el paquete cayera en otras manos, era lo que más la preocupaba. Y en ese instante... en ese mismo instante... murió.

Jacqueline siguió llorando, desconsolada, enterrando el rostro en las manos.

—Lo siento tanto, cariño... —Eugène aun la tenía entre sus brazos, mientras las lágrimas también arrasaban sus ojos. Se las secó con el dorso de la mano y se separó para mirarla a los ojos, muy serio—: Pero dime... ¿quién iba a querer matar a una persona tan maravillosa como tu madre? ¿Qué motivo podrían tener?

—No creo que ella fuera el motivo, sino esto... —Jacqueline hizo ademán de sacar algo del bolsillo de su capa, pero él la interrumpió.

—No es necesario, Jacquie, tal vez no deberías. Tu madre dijo...

—Insisto.

La joven hurgó en los bolsillos de su empapada capa y extrajo el mal envuelto paquete, pues lo había abierto y vuelto a guardar con precipitación. Le quitó el papel y se lo tendió a Eugène.

Este lo observó con ojos como platos y lo tomó entre sus manos con tal delicadeza que cualquier pensaría que se deshacía al tacto. Miró a Jacqueline y al espejo alternativamente, sin saber qué decir.

—¿Un espejo? —exclamó al fin, perplejo—. ¿Qué se supone que significa?

—No tengo ni idea. —Ella se encogió de hombros mientras su amigo examinaba el objeto con sumo cuidado—. Yo diría que es una antigua reliquia familiar, aunque...

—Espera un momento. —Eugène le había dado la vuelta al espejo, y poco a poco, la mueca de desconcierto iba dando paso a una de incredulidad—. Esto no puede ser lo que creo que es.

—¿Y qué crees que es? —replicó Jacqueline, confusa.

—Dame solo un segundo. Sujeta esto... Con cuidado.

El pintor volvió a depositar el espejo en manos de su amiga, que lo recuperó con el ceño fruncido por la incomprensión. Observó cómo Eugène se plantaba en dos zancadas ante a la modesta biblioteca y comenzaba a remover los libros con frenesí, hasta que encontró el que buscaba.

—Si esto es lo que creo que es... Pero es imposible, no puede ser que tu madre tuviera eso, y en su propia casa.

—¿Tener el qué? ¿De qué hablas?

Eugène no respondió, mientras volvía al lado de Jacqueline con un grueso y polvoriento volumen bajo el brazo., cuyas páginas fue pasando adelante y atrás hasta encontrar el capítulo que deseaba. Su dedo índice se deslizaba raudo por las hojas, finas como el papel de la Biblia y ya amarillentas por el paso de los años, mientras sus ojos frenéticos se deslizaban por el texto saltándose líneas, cada vez más apresurado. Al fin, su índice se detuvo sobre uno de los párrafos y se lo señaló a Jacqueline con expresión triunfante.

—Aquí está —proclamó sin dar crédito a lo que veían sus ojos—. Lo que me imaginaba. Este espejo... ¡es *Le Miroir des Merveilles*!

—¿*Le Miroir des Merveilles*? —repitió la chica sin comprender nada, el rostro aún bañado en lágrimas—. ¿Qué diantres es eso?

—¿De verdad nunca has oído hablar de él?

Jacqueline negó con la cabeza, mientras Eugène seguía hablando solo, examinando primero el espejo y luego la foto del libro, comparándolos, asegurándose de que no se equivocaba.

—No sé cómo no lo he reconocido antes —resopló, aún estupefacto

—. Fíjate, tiene que ser el mismo. ¡*Le Miroir des Merveilles*, válgame Dios! Pero, ¿cómo es posible que Gabrielle...? —Se interrumpió, sacudió la cabeza y musitó para sus adentros—: Jamás me dijo ni una palabra.

—Eugène, ¿vas a explicarme de qué estás hablando?

Él suspiró, armándose de paciencia.

—Este espejo —comenzó con voz trémula— lleva... siglos desaparecido. Es una reliquia antiquísima, muy popular en los círculos de anticuarios y coleccionistas de arte. Creo que la primera vez que me hablaron de él yo tendría unos diez años, pero nunca lo olvidaré. —Sus ojos se paseaban como enloquecidos por la página de la enciclopedia, recabando información—. Escucha esto: «*Nadie conoce su verdadero origen, mas la documentación existente sitúa su primer propietario en el siglo I a. C...*»

—¿Y quién fue ese primer dueño? —preguntó Jacqueline.

—El emperador Augusto —leyó Eugène, atónito.

—¿Qué? —La joven miró a Eugène y después el libro, como si creyera haber oído mal o no confiara en que de verdad dijera eso. Con los ojos desorbitados, salió por un momento del shock postraumático en el que se hallaba—: ¿Va en serio?

—Totalmente. —Eugène contempló su maravillada mueca en la suave superficie de cristal—. Fíjate, está como nuevo.

—Pero si este espejo es tan importante, ¿cómo narices iba a tenerlo mi madre? —Jacqueline meneó la cabeza, volviendo a apagarse poco a poco—. Es absurdo, Eugène... ¿No te estarás confundiendo? ¿Y si es solo una réplica?

—Yo tampoco entiendo cómo es posible que tu madre se hiciera con él. Pero yo diría que es el auténtico.

Volvió a dejarse caer en el sofá, pues con la emoción se había puesto de pie, y se frotó los ojos, permaneciendo un rato en silencio para reflexionar.

—Ahora empiezo a recordarlo todo. Hacía muchos años que no oía hablar de él, por eso no lo he reconocido a simple vista. —Suspiró y miró a Jacqueline—: Verás, hay varias leyendas alrededor de este espejo. Una de ellas afirma que posee poderes maravillosos. Algunos dicen que trae una inmensa suerte a quien lo posee. Por ejemplo...

Se detuvo para consultar una vez más el enorme y polvoriento volumen, saltando entre líneas para recopilar datos.

—Aquí dice que, si Augusto fue capaz de crear semejante imperio, fue gracias a las propiedades mágicas del espejo. Otras leyendas... —leyó



con rapidez, moviendo los labios en silencio— ... afirman que contiene la clave de la vida eterna en una inscripción que nadie ha sido capaz de descifrar hasta la fecha. —Dio la vuelta al espejo y contuvo la respiración al ver que, en efecto, tenía un extraño galimatías grabado en la parte anterior. Se lo mostró a Jacqueline, atónito—. Fíjate. Aquí tenemos la prueba. ¿Lo ves?

Ella observó la inscripción en silencio. En la plata aparecían grabados unos símbolos totalmente incomprensibles para ella.

—Así que, por imposible que parezca, este podría ser el auténtico *Miroir des Merveilles*... Míralo. Es como como si brillara con luz propia. —Eugène se rascó la barba e hizo una pausa para sumergirse de nuevo en la lectura del libro—: Por último, otra versión de la leyenda afirma que el espejo le concederá todos los deseos a su dueño, sean los que sean.

Jacqueline puso los ojos en blanco y por un momento, su tristeza se convirtió en una furia desgarradora.

—Eso es una tremenda estupidez —replicó con las mejillas encendidas—. ¿De verdad mi madre creía en esas cosas? Porque a nosotras no nos trajo fortuna, precisamente.

—No lo sé —declaró él, aún perdido en sus cavilaciones, cerrando el grueso volumen y dejándolo sobre la mesita—. Como te decía, tu madre jamás me comentó nada, ni mucho menos me pidió ayuda o consejo. Supongo que no se imaginaba que yo había oído hablar del espejo. O tal vez creía que era demasiado arriesgado contárselo a nadie. Sea como sea, lo que está claro es que si este es el auténtico *Miroir des Merveilles*, ahora mismo podrías estar en grave peligro.

—Pero... ¿tan importante es este espejo? —inquirió Jacqueline, en parte asustada y en parte reacia a creer todo lo que Eugène y su propia madre le habían contado—. Mira, no quisiera dudar de mamá, y menos ahora que... que ya no está. —Sorbió con fuerza por la nariz y Eugène le apretó el hombro para darle coraje—. Pero todo esto no tiene ningún sentido. Si de verdad han asesinado a mi madre por este espejo, ¿qué han conseguido con ello? ¿Y si simplemente comió algo en mal estado? ¿Y si ya estaba enferma?

El pintor hizo caso omiso de sus reflexiones: estaba seguro de que Gabrielle había sido asesinada. Él tampoco comprendía qué sentido tenía, teniendo en cuenta que su hija seguía en posesión de la reliquia, pero tal vez el asesino no contara con que Jacqueline huyera tan rápido, dejando atrás el cadáver de su madre. Bajo su punto de vista, ahora ambos corrían peligro.

Se giró hacia ella con los ojos desorbitados.

—Escucha, sé que todo suena muy raro... pero algo me dice que si tu madre escribió esa carta es porque, tal y como te dijo, estaba esperando que algo así sucediera. Por eso, creo que lo mejor sería ir con cuidado por el momento, eso para empezar. —Cogió a la chica por los hombros y la miró muy serio—: ¿Te ha seguido alguien hasta aquí? ¿Has oído o visto algo, pasos, sombras, lo que sea?

—He notado algo extraño —murmuró ella con la voz temblorosa—, pero puede que solo fueran imaginaciones mías. Mientras venía, me pareció como si alguien me siguiera... Oía pasos, veía siluetas extrañas en la oscuridad. Sin embargo, cada vez que me daba la vuelta, no había un alma. Los pasos enmudecían y las sombras parecían haberse evaporado en el aire. Puede que no fueran reales. Dios mío, ¡no lo sé! Ya no sé nada.

Las lágrimas afluyeron de nuevo a sus bonitos ojos y Eugène la cogió con dulzura de la mano.

—Sé que tienes mucho miedo, Jacquie, pero... como ya te he dicho, y aunque odie tener que admitirlo, es probable que estés en peligro. —Se puso de pie con gesto inseguro—. Creo que será mejor que compruebe las puertas y las ventanas, por si acaso.

—¿De verdad crees que han asesinado a mi madre? ¿Y que ese alguien, quienquiera que sea, podría haberme seguido hasta aquí?

La joven palideció aún más si cabe y se llevó la mano al pecho. Eugène la vio tan desvalida que tuvo que contenerse para no abrazarla de nuevo.

—No lo sé, pequeña, realmente no lo sé —respondió sin mentir, mas aparentando una seguridad que estaba lejos de sentir—. Pero no está de más que me asegure de que todo está en orden.

Se encaminó hacia el recibidor y ella se levantó al punto.

—¡Espera! —exclamó, agarrándole de la camisa—. No me dejes aquí sola... Voy contigo.

El hombre la cogió de la mano y trató de sonreír para infundirle ánimos, pero en su lugar le salió una mueca extraña. De todos modos, Jacqueline tenía la mirada extraviada y no se dio cuenta.

Juntos, se dirigieron hacia el recibidor, donde comprobaron todos los cerrojos de la puerta. Después se acercaron a las tres ventanas situadas en la parte frontal de la casa, que daban a un pequeño patio sumido en sombras, con la única iluminación de los violentos relámpagos.

—Parece que no hay nadie —observó el pintor, corriendo las cortinas

de la tercera ventana, después de escudriñar tras los cristales empapados—. Esta situación es en verdad extraña.

—Ya te lo he dicho —insistió ella—. No entiendo quién mataría a una persona para robarle algo... si luego ni siquiera lo intenta.

—Sea como sea, lo mejor será tener cuidado. —Eugène se apartó de la ventana y la miró. Se sentía agotado—: Al menos, de momento estamos solos.

—Y tan solos...

Jacqueline agachó la cabeza y comenzó a llorar en silencio. Sin darse cuenta, apoyó la frente en el hombro de su amigo, y él la abrazó. Al cabo de unos instantes, la apartó con suavidad, sujetándola por los hombros para perderse dentro de sus hermosos ojos ambarinos.

—Escucha, sé que para ti ese espejo no significa nada ahora mismo, pero... —Se mordió el labio, dudoso—, te aseguro que esta situación es grave. Más personas de las que imaginas andan detrás de él, personas que no se detendrían ante nada. Y aunque no lo sepamos con seguridad, tal vez lo que le ha sucedido a tu madre sea la prueba de ello.

Se le quebró la voz, y tuvo que detenerse para respirar hondo. Pasados unos instantes, prosiguió con algo más de entereza:

—Sea como sea, yo voy a estar a tu lado en todo momento, y llegaremos al fondo de este asunto... juntos. No pienso permitir que te pase nada. ¿De acuerdo?

—No quiero ser una carga. —Jacqueline negó con la cabeza—. Por más miedo que tenga... no quiero abusar de tu bondad. En cuanto encuentre un trabajo me iré. Lo prometo.

—No eres ninguna carga. Eres... eres lo mejor que hay en mi vida, Jacquie.

En aquel momento, un relámpago cruzó el cielo como un meteoro. Toda la habitación se iluminó por unos instantes y, al momento, un ensordecedor trueno resonó con tal violencia que a Jacqueline se le escapó un grito.

Sin pararse a pensar, se arrojó a los brazos de su amigo. Sus rostros quedaron a escasos centímetros.

—Lo siento —musitó azorada, sin atreverse a mirarle a los ojos.

Podía sentir el cálido aliento de Eugène acariciándole la mejilla, su corazón palpitando como loco contra el suyo. El familiar aroma a canela y pintura de sus ropas flotó hasta su nariz, haciéndole sentir un cosquilleo

maravilloso pese al miedo y la tristeza.

—No hay nada que sentir, Jacqueline.

Por primera vez, Eugène la llamó por su nombre completo. Siempre la había apodado cariñosamente «Jacquie», desde que era pequeña.

—Nunca me habías llamado Jacqueline —comentó ella en voz muy baja.

—Ya no eres una niña —susurró él, en un tono que le erizó el vello.

Antes de que se diera cuenta, la distancia entre sus rostros se esfumó y se encontró besándole con una pasión arrasadora. Los labios de Eugène atrapaban los suyos casi con rabia, ansiosos y sedientos, y ella le correspondía del mismo modo.

Llevaban tanto tiempo esperando y ella tenía tantísimo miedo... Necesitada de cariño y consuelo, no pudo resistirse, pese a la profunda tristeza que se aferraba a su corazón con dedos afilados y crueles.

Eugène la condujo hacia el sillón y se tendió encima de ella, imprimiendo a cada una de sus caricias una ternura sin límites. Mientras él comenzaba a desabrocharle la camisa, Jacqueline le hundió las manos en el denso e indómito cabello oscuro, como había deseado hacer desde que se enamoró de él.

Tal vez estuviera en peligro, tal vez alguien hubiera asesinado a su madre y en aquel preciso instante les acechara, agazapado en la oscuridad, atento al menor de sus movimientos. Puede que aquel espejo fuera una reliquia ancestral que muchos ansiaran poseer y por la que no dudarían en matar. Sin embargo, de momento, nada de aquello importaba.

Mientras la lluvia comenzaba a empapar las oscuras y peligrosas calles de París, Jacqueline ya no se acordaba de su madre, ni del espejo, ni de ninguno de los horribles acontecimientos sucedidos en las últimas horas. Se estaba hundiendo en un dulce y delicioso edén, y no estaba segura de querer salir... jamás.

# CAPÍTULO 1

## *Lyon, septiembre de 2017*

Se sentía como si no fuera ella, sino otra persona. Al pararse frente a un establecimiento, contempló su reflejo en el escaparate: era una chica, una chica que guardaba un parecido increíble con ella, pero cuyo nombre desconocía. Y estaba en París, eso también lo tenía claro sin saber cómo ni por qué.

De pronto, se dio cuenta de algo muy extraño y, en cierto modo, terrorífico: el silencio. No podía oír nada: ni las gotas de lluvia repiqueteando contra el suelo y los tejados, ni sus propios pasos, ni su aliento acelerado, nada de nada. La ciudad estaba desierta. Nadie podía ayudarla. Solo estaban ella y su perseguidor.

Pero lo peor era el frío. Sentía la lluvia helada en la cara, en las manos, en el cuerpo aterido y tembloroso. Y corría. Corría como alma que lleva el diablo, amparándose tras cada esquina, mirando hacia atrás cada pocos segundos.

Algo en el bolsillo le pesaba como si fuera de plomo. No sabía lo que era, pero sí que debía protegerlo a toda costa de la persona que la perseguía. De lo contrario, sería su perdición.

—Mi perdición... —murmuró para sus adentros.

A su alrededor, los colores eran apagados, todo ocres y grises, como si hubiera ido a parar al interior de un paisaje sucio. El intenso frío y el terror la paralizaban, volviendo sus miembros torpes y rígidos.

«¿Por qué tengo tanto miedo?», se preguntó, sin hallar respuesta.

Justo entonces, el desigual empedrado del suelo la hizo tropezar y cayó cuán larga era con un grito entrecortado. Aterrorizada, trató de ponerse en pie, pero se había torcido el tobillo. En ese mismo instante, el desconocido la atrapó.

Lidwine se despertó jadeando y se incorporó de golpe. Podía sentir el pulso palpitando acelerado en las sienes y un reguero de sudor deslizándose por el surco que formaban sus pechos.

Aquel maldito sueño otra vez. ¿Qué significado tendría? Desde que tenía uso de razón, el sueño se presentaba cada cierto tiempo, sin motivo aparente. A veces, podían pasar meses sin que nada turbara su descanso, y

entonces creía que por fin se había librado de él. Luego, el día menos pensado volvía a visitarla como si nunca se hubiera ido. Con el tiempo, había llegado a la conclusión de que no podría descansar tranquila hasta que comprendiera qué significaba.

Con las inquietantes imágenes y emociones vividas frescas aún en su mente, apartó las sábanas empapadas y se levantó como a cámara lenta. El montón de papeles arrugados y llenos de tachones que había sobre su mesa le llamó la atención. Sacudió la cabeza y desvió la vista, chasqueando la lengua.

Caminó medio mareada hacia el lavabo y se inclinó sobre el grifo para lavarse la cara. El calor del verano que ya tocaba a su fin todavía no había abandonado a los habitantes de Lyon y Lidwine sintió un placentero alivio cuando el agua fría refrescó su ardiente rostro.

Se miró al espejo y se preguntó por qué en el sueño podía ver la escena desde dentro y desde fuera, siendo actriz y espectadora a un mismo tiempo. Nunca sucedía de otro modo. Además, siempre escapaba de alguien, aterrorizada, y en los momentos en los que le parecía contemplar la escena desde fuera, o cuando veía su reflejo en alguna parte, su mente optaba por deformar un poco sus rasgos, otorgándoles un toque más elegante y sofisticado, algo así como... antiguo.

Observó su rostro bronceado mientras apartaba el sueño de su mente. Un par de ojos castaños y almendrados le devolvieron la mirada desde el otro lado del espejo. Sus carnosos labios se torcieron en un mohín mientras estudiaba su desmejorado aspecto. Tenía ojeras y cara de cansancio.

Chasqueó la lengua y se desperezó como un gato. No dormía muy bien desde hacía días, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta las altas temperaturas de aquel verano, el regreso de la pesadilla y los nervios ante su inminente partida: tras muchos años anhelando que llegara el momento, iba a viajar a París para ingresar en una de las escuelas más prestigiosas de Bellas Artes.

La pintura la apasionaba desde que era pequeña. Podía pasar horas esbozando un juguete abandonado, la nieve en un día de invierno o incluso un banco viejo y desconchado en un parque. Las cosas más simples la fascinaban, pues era capaz de apreciar la belleza en todo lo que la rodeaba. Su mayor deseo era poder mostrarle aquella belleza al mundo entero, pintándola sobre un lienzo.

La perspectiva de pasar cinco años en París, estudiando en la prestigiosa *École Nationale Supérieure des Beaux-Arts*, era un buen motivo

para no poder dormir por las noches. Y solo faltaban dos días para marcharse. Sería la primera vez que estaría sola, sin contar su estancia en el orfanato.

Vivía con Béatrix, su madre adoptiva, desde que tenía diez años. Lo único que sabía de su pasado era que había nacido en París, donde pasó la mayor parte de su infancia hasta el momento de su adopción, ocho años atrás, cuando Béatrix la sacó del orfanato y se trasladó con ella a Lyon.

La joven nunca tuvo ninguna dificultad para adaptarse a su nueva vida. Béatrix siempre la había hecho sentir como si fuera su verdadera hija, pese a su juventud: a sus treinta y ocho años, nadie le habría echado más de treinta. Lidwine recordaba cómo de pequeña había deseado parecerse a ella con todas sus fuerzas, anhelando aquel pelo rubio y los felinos ojos de largas pestañas, centelleantes como esmeraldas en el rostro de piel de porcelana.

De su verdadera madre solo conservaba un medallón de bronce con un viejo retrato en su interior. Representaba a una chica que guardaba un curioso parecido con ella, tan vez una antepasada lejana, pues la ropa y el peinado que llevaba se veían muy antiguos. Había algo en su mirada triste y pensativa, perdida en el horizonte, que siempre había provocado cierto desasosiego en Lidwine.

Seguía absorta en su reflejo, preguntándose una vez más por qué la pesadilla había regresado, cuando tuvo la impresión de que se le escapaba un detalle importante... algo que era preciso recordar.

De golpe, cayó en la cuenta. Las pesadillas habían vuelto al poco de recibir aquella inesperada —y extraña— carta de su madre biológica, la primera vez en toda su vida que se había puesto en contacto con ella.

Aun así, había alguna conexión que no lograba establecer, algo que tenía que ver con el medallón y el retrato de su antepasada...

Bostezó; estaba demasiado dormida aún para pensar con claridad. Sumida en el sopor del sueño, Lidwine regresó a su cuarto, mientras el recuerdo de las últimas semanas se dibujaba de forma confusa en su mente.

En los ocho años que llevaba viviendo con Béatrix, jamás había tenido noticias de su verdadera madre; de hecho, ni siquiera sabía si estaba viva. A medida que pasaban los años, había hecho todo lo posible por asfixiar el más mínimo atisbo de esperanza. La idea de que apareciera tanto tiempo después era ya absurda, una expectativa ridícula hecha de humo, que desechó de su mente a medida que fue creciendo y madurando.

Su madre debía de haber sido una drogadicta, una mujer de mala vida que optó por abandonar a su hija y que nunca más volvió a interesarse por

ella. Lidwine no quería remover su pasado para enterarse de algo así. Tener un vago fantasma como figura materna era preferible a la certeza de que había sido una persona débil y patética. No quería mirar a los ojos de aquella mujer, tal vez parecida a ella, y confirmar sus peores sospechas.

Desde el comienzo de su vida con Béatrix, había vivido en calma, enterrando el recuerdo de su madre en lo más hondo de su corazón, convenciéndose de que no le importaba... hasta que por primera vez, tuvo noticias de ella.

Una calurosa mañana de agosto apenas dos semanas atrás, su madre adoptiva le dijo que había llegado una carta para ella. Lidwine la aceptó distraída, pensando que se trataría de publicidad, pero entonces vio el remite y se quedó sin respiración.

La carta era de su madre biológica.

La segunda sorpresa vino al percatarse de que el sobre ya había sido abierto y vuelto a cerrar con cinta adhesiva. Aquello era el colmo, ¿se habría atrevido a curiosear algún vecino? Se dispuso a abrirla, entre enfadada y expectante, ante la inquisitiva mirada de Béatrix, que seguía a su lado, tan sorprendida como ella.

El sobre solo contenía un papel escrito a ordenador, indicando que Lidwine recibiría aquella carta a la muerte de la remitente. Debajo había nueve dígitos numéricos. Nada más.

—¿Qué es, cielo?

La voz de Béatrix le llegó amortiguada, pues un zumbido sordo había invadido su cerebro. Un par de líneas y un código incomprensible. Ni un «lo siento» ni una explicación... Nada.

Por unos instantes, Lidwine creyó que se ahogaba. No fue capaz de responder. Respirando de forma entrecortada, hurgó con frenesí dentro del interior acolchado que forraba el sobre, buscando cualquier otra cosa que pudiera habersele pasado por alto. Sus dedos hallaron una diminuta llave plateada, que alzó con dedos temblorosos. Confusa, miró a Béatrix y le tendió la llave para que la examinara. Al instante, esta supo de qué se trataba.

—Es la llave de una caja fuerte en un banco de depósitos —informó a Lidwine, mientras continuaba girando la llave entre sus largos dedos y mirándola con los verdes ojos entrecerrados—. En el bufete las utilizamos para guardar información confidencial. Los nueve dígitos deben de ser el código secreto. Supongo que podrás recoger lo que sea que contenga cuando vayas a París.



—¿París?

—Es lo que aparece en la inscripción de la llave —Béatrix se la devolvió, señalándole la frase grabada en el lado—. *Banque Nationale de Dépôts*, y debajo figura una dirección en París.

—O sea, no sé nada de ella en toda mi vida y cuando se muere... me manda a recoger algo que está en una caja de seguridad. Sin ni siquiera una palabra de disculpa ni explicación de ningún tipo. —Lidwine respiró hondo, temblorosa, y estalló—: ¿Dónde narices ha estado todo este tiempo? ¿Dónde estaba cuando la necesitaba?

—Cariño...

Béatrix trató de reconfortarla apoyando la mano en su hombro, pero Lidwine saltó ante su contacto.

—Es repugnante —musitó, con las mejillas enrojecidas—. Asqueroso.

Alzó de pronto la cabeza mientras estrujaba el sobre entre las manos, que emitió un desagradable chirrido a causa del relleno acolchado.

—Me voy a mi cuarto.

—Tal vez deberíamos hablar —ofreció su madre adoptiva con voz suave—. Imagino cómo debes de sentirte ahora mismo, pero...

Lidwine la dejó con la palabra en la boca y se encerró en su cuarto dando un portazo. Necesitaba estar a solas: sentía como si fuera a tener un ataque de furia, desmayarse, reír o llorar a gritos, todo al mismo tiempo. El caos que había invadido su mente era agotador.

Estaba intentando calmarse cuando llamaron a la puerta.

—¿Lidwine? ¿Puedo entrar?

—Claro... Pasa.

Cerrando la puerta tras de sí con suavidad, Béatrix entró en la habitación y la traspasó con sus sagaces ojos esmeralda.

—Sé que quieres estar sola, pero estoy preocupada. Debe de ser horrible lo que estás sintiendo ahora mismo.

—No tienes ni idea —replicó la chica con amargura.

Se dejó caer en la cama y abrazó el cojín.

—¿Puedo? —Su madre adoptiva señaló el espacio que había a su lado, como preguntando si podía sentarse.

Lidwine asintió y se apartó un poco, azorada. Se sentía avergonzada por su actitud, pero no podía controlar sus emociones en un momento así. No sabía cómo reaccionar.

Béatrix se sentó y le cogió la mano con dulzura.

—No quiero molestarte, entiendo que necesites tiempo para digerir la noticia. Solo quería que supieras que estoy aquí si necesitas cualquier cosa, y que siento muchísimo que tu madre...

—¿Por qué lo hizo? —la cortó Lidwine de golpe. Se giró hacia ella con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Cómo pudo permanecer todo este tiempo sabiendo de mí, sin dignarse dar señales de vida?

—Eso no lo sabemos, quién sabe si...

—Yo sí lo sé —siguió la chica convencida, mordiéndose los labios con furia—. Estoy segura de que yo era una carga para ella, y ahora, vete a saber por qué, pretende que vaya a recoger lo que quiera que haya en esa estúpida caja fuerte. ¡Me importa una mierda!

Béatrix saltó como un resorte ante su súbita explosión, pero Lidwine prosiguió como si nada, hablando con voz amarga y burlona.

—¿Será dinero, tal vez? Entonces, ¿por qué abandonarme? Podría haberme internado en cualquier colegio de esos y olvidarse de mí. Y si no es dinero, ¿para qué molestarse, después de todos estos años? ¿Por qué contactarme precisamente a mí, si nunca le he importado?

Hizo una pausa para respirar, luchando por contener las lágrimas, mientras se ponía en pie y comenzaba a pasearse arriba y abajo. Su madre adoptiva abrió la boca como si fuera a decir algo, pero Lidwine habló primero, mirándola con expresión de estupor absoluto. Acababa de caer en algo.

—Un momento. ¿Cómo es que mi madre sabía dónde vivo?

—No tengo ni idea, cielo. Sé lo mismo que tú... —Béatrix le apretó fuerte la mano y luchó por hallar las palabras, pero Lidwine seguía cavilando.

—¿Y qué me dices de esto? —Le señaló la cinta aislante—. ¿Te has dado cuenta de que la carta ya estaba abierta?

—No lo había visto. —La mujer abrió mucho los ojos y examinó el sobre con suma perplejidad—. ¿Tal vez se equivocaron de dirección? Eso tendría sentido... Tal vez lo remitieron primero al orfanato; a fin de cuentas, aún no has cumplido los dieciocho. Quizá tu madre...

—No la llares así —la interrumpió Lidwine en tono seco—. No merece ese apelativo.

—Tal vez la enviara primero allí y las monjas nos la reenviaran —prosiguió Béatrix mordiéndose el labio, sin saber muy bien cómo manejar a su hija en aquellos momentos—. ¿Quieres que llame y pregunte, a ver?

—De acuerdo. —En el fondo le traía sin cuidado, tan solo quería quedarse sola, y ahí estaba la oportunidad perfecta.

Béatrix asintió con la cabeza y, tras un nuevo apretón en el hombro para infundirle coraje, abandonó la habitación con rapidez. En el fondo, ella también parecía tener ganas de escabullirse. Lidwine se odió por pensar de aquella manera, pero la idea acudió a su mente sin que pudiera evitarlo.

En cuanto la puerta se hubo cerrado, aliviada por hallarse por fin sola, la joven se acomodó contra la almohada, tirando sin querer la carta al suelo. En aquel momento, le pareció oír un ruido extraño, como si algo se moviera en el interior.

Sorprendida, se incorporó con rapidez y examinó el paquete vacío. Palpando su superficie, se dio cuenta de que, entre el forro acolchado del sobre y el papel, se adivinaba un bulto bastante bien disimulado. Debía de haber algo más en su interior. Con gran intriga, rasgó el sobre por completo y encontró otra llave y una nota mucho más larga, escrita en apretada letra color sangre.

Nada más empezar, le chocó la primera frase: que se asegurara de estar sola al leerla. Sin saber muy bien lo que estaba haciendo, Lidwine echó el pestillo a la puerta sin hacer ruido y regresó muy nerviosa a la cama para seguir leyendo:

*«Querida Lidwine:*

*Por favor, asegúrate de estar sola antes de leer esta carta.*

*Sé que no tienes ni idea de quién soy. Para ti soy una desconocida y sé que tal vez preferirías que continuara en las tinieblas en las que siempre he vivido, sin osar eclipsar la maravillosa luz que te rodea.*

*Pero no me queda más remedio, hija. Estoy en grave peligro. Y tú también lo estarás cuando recibas esta carta.»*

Lidwine se estremeció al leer esto último y sintió que la cabeza le daba vueltas, pero siguió leyendo con avidez:

*«No quiero que te asustes y cometas alguna estupidez. La llave es de crucial importancia y nadie más que tú debe tener acceso a ella. Por este motivo, debes llevarla encima las veinticuatro horas.»*

Asustada, Lidwine se tapó la boca con las manos. Había olvidado la llave en la mesa del vestíbulo.... Un momento: ¿y la segunda llave? Siguió

leyendo y la siguiente frase la tranquilizó:

*«Ten cuidado y no te confundas, pues hay dos llaves. La verdadera está junto con estas hojas en el forro del sobre, la otra es falsa y la puse solo por si el paquete caía en otras manos. El código también es falso. Deberás averiguar el verdadero por ti misma a partir de las pistas que te dejo al final de la carta. Estoy segura de que una persona tan apasionada por el arte como tú no tendrá dificultad en descifrarlo.*

*Lidwine, te suplico que recojas el contenido de la cámara cuanto antes, sobre todo, el espejo que encontrarás en ella. Ignoro si para cuando recibas esta carta estarás ya en París, estudiando Bellas Artes. Pero sea como sea, estés donde estés, no puedes perder ni un minuto. Debes ir de inmediato.»*

Lidwine sintió que la sangre se le helaba en las venas. ¡Su madre conocía todos y cada uno de sus planes! ¿Habría contratado a un detective para espiarla?

Con el corazón en vilo, leyó las últimas líneas que quedaban:

*«Siento muchísimo que la primera vez que sepas algo de mí sea en estas circunstancias. Pero ni tú ni yo escogimos este destino. Ojalá la vida me hubiera permitido conocerte.*

*Por desgracia, ahora no hay tiempo para discursos emotivos. Solo quiero decirte que, aunque no puedas comprenderlo, te quiero, y siempre he intentado hacer lo mejor para ti.*

*Mantén los ojos bien abiertos y recuerda que nadie debe saber lo que contiene esa caja de seguridad. Y cuando digo «nadie» quiero decir nadie, ni siquiera las personas en quienes más confías. Algún día entenderás por qué, solo espero que no sea por las malas, como me ha ocurrido a mí.*

*Cuídate mucho, por favor.*

*Tal vez algún día nos encontremos en el cielo... o en el infierno.*

*Con cariño de tu madre,*

*Delphine.*

*PISTAS: huérfana y aritmancia.»*

De vuelta al momento presente, Lidwine sacudió la cabeza al recordar lo que había pasado al terminar de leer la carta. Béatrix había regresado a su

cuarto, después de la llamada telefónica, para decirle que en el orfanato no sabían nada de todo aquello. De todos modos, el enigma de por qué la carta estaba ya abierta era lo de menos en aquel momento.

Con un suspiro, consultó el reloj luminoso que tenía encima de la mesita: las 10.15. Se acercó al escritorio y recogió algunos de los papeles tachados que antes había observado, sin prestarles demasiada atención. En el primero se leía la palabra «huérfana», rodeada por un círculo del cual salían varias ramificaciones. En la siguiente hoja, un galimatías de números y cálculos matemáticos sin ton ni son le nubló la vista.

Se frotó los ojos con la mano libre y dejó las hojas donde las había encontrado. No estaba en el mejor momento para pensar, y de todos modos, todavía tenía tiempo para terminar de resolver el acertijo. Estaba segura de haber comprendido a qué se refería su madre con la palabra «aritmancia», pero la otra... Huérfana. ¿Qué sentido podía tener aquello?

Con un enorme bostezo, se tiró de nuevo encima de la cama. Se sentía agotada, y no entendía por qué, había dormido casi diez horas. Era como si la angustia vivida en el sueño la hubiera dejado sin fuerzas.

Se desperezó igual que un gato y se frotó los ojos, acurrucándose en su postura favorita, con las piernas dobladas y el cuerpo encogido, como si aún estuviese en el útero materno. Los ojos se le cerraron sin remedio...

Y de nuevo volvió a sentir el frío. El hielo calándole los huesos y el dolor por todo el cuerpo a causa del golpe que se había dado contra el suelo. Abrió los ojos y vio que quien la perseguía estaba encima de ella, forcejeando.

—¡Suéltame! —chilló, con una voz que no era la suya.

¿Por qué sentía que era ella misma en el sueño pero, a la vez, sabía que era otra persona?

—¡No te servirá de nada resistirte, Jacqueline! —exclamó el hombre.

¿Jacqueline? Lidwine sabía que se refería a ella pero, ¿quién era en realidad?

No podía distinguir con claridad los rasgos de su atacante, era como si una bruma le cubriese la cara. En ese instante, sus heladas y recias manos se le clavaron en el cuello, asfixiándola. Desesperada, Lidwine —o su alter ego en el sueño— pugnó por aspirar bocanadas de aire mientras tosía.

—¡Dime dónde está el espejo y te dejaré marchar! —continuó él—. ¡No me hagas repetírtelo más veces!

—¡No sé dónde está! —sollozó ella en el sueño, las lágrimas

resbalando ardientes contra su rostro frío y suave como el mármol—. ¿Cómo has podido hacerme esto? —El hombre disminuyó la presión en el cuello y supo, sin verle, que su rostro también se contraía por el dolor—. Yo confiaba en ti...

—Lo lamento mucho, Jacqueline —murmuró el extraño mientras revolvía entre sus ropas—. Lo siento en el alma.

Sin darle tiempo siquiera a emitir un quejido, se sacó un puñal del bolsillo. Lidwine llegó a ver el brillo afilado del metal antes de que el desconocido se lo clavara con violencia entre las costillas. Un dolor punzante la sacudió, diferente a todo lo que había sentido antes. La sangre comenzó a manar a borbotones, cálida y pegajosa, asfixiándola con su olor metálico....

## CAPÍTULO 2

Se despertó chillando, el corazón latiendo como un tambor contra el pecho y la cara empapada en lágrimas. Sentía las sienes palpitándole con violencia y un terror paralizante. Cielo santo, ¿qué significaba ese sueño?

Se incorporó y se restregó la cara, apretando los ojos con fuerza en un intento de concentrarse. Seguía sintiendo que algo se le escapaba. Algo más aparte de la posible relación entre las pesadillas, la carta de su madre y aquel maldito espejo. Entonces, algo impactó en su mente, dejándola aturdida.

Jacqueline. La chica del sueño. ¡Era la misma cuyo retrato aparecía en el antiguo medallón de su madre! Esa era la conexión, la última pieza del rompecabezas. Hasta aquella mañana, nunca había visto su cara de forma tan nítida. Siempre había sido consciente de que no era del todo ella misma, pero en el sueño, la desconocida siempre tenía los rasgos algo difuminados y no podía hacerse una imagen real de su aspecto.

Sin embargo, el último sueño tenía una diferencia con respecto a los anteriores: había visto su cara reflejada en el cristal y era capaz de reconocer los rasgos... Solo que no eran los suyos.

Casi trastabillando en su premura por salir de la cama, Lidwine se precipitó sobre las hojas que yacían desparramadas sobre su mesa y las apartó para encender el portátil. Mientras este arrancaba con un zumbido, se dejó caer en la silla y repasó las anotaciones con frenesí, pasando una hoja tras otra. El cuero áspero del asiento se le pegaba a los muslos empapados en sudor, pero ella apenas se dio cuenta, absorbida por el caos de su mente.

Tecleó la contraseña y, una vez cargado Windows, abrió el explorador de Internet sin perder un segundo. Chasqueó la lengua impaciente mientras esperaba a que el ordenador respondiese. Cuando por fin se cargó el Google, hizo clic en el apartado de «Imágenes» y tecleó lo que tenía en mente:

«Delacroix + huérfana + cementerio».

Una serie de fotografías desfilaron ante sus ojos, y Lidwine se echó hacia atrás en la silla, cubriéndose la boca con la mano.

Ahí estaba, era ella, la chica del sueño. La misma de la foto del medallón que tenía desde pequeña. Y a la vez, la joven de un cuadro con el que se había obsesionado de pequeña, episodio que formaba parte de sus recuerdos de niñez más íntimos... y que nadie, aparte de ella misma, podía conocer.

Y sin embargo, su madre había encontrado la conexión. Eso era lo

que más le chocaba. Jamás había tenido constancia alguna de ella, no sabía su nombre, ni si estaba viva, ni por qué la había abandonado. Y sin embargo, resultaba que lo sabía todo de ella, incluidos detalles íntimos de su vida que era imposible que supiera.

Si la intuición no le fallaba, la última parte del acertijo que le faltaba por descubrir, la más crucial para descubrir la clave que abría la cámara de seguridad, se basaba en un episodio que le había ocurrido cuando aún vivía en el orfanato. Dicho recuerdo era justo lo que acababa de impactar en su mente al contemplar las fotos de la chica del cuadro de Delacroix, llamado *Huérfana en el cementerio*.

Solo tenía ocho años y su interés por el arte estaba despertando. Adoraba pasar horas vagabundeando por los alrededores, observándolo todo con avidez para luego pintarlo. Lo que maravillaba a las cuidadoras del orfanato era su capacidad para pintar cosas insignificantes, detalles olvidados y objetos viejos, pero dándoles un brillo y una belleza que habían pasado desapercibidos a sus ojos. La misma Lidwine se sorprendía de encontrarse pintando cosas que ni siquiera recordaba haber visto: un viejo piano, un cuadro antiguo, un polvoriento abanico tirado en un rincón, una tetera con el asa rota...

En uno de esos paseos por el orfanato había ido a parar a una estancia en la que jamás había puesto los pies. Por aquel entonces, tenía una amiga íntima llamada Suzanne Lefer, una pelirroja pizpireta de su misma edad. Había estado con ella el día en que entró en aquella extraña habitación, y de súbito, el recuerdo volvió a su mente, fresco e intenso como si en vez de diez años hubieran pasado unos pocos días...

*—¡Lidwine! —la llamó Suzanne, impaciente. Puso los brazos en jarras y apoyó las manos sobre sus estrechas caderas, enfundadas en un vestido rosa de flores—. Ya sabes que a la hermana Odile no le gusta que nos paseemos por ahí sin permiso...*

*Sin embargo, Lidwine no la escuchaba. Sus pequeños pies, envueltos en unos zapatos de charol que ya comenzaban a apretarle, se adentraron en la misteriosa habitación, dejando huellas sobre el abundante polvo que se amontonaba sobre las viejas y crujientes tablas de madera. Sus enormes y soñadores ojos marrones miraban hipnotizados un cuadro que se hallaba colgado frente a ella, cuyo marco dorado centelleaba como el oro.*

*—¿Lidwine? —repitió su amiga nerviosa, aventurando un paso hacia*



ella. Miró a su alrededor y sintió un escalofrío—. Deberíamos volver a la sala de estar. Aquí abajo hace frío.

Por fin, Lidwine se giró con expresión fastidiada.

—Chist —siseó colocándose el índice sobre los labios—. Si tanto miedo tienes a que nos descubran, no hables tan alto. Solo quiero mirar este cuadro...

—¿Por qué te interesa tanto la pintura? —se quejó la niña, alcanzándola.

Una exclamación escapó de sus labios al posar los ojos sobre el cuadro.

—¿Y ahora qué pasa? —susurró Lidwine, sin despegar la mirada del lienzo.

Medía medio metro de ancho y un poco más de largo, con leve forma rectangular. En él se veía a una chica joven, mirando hacia su izquierda con unos ojos que recordaban a los de un cervatillo asustado ante los faros de un coche. Vestía una blusa blanca de aire antiguo remetida por dentro de una falda verde amarillento, con un chal cubriéndole los hombros.

—¿Es que no lo ves? —se sorprendió la pelirroja—. ¡Pero si sois idénticas!

—¿De qué hablas? —murmuró su amiga, absorta en el cuadro. Su rostro extasiado parecía bañado por una luz fantasmal.

—¡Mírala bien! Los ojos gigantes, la cara de asustada...

—¡Yo no tengo cara de asustada! —la interrumpió Lidwine enfadada, apartando al fin la vista del cuadro y pateando el suelo con sus piecitos infantiles.

—...la nariz estrecha —proseguía Suzanne sin hacerle caso—. La piel tan estirada, la forma de la frente y de las mejillas...

—Tonterías —replicó ella, molesta. Al final, miró otra vez el cuadro y a regañadientes, admitió—: Bueno, quizá nos parezcamos un poco.

—Mucho. ¡Oye! A lo mejor es una antepasada tuya...

Lidwine forzó una carcajada y empujó en broma a su amiga.

—¿Es la cosa más tonta que se te ha podido ocurrir!

—¿Quién sabe? —exclamó Suzanne, empujándola a su vez para desquitarse.

—Niñas, ¿qué estáis haciendo ahí dentro? —exclamó una recia voz.

Ambas se dieron la vuelta y vieron a la hermana Odile mirándolas con expresión severa. Invasadas por un terror paralizante, las dos niñas se

*quedaron literalmente clavadas en el suelo.*

*—Vamos, salid de ahí —graznó la monja al ver que no reaccionaban.*

*Se acercó a ellas a paso lento y firme. La suela de goma de sus zuecos producía un chirrido que siempre le erizaba el vello a Lidwine, así como el frufú de la áspera tela de su hábito, con aquel olor a sudor rancio y naftalina. La silueta de su grueso cuerpo proyectó una sombra amenazante sobre las dos chiquillas a medida que se acortaba el espacio que las separaba.*

*—Os vais a poner perdidas —prosiguió la monja con inquietante frialdad—. Y ya sabéis lo que hacemos con las niñas que se portan mal...*

Su rostro aún se le aparecía a veces en pesadillas. Lidwine cerró los ojos con fuerza, sintiendo cómo el corazón se le aceleraba al recordar el cuarto oscuro y diminuto en el que las encerraban cuando cometían alguna diablura. Sufrió claustrofobia desde entonces.

Su mente apartó aquella parte amarga de su infancia y se centró en lo importante. Suzanne nunca volvió a insistir sobre el tremendo parecido entre la misteriosa chica del cuadro; probablemente, lo olvidó por completo. Sin embargo, Lidwine lo guardó en su memoria y, a pesar de la fingida indiferencia que había mostrado ante su amiga, volcó todas sus energías en averiguar quién era la chica del cuadro, así como la identidad de su autor.

No tardó mucho en encontrar el retrato en uno de los pesados libros de arte de la biblioteca local: era una obra de Eugène Delacroix, pintor romántico francés, fechada en 1824 y titulada «Huérfana en el cementerio». Por desgracia, fracasó en su intento de saber quién era la chica en cuestión. Por lo que pudo averiguar, la modelo no era nadie importante, y el motivo por el cual Delacroix la pintó, tampoco. Era como si la joven fuese un fantasma. Al final, cansada de no obtener respuestas, Lidwine dejó la búsqueda por imposible.

El caso es que las dos únicas palabras que su madre había dejado como pista al final de la carta eran las siguientes: huérfana y aritmancia. En un principio, Lidwine había leído la primera sin comprender: era evidente que ella misma era huérfana, ¿acaso la contraseña era su nombre? Enseguida desechó la posibilidad, no solo porque de tan obvia hubiera resultado ridícula, sino también porque su nombre tenía siete letras, y en teoría, el código estaba formado por nueve.

Estuvo pensando durante algunos días, buscando al tuntún por

Internet, pero al final pensó que sería mejor empezar por la otra pista, «aritmancia». Ésa fue mucho más fácil de interpretar, pues Lidwine sabía muy bien a qué hacía referencia, pero le producía escalofríos que su madre también lo supiera.

De pequeña, había leído un libro sobre aritmancia (del griego *arithmo*, que significa «número», y de *manteia*, que significa «profecía») y durante cierto tiempo, se había interesado bastante por la materia, cosa que solo podían saber las personas que habían permanecido cerca de ella en aquel entonces.

En cualquier caso, la aritmancia, también conocida como numerología, se basa en dos ideas muy antiguas: uno, que el nombre de una persona contiene pistas importantes acerca de su carácter y destino; y dos — enunciada por Pitágoras—, que cada uno de los números entre el uno y el nueve posee un significado único que puede ayudar a la comprensión de todas las cosas. Algo que en el presente le parecía una completa estupidez a Lidwine, pero que, en cambio, le había resultado muy interesante cuando era unos años más joven.

En aquella época había pasado mucho tiempo obsesionada, calculando el número de las personas que conocía a partir de sus nombres y persiguiéndolas con absurdas profecías sobre su destino. Y por algún insospechado motivo, su madre también estaba al tanto de aquella parte de su infancia.

La conclusión a la que llegó Lidwine tras días de reflexión fue la siguiente: si el código para abrir la cámara —a juzgar por la combinación falsa que su madre le había dado— eran números y no letras, lo más probable era que la segunda pista, «aritmancia», se refiriera en realidad al sistema que debía usar para obtener la verdadera contraseña. Es decir, tendría que transformar las letras de alguna palabra específica por sus números correspondientes según la aritmancia.

La cuestión era encontrar la palabra.

Debía de estar relacionada con la primera pista, «huérfana», que no lograba descifrar. Al principio se dijo que tal vez la contraseña era simplemente la misma palabra, dado que la cantidad de letras coincidía con el código falso entregado por su madre<sup>[1]</sup>. Sin embargo, no podía ser tan fácil: cualquiera habría podido descubrirlo en caso de interceptar la nota, por lo cual Lidwine había rechazado también aquella posibilidad. Ello la dejaba de nuevo con las manos vacías.

Era enloquecedor saber cómo obtener el código pero no ser capaz de interpretar la pista principal. Durante las dos semanas que hacía desde la recepción de la carta, Lidwine se había lanzado a búsquedas frenéticas: bibliotecas, Internet, lo que fuera.

En la carta, su madre mencionaba su interés por el arte, con lo cual la palabra «huérfana» debía de estar relacionada con algo artístico; por ello, Lidwine había pasado casi todo su tiempo libre investigando al respecto. Por desgracia, con tan poca información era imposible obtener ningún resultado concluyente.

Había dedicado largas horas a investigar artistas femeninas que hubieran sido huérfanas como ella, pero la búsqueda era demasiado amplia y estaba segura de que su madre no le habría puesto un acertijo tan complicado, sobre todo si quería que lo resolviera lo antes posible.

Ahora, a pocos días de su partida, por fin se había hecho la luz: aquel antiguo recuerdo, enterrado entre un sinfín de vivencias de su niñez, había acudido raudo a su mente. Lo que no entendía era como no había caído en la cuenta de inmediato, quizá porque jamás habría pensado que su madre sabría algo tan íntimo.

En caso de que estuviera en lo cierto, ¿sería Delacroix, el nombre del pintor de aquel cuadro, la palabra que abría la cámara de seguridad? Es decir, no la palabra en sí misma, sino el código obtenido si utilizaba la aritmancia para transformar las letras en números. La posibilidad tenía sentido: la obra se llamaba «Huérfana en el cementerio», pero solían referirse a ella como «La huérfana», y su madre había señalado que la contraseña tenía que ver con el arte.

Además, el apellido Delacroix tenía nueve letras, igual que el código numérico falso que su madre había puesto en la primera carta que había encontrado. Tal vez se equivocara, pero era la única posibilidad que se le ocurría. Debería descubrir si estaba en lo correcto una vez se presentara en el banco de depósitos a su llegada a París.

La mayor duda que sentía al respecto era el hecho de que era casi imposible que alguien ajeno a su vida tuviera conocimiento sobre aquel episodio. Por más que una parte de ella deseara haber acertado en la resolución del acertijo, otra permanecía ansiosa por equivocarse, por no confirmar que su madre, una completa desconocida, hubiera sabido cosas tan íntimas sobre ella. La mera idea le resultaba insoportable, ya no solo por el terror de saberse acechada, sino por el hecho irrefutable que conllevaba: su

madre había estado cerca de ella durante todos aquellos años y jamás se había dignado dar señales de vida.

Lidwine se apartó del ordenador y se sentó en la cama, tratando de digerir una verdad así. De pronto, se vio invadida por una rabia terrible ante una madre que jamás se había preocupado por ella... y que ahora estaba muerta.

Entre el torbellino de sensaciones provocadas por los nervios del viaje, el cansancio y las pesadillas, la muerte de su madre se dibujó en su mente con súbita claridad, junto con la certeza de que jamás le había importado lo más mínimo. Tan solo se había puesto en contacto con ella cuando la había necesitado para pedirle que se hiciera cargo de su maldito espejo.

Abrumada por tales pensamientos, Lidwine estalló en sollozos, vertiendo las lágrimas que no había derramado al enterarse. Muerta... perdida de modo irreversible. Aquella noticia que apenas la había afectado y que aún no había llegado a asimilar, por fin obraba algún efecto en ella. A pesar del dolor que sentía, el nudo que llevaba en el pecho desde hacía días comenzó a aflojarse.

Ya jamás conocería a su madre. Ésta nunca aparecería un día ante su puerta para suplicarle perdón arrepentida y abrazarla con cariño. Nunca sabría qué clase de persona había sido, ni el aspecto que tenía. A medida que se había ido haciendo mayor, había tratado de convencerse de que la odiaba por haberla abandonado, por no haberla aceptado como su hija, pero era mentira, una mentira enorme que había ido arrastrando durante los últimos años y que, con el paso del tiempo, había ido aumentando aquella desazón en su pecho.

De pequeña había soñado de forma recurrente con el momento en que su madre, una mujer joven y preciosa con ojos idénticos a los suyos, iría a buscarla al orfanato y le daría una excusa válida para haberla abandonado de aquel modo. En el sueño, ella la perdonaba al instante y juntas se abrazaban llorando. El frágil corazón de Lidwine se henchía de felicidad al sentir que alguien la quería por fin, que se iría de aquel lugar gris y espantoso para no volver jamás.

En aquel instante, se despertaba, y sentía cómo la felicidad y la ilusión se le escapaban de entre los dedos como si fueran agua. Cuántas noches había llorado al despertar en la oscuridad y ver que seguía en la fría habitación de orfanato...

Tan solo Suzanne había comprendido el porqué de sus sollozos bajo las mantas, pues a ella misma le había pasado lo mismo muchas veces. Luego se marchó y Lidwine volvió a quedarse sola, hasta que Béatrix la rescató del orfanato y le ofreció una vida maravillosa, cómoda y feliz. A partir de aquel momento, Lidwine dejó de soñar con su madre, al menos de modo consciente. Trató de apartarla de su mente, pues ahora ya tenía una madre: una que la quería de verdad, que la había cuidado y se había hecho cargo de ella. Y eso jamás lo olvidaría.

Al pensar en Béatrix, la joven sintió un ramalazo de culpabilidad. Pese a lo ocupada que estaba con el trabajo, se había esforzado por ayudarla, preguntándole en repetidas ocasiones si quería que la acompañara a París a recoger el paquete, o si necesitaba su ayuda para cualquier otra cosa. Por supuesto, comprendía que para Lidwine tenía que haber supuesto un duro golpe saber que su verdadera madre había muerto, incluso aunque nunca hubiera tenido contacto con ella.

Por algún motivo, Lidwine había obedecido a Delphine y no le había contado nada a Béatrix sobre la carta escondida en el sobre. No podía comprender por qué. Desde el momento de su adopción, siempre había confiado en ella para todo, y nunca había tenido problemas a la hora de pedirle consejo sobre cualquier tema.

Sin embargo, pese a la rabia que sentía contra su verdadera madre y la incoherencia de la carta, se sentía reacia a desobedecer sus instrucciones. Había algo turbio en todo aquel asunto, una cierta sensación de peligro que la tenía con los nervios de punta noche y día. Tal vez por ello, prefería averiguar que había en la cámara antes de hablarlo con nadie.

En todo caso, por el momento había incumplido una de las peticiones de Delphine: la de ir de inmediato a por el espejo. El problema era que no había sido capaz de descifrar el código hasta tres días antes del inicio de las clases, cuando viajaría a París para instalarse allí.

Aunque aún se sentía agotada, Lidwine decidió levantarse y darse una ducha: no tenía ganas de que la volviera a perseguir la horrible pesadilla. El agua consiguió arrancarla de su sopor y despojarla de las imágenes del sueño. Se vistió con unos escuetos shorts tejanos y una blusa sin mangas, de un intenso amarillo que realzaba su bronceado, y se recogió el pelo en un apretado moño.

—¿Béatrix? —llamó con la boca llena de horquillas delante del espejo del vestíbulo. No obtuvo respuesta. Terminó de sujetarse todos los

mechones y se dirigió hacia la acogedora cocina—. Béatrix, ¿dónde est...? Oh, vaya.

Frenó de golpe y chasqueó la lengua al ver una nota cogida con imanes en la nevera. Suspiró al leer el contenido:

*«Hola cielo, como de costumbre, me toca trabajar en sábado y me temo que será hasta tarde. Siento que estos últimos días en Lyon no podamos estar juntas... pero te prometo que mañana haremos algo. Un beso, Béatrix.»*

—Bueno, tendremos que pasar el día solas, ¿eh, Nuage?

Nuage, la gatita blanca de Lidwine, maulló por toda respuesta y se frotó contra sus piernas. Lidwine la cogió entre sus brazos y la abrazó, mientras la gata ronroneaba satisfecha. Se acercó con ella a la ventana y miró a lo lejos, donde el sol comenzaba a brillar cada vez con más fuerza entre las nubes, como la promesa del futuro que estaba a punto de comenzar.

Los recuerdos volvieron a invadir su mente y una intensa tristeza dominó su corazón, empañando sus ojos, tal vez por estar sola cuando más necesitaba a su madre adoptiva. Si tan solo pudiera contarle la verdad...

Al sentir las lágrimas que comenzaban a caer sobre su sedosa cabecita blanca, Nuage maulló y saltó de sus brazos. Desde el suelo, miró a Lidwine de forma extraña con sus misteriosos ojos azules, ladeando la cabeza.

Lidwine rió entre lágrimas.

—No te preocupes, Nuage, me estoy volviendo un poco loca, pero estoy bien—le aseguró en broma, agachándose para acariciarla.

Al inclinarse, la cadena que pendía con la llave de la cámara asomó por el escote de su blusa. La había llevado con ella las veinticuatro horas desde el momento en que recibió la carta.

La tomó entre sus dedos y la sostuvo en el aire para observarla. Al girar sobre sí misma, la llave captó un rayo de luz, reflejándolo en los ojos ambarinos de Lidwine y en los de la gata, que retrocedió como temerosa. La chica la miró muy seria y Nuage maulló de nuevo y se alejó.

Suspirando, Lidwine se enderezó y se aproximó de nuevo a la ventana, aferrando con fuerza la llave con su mano libre. Con la mirada perdida en el horizonte, repitió para sí misma, en voz baja:

—Estoy bien.

## CAPÍTULO 3

El lunes amaneció un día claro y despejado, aunque el bochorno y unos oscuros nubarrones acercándose por el oeste presagiaban tormenta.

—No te olvides el paraguas, cielo —le recordó Béatrix mientras desayunaban en la cocina—. Han dicho que es probable que llueva por todo el país.

Lidwine asintió mientras comía con desgana sus cereales: tenía el estómago revuelto por los nervios. Entonces notó la mano de Béatrix cogiendo la suya.

Sorprendida, alzó la vista y la miró.

—Te voy a echar mucho de menos —confesó la mujer con voz trémula.

Lidwine se quedó de piedra al ver que tenía los ojos húmedos. Nunca la había visto llorar. Béatrix era una persona maravillosa y le estaría siempre agradecida por haberla adoptado... pero incluso ahora, ocho años después, a veces sentía como si no la conociera.

La mujer tenía un carácter frío, muy distinto al suyo. Trabajaba muchas horas por semana, por lo que su tiempo juntas era escaso. Lidwine siempre la había sentido más como una hermana o una amiga que como una madre, tal vez porque además, Béatrix aparentaba menos años de los que en realidad tenía.

La joven se sentía culpable por pensar así de su madre adoptiva, pero tenía que admitir que esta era engreída y superficial, siempre preocupada por el dinero y las apariencias. Siendo justos, hay que decir que jamás le había negado nada ni la había tratado como si no fuera de su propia sangre, pero no solía mostrar su afecto de manera demasiado evidente. Por ello, Lidwine aún se sorprendió más cuando Béatrix se levantó y la abrazó con torpeza.

—Vendré a verte a medio trimestre, ya lo sabes —musitó, sin saber qué otra cosa decir. Los ojos le escocían ante aquella inesperada muestra de afecto.

Su tutora se apartó lo suficiente para mirarla a los ojos con dulzura.

—Lidwine, siempre has sido como una hija para mí. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí —contestó ella, frotándose los ojos avergonzada para no dejar caer las incipientes lágrimas.



—Bien. —Béatrix se sentó de nuevo y bebió un sorbo de café—. Te llamaré todas las noches para ver cómo estás, tenga el trabajo que tenga.

—Gracias —soltó con cierta brusquedad, pasados unos segundos.

—No tienes que darme las gracias por quererte...

—No me refiero a eso —aclaró Lidwine con voz temblorosa— sino a... a todo lo demás. Gracias por cuidar de mí todos estos años.

—No tienes que darme las gracias por algo así, cariño —repitió Béatrix—. Y estoy segura de que tu... madre te quería. —Pronunció la palabra «madre» como si le costara—. Supongo que tuvo una buena razón para abandonarte.

Por el modo en que lo dijo, con voz inexpresiva, a Lidwine le dio la sensación de que estaba nerviosa, como si le ocultara algo.

—Supongo —corroboró ella, incómoda.

Béatrix la miraba de un modo inescrutable, con sus verdes y fríos ojos centelleantes como esmeraldas.

—Sabes que puedes confiar en mí para todo... ¿verdad, cielo?

Aquella pregunta desconcertó a Lidwine. ¿Por qué le diría aquello justo entonces? ¿Sospecharía que le ocultaba algo respecto a la carta?

—Claro —asintió con desasosiego, evitando su mirada.

—¿Irás a recoger ese espejo que te dejó tu... tu madre? —De nuevo, tuvo la impresión de que a Béatrix no le gustaba hablar de Delphine.

—Sí, por supuesto —contestó, enrojeciendo.

Sentía cómo si la llave, oculta bajo el escote de su camiseta, le quemara la piel. En aquel momento, cayó en la cuenta de algo y alzó la vista, atónita.

—Un momento. ¿Y tú cómo sabes que es un espejo?

—Ah, pues... me lo habrás dicho tú, supongo —respondió Béatrix, evasiva. Dio un sorbo a su café, evitando mirarla—. Vaya, se me ha enfriado.

—No, yo no te dije nada. —Lidwine entornó los ojos, suspicaz, pero la mujer no respondió—. Béatrix.

Pronunció su nombre con suavidad y mantuvo la mirada fija en su rostro, hasta que su tutora se vio obligada a devolvérsela. Sin embargo, enseguida volvió a desviarla. Su incomodidad era palpable.

—¿Qué sabes tú de ese espejo? —insistió la chica.

Béatrix la miró de nuevo, esta vez con una sorprendente frialdad. Dio otro largo sorbo antes de hablar. Por fin, dejó la taza de café sobre la mesa, con movimientos lentos y controlados.

—Solo diré que, tal vez... ese espejo no sea nada importante.

Aún más desconcertada, Lidwine la miró unos instantes en silencio. Su corazón inició una marcha salvaje.

—Béatrix —repitió muy seria, comenzando a enfadarse—. Es obvio que me ocultas algo y no me gusta nada. Ya me siento bastante imbécil después de que mi verdadera madre decidiera contactarme solo después de su muerte. ¿Puedes decirme qué demonios está pasando?

Su tutora seguía mirándola con expresión pétrea, inmutable.

—¿Qué quieres decir con que tal vez ese espejo «no sea nada importante»? —insistió—. ¿Y qué sabes tú del asunto, de todos modos? ¡Es obvio que hay algo que no me has contado!

—Está bien, cálmate, Lidwine —dijo Béatrix al fin. Inspiró hondo, titubeante—. Verás, nunca te he contado nada porque... no quería hacerte daño.

Hizo otra pausa para suspirar y la chica sintió que se le congelaba el corazón. ¿Qué le diría a continuación?

—Cariño, tu madre nunca te abandonó... —Por fin, su tutora la miró a los ojos—. En realidad, le quitaron tu custodia.

—¿Qué? ¿Por qué?

Béatrix bajó la vista y sorbió por la nariz. En un susurro apenas más alto que el soplo del viento entre los árboles, confesó:

—Ella... no estaba en sus plenas facultades mentales.

Se hizo un silencio sepulcral en la cocina. Lidwine pestañeó, luchando por contener las lágrimas y deshacer el doloroso nudo de su garganta.

—¿Qué le pasaba? —preguntó, sin apenas levantar la voz.

—Mejor te cuento la historia desde el principio. Por desgracia, al poco de nacer tú, Delphine perdió su empleo. Unos meses más tarde, su novio... es decir, tu padre —se corrigió—, la abandonó y se desentendió de vosotras. Entonces, parece ser que ella... desarrolló una extraña obsesión por un viejo espejo que tenía en casa, o eso afirmaron algunas personas que la conocían en aquel entonces.

Lidwine sintió que el corazón le daba un vuelco al oír la palabra «espejo».

—Se pasaba el día encerrada en casa leyendo libros que sacaba de la biblioteca y algunos vecinos se quejaron de oírte llorar a todas horas. Incluso afirmaron haberla visto caminando como hipnotizada, hablando sola con el

espejo, como si... como si oyera voces.

Béatrix suspiró y miró a lo lejos a través de la ventana.

—¿De qué eran los libros?

—¿Cómo?

—Los libros que sacaba de la biblioteca.

—Ah, pues... de magia negra.

De nuevo se hizo el silencio. Pasados unos incómodos segundos, Béatrix retomó la historia.

—Al final, los vecinos llamaron a la policía, pues como ya te he dicho, te oían llorar demasiado y temían por ti. También influyó el hecho de que hiciera semanas que no veían a tu madre salir de casa. Delphine tuvo una crisis nerviosa cuando se te llevaron y la internaron en una clínica.

—¿Es allí donde murió? —preguntó Lidwine con la voz ahogada, pues tenía el rostro enterrado entre las manos.

—No, cariño. Ella... huyó del hospital al poco de ser internada.

—¿Era algo así como un centro psiquiátrico?

—Sí —asintió Béatrix en voz baja, cogiéndole la mano—. Por desgracia, a tu madre le diagnosticaron esquizofrenia.

—¿Y mi padre? ¿Por qué no me llevaron con él? ¿Por qué el orfanato?

—Les costó cierto tiempo encontrarle, pues no sabían su nombre —explicó Béatrix con voz trémula—. Cuando lo hicieron, él... estaba viviendo con sus padres y no tenía empleo. Era aún más joven que tu madre, tan solo tenía dieciocho años, y no podía hacerse cargo de ti.

—¿Y sus padres? Mis abuelos —insistió Lidwine.

—Prefirieron que te quedaras en el orfanato. Te repito que tu padre era muy joven y... afirmó haberse equivocado con tu madre. Dijo que él nunca planeó dejarla embarazada. Dijo que ella lo engañó para mantenerlo a su lado. —Béatrix se removió incómoda en su silla y carraspeó.

—El caso es que no me querían —musitó la joven, apoyando la frente sobre sus manos—. ¿Y mi madre? ¿No tenía familia?

—No. Sus padres estaban muertos y no tenía hermanos. —La mujer hizo una pausa—. Lidwi, lo siento tanto. Imagino cómo debes sentirte, sé que...

—¿Es hereditario? —la interrumpió de golpe Lidwine, sollozando.

—¿Cómo?

—La esquizofrenia de mi madre... ¿acabaré yo igual que ella?

—Chist, no llores, cariño. Por favor, ven aquí.

La chica se refugió en sus brazos hecha un mar de lágrimas, mientras Béatrix le acariciaba el pelo y la mecía con dulzura.

—Nada indica de forma clara que tu madre tuviera una enfermedad mental. Quizá tan solo atravesaba una mala época... tuvo una vida muy dura, por lo que parece. —Hizo una pausa—. Mira, hace tiempo que debería haberte contado todo esto, pero no me vi capaz. Sé muy bien que hoy no era el día más indicado. En realidad, quise decírtelo hace meses, pero me faltó valor y lo fui dejando para el día siguiente... hasta llegar a hoy. Y ya no podía dejar pasar más tiempo. Sobre todo después de que recibieras esa carta. No quería que fueras a París, te enteraras de otro modo mucho peor y me odiaras por haber sido tan cobarde.

—¿A qué te refieres con eso de enterarme de otro modo mucho peor?

A Lidwine le daba vueltas la cabeza. En las últimas dos semanas había averiguado más cosas de su pasado que en el resto de su vida junta.

—Mira, yo solo te digo que ese espejo... es posible que no sea nada valioso, ¿entiendes? —Béatrix suspiró impaciente, como si quisiera terminar con aquello de una vez—. No quiero que te lleses una desilusión. Puede que ni siquiera haya nada en esa supuesta cámara de seguridad.

Como si le hubieran dado una bofetada, Lidwine entendió a qué se refería. Recordó todas las advertencias de peligro de su madre, su manía persecutoria, su insistencia en que guardara el secreto a toda costa.

«Los delirios paranoicos de una loca. Nada más y nada menos».

—Qué imbécil he sido. Ahora lo entiendo todo. —Se llevó las manos a la cabeza, sacudiéndola—. Joder, ¡pero qué imbécil...!

—¿Ahora qué quieres decir? —Béatrix la miró frunciendo el ceño—. Mira, yo no sé lo que te habrá dejado tu madre en esa cámara pero...

—Espera un momento. —La joven se levantó de un salto y fue a corriendo a su cuarto. Al volver, arrojó sobre la mesa la carta de su madre—. He sido una idiota por confiar en alguien a quien no conocía de nada. ¡Dios, me daría de bofetadas! Lee lo que dice, por favor.

Desconcertada por completo, Béatrix apartó su café a un lado y cogió las hojas de la mesa. Mientras las leía, su semblante fue nublándose más y más. Al terminar, miró a su hija adoptiva con aire compungido.

—Sí... a algo así me refería —suspiró, sacudiendo la cabeza—. No quería que llegaras a París y te montaras alguna película si después resultaba que la cámara estaba vacía, por ejemplo. —Se levantó para abrazar a

Lidwine, que la correspondió aturdida. Después, la mujer se separó y la cogió por los hombros—. Me alegro de que hayas decidido confiar en mí y me hayas enseñado la carta. No habrá sido fácil para ti.

—Me siento tan estúpida —exclamó la chica, cubriéndose el rostro con las manos—. Tú me lo has dado todo y así te lo pago... Debes de creer que estoy tan loca como ella. Eso si no lo estoy de verdad, claro.

—No vuelvas a decir eso jamás, ¿me oyes? —Béatrix la cogió por la barbilla y la miró fijamente a los ojos ambarinos, casi transparentes—. No estás loca y nunca vas a estarlo. Y ahora deja de llorar, por favor... La situación no es tan terrible como parece. Anímate, piensa en que te vas a París a hacer lo que más te gusta en el mundo. Pronto te olvidarás de todo esto.

Aún temblorosa, Lidwine aceptó el pañuelo de papel que le tendía su tutora y se secó los ojos y la nariz.

—A fin de cuentas, no les conocías. Tu padre se desatendió de ti desde un principio y tu madre... Bueno, cuando huyó del hospital desapareció por completo y nunca trató de recuperarte. Eran muy jóvenes, Lidwi. Siempre he pensado que la verdadera familia es aquella que te quiere y cuida de ti.

—Eso es cierto —murmuró la joven—. Precisamente por eso, debería haber confiado en ti. Me ofreciste tu ayuda una y otra vez y yo la rechacé. Además...

—No te disculpes más, por favor —la interrumpió Béatrix con cariño y le sonrió—. Olvidémoslo. Lávate la cara y nos vamos, ¿de acuerdo? Si no, perderás el avión. ¡Solo nos faltaría eso!

Lidwine asintió con cansancio y se puso en pie. Antes de salir de la cocina, se dio la vuelta y añadió:

—¿Sabes si mi padre sigue vivo?

—A decir verdad... no, no lo sé, cielo.

La chica asintió y dudó unos instantes antes de preguntar:

—Y su nombre... ¿lo sabes?

—François Sagorin. Fontaine era el apellido de tu madre.

Sin decir más, Lidwine reemprendió el camino hacia su cuarto. Mientras subía las escaleras alfombradas de terciopelo granate, miró por encima del hombro y vio a Béatrix retocándose el maquillaje ante el espejo del vestíbulo. Nunca perdía su vanidad, ni en momentos así. Meneando la cabeza, siguió subiendo.

Cuando alcanzó el piso de arriba, entró un momento en el baño y abrió el grifo para mojarse la cara con agua fría. Contempló sus ojos en el espejo, enrojecidos e hinchados, el mohín de disgusto y las marcadas ojeras.

—Perfecto —musitó con ironía para sus adentros.

Se secó la cara, se colocó bien la camiseta blanca de tirantes y fue a su habitación para coger el bolso y comprobar que no se dejaba nada. Las maletas aguardaban ya en el vestíbulo.

«A partir de ahora, todo va a salir bien», se obligó a pensar.

Una vez estuvo lista, bajó con presteza las escaleras hacia el vestíbulo, donde Béatrix la aguardaba impaciente.

—¿Lo tienes todo? —La miró con aire inquisitivo.

Lidwine guardó silencio unos instantes, repasando en su mente todo lo que debía llevarse.

—Creo que sí... —musitó con los ojos entrecerrados. En ese momento se acordó de algo y se corrigió—: Ay no, me he olvidado una cosa. Ahora vengo.

Béatrix asintió sin prestarle mucha atención y se giró para abrir la puerta.

—Date prisa.

—Será solo un segundo.

Entró corriendo en la cocina y sus ojos toparon con la carta, aún abandonada entre los restos del desayuno. Cerró los dedos en torno a las hojas y la sacudió un ramalazo de remordimiento, como si estuviera traicionando a Béatrix.

Pese a todo, tras un último instante de duda, deslizó la carta dentro de su bolso y salió sin mirar atrás.

\*\*\*

—Bueno —dijo Béatrix, acompañando a Lidwine hasta el control de seguridad—. Que vaya muy bien, llámame en cuanto llegues a la residencia, ¿vale?

—¡Claro! —La chica se adelantó para abrazarla con ternura.

—Vas a volver convertida en una artista... aunque en realidad ya lo eres.

Lidwine sonrió, marcando sus bonitos hoyuelos.

—Bueno, pues... nos vemos a principios de noviembre.

—Te llamaré cada noche, así que no intentes escabullirte, ¡porque estaré vigilándote! —bromeó ella, aún abrazada a su hija adoptiva—. ¡Ay...! ¡Cuánto voy a echarte de menos! —Le dio dos sonoros besos y se apartó para contemplarla. Sus ojos verdes se iluminaron y le sonrió con picardía mientras le pellizcaba la mejilla—. Estás preciosa, pero pórtate bien cuando estés allí, ¿me oyes? Los chicos parisinos son más atrevidos que los de Lyon...

—Deja de decir tonterías —rió Lidwine, tomándola de la mano—. Pienso pasármelo genial, pero echarle el guante a algún chico no encabeza mi lista.

—Así me gusta. Tú hazlos sufrir. —Su tutora le guiñó el ojo y, justo en aquel momento, anunciaron el vuelo Lyon-París por megafonía—. Será mejor que pases ya el control, cielo.

—Muy bien... Hasta pronto, Béatrix. —La abrazó con fuerza una vez más—. No te preocupes por mí. En cuanto llegue a la residencia te llamaré.

—De acuerdo... Pásatelo bien y estudia mucho, ¿eh?

Lidwine se despidió con la mano, sonriente, y atravesó el control sin problema. Por suerte, ya no había cola, dado que habían llegado con el tiempo un poco justo y faltaba poco para que el avión despegara.

Una vez al otro lado, se giró hacia su madre adoptiva, que la despedía con la mano sonriente, aunque sus ojos traslucían cierta ansiedad.

—¡Hasta pronto! —gritó para hacerse oír por encima del barullo que armaba la gente y a través de la distancia que las separaba.

—Adiós, cariño, ¡buen viaje!

Ya en la puerta de embarque, una azafata comprobó su billete con impaciencia y la dejó pasar. Por suerte, el vuelo solo duraba una hora, más o menos. Había viajado mucho antes, a Inglaterra, Italia, España... pero aun así, seguía poniéndola un poco nerviosa el hecho de subir a un avión.

Por fin, ocupó su asiento junto a la ventana y suspiró. No iba a aburrirse durante el viaje, de eso no cabía duda, pues tenía mucho sobre lo que pensar. No podía creer que hubiera sido tan estúpida, creyéndose a pies juntillas todas las tonterías que le había dicho su madre en la carta. Con un escalofrío, se preguntó de qué habría muerto. Si era tan joven cuando la tuvo, no podía haber sido mucho mayor que Béatrix antes de morir...

Había estado interrogándola mientras iban hacia el aeropuerto, pero ella le había asegurado que no sabía nada más, aparte de lo que le había contado. También le resultaba extraño que Delphine se hubiera puesto en contacto con ella solo después de morir y no entendía de dónde habría sacado

su dirección.

Tampoco tenía ni la más mínima idea acerca del motivo de su fallecimiento. Al parecer, su madre había desaparecido del mapa después de huir del centro psiquiátrico. Nadie había vuelto a saber de ella.

Lidwine miró por la ventana mientras el avión comenzaba a elevarse. Odiaba aquella sensación. Se mesó el pelo distraída mientras sus pensamientos volvían al tema que la obsesionaba.

Se preguntó por el paradero de su padre. Béatrix le había preguntado si pensaba intentar dar con él, incapaz de disimular la ansiedad en su voz. Sonrió para sus adentros. Como si ella fuera a abandonar a su tutora, después de todo lo que le había dado. No obstante, investigar un poco no haría daño a nadie...

Aun así, no sabía si tenía ganas de hablar con una criatura tan despreciable como François Sagorin, alguien que había abandonado a su novia embarazada sin ningún remordimiento, sabiendo que estaba sola y sin trabajo, que había rechazado a su hija una vez le habían quitado la custodia a Delphine, y que no había tenido escrúpulos a la hora de mandarla a un orfanato.

Compró un zumo a una de las sonrientes azafatas con pinta de maniquí y lo sorbió mientras sus ojos color oro se perdían entre las nubes que avistaba a través de la ventana. Al buscar un pañuelo de papel en el bolso, sus dedos tocaron con la carta de su madre y su corazón sufrió una sacudida.

No sabía por qué, pero había sentido la necesidad de llevársela, tal vez en un momento de debilidad sentimental. La acarició con los dedos y decidió que iría a la cámara de seguridad a pesar de todo. No podía quedarse con la intriga de saber lo que había dentro y, de todos modos, la opinión que tenía de su madre ya no podía empeorar mucho más.

Mientras sus ojos volaban de una línea a otra, se dio cuenta de lo distinta que se veía la carta al ser releída tras todo lo que había averiguado. Manía persecutoria, delirios paranoides, comportamiento neurótico y obsesivo... La carta no hacía sino confirmarlo. Por más que Béatrix hubiera tratado de quitarle hierro al asunto, era evidente que su madre había estado loca de remate.

Teniendo eso en cuenta, no era difícil suponer el motivo de su muerte. Al huir del hospital, se había condenado a una vida de vagabunda, sin acceso a los medicamentos que podrían haber suavizado los efectos de su enfermedad mental.



Bah, ¿qué más daba? Aquella mujer jamás se había ocupado de ella. ¿Para qué martirizarse así ahora?

En realidad, la única que se había portado como una madre era Béatrix. Ahora tenía más motivos que nunca para confiar en ella, y se daba de bofetadas por no haberlo hecho desde el principio. Eso le habría ahorrado dos horribles semanas de pesadillas y dolores de cabeza. Tanta historia para resolver el acertijo y tal vez, ni siquiera existiera la famosa cámara de seguridad...

Al consultar su fino reloj de pulsera plateado, se percató de que en veinte minutos estaría en París. Y tan solo cuatro horas después de llegar, tendría lugar la presentación de la carrera en la que sería su universidad.

Sintió los nervios borboteando en su estómago. Era tímida por naturaleza y la aterraba conocer gente nueva. Deseó que sus compañeros fueran más extrovertidos y le hablaran ellos primero. De lo contrario, seguro que se quedaría sola en un rincón todo el rato.

El resto del viaje transcurrió veloz mientras Lidwine se imaginaba cómo sería la carrera de Bellas Artes. Todo el mundo, incluidos sus antiguos profesores, le había dicho siempre que tenía un talento innato para la pintura, aunque las otras vertientes —el diseño, la fotografía y la escultura— tampoco se le daban nada mal. Su verdadera pasión, sin embargo, era el dibujo.

Por fin, el avión tomó tierra en la pista de aterrizaje. En cuanto tuvo un pie fuera, se apresuró a ir en busca de su equipaje, entusiasmada. ¡Estaba en París y al fin iba a cumplir su sueño! En ese momento, la posible esquizofrenia de su madre y el misterioso espejo quedaban lejos de sus pensamientos.

Pese a lo que le había dicho antes a Béatrix, se preguntó si habría algún chico guapo en su clase. Se moría por conocer a hombres sensibles, cuyo amor por el arte fuese tan intenso como el suyo propio. También anhelaba visitar todos los museos y monumentos de París; dedicaría un mes entero si era necesario a recorrer el Louvre por completo.

Con un suspiro de emoción, recogió su maleta de la cinta transportadora y puso rumbo hacia la salida sin darse cuenta de que estaba sonriendo.

## CAPÍTULO 4

La residencia de estudiantes *La Moderne* quedaba en la elegante y tranquila zona de Saint Germain des Prés, cerca de la prestigiosa Sorbona. El emplazamiento era perfecto para Lidwine, pues la universidad donde cursaría sus estudios de arte se hallaba a escasos metros de la residencia. El lugar irradiaba vitalidad y la joven lo adoró desde el primer instante, contagiada por la magia del entorno.

Para su deleite, el museo Delacroix quedaba justo al lado. Cuando sus ojos se posaron en él, el estómago le dio una sacudida. A pesar de su impaciencia, decidió dejar la visita para más adelante, pues el taxi había tardado siglos en llegar a la ciudad por culpa del tráfico y se le había hecho tarde. De hecho, quedaba una hora y media escasa antes de que diera inicio a la presentación de la carrera.

La residencia la dejó con la boca abierta incluso antes de entrar. El edificio, de un cálido tono tostado, le recordó de inmediato a la Casa Tassel de Bruselas, que había visitado el año anterior. La fachada era un despliegue de naturaleza viva: tejado ondulante verde claro, paredes color vainilla y una puerta de madera llena de formas que, como látigos vivientes, se enroscaban en una selva de flores y helechos de gran realismo.

Tenía seis plantas con sendos balcones, cuyas barandillas de hierro forjado adoptaban delicadas formas sinuosas. La parte central de la fachada estaba dividida a intervalos regulares por enormes ventanales de vidrio, separados a su vez por columnas de color marfil.

Sin apenas creer lo que veían sus ojos, Lidwine empujó la pesada puerta de entrada. Al momento, la envolvió el intenso frío del aire acondicionado, en contraste con el asfixiante calor veraniego. No obstante, ella apenas lo notó, boquiabierta ante lo que la rodeaba.

El interior, diez veces más impresionante que la fachada, estaba decorado en madera de cedro rojo oscuro, bronce y vidrio. Por todas partes, lámparas en forma de campanillas parecían alargar sus hojas hacia ella, envolviéndola en un círculo de ensueño nacarado. Varias columnas se distribuían por la recepción, decoradas con aterciopeladas plumas, y en la pared que daba al exterior, mosaicos y vidrieras de formas imposibles llenaban el espacio de color.

Lidwine avanzó unos pasos, mirando a su alrededor, hipnotizada. Tras

un pasillo, que terminaba en cinco escalones, el vestíbulo se dividía en tres alas. A la derecha, una serpenteante escalera de caracol se perdía en las profundidades. A la izquierda, se hallaba la recepción, donde diversos estudiantes de cursos superiores hacían cola frente al mostrador. La joven dirigió la vista al frente, pero una puerta de bruñida madera rojiza con impresionantes ornamentos de hierro le impedía saber qué escondía el ala central.

Tratando de actuar con normalidad y de quitar aquella expresión aledada de su rostro, se colocó detrás de dos estudiantes que hacían cola. Aquel lugar no parecía en absoluto una residencia estudiantil, sino más bien un hotel de lujo. Se estaba preguntado cuánto dinero le costaría a Béatrix cuando la voz de la recepcionista la devolvió a la realidad.

—Dime, cariño.

Lidwine se giró hacia ella y observó su amplia sonrisa forzada, que no terminó de agradarle del todo. Tendría unos cuarenta y cinco o cincuenta años y vestía una blusa de satén color marfil combinada con una falda gris. Llevaba el pelo, de un tono rubio muy claro, recogido en un elegante moño colmena y los labios pintados de rojo pasión, con los picos y las comisuras perfilados de forma exagerada, como la boca de un payaso. Sus largas uñas, pintadas a juego, repiquetearon sobre el pulido mostrador. La piel de sus manos era suave y tersa, como si no hubiera fregado un plato en su vida.

—Hola —comenzó con timidez—. Soy una estudiante de primero de Bellas Artes, vengo a...

—Dime tu nombre, cielo —la interrumpió la mujer con impaciencia.

Tomó una de las carpetas que descansaban ante ella y sacó una lista de nombres. En lo alto, escrito con elegante caligrafía francesa, se leía «Bellas Artes». Probablemente, hacían listas de estudiantes según la universidad a la que iban para que fuera más sencillo encontrar su nombre.

—Lidwine Fontaine —musitó algo intimidada.

—Disculpa, ¿Lidwine qué más, querida?

La sonrisa de la recepcionista, que parecía habersele congelado en el rostro, mostraba unos dientes amarilleados por el tabaco.

—Fontaine, Lidwine Fontaine —repitió en voz algo más alta.

—Veamos... Fontaine, Fontaine... —murmuró la mujer mientras recorría la lista con una afilada uña rojo sangre. De pronto, sus ojos se iluminaron al posarse sobre un nombre—. ¡Aquí está! Tercera planta, habitación trece, junto a Cécile Duperrier.

A Lidwine no le hizo ninguna gracia saber que le había tocado la habitación número trece, pero se regañó al instante por creer en tonterías supersticiosas.

La mujer de la recepción se agachó para pasar por debajo del mostrador y le dio dos besos con aire petulante, apenas sin rozarla. Al tenerla más cerca, Lidwine advirtió que su nariz, pequeña y respingona, parecía operada.

—Me llamo Zérelde Fournier, aunque aquí todo el mundo me conoce como madame Fournier. Soy una de las caseras de esta residencia junto con Odile, madame Mathieu para ti, querida. Supongo que mañana la conocerás, hoy no se encontraba muy bien del estómago, la pobre... Es una lástima.

La sonrisa burlona que esbozó no iba muy acorde con sus últimas palabras, pero la borró al fijarse en alguien situado detrás de Lidwine. Al girarse, ésta vio a una mujer de aire avinagrado que le quitaba el polvo a los espejos.

—Pauline, encárgate de la recepción unos minutos, ¿quieres? Voy a mostrarle su habitación a esta señorita.

La aludida pasó con una mueca de desdén por el lado de madame Fournier, cuyos labios formaban una línea recta. Al girarse de nuevo hacia Lidwine, la afectada sonrisa volvió a sus labios de payaso.

—Mientras subimos te explicaré las normas principales.

Inclinándose por encima del mostrador, tomó un folleto con fotos de la residencia y se lo tendió a Lidwine. En él aparecían las actividades y servicios de los que podían disfrutar los estudiantes durante su estancia, junto a un listado no muy extenso de normas escritas en tinta dorada.

—Vamos, ¡rápido, cariño!

Al parecer, a madame Fournier le gustaba hacerlo todo tan rápido como se movía y hablaba, lo cual sumado a su delgadez y su chispeante sonrisa, le daba un aire de torbellino que lo arrasaba todo a su paso. Por lo menos, esa sensación se llevó Lidwine mientras seguía casi corriendo a la incansable mujer hasta el flamante ascensor que llevaba a los pisos superiores. Hecho de madera de cedro con volutas rizadas y grabados en fino bronce, el enorme interior estaba forrado de espejos engarzados en piedras preciosas.

—Primera regla —enumeró la casera, pulsando el botón dorado con el número tres. Las puertas se cerraron en silencio y el ascensor comenzó a elevarse con suavidad—. Nada de correteos por los pasillos, chillidos, música

alta o visitas nocturnas a otros dormitorios pasada la medianoche. Aquí somos muy severos respecto a esos temas.

Le guiñó el ojo con picardía, dando un aire poco convincente a sus palabras, aunque la joven, después de ver cómo su azucarada personalidad se transformaba en hielo ante la tal Pauline, no dudaba de sus palabras.

Las antiguas agujas de bronce del ascensor señalaron que iban por la segunda planta.

—Regla número dos: nada de peleas ni escándalos bajo este techo. Si queréis pelearos, salid a la calle.

Las elegantes agujas señalaron el piso tres y las puertas dobles se abrieron con un melodioso sonido, similar a la aguda nota de un xilófono. Sin perder un segundo, la encargada abandonó el ascensor y se alejó a velocidad alarmante por el pasillo. Lidwine comenzaba a pensar que no estaba del todo en sus cabales.

La mujer retomó su discurso mientras caminaban por el corredor, lleno de lámparas flotantes en forma de campanillas y onduladas líneas látigo que, en la ferviente imaginación de Lidwine, se enroscaban alrededor de sus tobillos.

—Regla número tres: cada estudiante debe comprometerse a cuidar de sus posesiones. No nos responsabilizamos de pérdidas, ni siquiera en la lavandería, que dicho sea de paso, está en el sótano, así que no pierdas de vista tus cosas en ningún momento.

Por fin, madame Fournier se detuvo ante una puerta de madera rojiza con el número trece grabado en bronce en la parte superior. Sin pedir permiso, le arrebató la llave, la encajó en la cerradura dorada y la giró con destreza. La puerta se abrió con un suave chasquido y la mujer le indicó que entrara primero. Tenía un aire satisfecho, como anticipando su reacción.

A diferencia del resto de la casa, la estancia estaba decorada en madera de arce, menos sobria que el cedro, llenando la habitación de calidez y feminidad con su tono dorado mate, reforzado por las paredes pintadas en rosa palo.

A la izquierda había dos camas dobles, flanqueadas por postes que imitaban columnas griegas, con los capiteles tallados en forma de rosas. La luz entraba a raudales a través de los ventanales y del balcón central, cuya parte superior era curva y estaba encajada entre paneles de cristal emplomado. Una moqueta color marfil cubría el suelo, tan gruesa y aterciopelada que los pies se hundían en ella.

Sobre las mesitas de noche descansaban dos delicadas lámparas, cuyos soportes adoptaban la forma de mujeres con vestidos repletos de ondas. Contorsionándose con gracia, estiraban sus bracitos dorados hacia arriba para sostener las pantallas de vidrio en forma de campánula.

Sin dar crédito a sus ojos, Lidwine avanzó un poco más y contempló regocijada el enorme mueble de arce que sostenía un televisor de dieciocho pulgadas, colocado frente a dos sillones a juego con la decoración, y un magnífico equipo estéreo que debía de costar una fortuna.

Madame Fournier la seguía de cerca, sonriendo satisfecha mientras la joven accionaba el picaporte de una puerta cubierta de ornamentos serpenteantes y daba a un gigantesco vestidor, vacío por el momento, en el que incluso había dos muebles de zapatos, uno para ella y otro para su ausente compañera de habitación.

Al fondo del vestidor, otra puerta idéntica daba al baño, que parecía sacado de un hotel de cinco estrellas: paredes cubiertas por baldosas de cerámica naranja —a juego con el jabón y las toallas—, grandes espejos en marcos de bronce, una amplia bañera con los acabados de los grifos en dorado... Todo estaba tan nuevo y limpio que parecía brillar con luz propia.

—Es increíble —exclamó, volviéndose hacia la encargada, que la contemplaba expectante—. Es la habitación más bonita que he visto nunca.

Madame Fournier rió gozosa.

—Todavía no has visto el resto de la casa, querida. Confío en que te guste nadar, pues tenemos una piscina de quince metros en el ala oeste de la planta baja. Esta ala también incluye un gimnasio, en el que se realizan diversas actividades, como zumba, yoga y Pilates, y los aposentos del personal. En el ala central se distribuyen las cocinas y el comedor. —Sonrió de nuevo y señaló el folleto que Lidwine aún sostenía entre sus manos—. Ahí tienes un plano de la residencia, para que sepas donde está situado todo. No es que sea tan grande como para perderte, pero te ahorrará confusiones. También incluye los horarios de las comidas. En el ala este se encuentran las salas de estudio y de ordenadores. El WiFi llega sin problema a todas las habitaciones, tienes la contraseña en el folleto.

Lidwine iba asintiendo a medida que la mujer parloteaba.

—Como ya te he dicho, la lavandería está en el sótano. En el ala central también tenemos un patio interior que incluye diversas pistas de tenis y un taller de pintura, ya que por su proximidad, la mayor parte de nuestros estudiantes van a la ENSBA [\[2\]](#) como tú. Por último, el ala este también

alberga una sala de estar en la que, a veces, los estudiantes organizan fiestas, solo permitidas los fines de semana. Los viernes y sábados por la noche hacemos una excepción respecto a la norma del toque de queda. Toda la información sobre fiestas y actividades especiales la encontrarás colgada en los paneles de anuncios que hay al lado de recepción. ¿Tienes alguna pregunta, Ludivine?

—De hecho, mi nombre es Lidwine —aclaró ésta, sonrojándose.

—Oh, disculpa. —La mujer le ofreció su afectada sonrisa.

—No, no tengo preguntas.

—Bien. En todo caso, si tienes algún problema puedes recurrir a mí o madame Mathieu. La encargada del comedor se llama Juliette y la de la lavandería, Marie. —Arrugó la nariz con disgusto antes de proseguir—: Al resto del personal ya lo irás conociendo. Antes has visto a Pauline, una de las limpiadoras. —De nuevo, la expresión de disgusto regresó a su pálido rostro.

Lidwine asintió. La cabeza le daba vueltas ante tanta información sobre las instalaciones de la residencia. De hecho, se sentía así desde que había conocido a «Boca de payaso» Fournier.

Reparó en el envoltorio de un caramelo con la insignia de la residencia e hizo amago de recogerlo, pero la encargada la detuvo con un grito, como si el papel quemara o estuviera contaminado.

—¡No! Deja eso, cielo —exclamó casi palideciendo, mientras se acercaba a Lidwine con rapidez. Al ver el susto que le había dado se apresuró a sonreír, mostrando sus dientes teñidos de nicotina—. Se le habrá caído del bolsillo a una de las criadas. Ni tú ni tu compañera tenéis que limpiar nada, para algo tenemos servicio, que se encarga de hacer las camas, recoger las mesas del comedor y limpiar las habitaciones y los baños.

—Está bien —aceptó Lidwine, sin saber muy bien qué pensar.

No tenía claro si le gustaba aquel sitio, a pesar de todo el lujo. Tenían demasiadas pretensiones. Con cierto desasosiego, se preguntó cómo serían el resto de estudiantes de la residencia, en especial la tal Cécile Duperrier, su compañera de habitación. Se le ocurrió preguntar por ella.

—Perdone, y mi compañera Cécile... ¿dónde está?

—Oh, los estudiantes de tercero empiezan una semana más tarde. Solo los de primero empezáis tan pronto, por el tema de las presentaciones. Ella también estudia en la ENSBA. —A la mujer se le iluminaron los ojos—. Seguro que os haréis amigas, es una muchacha encantadora.

A Lidwine le inquietó la perspectiva de una chica que fuese del

agrado de Boca de Payaso, pero trató de disimular su inquietud y asintió.

—A propósito, cariño. —La encargada no pudo ocultar un matiz de entusiasmo en su susurrante voz—. Me he fijado en que el apellido de tu madre es Lafayette. ¿No estará por casualidad emparentada con los Lafayette... de los grandes almacenes?

Lidwine miró a la emocionada mujer alzando las cejas.

—¿Béatrix Lafayette? Ella no es mi madre —puntualizó, imitando la sonrisa pedante de la mujer. Anticipando su reacción, añadió con orgullo—: Soy adoptada. Y en todo caso, no. No está emparentada con los Lafayette de los grandes almacenes.

—Oh —murmuró madame Fournier, a todas luces decepcionada y arrugando la nariz con disgusto ante la palabra«adoptada», como había hecho al hablar del servicio—. Muy bien, cielo. Espero que disfrutes de tu estancia aquí.

Inclinó la cabeza con aire ceremonioso. Al llegar a la puerta, se giró una última vez mientras asía el picaporte. Le dedicó una de sus edulcoradas y eternas sonrisas, entre perversa y satisfecha.

—Ya nos veremos, Ludi... Lidwine. Y recuerda las normas —recalcó, alzando un dedo a modo de advertencia.

Se fue cerrando la puerta con suavidad tras de sí, sus últimas palabras flotando en el aire como una amenaza encubierta.

Lidwine resopló y recogió el envoltorio de caramelo con rabia.

—«Oh, ¡deja eso, querida!» —murmuró entre dientes, imitando la voz afónica de la casera.

Se tiró sobre la cama y estiró el brazo hacia el teléfono. Marcó los dígitos del móvil de Béatrix y esperó. Un tono. Dos tonos.

—¿Sí?

—¡Hola, Béatrix!

—¡Cielo! Ya te echaba de menos. ¿Cómo estás? ¿Ha ido bien el viaje?

—Muy bien —repuso Lidwine, observando el reborde de rosas de escayola del dosel y las lámparas colgantes—. Estoy tumbada en la cama de mi flamante y enorme habitación.

Béatrix rió.

—¿Te gusta? No quise decirte nada para no arruinarte la sorpresa.

—¿Gustarme? Es demasiado. ¡Parece un palacio! Y todo decorado en plan Art Nouveau.



—Lo sé, por eso la escogí, sé lo mucho que te gusta. Dudaba entre otras residencias cercanas, pero cuando vi las fotos de ésta, me decidí de inmediato. Y he oído decir que tratan muy bien a los estudiantes.

—Demasiado bien...

—¿Qué quieres decir?

—Pues... no sé. —Lidwine dudó, enroscando y desenroscando entre los dedos un mechón que se le había soltado del moño—. ¿No son un poco repipis? Tienen muchas ínfulas. Y esa horrible madame Fournier...

—¿Ya la has conocido? Hablé con ella por teléfono. Debes reconocer que es un encanto y tiene mucha clase hablando.

—Esa mujer está loca. Casi le da un ataque porque quise recoger un envoltorio de caramelo del suelo. Y todo el rato me llamaba«cielito»o«querida»... Incluso me miró casi con desprecio cuando le dije que era adoptada.

—¿Por qué se lo dijiste? —preguntó Béatrix con voz inexpresiva.

—Porque quiso saber más acerca de tu posible parentesco con los Lafayette de los grandes almacenes. —Lidwine puso los ojos en blanco, imitando el tono pomposo de la encargada.

Su tutora prorrumpió en sonoras carcajadas.

—No tiene gracia... En serio, creo que le disgusta que no venga de una familia«acomodada», como diría ella. Que no sea más que una huérfana.

—Bah, Lidwine, no lo creo —rechazó Béatrix—. Zérela Fournier es una mujer buena y respetable. Pierre, ya sabes, del bufete, me habló de ella y me recomendó la residencia sin pensárselo dos veces. Él tiene a su hijo allí y dice que está encantado.

—Pierre es igual que ella —bufó Lidwine, socarrona—. ¿Cómo no iba a gustarle? Dios los cría y ellos se juntan...

—Entonces, ¿me estás dando a entender que la residencia no te gusta? ¿Te esperabas algo mejor? —Se percibía desilusión en su voz—. Realmente, cariño, pensé que te encantaría.

—Oh, no me hagas caso —se apresuró a contestar Lidwine. No quería que Béatrix pensara que era una desagradecida—. Solo estaba bromeando, ya me conoces. Me gusta mucho.

Y era verdad. Las vanidades y tonterías de la encargada se le olvidaban muy rápido cuando miraba a su alrededor y se imaginaba nadando en la piscina, jugando en las pistas de tenis o sumergiéndose en la bañera.

—Pero, oye —añadió—. Este lugar es muy caro, me sabe fatal que...

—¡Ni una palabra más! — la acalló su tutora al instante. Su tono le recordó a Boca de Payaso—. Tú mereces lo mejor y lo tendrás. Ya sabes que el dinero no es problema. Tú gasta todo lo que necesites con la tarjeta de crédito que te di.

La joven suspiró y se dispuso a plantearle lo que llevaba maquinando desde hacía ya un tiempo, aunque sabía que no lo aceptaría.

—Verás, en realidad, había pensado buscar un trabajo, de camarera o algo así, para ayudarte con los gastos...

—¡Ni hablar! —se escandalizó Béatrix, horrorizada. Lidwine casi podía verla palidecer bajo su intenso bronceado, instalada en su lujoso despacho del bufete.

—Pero yo quiero hacerlo, de verdad...

—Déjate de tonterías —insistió su madre adoptiva, tajante—. A saber lo que podría ocurrirte, ¡una preciosidad como tú trabajando en un bar de mala muerte y acosada por los borrachos!

—Bueno, no es así como yo me lo imaginaba —bromeó la chica, tratando de suavizar el ambiente.

—He dicho que no y es que no, ¿me oyes, Lidwine? No hagas nada que pueda disgustarme, por favor.

—Está bien —aceptó al fin, sumisa.

—Así me gusta —contestó Béatrix complacida. Su voz volvió a adoptar su matiz suave y calmado—. En fin, cielo, no te entretengo más, no quiero que llegues tarde. Cuídate. Esta noche te llamo, ¿de acuerdo?

Se despidieron y Lidwine colgó el teléfono. Consultó su reloj de pulsera: quedaban apenas cuarenta minutos para la presentación.

Se sentía sucia y pegajosa, así que se dio una ducha rápida en la enorme bañera de su nuevo lavabo. Se peinó el pelo en su acostumbrado moño tirante y se puso otra camiseta, con un dibujo de la Mona Lisa sacando la lengua en la parte delantera. Se la había comprado en Italia el verano pasado y le encantaba.

Sor suerte, hacía mejor cara que antes, así que se maquilló poco: máscara de pestañas y brillo afrutado en los labios. Sus altos y marcados pómulos no necesitaban colorete, pues siempre tenían un saludable color rosado. Se miró por última vez en el espejo, cogió su bolso y se fue tras cerrar la puerta con llave.

Al pasar por el elegante vestíbulo, vio por el rabillo del ojo a madame Fournier, que estaba al teléfono detrás del mostrador. Ésta le hizo un gesto de

despedida que Lidwine devolvió con poco entusiasmo.

Cuando abandonó el fresco ambiente de la residencia, el agobiante calor del exterior la azotó con fuerza, como si acabara de entrar en una atmósfera casi sólida. Por suerte, la facultad no se encontraba lejos, al contrario: apenas tenía que caminar cien metros.

El lugar hervía de actividad. Por todas partes, estudiantes nuevos pululaban de un lado a otro, haciendo cola en secretaría para recibir la carpeta, la agenda y la guía del estudiante y comenzando a hablar entre ellos con sonrisas nerviosas.

El estómago le sufrió una violenta sacudida y todo su cuerpo se puso en tensión. Odiaba su asfixiante timidez. En un intento de tranquilizarse, se puso a la cola y comenzó a mirar a su alrededor.

El edificio era nuevo y parecía enorme, claro que apenas se había detenido a mirarlo desde fuera. El vestíbulo, donde ella se encontraba en ese instante, era frío y moderno, con paneles negros de madera y esculturas de aspecto muy caro.

En la pared más próxima a Lidwine, un enorme corcho desentonaba de forma chocante con el entorno, cubierto de avisos sobre ausencias de profesores y actividades de la facultad. También aparecía colgada la lista de los admitidos a primer año. Lidwine sonrió al imaginar su nombre ahí. No había sido nada fácil superar la prueba de acceso a la carrera.

Continuó contemplando los alrededores. El suelo era de parqué, de un tono más claro que las paredes. Al fondo, un pasillo de mármol travertino llevaba a las aulas y a su izquierda, un enorme ventanal de vidrio daba a una terraza interior, donde al contrario que en su residencia, todas las líneas eran rectas. Incluso la vegetación artificial parecía domesticada a golpe de cincel. Una gran fuente con su pequeño estanque presidía el entorno; pese al grueso cristal, le llegó el arrullador rumor del agua. Paredes de ónice verdoso con las vetas naturales de la piedra y barandillas de acero inoxidable completaban el conjunto.

Su atención regresó a la realidad al llegarle el turno en la cola. Recogió la carpeta, la agenda y la guía en cálidos tonos ocres y siguió las flechas de papel que, pegadas con celo a la pared, indicaban el camino hacia la sala de actos, donde tendría lugar la ceremonia de presentación de la carrera. Las clases comenzaban el 29 de septiembre, que era el jueves de esa misma semana.

En su recorrido visual por todo lo que la rodeaba, su mirada topó de

súbito con la de un chico y no fue capaz de apartarla, como si un magnetismo salvaje la atrajera a él. Poseía una belleza casi insolente, como la de un niño travieso. Sus ojos eran de un azul chispeante y el cabello, una masa de ondas doradas, le caía de forma irregular por la frente y entorno a las orejas, con todas las puntas hacia fuera, tan gracioso que a Lidwine le entraron unas ganas irreprimibles de hundir las manos en él.

Mientras le miraba con cara de tonta, el chico esbozó una sonrisa desvergonzada, casi perversa, y los ojos le brillaron con aire burlón. Desde luego, aquella no era la sonrisa de un ángel ni mucho menos.

Poniéndose como un tomate, Lidwine desvió la vista con rapidez. Al cabo de unos segundos, aventuró otra mirada. El chico seguía comiéndosela con los ojos, sonriendo ahora tan abiertamente que parecía estar riéndose de algo. La joven no pudo evitar devolverle la sonrisa, pero al final miró hacia otro lado y se encaminó hacia la reunión, aún con la sonrisa en los labios y las mejillas ardiendo.

## CAPÍTULO 5

Al entrar en la sala de actos, Lidwine reparó en que todavía no estaba llena del todo. Ocupó un asiento en el lado derecho de la cuarta fila, que por el momento estaba vacía. Se obligó a quitarse al chico rubio de la cabeza y oteó la sala.

Era bonita y amplia, con una tarima sobre la cual descansaba una larga mesa de cinco asientos, uno al lado del otro. Las paredes estaban cubiertas por ventanas del suelo al techo, y como muchas otras salas del edificio, la decoración combinaba madera oscura y acero inoxidable.

Cuando sus ojos se detuvieron en la puerta, el corazón le dio un vuelco: ¡el chico de la sonrisa traviesa entraba en aquel momento! Él no la había visto todavía, estaba hablando con alguien que Lidwine no distinguía, pues otra persona le tapaba la vista.

Sobresaltada, miró de nuevo hacia delante y contuvo la respiración, deseando que se acercara a ella y le hablara. Se mantuvo así unos instantes, hasta que oyó una voz grave y aterciopelada que se dirigía a ella.

—Hola, ¿podemos sentarnos aquí?

Al levantar la vista, se encontró con una reluciente mirada azul: era él. Su corazón inició una carrera de latidos frenéticos.

Entonces reparó en la otra figura, una chica que le sonreía con aire petulante, y fue como un jarro de agua fría: parecía sacada de una revista. Ojos transparentes que se achicaban al sonreír, largo cabello de un tono rojizo que brillaba como el cobre y piel blanca y perfecta, casi translúcida. Lo más destacable de su rostro eran los labios, carnosos y sensuales, de un tono rojo natural.

—¡Claro! —exclamó Lidwine, enrojeciendo como de costumbre y sintiéndose estúpida. Los dos se sentaron; para su delicia, el chico se colocó a su lado y la chica que le acompañaba junto a él—. ¿Cómo os llamáis?

—Grégory —repuso el chico, con una sonrisa socarrona.

Al verle de cerca, reparó en la forma perfecta de sus labios, el superior algo más grueso que el inferior, y en el hoyuelo de su barbilla.

—Dorine —La pelirroja sonrió, mostrando unos dientes un poco grandes y tan blancos como en los anuncios de dentífrico.

Muerta de celos, Lidwine se dijo que era clavada a Claudia Schiffer.

—¿Y tú?

—Lidwine.

Ambos se le acercaron para darle dos besos. Cuando sintió la cálida y firme presión de los labios de Grégory en sus mejillas —demasiado cerca de las comisuras—, sintió que casi se desmayaba. Olía de un modo masculino y fresco, una mezcla de bambú y agua de mar que le resultó delicioso.

—Estaba muy nerviosa... creía que sería incapaz de hablar con nadie y me decía: ya verás, te quedarás ahí sola —confesó entre risas.

Dorine sonrió, compasiva.

—Te entiendo. Greg y yo tenemos mucha suerte porque ya nos conocíamos.

—¿Ah sí? —preguntó Lidwine, sacudida por un nuevo ramalazo de celos.

—Sí. —La pelirroja alborotó el ya de por sí desordenado cabello rubio de Grégory y lo miró con una sonrisa de picardía—. A este llevo ya aguantándole desde que llevaba pañales.

—Y sigue llevándolos —susurró él, inclinándose hacia Lidwine.

Dorine le propinó un cachete mientras él se desternillaba.

—¿Ves? Somos como hermanos.

—En realidad, está loca por mí. —Le guiñó el ojo con desfachatez.

—¿Yo, enamorada de ti, engreído apestoso? —se burló Dorine, muerta de risa—. ¡Qué más quisieras!

—Estás aburriendo a la pobre Lidwine con tus niñerías.

Grégory se hacía el serio, pero la picardía seguía brillando en sus ojos azules. Sonrió con complicidad a Lidwine y ella le devolvió la sonrisa.

—Aquí se respira el amor—bromeó la aludida.

—Bueno, Greg tiene sus cosas buenas... cuando se le puede soportar —le confió Dorine, como si el chico no estuviera presente.

Lidwine se preguntó, con serpientes retorciéndosele en el estómago, si habrían salido juntos alguna vez.

«Pues claro, idiota », dijo una voz maliciosa en su cerebro. «¿Acaso no ves la complicidad que tienen y cómo se miran?»

Decidió cambiar de tema.

—¿Estáis nerviosos por el primer día? ¿Creéis que será muy difícil?

— Conozco a una chica...—comenzó Grégory.

—Uno de tus ligues —interrumpió Dorine, hurgando en su bolso.

—... que cursó Bellas Artes aquí —continuó él, lanzándole una mirada asesina— y me dijo que era durillo, pero genial. En teoría, si sabes lo

que haces no tienes por qué preocuparte. Y digo yo que si has pasado la prueba de acceso será por algo, ¿no?

—Supongo... —repuso ella con humildad—. Pero no lo tengo nada claro.

—Grégory ha ganado un montón de concursos de dibujo y encima sus papis son artistas —comentó Dorine sonriente, aún en tono de burla—. Por eso el muy perro está tan tranquilo.

—¿Quieres callarte ya? —exclamó él, molesto. Por primera vez, a Lidwine le pareció que tenía un poco de vergüenza—. No le hagas ni caso. He ganado algún concurso y mis padres se dedican a esto, sí, pero eso no significa nada. ¿Los tuyos tienen algo que ver con el mundo del arte?

—No lo sé —musitó Lidwine, evitando mirarle—. Soy adoptada.

—Vaya, lo siento...

—¿Qué tal te va con tus padres adoptivos? —intervino Dorine mirándola con compasión—. ¿Son simpáticos?

Odiaba que la miraran así, como si fuera un espécimen de laboratorio.

—Solo tengo una tutora, es madre soltera. Y es muy simpática —añadió—. Además, me adoptó cuando yo tenía diez años así que no me siento extraña con ella, es como si la conociera de toda la vida.

—Claro, para ti es como una madre, ¿verdad? —preguntó Grégory, amable.

—Algo así —Lidwine le sonrió y entonces se fijó en que Dorine la miraba con cara rara, como si no le gustase que intimara con su amigo.

—Bueno —dijo ésta, borrando la extraña mueca y esbozando una amplia sonrisa. Sus ojos celestes destellaron—. ¿Y dónde has ido estas vacaciones, Lidwi?

El mote le chirrió un poco, como si lo dijera con retintín.

—Estuve con mi madre adoptiva por la costa Brava, en España. No hicimos gran cosa, solo tomar el sol, visitar calas, ir en barco y hacer excursiones, pero estuvo genial y el hotel era alucinante.

—Ya veo lo morena que estás —comentó Dorine, observando el bronceado de Lidwine. Ella parecía no haber tomado el sol en su vida—. Yo me fui a Londres un mes a mejorar mi inglés con este tonto y otros amigos.

—Si me insulta es solo porque está loca por mí —aclaró él, inclinándose hacia Lidwine con aire confidencial.

—¿Quieres callarte ya? La chica acaba de conocerte, pero ya debe de tener una imagen muy clara de ti —exclamó Dorine, hastiada.

—¿Y qué imagen es esa? —Grégory la miro con aire seductor.

Su amiga le dedicó una sonrisa falsa y empalagosa.

—La de alguien, en tres palabras: engreído, presuntuoso e infantil.

Lidwine se echó a reír, sobre todo al ver la cara del chico.

—Está bromeando, no pienso nada de eso —aclaró, aún risueña.

Él correspondió a su sonrisa de aquel modo encantador, curvando poco a poco las comisuras hacia arriba, hasta que todo su rostro infantil se iluminó. La intensidad de su mirada era tal que parecía despedir fuego por los ojos. De reojo, se percató de que Dorine volvía a observarles y no parecía muy contenta.

Por suerte, en ese instante se produjo una distracción: acababan de entrar el decano, Charles-Henri Guichet —al que Lidwine ya conocía pues se había entrevistado con él— y cuatro personas más que supuso serían profesores. Los cinco subieron a la tarima y se sentaron con parsimonia tras la mesa.

—Buenos días —saludó con simpatía el decano, situado en el centro. Se subió las gafas de montura plateada y se atusó el pelo gris, peinado con la raya al lado—. Es un placer daros la bienvenida a la *École Nationale des Beaux-Arts*, donde habéis sido admitidos gracias a vuestro talento y ganas de aprender.

El decano dirigió una sonrisa circular.

—No os entretendré mucho con mi discurso: mi intención es que hablen los profesores que me acompañan, vuestros tutores durante este primer curso, que nombraré según el orden en que están colocados en la mesa.

El decano hizo una nueva pausa para aclararse la garganta y prosiguió.

—Vincent Dumont, del ámbito de dibujo, profesor de perspectiva y aproximación al espacio.

Un hombre de unos treinta y pocos años saludó con la cabeza a los estudiantes. Parecía simpático y a Lidwine le gustaron sus expresivos ojos castaños y los apretados rizos morenos.

—Alain Deschamps, del departamento de prácticas artísticas.

El profesor, que rondaría los cincuenta años, tenía el pelo negro con entradas y una sombra azulada cubriéndole las mejillas. Con una mirada petulante, oteó la sala por encima de su nariz aguileña e hizo un leve gesto de asentimiento. El decano volvió la mirada a sus papeles y prosiguió:



—Madeleine Hervé, del mismo departamento.

Lidwine contempló a la mujer, preguntándose si sería simpática. Para su horror, le recordaba un poco a madame Fournier, pues llevaba los labios pintados de un tono rojo subido. El pelo, cortado en una melena estilo paje teñida de negro, así como su indumentaria oscura, le daban aspecto de cuervo. Sus ojos brillaron como los de un viejo mirlo mientras los observaba a todos con una sonrisa. Era la más mayor del grupo, debía de rondar los sesenta.

—Por último, pero no menos importante —añadió el decano—, Eugène Legros, profesor de historia y teoría de arte moderno y contemporáneo, del departamento de enseñanzas teóricas.

El profesor tenía un rostro pálido de forma extraña, como un triángulo puesto del revés. Llevaba gafas de montura negra y gruesos cristales, que hacían parecer sus ojos más pequeños. De aspecto desaliñado, algunos mechones de sus cabellos grises le caían sobre la frente. La sonrisa que les dirigió con sus labios carnosos provocó cierta repugnancia en Lidwine. La joven desvió la mirada y se obligó a prestar atención al decano, que seguía hablando.

—A finales del primer semestre se celebrará una reunión con el colectivo para la evaluación. Deberéis obtener, al final del año escolar, al menos los UV<sup>[3]</sup> siguientes: un UV teórico, un UV de dibujo y el UV de informática de primer año. En todo caso, todo esto os lo explicarán mucho mejor vuestros tutores —dijo con modestia, sonriendo a sus compañeros—. A ellos les cedo la palabra. Si tenéis cualquier pregunta, esperad al final de la reunión para hacerla, por favor.

A continuación, cada profesor fue explicando en qué consistía su asignatura y el departamento al que pertenecían. Por suerte, no se extendieron demasiado, y al cabo de unos tres cuartos de hora ya habían finalizado sus discursos particulares. Lidwine ya tenía los ojos brillantes y las mejillas encendidas, pues se sentía llena de entusiasmo ante las fervientes palabras de los profesores y las asignaturas que pronto descubriría.

—En fin —dijo Charles-Henri Guichet, el decano, retomando la palabra. Volvió a ajustarse las gafas—. Espero que todo haya quedado claro y que estéis todos llenos de ganas de comenzar el nuevo curso. ¿Hay alguna pregunta?

Algunos alumnos alzaron las manos para preguntar ciertas cosas acerca de exámenes, intercambio de estudiantes, validación de créditos —

algunos venían de otras carreras— y cosas por el estilo. Las preguntas demoraron la reunión otro cuarto de hora más y por fin cesaron.

—¿Alguna duda más? —inquirió el decano. Tras esperar varios instantes, retomó la palabra—: Muy bien, entonces daremos la reunión por finalizada. Esperamos de corazón que disfrutéis de vuestro tiempo en la ENSBA. Que tengáis un buen día y mucha suerte el jueves.

Dicho esto, el decano y los cuatro profesores se pusieron en pie mientras recogían sus carpetas y hablaban entre ellos.

Los estudiantes comenzaron también a moverse, armando bastante alboroto. Dorine no podía apartar los ojos de Vincent Dumont.

—No me digas que el de arte no está bueno —le cuchicheó a Lidwine entre risas cuando se dirigían a la salida.

Grégory la oyó y puso los ojos en blanco.

—Bueno... no está mal, la verdad —reconoció Lidwine.

—¿Qué tiene él que no tenga yo? —gruñó Grég mientras abandonaban el salón de actos.

—Madurez y sex appeal, por ejemplo —se burló su amiga, muerta de risa.

Él la ignoró y se detuvo cuando salieron al ardiente sol de la mañana.

— ¿Hacia dónde vas, Lidwine?

—Estoy en una residencia de estudiantes que hay cerca de aquí.

—¿Tú también? —intervino Dorine sin entusiasmo.

—¿Qué residencia? —preguntó el chico, emocionado.

—Se llama *La Moderne*.

—¡Yo también! —exclamó él.

Sus grandes ojos azules chispeaban de entusiasmo, y los indómitos cabellos rubios relucían como oro bajo el sol. De no ser por aquella constante sonrisa malévola, habría pasado por un ángel.

—Oh, vaya. —Dorine rió de un modo que le sonó muy falso a Lidwine y le dio una palmadita—. Ahora no te lo sacarás de encima. ¡Pobrecilla!

—No le hagas caso —intervino Grégory, guiñándole el ojo—. Está celosa porque le gustaría estar con nosotros y sin embargo, tiene que vivir en casa de su vieja y severa tía Sophie.

—Tía Sophie no es vieja ni severa —resopló la pelirroja, haciendo rodar sus ojos celestes. La luz del mediodía hacía refulgir cada hebra de su pelo como si fuera de fuego—. Y créeme, estoy muy contenta de no tener que

vivir en una residencia cutre con tropecientos mil estudiantes más.

—Lidwine, ¿por qué no le enseñamos la residencia, a ver si cambia de idea...?

Grégory intercambió una mirada de complicidad con la aludida, que sonrió.

—¡Por mí, vale!

La escéptica Dorine los siguió refunfuñando y en apenas cinco minutos estuvieron frente a *La Moderne*. Tanto Lidwine como su nuevo amigo sonrieron divertidos al ver la mirada embelesada de su compañera, que contempló la fachada durante varios segundos sin decir nada.

—¿Esto es vuestra residencia? —balbuceó al fin, patidifusa.

—Aún no has visto nada, *ma chérie* —contestó Grégory mientras le abría la puerta con aire caballeroso y se hacía a un lado, añadiendo—: Las damas primero.

Sin embargo, en cuanto Dorine entró, le sacó la lengua a sus espaldas y se giró para mirar a Lidwine de esa manera tan traviesa suya que la hacía enrojecer.

La pelirroja caminó de un lado a otro sin apenas mirar por dónde pisaba, incapaz de apartar la mirada de las lámparas, las paredes, los suelos, la increíble decoración, todo tan vivo que parecía susurrar a su paso y estirar sus tentáculos serpenteantes hacia ella.

—Ahora no me extraña que prefiráis vivir aquí que en cualquier otro sitio —admitió a regañadientes—. Este lugar es una pasada... Pero debe de costar una fortuna, ¿no?

—Así es, *mon amour* —siguió pinchándola con descaro Grégory mientras se paseaba a su alrededor.

—Deja de ponerme motes cursis —replicó Dorine echando humos.

—¿Quieres ver las habitaciones? —intervino Lidwine.

—No, gracias. Mi tía me está esperando y le dije que no llegaría tarde a comer. Si acaso otro día o más tarde, ¿no?

—Es verdad, ¿por qué no quedamos luego con Dorine para que nos enseñe la ciudad? —propuso Grég, lamiendo una piruleta que parecía haber sacado de la nada—. Ha venido de vacaciones todos los años desde que era pequeña.

—Me parece perfecto, siempre y cuando a ella no le moleste hacer de guía...

—Claro que no —contestó la chica, sonriéndole con sinceridad.

Lidwine decidió que no había motivos para tenerle manía, pese a que fuera tan guapa y estuviera tan segura de sí misma, o que tuviera aquellos ojos celestes y aquella melena de fuego. Sí, a pesar de que fuera íntima del chico más guapo del universo, total, ¿qué más daba?

Se dio cuenta de que estaba apretando los puños y se relajó. Dorine y Grégory solo eran amigos, no tenía motivos para estar celosa...

—Muy bien —aceptó, pero entonces se acordó del espejo—. ¿Os importa si quedamos a partir de las cinco? Antes he de hacer unos recados...

—Claro, no hay problema —contestó Dorine. Consultó su elegante reloj de pulsera y silbó—. Chicos, os dejo, es muy tarde.

Para sorpresa de Lidwine, se adelantó para darle dos cariñosos besos, envolviéndola con su aroma a perfume caro, especiado e intenso.

—Encantada de conocerte, Lidwine. Vendré a buscaros a las cinco, estaré aquí mismo, en recepción, ¿vale?

Después de acercarse a Grégory para darle otro beso, les hizo un último gesto con la mano y abandonó la residencia.

## CAPÍTULO 6

—¿Quieres ver mi habitación? —ofreció el chico, mirándola con aquella pícara sonrisita suya.

El corazón de Lidwine se aceleró de forma casi dolorosa.

—¿No le molestará a tu compañero?

—Aún no ha llegado —aclaró él, dirigiéndose hacia el ascensor.

Ella se apresuró a seguirle mientras asentía con nerviosismo.

—Ah, claro, como la mía...

Las puertas se cerraron con su encantador tintineo de carillones.

«¿Por qué estoy tan nerviosa? Ni que fuera a violarme», pensó. «Aunque bien pensado, ojalá lo hiciera...»

—Ya estamos —anunció el chico, cuando el ascensor se detuvo y abrió sus puertas en el segundo piso.

Caminó por el pasillo delante de ella, dándole la oportunidad de recrearse a sus anchas con la visión de sus bien torneadas piernas, enfundadas en unos pantalones de color claro ajustados.

«Bonito culo», pensó mientras fijaba la vista en la pequeña curva que marcaba la tela. Las mangas de la camisa a rayas, arremangadas de manera informal, dejaban ver los antebrazos fuertes y bronceados, cubiertos por una pelusa rubia apenas apreciable.

—Aquí es, la número diez.

Grégory se detuvo frente la última puerta y se sacó la llave del bolsillo. La giró en la cerradura y se hizo a un lado.

—Después de usted, mademoiselle —dijo con una mueca burlona.

Lidwine entró en la habitación y, aunque ya sabía que el interior sería tan magnífico como el de la suya, se quedó sin aliento.

La estancia tenía un sobrio aire masculino, decorada con paneles de madera de cedro y pintura azul intenso. Ambos tonos combinaban de modo lujoso y elegante con los almohadones de color índigo y dorado distribuidos por los sofás de terciopelo y las camas dobles —con cabecera en lugar de dosel—. Las campánulas de cristal que hacían las veces de lámpara eran celestes y el suelo, de moqueta marrón.

—Es preciosa —alabó Lidwine, adentrándose más mientras miraba a su alrededor—. Muy... varonil. Todo lo contrario a la mía. He de enseñártela luego.

—Me encantará verla —contestó Grégory, quitándose los zapatos con

enérgicas patadas y saltando sobre la cama, donde se estiró con pereza—. Estoy molido... Venir en coche fue un rollo, me tiré todo el domingo conduciendo. Y encima esta noche he dormido fatal por culpa de los nervios.

—Quién diría que tú alguna vez te pones nervioso...

El chico le tirón un cojín a la cabeza con una sonrisa traviesa. Ella lo esquivó entre risas y se sentó con timidez a su lado.

—Bueno, ¿y de dónde sois tú y Dorine?

—Túmbate si quieres —le ofreció él, jugueteón.

Lidwine sacudió la cabeza, riéndose de nuevo para disimular la vergüenza.

—Va, en serio...

—Somos de Dijon, Borgoña, ¿te suena? —repuso él incorporándose, con el pelo aún más alborotado.

A pesar de ello, todos aquellos mechones que se enroscaban salvajes en rizos y puntas infantiles le daban un aspecto de lo más sensual.

—Claro que me suena. De hecho, Béatrix y yo estuvimos una vez de vacaciones en un pueblo de la Costa de Oro, aunque ahora no recuerdo el nombre...

—¿Nuits-St Georges, por casualidad?

—¡Exacto! ¿Eres adivino?

—Puede ser. —Grég sonrió, haciendo girar los ojos con aire misterioso—. Y tú, ¿de dónde eres?

—En realidad, nací aquí, en París, pero por algún motivo me trasladaron a un orfanato de Lyon, donde Béatrix me adoptó.

—Entonces has debido de venir en avión, ¿no?

—Sí... apenas una hora de vuelo, por suerte —repuso Lidwine—. Los aviones no me gustan demasiado.

—No dirías eso si hubieras pasado casi seis horas en ese maldito coche —gimió el chico, poniéndose boca abajo—. ¿No sabrás dar masajes, por casualidad?

Añadió lo último en tono sexy, mirando de reojo a Lidwine. Esta vio que le brillaban los ojos y se echó a reír.

—No tienes remedio...—exclamó, tirándole un cojín.

Eso desencadenó una encarnizada guerra, que terminó con los cuerpos de ambos enredados sobre la cama. Al dejar de reír, Lidwine se percató de que Grégory la miraba fijamente, sin apartarse, cada curva de su cuerpo apretada contra ella. Su olor era embriagador, como un elixir del paraíso, y

sus ojos se veían más azules que nunca.

Con la cara ardiendo, salió con dificultad de debajo de él y miró el reloj.

—¡Vaya, mira qué hora es! Deberíamos ir yendo al comedor, ¿no? No vaya a ser que madame Fournier se enfade...

—No menciones a esa pirada —resopló Grégory.

Se inclinó para calzarse los zapatos granate oscuro con dos pequeños flecos. Al verlos, Lidwine se dijo que solo le faltaba una corbata para parecer un niño travieso con el uniforme del colegio. Por algún motivo, siempre había encontrado aquel tipo de zapatos de lo más sexy...

—Es la mujer más extraña que he conocido jamás —prosiguió el chico meneando la cabeza—. De hecho, diría que está loca.

—Eso es justo lo que yo pensé. ¿Has visto ya a la otra, madame...?

—Mathieu. Qué va... Cuando llegué ayer, Fournier me dijo:«Está enferma, la pobre». Lo más raro es que lo dijo sonriendo casi como si le hiciera gracia.

—¡A mí me dijo lo mismo! Con la misma cara de felicidad —exclamó Lidwine, riendo—. La verdad es que no me acaba de gustar mucho.

—Ni a mí, pero bueno, la residencia es increíble y la comida... Dios, ¡espera a probarla! Por no hablar de la piscina. ¿Te apetece ir a nadar después de comer?

—Claro, pero no mucho rato, ya sabes que he de ir hacer unos...

—...recados, lo sé —terminó Grégory, con una sonrisa radiante—. He de quitarme esta costumbre de acabar las frases por ti... ¿no?

—A mí no me molesta —le dijo Lidwine, forzándose a no apartar la mirada, aunque como siempre, estaba roja como un tomate.

—Me encanta ese rubor que te sale—confesó él—. Es tan... tierno.

Cuando Grégory alargó la mano para acariciarle las mejillas, fue demasiado para ella. Se apartó de golpe y exclamó en voz muy alta:

—Venga, ¿vamos a comer?

Muerta de vergüenza, salió de la habitación con rapidez. El chico sonrió con malicia y la siguió por el pasillo, después de cerrar la puerta con llave.

El comedor no estaba muy lleno, pues la mayoría de estudiantes aún estaba de vacaciones. Alfombrado en granate, contaba con paneles de madera oscura y grandes ventanales, por donde entraba a raudales la luz del exterior.

Lidwine siguió a Grégory entre las mesas rectangulares, camino del

largo mostrador frente al cual hacían cola los estudiantes. Una joven encargada, que cubría sus rizos rubios con un gorro blanco, servía el menú del día ofreciendo sonrisas estereotipadas a los alumnos.

Cuando llegó su turno, Lidwine escogió una *bouillabaisse* y de postre, una macedonia. Por su parte, Grégory pidió la sopa de cebolla, chuletas de cerdo a la provenzal y buñuelos con sirope de fresa.

—Te vas a poner como una foca —bromeó la chica cuando vio su bandeja.

—Qué va —contestó él mientras se sentaban cerca de las ventanas—. Nunca engordo. Es mi complexión perfecta.

Lidwine puso los ojos en blanco y dio una cucharada a su *bouillabaisse*.

—Oye, tenías razón. Esto está buenísimo.

—Pues deberías probar la sopa de cebolla. ¿Quieres un poco?

Ella asintió y Grégory, con una sonrisa casi perversa, le acercó la cuchara a la boca, deleitándose al ver cómo paladeaba la sopa.

—¡Está riquísima! Prueba tú mi *bouillabaisse*.

—No, gracias... Siempre he odiado el marisco.

—No sabes lo que te pierdes —le pinchó Lidwine.

Durante el resto de la comida charlaron sobre sus anteriores colegios y por qué habían decidido estudiar arte. Al fin, Lidwine llevó la conversación al terreno que le interesaba y, mientras mordisqueaba un trozo de piña, preguntó como quien no quiere la cosa:

—¿Dorine y tú salís juntos?

Grégory casi se atragantó con los buñuelos y se secó los labios manchados de fresa con delicadeza. Sus modales en la mesa eran exquisitos, cosa nada rara teniendo en cuenta que había asistido a un internado de élite desde pequeño.

—¿Cómo? —exclamó, riendo y arrugando de forma graciosa la nariz—. ¿Qué te hace pensar tal cosa?

—No sé, solo me dio esa sensación —repuso ella a la defensiva—. Como lleváis toda la vida juntos, en el internado y todo eso...

—La verdad es que salimos un tiempo, sí —admitió Grégory a regañadientes, y el corazón de la chica se contrajo de celos—. Pero en aquel entonces teníamos trece años y como puedes imaginar, no fue nada serio. A las pocas semanas me dejó por Pierre Delorme.

—¿Y ese quién era?



—Un imbécil —replicó Grégory y los dos se echaron a reír—. Ahora en serio... Dorine nunca estuvo realmente interesada en mí, pero yo le fui detrás un montón de años. Ahora que ya no me tiene detrás como un perrito faldero, creo que, en el fondo, le da rabia.

—¿Seguro que ya no le vas detrás? —le pinchó Lidwine, fingiendo indiferencia, pero el tiro le salió por la culata pues él se desquitó, riendo:

—¿Por qué? ¿Estás celosa?

Y ella no pudo hacer otra cosa que enrojecer y pegarle un manotazo que Grégory acogió con sonoras carcajadas.

Cuando terminaron de comer, se trasladaron a los lujosos sofás de la sala de estar, donde los estudiantes solían relajarse viendo la televisión, leyendo o charlando. La sala era tan sorprendente como el resto de la casa, con una decoración suntuosa en tonos marfil y oro combinados con pinceladas rosa palo, que podía apreciarse en las lámparas de tonos iridiscentes y en algunos relieves con formas marinas, como caballitos de mar y delfines.

Cuando se les deshinchó un poco el estómago tras la succulenta comida, se separaron para ir a buscar el traje de baño y se reunieron de nuevo en el vestíbulo.

Ya camino de la piscina, Lidwine se puso nerviosa ante la perspectiva de que Grégory la viera en bañador, pero se dijo que, por una vez en su vida, trataría de ser como Dorine, con toda la seguridad que emanaba por los poros. Si Grégory había estado un montón de años loco por ella, debían de gustarle las chicas seguras de sí mismas... ¿no?

«O quizá solo le gusten las pelirrojas de ojos azules», pensó Lidwine deprimida, mirando su piel morena, que el bikini blanco destacaba, y sus expresivos ojos dorados.

Cuando se encontró con Grégory, quien esperaba paciente junto a la escalerilla de la piscina —en aquel momento, vacía—, se quedó sin aliento.

Recorrió con ojos golosos las estilizadas piernas, de muslos y pantorrillas fuertes, y el estrecho bañador de pantalón corto azul marino, estilo nadador. Era un cuerpo perfecto, con caderas estrechas, abdominales marcadas y hombros anchos. Apenas tenía vello, solo un poco en el centro del pecho y por debajo del ombligo, de un tono arena mojada que nubló los sentidos de Lidwine.

—¿Entramos? El agua no está muy fría.

—Claro, vamos —aceptó ella, sin apenas disimular su nerviosismo.

La piscina medía quince metros de largo y nueve de ancho, con una profundidad de hasta dos metros y medio. Las paredes y el suelo estaban hechas de azulejos, con complicados y hermosos dibujos grisáceos contra el fondo blanco. Los diminutos apliques del techo bañaban la estancia en una hipnótica luz dorada.

A Lidwine le dio la sensación de haberse perdido en un paraíso de baños romanos del cual Grégory era, sin duda alguna, el dios.

Caminando con timidez por delante de él, se metió en la piscina usando la escalerilla plateada y nadó regocijada en el delicioso frescor del agua.

—¡Tenías razón, está estupenda! —exclamó, chapoteando con alegría.

Al no obtener respuesta, se percató de que Grégory corría hacia el lado profundo de la piscina. Boquiabierta, le vio saltar sobre el trampolín con la pericia de un profesional y hundirse limpiamente en el agua.

Pasados unos segundos, Grégory seguía sin salir a la superficie. Asustada, estaba nadando hacia el otro extremo cuando sintió que una mano traviesa le estiraba de la pierna. Con un grito de sorpresa, se hundió en el agua, donde se encontró con la pícara mirada de su amigo, que la agarraba con fuerza. Al fin consiguió escurrirse de sus garras y ambos salieron riendo a la superficie.

En cuanto hubo recuperado el aliento, Lidwine le preguntó:

—¿Dónde has aprendido a saltar así?

—He practicado natación a nivel profesional desde que era niño. Incluso dudé entre dedicarme a eso o al arte, ¿te imaginas? Pero exigía demasiado sacrificio... Me pasaba la vida entre los entrenamientos y los campeonatos, que no me dejaban tiempo para hacer nada más, así que al final lo dejé estar.

—Bueno, no hay duda de que eres fantástico —lo ensalzó admirada. Muerta de vergüenza, se atrevió a añadir—. Ahora entiendo por qué tienes los hombros tan anchos...

Grégory le dirigió una sonrisa demasiado malévola incluso para él, que hizo que todo el cuerpo de la chica se encendiera.

—Por cierto, ¿qué es eso que llevas ahí? —exclamó él de repente. Sus ojos estaban fijos en la cadena que le colgaba del cuello.

—¿Eh? —Lidwine se sobresaltó al ver que el dedo de Grégory apuntaba hacia la llave de la cámara de seguridad—. Oh, esto... Nada, es

solo un recuerdo.

Su amigo alzó las cejas y ella se apresuró a aclarar:

—De mi madre. La biológica, quiero decir.

—Vaya, siento haber preguntado. —Grégory la miró compasivo y le acarició la mejilla con ternura.

Sin saber muy bien qué decir, ella se quedó callada. En el denso silencio de la sala, solo se oían sus respiraciones entrecortadas y el leve susurro del agua, que se movía mientras ambos movían las piernas para sostenerse.

Viendo su incomodidad, él cambió de tema:

—Venga, te reto a una carrera de ida y vuelta al otro lado.

—Como si tuviera alguna posibilidad... —replicó ella, y contenta de poder ocultar su ruborizado rostro en el agua, se lanzó a nadar con todas sus energías.

Obviamente, Grégory llegó el primero de sobra. Después de la carrera, nadaron un rato más entre bromas y risas. Cuando Lidwine comprobó sorprendida que ya eran las tres y media, le dijo que tenía que irse o, de lo contrario, no le daría tiempo de hacer lo que debía antes de la cita con Dorine.

—¿Qué eso que tienes que hacer, de todos modos? —quiso saber Grégory, frunciendo el ceño intrigado mientras salían de la piscina.

—Nada... solo he de ir a comprar unas cosas—contestó evasiva.

—¿Quieres que te lleve? Mis padres me regalaron un Mercedes este agosto por mi cumpleaños y decidí traérmelo. ¿Recuerdas que vine en coche? Estaban hartos de que les cogiera el Porsche y el Jaguar no me dejan ni tocarlo.

—Vaya, ¿no se te habrá olvidado mencionar el jet privado? —bromeó ella.

—Es una pasada —comentó Grégory, ignorando su pulla—. Es un SLK descapotable, de un tono plateado alucinante... Estoy enamorado de él —Se rió—. Lo malo es que es biplaza, así que si salimos los dos con Dorine otro día, habrá que meterla en el maletero.

—Qué bestia eres—se rió Lidwine sacudiendo la cabeza—. En fin, *monsieur* Mercedes, me tengo que ir. ¿Nos vemos a las cinco en el vestíbulo?

—¿Entonces no quieres que te lleve? —Se le veía decepcionado.

—No, no te molestes —rechazó Lidwine, sonriendo y palmeándole el brazo desnudo—, pero gracias.

—De nada, estoy para todo lo que necesites —contestó Grégory con aire inocente, haciendo hincapié en la palabra «todo».

Ella meneó la cabeza con una mueca burlona.

—Hasta luego, Grég.

Se enrolló con la toalla antes de poner rumbo al vestuario, pues le daba vergüenza que se la quedara mirando mientras se alejaba. Se giró para saludarle de nuevo con la mano y vio que, en efecto, no le quitaba el ojo de encima.

Ya en su habitación, se cepilló los cabellos mojados y se los dejó sueltos para que se le secaran. Miró por la ventana y vio que el sol había desaparecido y el cielo se hallaba cubierto de gruesos nubarrones negros.

«Al final resultará que los hombres del tiempo aciertan alguna vez...»

Tomó el paraguas que había guardado en la maleta, aún sin deshacer. Ya la desharía por la noche, ahora tenía algo más importante que hacer.

Justo cuando se estaba calzando, un relámpago iluminó la habitación, seguido por un violento trueno. Al momento comenzó a llover a cántaros, las pesadas gotas repiqueteando con fuerza contra los cristales de su ventana.

«Un tiempo muy adecuado para mi estado de ánimo», pensó Lidwine contemplando sus asustados ojos en el espejo.

El corazón le latía tan fuerte que notaba los golpes en el cuello. Se sentía igual que en la misteriosa pesadilla que la perseguía.

Con un suspiro, cerró bien la puerta con la llave, bajó con el ascensor y, guareciéndose de la helada lluvia con el paraguas, salió corriendo de la residencia sin volver la vista atrás.

## CAPÍTULO 7

La *Banque Nationale de Dépôts* era un edificio alto y elegante, forrado de relucientes paneles negros de cristal. En la entrada, una primera puerta condujo a Lidwine a un reducido espacio circular, en el que unos escáneres comprobaron que no llevara encima objetos peligrosos. Después de emitir una serie de pitidos, la luz roja que brillaba en lo alto se puso verde y la segunda puerta se desbloqueó para que pudiera traspasarla.

Una vez dentro, la joven tuvo la impresión de que la habían encogido, tan imponentes eran las dimensiones de la sala. El suelo era de mármol blanco vetado, tan pulido que brillaba desde cualquier ángulo, y las paredes de color acero. No se veía ni un alma, y una suave música de piano flotaba en el aire junto con el aroma floral del ambientador. Detrás del mostrador, donde había como mínimo una docena de empleados tecleando con frenesí en sus ordenadores, rezaba en letras plateadas: *Banque Nationale de Dépôts*.

El entorno le resultó tétrico, sin que pudiera especificar muy bien por qué. Tal vez se debiera a la intensa frialdad que le transmitían los colores y las dimensiones desproporcionadas.

Después de unos instantes de duda, se dirigió hacia la empleada que le quedaba más cerca. Los tacones de sus zapatos repiquetearon sobre el suelo de mármol, haciendo eco en la inmensidad de la sala. Se había cambiado de ropa para inferir a su look un aire más formal y, de paso, maduro.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó la chica.

—Vengo a recoger el contenido de una caja fuerte —explicó Lidwine.

La empleada asintió sin abandonar la sonrisa hierática que parecía congelada en sus pálidas facciones y acercó la boca a un intercomunicador.

—Retirada de cámara —articuló pulsando el botón.

Una voz femenina respondió casi al momento, aunque Lidwine no entendió lo que decía, y la recepcionista se volvió de nuevo hacia ella.

—Por favor, espere ahí. —Señaló unos elegantes sillones de color blanco—. Enseguida vendrá alguien para acompañarla a su cámara de seguridad.

—Gracias.

Apenas había tenido tiempo de sentarse cuando una mujer de aspecto nórdico se acercó a ella taconeando con firmeza. Sus cabellos estaban recogidos en un moño estilo colmena y vestía un elegante traje gris, con

pantalones de raya diplomática y camisa blanca. Se fijó en los pendientes de perlas, discretos pero de aspecto caro, y en las pulidas uñas con manicura francesa.

—Buenos días, soy Rosaline Caire. —Le tendió la mano y Lidwine se la estrechó: tenía los dedos fríos y duros como el hielo. Sus ojos azules destellaron de forma gélida, contrastando con su sonrisa—. ¿Ha traído la llave?

—Sí, aquí está.

La tal Rosaline la cogió con delicadeza y se encaminó hacia una máquina incrustada en la pared, cuya presencia no había advertido Lidwine hasta ese momento. La banquera pasó la llave por el escáner, que proyectó una serie de códigos en la pantalla. Al verlos, por algún motivo, la mujer frunció el ceño y la miró con suspicacia.

—¿Esta vez ha traído el código? —inquirió con resentimiento en la voz. Su fachada de amabilidad se había derrumbado como una montaña de naipes.

—¿Cómo dice?

El corazón de Lidwine retomó su habitual maratón de latidos. Rosaline Caire la miró con expresión glacial. Los empleados más próximos a ella las observaban de reojo, como buitres oliendo la carroña.

—Según mis archivos, la cámara acorazada de la cual usted dispone intentó ser abierta sin éxito hace aproximadamente dos semanas.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? Vivo en Lyon y jamás había entrado en este banco... hasta hoy, claro.

La mujer rubia la miró con expresión pétrea.

—¿Ha dejado la llave a la vista de alguien que pudiera haber extraído una copia o incluso robarla y devolvérsela sin que se percatara?

—Es imposible —balbuceó Lidwine—. La he llevado encima a todas horas...

La empleada suspiró y se encogió de hombros.

—Hasta el momento, los archivos del ordenador jamás se han equivocado, y aquí dice que el día 3 de septiembre alguien trató de acceder a la cámara. Sin embargo, tenía un código erróneo y tuvo que marcharse del banco, alegando que debía de haber copiado mal la clave y que regresaría lo antes posible. Al leer el informe, he deducido que esa persona sería usted.

Lidwine sacudió la cabeza. Se sentía tan abochornada que le ardía la cara.

—Yo jamás había entrado en este banco —insistió—. No entiendo cómo alguien se hizo con la llave, lamento muchísimo las molestias que pudiera causar, pero yo no tuve nada que ver. ¿No recuerda el aspecto de la persona o...?

—Tenemos cámaras de seguridad —interrumpió la empleada, cuya expresión gélida se había suavizado un poco—. Supongo que el contenido de dicha caja fuerte es de crucial importancia para usted.

—Así es.

—Muy bien, no se preocupe. Déjeme su número de teléfono y la llamaremos en cuanto recuperemos el archivo. Tal vez, si asegura que no perdió la llave de vista ni un instante, sea capaz de reconocer en el vídeo a alguien de su entorno más cercano. ¿Cree que ello sería posible?

La pregunta fue como un puñetazo para Lidwine.

—¡Por supuesto que no! —exclamó ofendida, casi echando humo por la nariz—. Ninguno de mis amigos o familiares intentaría robarme.

—No se ponga nerviosa, por favor —la amonestó la mujer, clavándole sus ojos azules como dagas de hielo—. Hay que considerar todas las posibilidades. En todo caso, tendrá noticias nuestras lo antes posible. Almacenamos los vídeos durante tres meses, así que deberíamos tener la grabación de ese día.

—Muy bien —aceptó Lidwine con la misma displicencia.

«Debería llamarse *Espinosa* en vez de *Rosaline*», pensó furiosa.

Le dictó su teléfono móvil a la antipática empleada, que lo apuntó con presteza en una diminuta Moleskine que llevaba en el bolsillo.

—Muy bien. Entonces, ¿tiene el código correcto?

—Por supuesto. —Lidwine la miró con el ceño fruncido y sacó el papelito de su bolso—. ¿Necesita que se lo dé o...?

—No, no —se apresuró a contestar Rosaline—. Las contraseñas solo las conocen nuestro cliente y el sistema informatizado de las cajas fuertes.

—Ya veo —contesto la joven, que comenzaba a sentirse nerviosa.

El momento que llevaba esperando tantos días estaba a punto de llegar. Se preguntaba cómo sería el espejo y si su madre le habría dejado alguna nota más. ¡Solo esperaba que su código funcionara!

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al pensar en quién podría haber intentado acceder a la cámara. ¿Cómo se habría hecho con la llave?

—¿Conoce el procedimiento? —preguntó la empleada.

Lidwine se mordió la lengua antes de soltar un improperio.

«¿Cuántas veces tendré que decir que jamás he entrado en este banco?»

—Me temo que no —contestó, armándose de paciencia—. Podría decirse que me han... regalado la llave.

—Muy bien. Acompáñeme, por favor.

Lidwine correteó en pos de la mujer, que la condujo fuera de la sala principal. Era increíble que pudiera caminar tan rápido con aquellos tacones.

Rosaline se detuvo al llegar a un amplio pasillo con ascensores a ambos lados y pulsó un botón. Las puertas de uno se abrieron con un suave tintineo y ambas entraron.

Lidwine observó que no había botones para escoger el piso, solo una singular ranura en forma de llave, con una pequeña pantalla debajo. También comprobó que el ascensor, forrado de espejos de arriba a abajo, constaba de dos cámaras situadas en diferentes ángulos.

«Las que grabaron a quien intentó robarme», pensó, apretando los puños.

La empleada del banco colocó la llave en la ranura y el sistema se la tragó. Al instante, en la pantalla se dibujaron las siguientes palabras:«Planta 7, cámara 442»y el ascensor inició su ascenso.

—La llave lleva un código electrónico que indica el piso y el número de su correspondiente caja fuerte —explicó Rosaline.

Lidwine asintió sin pronunciar palabra y se retorció las manos. No veía el momento de salir de aquel lugar tan frío y reluciente. Le daba la sensación de estar encerrada en una enorme jaula de acero y cristal.

Por fin, el ascensor se detuvo en el séptimo piso y las puertas se abrieron con el mismo campanileo de antes.

—Por aquí —indicó la empleada, tomando el pasillo de la derecha.

Lidwine se percató de que también allí había cámaras de seguridad, colocadas cada pocos metros.

Se sorprendió ante las proporciones de las cajas fuertes, cuyas puertas eran lo bastante grandes como para permitir el paso de una persona. Encima de cada una figuraba el número en letras plateadas. En la parte central, se hallaba la ranura para la llave y una pantalla como la del ascensor, solo que ésta era táctil para que pudieran marcarse los números del código.

Tras unos segundos eternos caminando por el pasillo, ambas se detuvieron frente a la cámara 442.

—Bueno —dijo la empleada, alargándole la llave con su repelente



sonrisa—, aquí termina mi cometido. Tan solo tiene que introducir la llave en la ranura. La pantalla se encenderá y reclamará su código. Tiene tres intentos; si se equivoca, la cámara quedará bloqueada, así que teclee poco a poco. Ante cualquier problema, no dude en avisarme a través de este intercomunicador.

Hizo una seña hacia una especie de interfono que había cerca de la puerta y frunció el ceño, como recordando lo que ya había ocurrido una vez con aquella dichosa cámara acorazada.

—Si deseara cerrar su cuenta tras retirar el contenido —prosiguió—, no olvide pasar por recepción antes de marcharse, para firmar los papeles y devolver la llave. Eso es todo.

—Gracias —farfulló Lidwine, con la voz entrecortada por el nerviosismo.

Rosaline inclinó la cabeza y se marchó en dirección al ascensor, dejándola sola en el reluciente pasillo. El sepulcral silencio solo era interrumpido por el retumbante sonido de su corazón y su respiración irregular.

Después de unas cuantas inspiraciones profundas, Lidwine acercó la llave a la ranura con manos temblorosas. Ésta se tragó la llave del mismo modo que había ocurrido en el ascensor. Al cabo de unos segundos, después de unos curiosos sonidos, la pantalla se iluminó con la frase «Por favor, inserte la clave». Justo debajo de las nueve casillas había una fila de números del 1 al 9 que podían teclearse en la misma pantalla y debajo las teclas «Borrar» y «Aceptar».

Lidwine levantó el papel a la altura de los ojos y comprobó una vez más que no hubiera nadie en el pasillo. El hecho de que alguien hubiera intentado acceder a la cámara y el recuerdo de las palabras de su madre —«*Estoy en grave peligro. Y tú también lo estarás cuando recibas esta carta*»— la habían vuelto paranoica.

Por algún motivo, de pronto notaba como si el peligro se palpara en el aire. Todo su cuerpo se encontraba en tensión, sus sentidos agudizados, como a la espera de que sucediera algo terrible.

Por fin, comenzó a teclear, poco a poco y con sumo cuidado. No quería que la irritante empleada le echara un sermón si bloqueaba la cámara como ya había ocurrido una vez. Se concentró en cada número, que iba apareciendo en la pantalla en forma de asterisco, sus cinco sentidos en la tarea como si le fuera la vida. Cuando terminó de marcar el código, casi sudando, pulsó la tecla «Aceptar».

Apenas tuvo dos segundos para preguntarse si se habría equivocado, pues un nuevo mensaje apareció en la pantalla:

«Gire la llave en la ranura, por favor»

Lidwine tomó la llave que acababa de reaparecer y la giró a la derecha. La puerta emitió una serie de chasquidos y se abrió con suavidad hacia dentro.

Conteniendo la respiración, dio un paso hacia el interior de la oscura cámara acorazada, que se iluminó en cuanto puso un pie dentro. Miró a su alrededor: la habitación tendría unos nueve metros cuadrados y en su interior hacía mucho frío. Justo en el centro, unos cuantos paquetes se hallaban apilados de cualquier modo.

Con la respiración aún agitada, Lidwine cerró la puerta a sus espaldas y se agachó al lado de los paquetes. Estaban envueltos en un sencillo papel marrón, y no pesaban demasiado. Había dieciocho en total, diecisiete de ellos idénticos y otro algo más grande, así como un sobre que llevaba su nombre en mayúsculas. Desde luego, allí había algo más que el espejo...

Decidió que había demasiadas cosas para revisarlas en ese momento, prefería largarse de allí cuanto antes. Sacó una bolsa de basura que llevaba escondida en el bolso y metió los paquetes con cierta prisa. Antes había pensado que quizá era absurdo simular que el contenido de la bolsa no era más que porquería, pero ahora mismo se alegraba de haber seguido su intuición. El intento de robo de su cámara la había puesto sobre aviso.

Cuando terminó de meterlo todo en la bolsa, la cerró atando fuerte los nudos y salió con rapidez de la cámara acorazada, en la que se había sentido aislada por completo del mundo exterior, rodeada por aquellas impresionantes paredes metálicas. Cerró la puerta a sus espaldas y ésta quedó sellada de forma automática. Comprobó que en la pantalla táctil se dibujaban las palabras«Gracias»y algo más que no se detuvo a leer.

Después de bajar los siete pisos en el ascensor —el trayecto se le hizo eterno— pasó por la recepción y se dirigió hacia la empleada joven que la había atendido en primer lugar, quien estaba hablando por teléfono. Pasados unos minutos, la chica colgó por fin y le sonrió.

—Ya nos hemos puesto en marcha para recuperar la grabación de quien intentó acceder a su cámara, mademoiselle Fontaine.

—Gracias. —Lidwine deslizó la llave por encima del mostrador y se la pasó a través de la abertura del panel de cristal—. Aquí tienen su llave, tal y como me indicó mademoiselle Caire. He vaciado la cámara y deseo cerrar

la cuenta.

—Muy bien. —La chica rebuscó unos papeles en su archivador y se los pasó asimismo por el hueco—. Tan solo tiene que firmar aquí y su cuenta en el banco quedará cerrada.

Lidwine firmó donde le señalaba y le devolvió los papeles, quedándose con una copia.

—Perfecto. —La joven empleada le sonrió de forma robótica—. Gracias por confiar en nuestro banco y que tenga un buen día.

—Lo mismo digo —replicó ella sin corresponder a su sonrisa y se dirigió casi corriendo hacia la salida.

Se moría de ganas de salir de aquel lugar. Se había sentido medio asfixiada desde que había puesto un pie dentro, a pesar del aire acondicionado. Había algo —los nervios y la sensación de peligro— que le oprimía la garganta. O tal vez solo fuera aquel intenso ambientador floral y la excesiva cantidad de perfume de la maldita Rosaline Caire.

Cuando salió al exterior, la lluvia había arreciado, provocando un brusco descenso en la temperatura.

«Parece que el otoño por fin da señales de vida», se dijo, mientras caminaba por la calle en busca de una parada de taxis.

Se sentía inquieta, casi mareada, y aunque había creído que salir del banco la aliviaría, se encontraba muchísimo peor que antes. La bolsa pesaba como un muerto y los tacones de los zapatos le resbalaban sobre la acera. Estuvo a punto de caerse dos veces, pero por suerte recuperó el equilibrio a tiempo.

A pesar del aire frío que se arremolinaba y aullaba en torno a ella, comenzó a sudar a chorros. Sentía un pánico opresivo que le impedía caminar con normalidad. Su cuerpo era presa de una súbita fatiga e inseguridad, como si la hubieran drogado o tuviera fiebre. A cada paso, los relámpagos que sacudían el cielo, seguidos de ensordecedores truenos, la sobresaltaban.

Al internarse por una calle estrecha, bastante poco iluminada pues el cielo se había oscurecido casi como si fuera de noche, le dio la sensación de que alguien la seguía. Sentía dos ojos amenazadores clavándose en su espalda, oía pasos regulares tras de sí. A su alrededor no había nadie, ni tampoco ninguna clase de establecimiento, todo eran casas viejas con los postigos cerrados.

Comenzó a caminar más rápido y los pasos que la perseguían incrementaron su velocidad al mismo tiempo. Con el corazón a mil por hora,

se atrevió a mirar atrás, pero no vio a nadie. No obstante, el terror seguía ahí, impidiéndole avanzar, la bolsa de basura volviéndose más pesada por momentos.

Al final, casi ahogándose, echó a correr, tropezando cada pocos pasos. Creía que quien fuera que la seguía iba a darle alcance, cuando el callejón desembocó en otra calle un poco más ancha y animada. Sus ojos se vieron atraídos de inmediato por las luces de un bar, cuyo rótulo rezaba *Bar' Bouille*. Sin pensárselo dos veces, se lanzó dentro como una exhalación.

Respirando de forma entrecortada, pugnó por recobrar el aliento mientras cerraba el paraguas con las manos resbaladizas a causa de la lluvia. El bar era cálido y acogedor, con ventanucos redondos cuyos marcos estaban pintados de colores pintorescos y suelo de tablas de madera. Tan solo había tres hombres viejos acodados en la barra, que se giraron a mirarla ante su súbita entrada, y una pareja sentada en una de las mesas del fondo.

Lidwine se giró para escudriñar la calle a través de los cristales, pero no veía nada con la lluvia y el reflejo de las luces. Suspirando, se encaramó en uno de los taburetes de la barra, frotándose los tejanos, que se le habían empapado. Con el diluvio que estaba cayendo, de poco le había servido el paraguas.

Un hombre de mediana edad con las mangas arremangadas y un corto delantal blanco se le acercó. Tenía el pelo castaño claro y expresión amigable.

—¿Qué le sirvo?

—Un chocolate caliente, por favor —pidió, acomodando la bolsa entre sus piernas para protegerla.

El hombre asintió y se dirigió hacia el otro lado de la barra. Con otro suspiro, Lidwine hundió el rostro entre las manos. Su corazón iba volviendo poco a poco a la normalidad y se sentía mejor, como si al entrar en el bar hubiera escapado de un mundo irreal y terrorífico. No obstante, tenía miedo de salir de nuevo a la calle y se veía en capaz de ir en busca de un taxi. De repente se había vuelto paranoica, temerosa de todo y de todos.

Decidió que, en vez de caminar hasta alguna parada, llamaría para que un taxi viniera a recogerla y lo esperaría mientras se bebía el chocolate. Sacó el móvil del bolso para buscar el número de la empresa de taxis y comenzó a marcarlo.

El camarero reapareció y dejó una taza humeante frente a ella.

—Gracias —murmuró ella, a punto de apretar la tecla de llamada,

pero cayó en la cuenta de que no sabía dónde se encontraba y se giró hacia el hombre—. Disculpe, ¿podría decirme la calle y el número en el que estamos, por favor?

—Rue de Brétagne 13 —contestó el camarero, sonriéndole.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Lidwine apretó la tecla de llamada y pidió el taxi. Por suerte, le dijeron que no tardarían más de quince minutos y que llamarían cuando el coche estuviera delante del bar. Colgó el teléfono sintiéndose más tranquila y comenzó a sorber el chocolate caliente con avidez.

Se rompió la cabeza preguntándose quién podría haber intentado abrir su cámara de seguridad, pero le parecía imposible. ¡Incluso había dormido con la llave colgada del cuello! Era impensable que nadie pudiera haber hecho una copia o algo parecido, pues ni siquiera se la quitaba para ducharse. Claro que también era imposible que su madre supiera lo del cuadro que había atraído su atención cuando era pequeña y, sin embargo, se había enterado.

La joven volvió a enterrar el rostro entre los brazos. Todo aquello no era normal, como si estuviera inmersa en una pesadilla que no alcanzaba a comprender. Era una situación que le escapaba de las manos...

Decidió que, en cuanto hablara con Béatrix, le preguntaría si había visto u oído algo raro alguna noche. Sería lo mejor: ella siempre sabía qué hacer, era la única que podía ayudarla. A fin de cuentas, no tenía a nadie más en quien confiar.

Apuró el chocolate en pocos minutos y se quedó mirando al vacío hasta que, por fin, el móvil le vibró en el bolso, dándole tal susto que por poco se cayó del taburete. Tras pagar su consumición, se dirigió hacia la puerta, sintiéndose muy vulnerable al abandonar la cálida seguridad del bar.

El taxi ya estaba esperándola, y Lidwine se sintió feliz de poder refugiarse en él y no demorarse más en la calle, que ya no le parecía en absoluto segura.

—Rue Bonaparte 14 —indicó al taxista y este arrancó de inmediato.

La lluvia seguía cayendo incansable y Lidwine la contempló recostada en el asiento, resguarda del agua, pero sintiendo el frío por dentro, como en su recurrente pesadilla.

«¿Me estaré volviendo loca como mi madre?»

Contempló su reflejo en el cristal de la ventanilla. Un par de ojos

grandes y asustados le devolvió la mirada.

«No. El intento de robo de la cámara acorazada no ha sido producto de mi imaginación.»

Sin poder evitarlo, su imagen le recordó una vez más al cuadro de Delacroix que la había llevado a la contraseña: los ojos enormes, aterrorizados, mirándola con la inocencia de un cervatillo a punto de morir.

Dejó de observar el oscuro exterior y se recostó en el respaldo, tratando de relajarse, pero el miedo no abandonó su cuerpo. Mientras tanto, el taxi avanzaba atravesando la cortina de lluvia, alejándose del bar y del peligro que la había acechado entre las sombras de las calles vacías.

\*\*\*

Cuando llegó por fin en su habitación, estaba aterida de frío. Acababa de desprenderse de la ropa empapada cuando el teléfono de su habitación comenzó a sonar. Preguntándose quién podría ser, si nadie excepto Béatrix conocía su número, descolgó el teléfono, insegura:

—¿Diga?

—¿Lidwine? —preguntó una sensual voz masculina.

—¿Eres tú, Grégory?

—Sí. ¡Qué rápido reconoces las voces!

—Bueno, la tuya es fácil —repuso Lidwine sonriendo, mientras se tumbaba en la cama, solo cubierta por la ropa interior—. ¿De dónde has sacado el número de mi habitación?

—Lo pedí en recepción dando tu nombre y tu piso. No sé tu apellido, pero dudaba que hubiera más de una Lidwine en la misma planta.

—Ah, claro. Bueno, por si te sirve para otra vez, me apellido Fontaine, ¿y tú?

—Gauthier. Aunque lo mejor sería que nos diéramos el número de móvil. Ya sabes, por si acaso...

Sonriendo como una tonta —ahora que también tenía su apellido, se moría por espiarle en Facebook— le dictó su número. Después de grabarse también el suyo, le preguntó:

—Bueno, ¿querías decirme algo?

—Sí. Como está lloviendo tanto, Dorine me ha llamado y me ha dicho que mejor dejemos la visita turística para otro día. —Grégory suspiró—. No parece que vaya a amainar por el momento...

—Sí, tienes razón —contestó Lidwine, que en el fondo se alegró. Se moría por revisar los paquetes y, de todos modos, aún estaba algo mareada.

—En cualquier caso, ¿quieres hacer algo, como bajar a la sala de estar a charlar o ir a tomar un café?

—Gracias por la invitación, pero la verdad es que no me encuentro muy bien. Creo que me quedaré deshaciendo las maletas y descansando hasta la cena.

—Vaya, ¿qué te pasa?

—No es nada grave, no te preocupes por mí. —La chica sonrió, imaginando a Grégory frunciendo el ceño y arrugando aquella naricilla tan graciosa.

—¿Seguro? —insistió él.

—Seguro. Nos vemos en la cena, ¿de acuerdo? Si quieres quedamos en el vestíbulo a eso de las ocho. —Se sintió inmediatamente mejor al pensar en la perspectiva de volver a pasar un buen rato con Grégory.

—Muy bien. Descansa, ¿vale? Espero que no hayas pillado un resfriado saliendo con esta lluvia.

—Nah, estaré bien después de descansar un rato.

—De acuerdo, entonces nos vemos a las ocho.

—Exacto. ¡Hasta luego!

Lidwine colgó el teléfono y se puso unos viejos pantalones de chándal grises y unos calcetines de lana porque seguía teniendo frío. Todavía algo paranoica, cerró la puerta con llave y se acomodó en la blanda moqueta con los paquetes sobre su regazo. Estaba rasgando el papel del primero cuando alguien llamó a la puerta con tres golpes suaves.

Como movida por un resorte, se puso en pie de un salto, escondió los paquetes debajo de la cama y, después de comprobar de forma frenética que no hubiera dejado nada sospechoso a la vista, se dirigió hacia la puerta.

Iba a girar la llave en la cerradura cuando la asaltó una idea terrible. ¿Y si alguien la había seguido hasta la residencia?

—¿Quién es? —preguntó con voz trémula.

—Soy yo, Grég.

Soltando un suspiro de alivio, Lidwine giró la llave y abrió de un tirón. Solo cuando Grégory la miró de arriba abajo cayó en la cuenta de que iba vestida como un payaso. Se ruborizó como de costumbre, pero trató de disimular.

—Venía a comprobar que estuvieras bien. —El chico le sonrió de un

modo que hizo que le temblaran las rodillas.

—Eres un encanto —dijo con timidez y se hizo un lado—. Venga, entra.

—Así, ya de paso, cotilleo un poco —bromeó Grégory mientras entraba en la habitación y miraba a su alrededor—. Tu habitación es preciosa, muy... ¿cómo lo diría...?Femenina.

Lo dijo con retintín, imitándola cuando había calificado de «varonil» la suya.

—¡Serás tonto! —exclamó, dándole un empujón mientras él se reía.

—Perdona, no venía a molestarte. Solo quería comprobar que no necesitaras nada. Ya sabes, una manta, un cacao caliente, un masaje... —La miró con picardía y Lidwine le aporreó en broma.

—¡Ya está bien! No tienes respeto por los enfermos.

—Sinceramente, a mí no me pareces enferma —comentó Grégory con una sonrisa perversa. Ante la cara que puso ella, alzó las manos con aire inocente—. Vale, ya paro, ya paro...

Lidwine se quedó hipnotizada mirando aquellos ojos tan azules que se achicaban al sonreír y sus blanquísimos dientes, tan perfectos que parecían postizos. ¿Cómo podía ser tan guapo? El modo en que le tomaba el pelo sin parar la enloquecía: nunca sabía si hablaba en serio o si coqueteaba así con todas las chicas.

En ese instante, horrorizada, comprobó que Grégory había reparado en un trozo de envoltorio marrón y se dirigía hacia él con determinación. Lo recogió y se giró hacia ella con una expresión indescifrable.

—Se te ha caído esto...

—Gracias —contestó Lidwine, arrebatándoselo de la mano.

Vio que él la miraba perplejo ante su brusquedad y se rió de forma nerviosa. Para distraerle, hizo una bola con el papel y lo tiró a la papelera desde una distancia de cinco metros, haciendo canasta.

—Buena puntería —observó él e hizo una mueca—. Será mejor que me vaya y te deje con tus cosas. No te molesto más.

—No me molestas —se apresuró a contestar Lidwine, aún acelerada—. Pero es verdad que debería deshacer las maletas...

¿Por qué la asustaba tanto que Grégory hubiese visto un trozo de papel? Se estaba volviendo paranoica como su verdadera madre.

—Me voy —insistió él, caminando hacia la puerta—. Solo venía a comprobar que estuvieras bien, eso es todo.



—Bueno, pues gracias.

—Te veo luego—se despidió mientras salía por la puerta.

Después de volver a cerrar con llave, se sentó de nuevo en el suelo y sacó las cosas de debajo de la cama. Con sumo cuidado, rasgó los papeles de los paquetes pequeños y fue observando, patidifusa, los diecisiete diarios que aparecían ante sus ojos, cada uno con un nombre diferente en la tapa.

Los primeros eran los más antiguos, y parecían tan frágiles que temió que se le deshicieran entre las manos si los abría. Los nombres no le decían nada: Sélinie, Adrienne, Louise, Sarah, Anaïs, Charlotte, Gabrielle, Jacqueline... —iba pasando los diarios uno tras de otro— Noémie, Valentine, Alice, Margot, Claire, Cassandra, Audrey, Delphine y Lidwine.

¿Delphine y Lidwine?

Boquiabierta, se lanzó sobre el decimosexto diario y lo abrió de par en par. Estaba bastante nuevo y todas las páginas cubiertas de una caligrafía apretada de color rojo sangre... ¡idéntica a la de su madre en la carta!

Sin comprender nada, abrió el diario con su propio nombre y lo encontró vacío, todas las páginas en blanco. ¿Qué significaba todo aquello?

Temblorosa, estiró el brazo hacia el último paquete. Tras rasgar el embalaje marrón, se encontró con otro, esta vez de papel de seda blanco. Lo retiró con delicadeza y un brillo cegador casi le hizo cerrar los ojos. ¡Era el espejo!

Como embobada, se lo acercó al rostro con sumo cuidado para examinarlo. De plata vieja con incrustaciones de diamantes en la parte trasera, poseía una belleza sobrecogedora y, pese a su antigüedad, estaba intacto. Los profusos grabados en forma de hojas y helechos se extendían incluso hasta el mango, exquisitamente tallado. Una guirnalda de rosas engarzaba el pulido cristal, que de tan perfecto no parecía de verdad.

No obstante, su característica más curiosa era el modo en que parecía llamarla, hipnotizándola para que no pudiera apartar la vista de él. Con gran esfuerzo, Lidwine se obligó a envolver de nuevo el espejo en la tela de seda.

Por último, estiró el brazo hacia el sobre y lo desgarró con ansiedad, esperando encontrar una carta de su madre, una explicación a todos aquellos sorprendentes diarios, algo que eliminara la opresión que sentía en el pecho.

Sin embargo, el sobre no contenía ninguna carta, sino un extraño papel doblado múltiples veces, ya que una vez desplegado era enorme, como un plano.

Lo abrió sobre la cama y se arrodilló frente a él para analizarlo. Un

sinfín de nombres encerrados en cuadros aparecían unidos los unos a los otros por finas líneas, que a veces se dividían en diversas ramas, creando el efecto de una enorme telaraña. Se notaba que muchos de los nombres habían sido añadidos a posteriori, pues los últimos eran más fáciles de leer.

Lo miró durante unos instantes antes de comprender, aturdida, que se trataba de un enorme árbol genealógico, que comenzaba en 1685 con una tal Sélinie Lefevre... ¡la primera protagonista de los diarios! Siguió la línea que conectaba a Sélinie con otro nombre y se inclinó para desentrañar la antigua e inclinada caligrafía. El nombre que ponía era «Louis XIV de Francia».

¿Louis XIV? ¿El rey Sol?

Con un ronco jadeo, Lidwine deslizó su tembloroso dedo a lo largo de todo aquel sinfín de recuadros hasta que topó con los nombres «François Sagorin» y «Delphine Fontaine», unidos por una raya que se dividía dando lugar a la última casilla... ¡en la cual se leía el nombre de Lidwine Fontaine!

Con un chillido, Lidwine soltó el enorme árbol genealógico y se puso de pie sin darse cuenta. ¿Era posible que descendiera del mismísimo rey Louis XIV de Francia? Le ardían las mejillas y todo le daba vueltas. Se dijo que la respuesta a todo estaría, sin duda, en los diarios. Solo ello justificaría que su madre no le hubiera dejado ninguna otra carta, ni siquiera una nota.

Recogió el espejo con cuidado, comprobando que estuviera bien envuelto, y lo escondió en el segundo cajón de la cómoda, que por suerte tenía cerradura. Se sacó la cadena de plata donde había llevado colgada la llave de su cámara azorada en el banco y deslizó la nueva llave en ella, escondiéndola acto seguido por el cuello de la camiseta. Sabía que era un escondite muy pobre, pero al día siguiente buscaría uno mejor o se haría con una caja fuerte de las más seguras.

Una vez hecho esto, recogió todos los diarios y los repartió por la cama. Cogió el primero, con el nombre Sélinie grabado en letras casi borradas, y se tumbó en la cama. Aún temblorosa por el sobresalto y con los ojos abiertos como platos, lo abrió por la primera página y comenzó a leer.

## CAPÍTULO 8

*«Cada día tengo más miedo. Pasos detrás de mí parecen seguirme por las calles; sombras aterradoras me acechan en las esquinas de mi propia casa.*

*El espejo me llama a todas horas, casi me parece oírle pronunciar mi nombre. Cuando lo tengo cerca, siento cosas... cosas que ni siquiera puedo explicar. Lo tomo en mis manos, cierro los ojos y de pronto estoy lejos, muy lejos de aquí... Sé que sigo sentada en el comedor de mi casa, pero al mismo tiempo puedo ver y percibir extrañas imágenes y sonidos. Realidades de otros tiempos, voces de mis antepasadas, días y situaciones que jamás he vivido pero que veo con tanta claridad como si fuera la protagonista.*

*Día tras día, tomo el espejo y puedo ver a mi tatarabuela por triple partida Sélinie haciendo el amor con Louis, el día en el que comenzó todo. Lucho por comprender, por tratar de averiguar lo que el espejo quiere decirme... pero no lo logro. Y noche tras noche sigo soñando con mi temprana muerte.*

*No obstante, Eugène no me comprende y creo que nos estamos distanciando. Él anda tan ocupado con sus constantes viajes y sus cuadros que apenas me presta atención. Aun así, se muestra preocupado por mí, asegura haberme visto con la mirada perdida y hablando entre sueños... Pero, ¿cómo voy a explicarle todo esto?*

*Con Vincent es diferente, no sé por qué. Ayer, por primera vez, me atreví a hablarle del espejo. Solo hace dos meses que le conozco pero sé que él me entiende... Sé que él no cree que estoy loca.»*

Lidwine cerró el diario y se frotó los ojos, suspirando. Llevaba unas tres horas leyendo sin descanso y estaba agotada. Había conseguido llegar hasta el octavo libro, el de Jacqueline. Todavía le quedaban otros ocho, así que se hallaba justo a la mitad, y seguía sin comprender nada, y no solo por el español antiguo con el que estaban escritos los primeros.

Algunos de los diarios terminaban de forma misteriosa, con una nota de la siguiente descendiente, explicando el trágico asesinato de su predecesora. Solo Sélinie —había muerto durante el parto— y Louise y Charlotte —causas naturales siendo ya ancianas—, habían tenido unos fines normales.

Lo más raro era que, quienquiera que fueran los asesinos, nunca

habían conseguido hacerse con el espejo. La reliquia había pasado de generación en generación, sin ser descubierta jamás por sus perseguidores, aunque ello hubiera costado la muerte de Adrienne, Sarah, Anaïs, Gabrielle y Jacqueline.

«Y las que quedan», pensó Lidwine.

Se preguntó si su madre habría sido también asesinada para conseguir el espejo. En ese caso, ¿cómo lo habría hecho para esconderlo a tiempo? O, si siempre lo había tenido en el banco, ¿por qué solo habían intentado robarlo a su muerte?

Preguntas sin respuesta.

Hechos sorprendentes y relatos fantásticos que no sabía si creer o no.

Se levantó de la cama y se desperezó. Eran casi las ocho y aún tenía que ponerse presentable para ir a cenar con Grégory.

Mientras se desprendía de los pantalones de chándal, pensó en todas las cosas misteriosas que las heroínas de los diarios habían explicado, siempre con caligrafías que indicaban sus pulsos acelerados, el peligro latente en cada rasgo trazado por sus temblorosos dedos. Se concentró sobre todo en Jacqueline, la protagonista del último diario que había leído, y sintió un estremecimiento.

Era ella. La huérfana del cuadro del Delacroix... una antepasada suya. Tal y como lo había insinuado bromeando su amiga Suzanne aquel lejano día que, sin embargo, recordaba con tanta claridad.

En concreto, no podía sacarse de la cabeza las siguientes palabras, que habían resonado en su cerebro como bombas mientras las leía:

*«Aún recuerdo lo unidos que estábamos cuando me pintó en el cementerio. Qué dolor recordar aquellos días en los que era tan feliz sin saberlo, libre del terror que me persigue día tras día, de esta maldición que me acecha haga lo que haga...»*

*Eugène bautizó el cuadro como Huérfana en el cementerio porque yo lo era por parte de padre, pero me da escalofríos pensar que pocos años después asesinaron a mi madre, quedándome huérfana del todo. Como si aquella tarde, aquel cuadro hubiera sido un mal presagio. Aún hay veces que, cuando lo miro, apenas me reconozco. No recuerdo el porqué de mi expresión asustada, la mirada aterrorizada de mis ojos desorbitados... Pero Eugène se enfada cuando se lo digo, porque lo considera uno de sus mejores trabajos. »*

Era delirante que aquella antigua broma infantil hubiese resultado ser verdad. Ello explicaba el tremendo parecido entre ambas, a pesar de que las separasen casi dos siglos, y su recurrente pesadilla. Porque ahora sabía, sin lugar a dudas, que era Jacqueline a quien veía en sus sueños, perseguida... y asesinada.

¿La habría matado aquel tal Vincent? Era imposible que hubiese sido Eugène, que la conocía desde niña y la quería, por muy distanciados que estuvieran. Fuera quien fuera aquel otro hombre, le parecía sospechoso... sobre todo porque Jacqueline afirmaba que se había atrevido a hablarle del espejo, *Le Miroir des Merveilles*, como ella lo llamaba. Por si fuera poco, se había enamorado de él, arrojándose a sus brazos ante la falta de afecto por parte de Eugène, demasiado concentrado en su carrera artística.

Lo que no entendía era cómo era posible que hubiese soñado con Jacqueline, cuando no había sabido ni que existía hasta aquella tarde. ¿Y por qué precisamente con ella? ¿Estarían conectadas de algún modo por su increíble parecido físico, por demencial que sonara?

Todo era tan confuso que la mente de Lidwine era un torbellino. Se dijo que lo mejor era tratar de tranquilizarse y disfrutar de la cena con Grégory. Más adelante ya seguiría leyendo los enigmáticos diarios. Tal vez la clave a toda aquella locura se encontraba en uno que todavía no había leído...

Decidió dejar de ser tan vergonzosa e ir a por todas con su nuevo amigo. Tenía claro que le gustaba muchísimo, y él, por su parte, parecía estar interesado en ella. Si no, no coquetearía de aquel modo a todas horas... ¿o sí?

Se obligó a dejar de pensar porque le iba a estallar la cabeza. Se puso unos tejanos negros estrechos y una blusa de color rosa palo. Se dejó el pelo suelto, las sedosas ondas enmarcándole el rostro ovalado. Se refrescó la cara con agua fría y volvió a maquillarse, esta vez poniendo más atención que antes.

Tras calzarse unos zapatos Mary Jane de tacón, se roció con una generosa cantidad de perfume y se colocó unos largos pendientes de plata. Contempló su imagen en el espejo con atención. Bueno, quizá no era tan guapa como Dorine pero, por lo menos, su rostro no reflejaba los nervios y el cansancio de las últimas horas.

Consultó el reloj: pasaban cinco minutos de las ocho. Grégory ya debía de estar esperándola en el vestíbulo. Se aseguró de que el cajón del espejo estuviera bien cerrado y salió, dejando tras de sí una dulce rastro de perfume.

\*\*\*

—Hola, ¿cómo os llamáis?

Dorine, Grégory y Lidwine levantaron la vista a la vez. Una morena pizpireta, peinada al estilo de la chica de *Amélie*, les miraba con un par de traviosos ojos castaños, que asomaban bajo un flequillo muy corto. La flanqueaban un chico sonriente, de oscuro cabello rizado, marcados hoyuelos y ojos marrones tan chispeantes como los de su amiga, y una rubia de aire frágil, alta y delgada, que los miraba con profundos ojos verdes.

Era jueves, 29 de septiembre, el día en el que comenzaban las clases. Lidwine sentía que había pasado el resto de la semana deslizándose de un lado a otro como en un sueño, sin tener conciencia clara de lo que había hecho.

Había cenado casi todos los días con Grégory —cada día le gustaba más— y el miércoles, Dorine se había unido a ellos para tomar algo en una cafetería. Así, de paso, habían programado su visita turística por París para el sábado siguiente.

Por otro lado, había continuado leyendo los diarios pero no había avanzado mucho: todavía seguía por la mitad del de Alice, la bisnieta de Jacqueline. Cada día le costaba más concentrarse y por algún motivo, la presencia del espejo la incomodaba. Por demencial que sonara, se sentía extraña cuando la reliquia se hallaba en la misma habitación que ella.

Por suerte, había hecho algo de provecho durante los tres días previos al inicio del curso: había adquirido una magnífica caja fuerte para guardar el espejo, cuya llave llevaba todo el día encima. Y después, halló el escondrijo ideal para meterla. Aún no se creía lo ingeniosa que había sido.

Tras medir las paredes del fondo de su armario, se hizo con una tabla de madera del mismo material que uno de los compartimentos. La introdujo en la residencia bien escondida en una enorme bolsa y la montó en el armario, sin necesidad de clavarla pues encajaba a la perfección. Allí, detrás del falso fondo, se encontraba bien segura la caja.

En cuanto a los diarios, cada noche los escondía —después de leerlos— en el cajón de la ropa interior. Era un escondite bastante obvio, pero los había forrado con papel de colores para darles una apariencia más actual y pegado etiquetas con el nombre de asignaturas, por lo que no pensaba que nadie los encontrara interesantes a simple vista. Eso suponiendo que alguien lograra colarse en su habitación para registrarla.

Pese a lo mal que lo había pasado la tarde del lunes al salir del banco, se sentía más segura después de varios días sin que pasara nada inusual. Tal vez era gracias a las charlas por Skype con Béatrix, con quien al fin había decidido compartir la mayor parte de sus inquietudes.

Su tutora estaba tan sorprendida como ella, pero le había aconsejado tranquilizarse y no obsesionarse con el tema. Incluso le preguntó si quería que le guardara el espejo en casa, pero Lidwine se negó en redondo. Su madre le había pedido que no lo perdiera de vista ni un solo instante y, por mucho que Béatrix le dijera que todas aquellas historias sobre las propiedades mágicas del espejo eran solo supersticiones, ella sentía que la reliquia tenía algo raro... Como si ejerciera sobre ella alguna clase de magnetismo tenebroso.

No obstante, se guardó mucho de decirle semejantes cosas a su tutora. No quería que Béatrix creyera que estaba volviéndose loca como su verdadera madre.

Por otro lado, todavía no había tenido ninguna noticia de la *Banque Nationale de Dépôts*, pero no podían tardar mucho más en llamar. Lo único que tenían que hacer era recuperar una grabación de hacía apenas dos semanas, ¿tan complicado era?

Lidwine sospechaba que no se lo estaban tomando en serio. Tal vez aquella rubia, la tal Rosaline, aún pensaba que ella tenía algo que ver con la persona que había intentado abrir su cámara... ¡Mira que insinuar que quizá había sido alguien de su propia familia! ¡Menuda cretina!

—Hola, yo me llamo Dorine.

La voz de su amiga la sacó de sus pensamientos y la devolvió a la realidad. Ella y Grégory también se presentaron, acercándose más al grupo.

—Yo, Claudine —anunció la morenita del flequillo. Vestía de forma curiosa, hortera, pero con clase—. Nosotros acabamos de conocernos.

Les dirigió a todos una mueca divertida y Lidwine le correspondió con una sonrisa. Estaba segura de que Claudine le caería genial.

—Yo soy Brice —intervino entonces el chico de los hoyuelos.

Se le veía adinerado y elegante, al estilo de Grégory. El cabello ondulado le relucía de gomina y vestía en tonos sobrios, con pantalones de vestir negros y una camisa gris arremangada por los codos.

—Y yo, Danielle —agregó con voz suave la chica de los ojos verdes.

Tenía la piel pálida como un fantasma y las manos muy elegantes, de

dedos largos y esbeltos. El vestido verde oscuro que llevaba, vaporoso y con las mangas colgantes, y su larga cortina de cabellos rubio ceniza le daba un aire especial, algo así como antiguo, propio de un cuento de fantasía.

Se produjo una leve confusión mientras todos se adelantaban para darse los dos besos de rigor, y cuando terminaron, a Lidwine le dio la sensación que la cara de Danielle iba a explotar. No había duda de que la ganaba en timidez.

—Bueno, ¿y a qué os gustaría dedicaros de cara al futuro? ¿Pintura, escultura, fotografía, vídeo, animación...? —preguntó la doble de Amélie para romper el hielo. Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del bullicio que armaban los estudiantes.

—Pintura —dijeron a la vez Dorine y Grégory, tras lo cual se echaron a reír.

—Yo también —agregó Lidwine, con cierto resquemor al ver la complicidad entre sus dos amigos.

—A mí me atrae más la fotografía —aseguró Brice muy convencido—. Aunque lo otro no se me da mal.

—Yo aún no lo he decidido —admitió Claudine, sin borrar la sonrisa.

Todos se volvieron hacia Danielle, que aún no había dicho nada y parecía querer esconder su menudo y pálido rostro tras la abundante mata de pelo.

—Yo... siempre he preferido la escultura —balbuceó con timidez.

Sus enormes ojos verdes parecían provenir de otro mundo y tenían una expresión dulce y soñadora. Se atrevió a sonreírles un poco con sus labios finos pero enseguida desvió la mirada.

—Pues si no me equivoco —prosiguió Claudine, que no parecía tener cabida para la timidez en su menudo cuerpo—, ahora tenemos clase de... —Revolvió entre sus cosas para sacar la agenda, donde ya había copiado el horario con rotuladores de colores—: *Introducción escultórica*. ¡Has tenido suerte, Danielle!

Palmeó a la ruborizada chica como si la conociera de toda la vida.

—Entonces será mejor que vayamos para el taller de escultura —propuso Brice, consultando su Rolex plateado.

—Es por ahí —indicó Claudine, señalando hacia su izquierda mientras se ponía en marcha con determinación.

A Lidwine le hizo gracia que una persona tan menuda —no mediría más de metro cincuenta y cinco— tuviera tanto empuje y seguridad.



Pronto dieron con el gigantesco taller, que aún estaba medio vacío. Una vez dentro, los seis ocuparon una alargada mesa con taburetes y procedieron a contemplar el aula. Era muy espaciosa y la luz entraba a chorros por los múltiples ventanales, dándole apariencia de claustro.

Apenas tuvieron tiempo de intercambiar un par de animados comentarios cuando una fresca joven de lisos cabellos rubios y rasgados ojos oscuros entró con una amplia sonrisa y se situó en la parte delantera de la clase.

—Bienvenidos a *Introducción escultórica* —comenzó con una voz muy alegre que, sin embargo, no estaba carente de autoridad—. Soy la profesora Mercier, pero podéis llamarme Angélica.

Dirigió otra sonrisa general. Todo el mundo tenía la vista fija en ella. En ese mismo instante, unos alumnos entraron con precipitación y ocuparon una mesa del fondo. La profesora los miró con una mueca entre severa y divertida.

—Hoy no seré estricta con la puntualidad por ser el primer día, pero os ruego que no lleguéis tarde de ahora en adelante. Voy a ser muy pesada respecto a este tema. Alumno que llegue tarde, alumno que no entra. También seré algo fastidiosa respecto a vuestra atención. Si tenéis ganas de hablar y distraer a vuestros compañeros, no vengáis aquí a molestar: quedaos en casa durmiendo o id al bar a tomar algo. —La profesora volvió a sonreír para suavizar sus palabras y la clase rió—. Ya que menciono el bar, aprovecho para comentaros que en mi clase no se puede comer. Podríais estropear las herramientas y me temo que vuestras obras tampoco saldrían muy bien paradas si las decoráis con restos de patatas fritas.

Algunas personas rieron de nuevo y ella hizo una mueca antes de proseguir.

—Muy bien, primero de todo os repartiré el programa y explicaré los objetivos y contenidos de la asignatura, la metodología, etc.

Angélica repartió los programas de la asignatura y los leyó en voz alta, añadiendo algunas explicaciones. Durante la primera hora de clase no hizo otra cosa que hablar sobre su asignatura y contestar a dudas.

Tras comentarles una serie de puntualizaciones más, volvió a recordarles que trajeran una foto lo antes posible para completar la ficha de cada alumno. Al fin, alzó la vista del programa y les ofreció su sonrisa de anuncio de dentífrico.

—Bueno, por hoy hemos terminado. Comenzaremos la asignatura la

semana que viene, hoy es vuestro primer día y no quiero agobiaros. Hasta pronto, chicos.

Sin añadir más, se dirigió a su mesa y comenzó a recoger sus cosas. Los alumnos la imitaron y pronto la clase se llenó de una agradable algarabía.

—Ya me imaginaba que hoy no haríamos nada —comentó Dorine mientras se encaminaban hacia la puerta—. Aun así, no puedo creerme que nos hayan hecho venir para esto. ¡Hoy ya no tenemos más clases!

—¡Es verdad! —Claudine seguía pegada a su horario—. Como hemos entrado tan tarde...

—Supongo que durante esta semana y parte de la siguiente no haremos nada, solo leer los programas y cosas así —comentó Grégory mientras se detenían a la salida del aula.

—Eh, ¿os apetecería ir al bar a tomar algo? —propuso Brice con una sonrisa—. Todavía es muy pronto.

Claudine y Danielle asintieron al instante.

—Por mí encantada —contestó Dorine, que lo miraba desde hacía rato con evidentes muestras de interés.

—Lo mismo digo —añadió Lidwine y se giró hacia Grégory—. ¿Vienes?

—Claro —contestó él con su peculiar mueca burlona.

Ella se sonrojó y se apresuró a seguir a los demás dejando atrás al chico y su perturbadora mirada.

Una vez en la amplia y moderna cafetería de la facultad, Dorine les pasó unos folletos que se acaba de sacar del bolso.

—Se trata de la primera fiesta de nuestra facultad —explicó con los ojos transparentes chispeando de emoción—. ¡Es este mismo sábado! No habrá tanta gente como de costumbre porque los que van a los cursos superiores y no son de París todavía no han llegado, ¡pero aun así la cosa promete! El local es nuevo pero ya se ha puesto muy de moda, algunos amigos me han hablado de él.

—Aquí dice que tocarán los Animaux —señaló Lidwine, frunciendo el entrecejo—. ¿Quiénes son? No había oído hablar de ellos en la vida.

—Es un grupo de rock que toca a veces en bares, pero aún no son famosos ni nada —intervino Brice, mientras miraba el folleto—. Como yo soy de aquí he oído hablar de ellos.

—Bueno, entonces qué, ¿os animáis? —insistió Dorine, que estaba a claras luces emocionada—. Será divertido.

—Yo me apunto —asintió Grégory sonriendo con aire malévolo—. Nunca me pierdo una fiesta. —Le pasó el brazo por los hombros a Lidwine, incomodándola—. ¿Qué me dices, Lidwi?

—Yo también voy —afirmó ella, sonriendo a pesar de la turbación que le provocaba la proximidad de su amigo.

—Nosotros también, ¿verdad? —se apresuró a añadir Claudine, girándose hacia Brice y Danielle.

Brice asintió con entusiasmo y Danielle lo hizo de forma imperceptible. Lidwine se preguntó qué haría una persona tan retraída en una fiesta. Ella era algo vergonzosa, pero lo de Danielle era enfermizo.

Los seis charlaron durante media hora mientras tomaban patatas fritas y refrescos. Lidwine no tardó en advertir que, a diferencia del resto del grupo, Claudine era una chica de origen humilde. Aunque contaba con una beca, tenía que trabajar los fines de semana para ayudar a sus padres con los gastos. Aun así, no se amilanaba ante nada y todo se lo tomaba con entusiasmo. Le cayó bien de inmediato y, al parecer, el sentimiento fue mutuo, pues Claudine se dirigió más a ella que a los demás durante el rato que pasaron en el bar.

También averiguó que Brice había estado a punto de estudiar química, pues su familia trabajaba en el sector, pero al final se impuso su pasión por el arte. Pese a su evidente aire pomposo y altivo, resultaba simpático y era obvio que a él también le interesaba Dorine, a juzgar por las miraditas que le echaba.

Danielle, por su parte, aparte de esculpir de maravilla, también era un portento al piano. Había estado ganando premios casi desde que tenía uso de razón, pero llegó un punto que no aguantó más la presión y se decidió por su segunda pasión, la escultura. Venía de Beauvais, en Picardie, no demasiado lejos de París, con lo cual podía regresar a su casa cada fin de semana.

En cuanto a Dorine, Lidwine se enteró de que su padre era el gerente de una multinacional de éxito, razón por la cual su familia tenía tanto dinero. Los padres de Grégory, por su parte, eran bastante conocidos en el mundo del arte: su padre trabajaba para una prestigiosa firma de animación digital y su madre era una reconocida escultora, con considerable fama en el mundo de los adinerados.

No era de extrañar lo esnobs que eran sus nuevos amigos. Claudine parecía alucinada al escucharles hablar de sus vidas y, por una vez, daba la sensación de no saber qué decir. Tal vez se sentía empujada al lado de ellos, aunque, a decir verdad, Lidwine también se sentía así, y eso que

Béatrix tenía muchísima pasta.

—¿Y cómo se llama el bar en el que trabajas? —le preguntó a Claudine, llevándose a la boca un puñado de patatas.

—Es el bar *Tabac des 2 Moulins*, en el 15 de la Rue Lepic —contestó ésta con su bonita sonrisa—. ¡Es el bar que salía en la película *Amélie*!

—¿En serio? Pues qué gracia, porque te le pareces un montón...

—¡Es verdad! —exclamaron Dorine y Grégory, que estaban al lado.

—Lo sé, me lo han dicho varias veces —repuso Claudine entre risas.

Cuando al fin terminaron las patatas y los refrescos, pusieron punto y final al encuentro, acordando verse al día siguiente. Cada uno se fue en direcciones distintas, excepto Lidwine y Grégory, que enfilaron juntos hacia la residencia.

—¿Qué te han parecido? —inquirió él, mientras le abría la puerta para dejarla entrar primero.

—Son muy majos, ¡sobre todo Claudine!

Se dirigían hacia el comedor pues era la hora de comer, aunque después de todas aquellas patatas fritas, Lidwine no tenía demasiada hambre.

—Me pregunto por qué Danielle será tan tímida.

—No todo el mundo puede ser como tú, Gréggy —contestó ella, mofándose de él y sacándole la lengua.

El chico le dio un empujón flojo mientras entraban en el comedor, donde se sentaron en su mesa habitual. Grégory escogió ensalada *niçoise*, san jacobos y, de postre, *parfait* de moka. Lidwine, por su parte, optó por la sopa de champiñones y el *soufflé* de pescado, prescindiendo del postre. Con los ricos aromas le había vuelto el hambre, pero tampoco quería atiborrarse.

Cuando terminaron, iban a cambiarse para jugar un rato en las pistas de tenis cuando el móvil de Lidwine comenzó a vibrar en su bolsillo. Había olvidado activar el volumen al salir de la facultad.

—Ve subiendo, me reuniré contigo enseguida —indicó a Grégory, nerviosa al ver un número que no conocía en la pantalla del teléfono.

Tal vez eran los del banco, y no quería que su amigo estuviera delante cuando cogiera la llamada. El chico asintió con aire distraído y se dirigió hacia el ascensor. Solo entonces, Lidwine pulsó el botón para aceptar la llamada.

—¿Diga?

—¿Mademoiselle Fontaine?

—Sí, soy yo.

—Buenas tardes, soy Rosaline Caire, de la *Banque Nationale de Dépôts*.

—Sí, dígame. ¿Ya han encontrado la grabación?

—Sí, de eso se trata. La hemos encontrado pero... no lo creeré cuando lo vea. —La empleada parecía muy agitada y su voz traslucía inquietud.

Lidwine aferró el teléfono tan fuerte que se le pusieron los nudillos blancos.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Tiene que venir a verlo. Voy a llamar a la policía y tendremos que hablar con usted también.

—Pero ¿qué...?

—Venga ahora mismo —masculló la empleada, imprimiendo a su voz un tono más de orden que de ruego, y sin decir más, colgó.

\*\*\*

Cuando Lidwine irrumpió como un huracán en la *Banque Nationale de Dépôts*, Rosaline Caire y dos guardias de seguridad la aguardaban junto al largo mostrador central. O no había llamado a la policía o aún no habían llegado.

La empleada vestía un elegante traje chaqueta y el habitual moño colmena, pero a diferencia del día anterior, se la veía algo desaliñada: se había quitado la chaqueta, que pendía del respaldo de su silla, y arremangado las mangas de la blusa blanca; asimismo, algunos mechones rubios se escapaban del moño.

En cuanto vio a Lidwine, se acercó a ella caminando con paso inseguro.

—¡Gracias a Dios! Creí que no llegaría nunca.

—Es difícil dejarlo todo y venir aquí corriendo sin tener siquiera un motivo claro, mademoiselle Caire —replicó Lidwine con frialdad.

Casi le había dado un ataque al recibir la llamada del banco y le había faltado tiempo para salir en busca de un taxi. Era el colmo que encima se quejara de su demora.

—Lo lamento de verdad, pero no podía perder tiempo en explicaciones. Era necesario que usted misma lo viera.

—Bueno, ¿y qué es lo que he de ver? Espero que sea la grabación de la persona que intentó robarme...

Rosaline Caire la miró con los ojos desorbitados y se secó el sudor de la frente con la mano. Había perdido toda la fachada de elegancia y frialdad que había mostrado el primer día, pero gracias a ello parecía más humana.

—Sígame, por favor.

Sin mirar atrás, se internó por un pasillo diferente al de la vez anterior. Lidwine y los guardias se apresuraron a seguirla. Recorrieron unos cuantos metros en silencio y al fin, Rosaline levantó el llavero que sostenía entre sus temblorosas manos, abrió una puerta de acceso restringido y entró con rapidez, haciéndose a un lado para que los demás pasaran.

La joven advirtió que habían entrado en la sala de control, pues había un montón de monitores, cada uno conectado a cámaras de distintos pasillos. También había diversos paneles con botones luminosos y palancas, cuya utilidad era desconocida para Lidwine.

Los dos guardias ocuparon sus puestos de vigilancia frente a los monitores y Rosaline cogió una cinta de vídeo que había sobre una mesa.

—Aquí debería estar la grabación del 3 de septiembre.

—¿Qué significa «debería estar»?

—Ahora lo verá —replicó Rosaline de forma misteriosa.

Introdujo la cinta en un aparato de vídeo cercano y pulsó el *play*.

Lidwine, la empleada y los guardias contemplaron atentos la pantalla, la joven con expresión anhelante y Rosaline a claras luces inquieta. En la grabación se veía un pasillo con cámaras acorazadas a lado y lado. La número 442, la cámara de Lidwine, ocupaba el primer plano. A ratos, la imagen cambiaba de ángulo, enfocando el pasillo desde distintas perspectivas. Un contador en la parte superior izquierda indicaba que era el 3 de septiembre de 2005 a las 11:36 de la mañana.

—La persona que trató de entrar en su cámara introdujo la clave errónea por primera vez a las 11:38. Está todo bien grabado en el archivo de operaciones de la máquina —explicó Rosaline sin apartar la mirada del monitor.

Lidwine asintió y durante unos instantes, los cuatro contemplaron la pantalla sin decir nada. De golpe, la imagen pareció saltar. Fue solo durante una fracción de segundo y Lidwine ni siquiera tuvo claro si había sucedido de verdad hasta que vio a Rosaline mirándola en busca de reacción. Entonces se percató, con ojos como platos, de que el contador indicaba las 11:38 de la mañana. El pasillo seguía completamente vacío.

—¿Qué significa esto? —balbuceó, girándose hacia la empleada.

— ¿No ha advertido nada extraño?

—Sí, me ha dado la sensación de que la imagen saltaba...

Rosaline apretó los párpados y asintió.

—Alguien cambió la cinta en ese momento y empalmó de algún modo la grabación de ese día con la del anterior. Fíjese en la fecha.

Lidwine miró de nuevo el margen superior de la pantalla y no dio crédito a lo que veían sus ojos.

—2 de septiembre...—musitó, después de tragar saliva con dificultad. Entonces cayó en la cuenta de algo—. ¿Y las cámaras que hay en los ascensores?

Rosaline meneó la cabeza.

—Ocurre exactamente lo mismo. Han sido trucadas de algún modo.

Durante unos instantes, nadie dijo nada. Al final, la empleada tironeó con nerviosismo de un hilo suelto de su blusa y carraspeó.

—Tendré que dar parte a la policía acerca de esto, mademoiselle Fontaine. Jamás había ocurrido nada parecido. Nuestro sistema de seguridad es infalible.

—A no ser que lo hiciera alguien desde dentro... ¿no cree?

—¿Qué quiere decir? —La mujer la miró con expresión arrogante.

—Digo que quizá el ladrón trabaje para este banco o tenga relación con algún empleado.

—¿Qué está insinuando? —exclamó Rosaline con voz chillona, sulfurada—. Nuestros empleados son personas de total confianza.

—Entonces, habrá sido cosa de brujas—ironizó Lidwine.

—Escuche, mademoiselle Fontaine...

—Esto es increíble —la interrumpió, cerrando los ojos y alzando los brazos para agarrarse la cabeza. Suspiró y repitió—: Increíble.

Rosaline, humillada, adoptó una actitud implorante y agachó la cabeza.

—No sabe cuánto lo siento. ¿Podría decirme qué es lo que guardaba ahí dentro? ¿Qué clase de objeto, por muy valioso que fuera, suscitaría toda esta clase de... acciones ilegales?

—Lo siento, pero eso es confidencial —replicó Lidwine con ojos llameantes.

—Tendrá que hablar con la policía —manifestó la empleada con tono lúgubre—. Esto es muy irregular. Jamás había sucedido nada parecido.

—No tengo nada que hablar con la policía —exclamó la chica, furiosa

—. Ni se le ocurra dar parte de esto o me aseguraré de demandarles por haber estado a punto de dejar que me robaran. ¿Este es un banco de depósitos que presume de cámaras acorazadas de la más alta seguridad? ¡Pues vaya mierda de seguridad!

Rosaline la miró con ojos desorbitados, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua. Los guardias parecían no saber dónde meterse.

—No pienso volver a pisar este banco —prosiguió Lidwine, amenazante—, y más vale que no avisen a la policía. Lo importante es que el contenido de mi caja fuerte está a salvo y nadie ha conseguido robarlo. Punto final. El cómo alguien se introdujo en su sistema de «alta seguridad» —Pronunció las palabras con sarcasmo— me importa un rábano. Preocúpense ustedes de comprobar a qué clase de gente contratan. Yo no tengo nada que ver con este lío.

Echando humo y sin añadir más, giró sobre sus talones dispuesta a salir así de escena. No obstante, la voz de Rosaline la obligó a detenerse.

—Como usted quiera —aceptó con voz seca y resignada—. No daré parte a la policía sobre esto, ya que se muestra tan celosa del contenido de la que fue su cámara de seguridad. Sin embargo, debo insistir en lo que ya le pregunté el día que nos conocimos. ¿Tiene idea de quién podría tener tanto interés en hacerse con lo que quiera que esté escondiendo?

Lidwine se quedó quieta, sin darse la vuelta, y apretó los párpados.

—No, mademoiselle Caire. Me temo que no lo sé.

Rosaline Caire apartó la mirada de su espalda y la devolvió a la silenciosa grabación del pasillo vacío. Entonces, cuando Lidwine ya alcanzaba la puerta, murmuró con voz gélida.

—Más vale que vaya con cuidado.

Lidwine se detuvo de nuevo, su temblorosa mano en el pomo, preguntándose si estaría amenazándola. No obstante, no se giró para mirar por última vez a Rosaline Caire, sino que accionó el tirador de la puerta y salió sin volver la vista atrás.



## CAPÍTULO 9

—¡Este lugar es una pasada! —chilló Claudine para hacerse oír por encima del estridente sonido de la música.

Bailaba con desenfreno en el centro de la pista, agitando los brazos y la cabeza de tal modo que Lidwine se apartó, temerosa de que le diera un manotazo, y asintió, divertida ante el entusiasmo contagioso de su amiga.

Era viernes por la noche y se encontraban en el club *Podium*, en la Avenue des Champs Elysées. El local, reservado para la fiesta privada estudiantil, estaba lleno de jóvenes, la mayoría tan pijos como Grégory y Dorine, quienes bailaban en la concurrida pista al ritmo de la música techno.

A Lidwine no acababa de gustarle el ambiente pretencioso de la discoteca, pero la decoración era interesante. Se había quedado de piedra al ver las pantallas planas en las que se proyectaban sin cesar imágenes de desfiles de alta costura, los sillones tapizados en terciopelo azul de la entrada y la araña LED del techo.

Habían tenido que vestirse de forma muy elegante para poder acceder pues, pese a ser una fiesta privada, en el club había código de vestimenta. Dorine había estado horas hablándoles del tipo de personas que acudían a aquel lugar y lo *chic* que era, razón por la cual se había puesto un llamativo vestido de Versace rojo, cuyo escote llegaba al ombligo. El color contrastaba de forma dramática con la palidez de su tersa piel, dándole un aspecto exuberante.

Lidwine no se había dejado impresionar por aquellos comentarios. Bajo su punto de vista, el ambiente era pomposo hasta la náusea. Nunca le habían llamado la atención los locales de moda, ni aunque acudiera la flor y nata de la sociedad parisina.

—¿Cuándo empieza el concierto? —preguntó, girándose hacia Dorine.

La pelirroja bailaba con Brice en aquel momento, coqueteando de un modo escandaloso y sonriéndole todo el tiempo.

—Creo que de aquí diez minutos. En el folleto decía que comenzaba sobre la una —replicó ésta con indiferencia, sin ni siquiera apartar la mirada de Brice.

Lidwine suspiró y se giró hacia Grégory, que se contoneaba de forma sensual a su lado.

—¿Quieres ir a por una bebida? Me va a dar algo aquí dentro.

Era verdad. Desde que se habían metido en aquella atmósfera sofocante, provocada por el exceso de gente y calefacción, se estaba asfixiando. Se sentía como una sardina enlatada, chocando sin cesar contra cuerpos sudorosos.

—De acuerdo —accedió Grégory, siguiéndola a través de la atestada pista.

Al llegar a la barra, Lidwine pidió un Malibú con piña al sonriente camarero; Grégory, por su parte, optó por un Vodka con lima. Ambos pagaron unos veinte euros por la consumición: un atraco a mano armada, bajo su punto de vista.

La joven se apoyó sobre la barra y comenzó a abanicarse con una mano. Para colmo, el top de lentejuelas plateadas le picaba un poco. Se lo había comprado para la ocasión, a juego con los pasadores en forma de mariposa que recogían su larga melena y las sandalias que asomaban bajo sus pantalones negros de pitillo.

—Me estoy asando —comentó a Grégory.

Tuvo que hablarle al oído a causa de la música atronadora. Al acercarse, el perfume del chico embriagó sus sentidos. Aún estaba atontada cuando él le sonrió con aire travieso y señaló la pista con la barbilla.

—Me da que esos tienen más calor en el cuerpo que tú.

Lidwine siguió la dirección de sus ojos y topó con la estampa de Brice y Dorine, pegados como lapas, sus bocas apretadas en un húmedo beso.

—Vaya —musitó divertida, alzando las cejas.

—Tal vez tú y yo deberíamos hacer lo mismo —bromeó Grégory, acercándose demasiado a su cara de Lidwine.

Riendo con vergüenza, ella había dado un paso atrás para apartarse cuando notó que su codo chocaba contra algo. Sobresaltada, se dio la vuelta y se encontró con la furiosa mirada de un chico, al cual acababa de volcar la cerveza encima.

—Muchísimas gracias, tía —le espetó el desconocido de muy malos modos.

Lidwine lo miró con ojos desorbitados y, en un impulso absurdo, trató de limpiarle la empapada pechera de la camiseta con las manos.

—Disculpa, no sabes cuánto lo siento, ha sido sin querer...

—Quita de ahí, por favor, ya has hecho bastante. —Él la apartó con rudeza—. Tengo una actuación en cinco minutos... ¡Joder!

—Oh, Dios mío —exclamó tapándose la boca, horrorizada—. ¿Eres uno de los Animaux?

Él la miró con hosquedad.

—Has dado en el clavo, colega.

Incluso a pesar del ruido de fondo, Lidwine detectó en la voz del chico un matiz chulesco, muy acorde con sus agitanados gestos y expresiones. Sin saber qué decir, lo estudió con disimulo mientras sus mejillas se ponían al rojo vivo.

Tenía una mata de rizados cabellos castaños que le llegaban al principio del cuello. Era un poco más alto que ella, y tan delgado que sus piernas, enfundadas en ceñidos pantalones negros, parecían dos palillos. El rostro tenía algo de inquietante, por la forma dura de la barbilla y la mirada hostil, aunque los rizos le daban un toque aniñado, y los labios podrían resultar dulces si sonrieran.

Llevaba una cadena de eslabones plateados en torno al cuello y un pequeño pendiente de aro en la oreja izquierda, así como unas gafas de sol sujetas a la camiseta. La joven también advirtió, sin saber si sentir fascinación o rechazo, que tenía una bola de billar con el número ocho tatuada en el antebrazo. Una apenas perceptible sombra de barba le cubría la barbilla y el labio superior.

Sin embargo, a pesar de su aspecto macarra, poseía cierta belleza, apreciable en la forma perfecta de su nariz y en la inmaculada blancura de su piel, que se tensaba alrededor de los pronunciados pómulos. Sus ojos rasgados llamearon mientras fulminaban a Lidwine.

—Lo siento, en serio —volvió a repetir ella, mordiéndose el labio.

El chico se limitó a menear la cabeza con rabia y se perdió entre la multitud.

—A eso lo llamo yo hacer amigos —gritó Grégory en su oído, muerto de risa.

—Muy gracioso —exclamó Lidwine de mal humor, empujándole—. De hecho, todo esto ha sido culpa tuya. Si no hubieras andado con tus juegucitos de siempre, yo no habría chocado contra ese borde.

—Claro, ahora échame a mí la culpa de tu torpeza —se mofó Grégory, resuelto a tomarle el pelo. Sin embargo, su expresión se suavizó al ver la inquietud de su amiga y la tomó del brazo—. Venga, olvídate del payaso ese, no ha sido para tanto. Mira, las bebidas ya están aquí, ¿las cogemos y volvemos con los demás?

—De acuerdo —asintió Lidwine más tranquila, y se abrió paso de nuevo a través de la abarrotada pista detrás de él.

Cuando llegaron junto a sus amigos —Dorine y Brice se habían retirado a un sofá y estaban tan juntos, en un revoltijo confuso de brazos y piernas enredados, que no estaba claro dónde acababa uno y dónde empezaba el otro—, le contaron lo ocurrido a Claudine y a Danielle, quienes estallaron en carcajadas.

—Vaya, pues sí que es rancio el tío ese —exclamó Claudine, y al girarse hacia el escenario, su sonrisa se ensanchó—. ¡Míralo, ahí lo tienes!

—¿Qué? ¿Dónde? —exclamó Lidwine, girándose hacia donde señalaba, indiscreta como siempre, su amiga.

Vislumbró al chico, que ya no parecía tan enfadado y que, de algún modo, se había limpiado la mancha del pecho. Estaba en el escenario junto a tres chicos más, todos con pintas similares a la suya, ajustando algo de su guitarra eléctrica.

Un tipo que no formaba parte del grupo se acercó al micrófono con una sonrisa bobalicona y anunció con exagerado enardecimiento:

—Y aquí tenemos el concierto en directo de esta noche. Recibamos con un caluroso aplauso a.... ¡Animaux!

La multitud estalló en vítores y el grupo comenzó a tocar una canción rock muy animada. Algunas chicas incluso les chillaban cosas escandalosas, arrojándoles objetos y saltando como posesas.

—¿Por qué se entusiasman tanto si casi nadie sabe quiénes son? —preguntó Claudine burlona, alzando las cejas.

—Serán amigos suyos —aventuró Lidwine, encogiéndose de hombros y dando un sorbo a su bebida, sin apartar la vista del cantante.

El chico, que tocaba la guitarra con maestría, se había aproximado al micrófono para cantar. No lo hacía mal, tenía una voz peculiar, fiel a su estilo apático, pues daba la impresión de que no terminaba de pronunciar las palabras. Todo en él emanaba una actitud camorrista y pendenciera, según la perspectiva de Lidwine, que aún estaba molesta.

En respuesta a su comentario, Claudine se encogió de hombros y siguió bailando. A su lado, Danielle se contoneaba de forma sensual; al parecer, su timidez no había sido obstáculo para desmelenarse. Aquella noche estaba preciosa con su vestido turquesa con transparencias y los cabellos rubios retirados del rostro por una cinta de rosas de terciopelo.

«Grégory también va vestido para matar», pensó Lidwine mientras el

chico se le acercaba para bailar con ella.

Iba todo de negro: camisa de algodón, pantalones de vestir que se adaptaban a su estupenda figura y flamantes zapatos nuevos. Se había peinado los cabellos rubios con cera y sus ojazos azules parecían brillar con más descaro que de costumbre mientras se rozaba de forma provocativa contra ella.

—Estás muy guapa esta noche —le comentó al oído.

El roce de su cálido aliento la hizo estremecer. Le dedicó una tímida sonrisa.

—Gracias... tú también.

Justo en ese momento, Claudine y Danielle se ausentaron, alegando que iban a beber algo, y los Animaux comenzaron a tocar una canción lenta.

Con el corazón a punto de explotar, Lidwine permitió que Grégory le rodeara la cintura con sus fuertes brazos y se agarró a su cuello con torpeza, apoyándole la cabeza en el hombro. Aspiró con fuerza su aroma. Qué bien olía... A aquella fragancia suya, brisa marina y bambú. El estómago parecía habersele llenado de algo que se retorció y saltaba. Las manos comenzaron a sudarle.

Poco a poco, Grégory fue apretando más su cuerpo contra el de ella: al principio, con cautela; después, al ver que no oponía resistencia, de forma atrevida y descarada. Todas y cada una de sus curvas quedaron encajadas contra el torso fuerte y duro de Grégory. Podía sentir sus latidos y su respiración desbocada, así como su evidente excitación clavándosele en la parte baja del estómago.

Casi jadeando, le miró a los ojos y, como en un sueño, él bajó la cabeza y atrapó sus labios con los suyos. Se vio arrastrada a un torbellino de sensaciones tan intensas que creyó que se desmayaba. Los labios del chico eran suaves y esponjosos, con un sabor propio que le recordó a agua caliente con miel.

Con un suave gemido, él se despegó de sus labios un instante para volver a devorarlos con fuerza, su lengua penetrándole en la boca con urgencia y llevándola a la locura, mientras la agarraba del trasero para apretarla aún más contra él.

Cuando ambos se quedaron sin respiración, Grégory se separó de su boca y le hundió la cara en el cuello, dándole pequeños mordiscos, tan placenteros que la chica sintió de nuevo aquel delicioso mareo. Nunca se había sentido así... tan débil, como si fuera a derretirse entre los brazos de

otra persona.

Pasaron el resto de la noche besándose sin parar, sedientos el uno del otro. Dorine y Brice ya hacía rato que se habían ido a otra zona de la discoteca y se habían esfumado de su vista. Claudine y Danielle, que estaban desaparejadas y se sentían incómodas ante los besuqueos de sus amigos, se alejaron al cabo de un rato para saludar a unos chicos que las miraban y tampoco volvieron a aparecer.

Al cabo de una hora, los componentes del grupo Animaux rasgaron los acordes de su última canción. Después de un beso particularmente largo y húmedo, Lidwine apoyó la cabeza en el hombro de Grégory y comprobó, con cierto sobresalto, que el cantante —a quien había volcado la bebida encima un rato antes— la miraba de forma inescrutable desde el escenario.

Entrecerró los ojos, segura de estar imaginandoselo por la falta de luz, pero no había duda: su oscura mirada estaba fija en ella. Se preguntó por qué la observaría de aquel modo, ¿estaría todavía enfadado?

En aquel momento, Grégory comenzó a besarla por un lugar próximo al escote. Perdida en las sensaciones que le provocaba, Lidwine echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, apartando al misterioso chico de su mente durante el resto de la noche.

\*\*\*

Cuando se despertó a la mañana siguiente, las manecillas del reloj señalaban que era casi mediodía. Hacía un día claro y soleado, perfecto para la visita turística que había acordado con sus amigos, pero una vez más, todos decidieron postergarla. Tras acostarse casi a las siete de la mañana, ninguno tenía ganas de madrugar.

Arrastrándose fuera de la cama como un zombi, Lidwine se metió en el lujoso baño y se dio una larga ducha. Apenas había dormido cinco horas, pero no le apetecía seguir durmiendo. Se vistió con unos tejanos ajustados y una camiseta de dibujos de manga corta y, tras recogerse el pelo en un apretado moño, bajó a desayunar pensando en lo que haría aquel día.

No podía retrasar más la investigación sobre su herencia, todo aquel asunto estaba empezando a volverla loca. Se recorrería unas cuantas tiendas de antigüedades e investigaría sobre el espejo y su posible valor en la época actual, así como sobre la supuesta leyenda vinculada a él. También intentaría averiguar más acerca del cuadro de su antepasada Jacqueline, aunque lo que había encontrado cuando era niña era escaso y poco significativo.

Por último, cuando acabara con todo aquello, en algún momento de su estancia en París, trataría de localizar a su padre... el famoso François Sagorin.

Cuando ya entraba en el comedor, cayó en la cuenta de que había pasado la hora reglamentaria del desayuno. Chasqueando la lengua, volvió a subir a su habitación y decidió que pasaría el día fuera. No quería encontrarse con Grégory y que insistiera en acompañarla... A pesar de lo que había sucedido entre ellos la noche anterior, no podía contarle nada sobre el espejo. Al menos, todavía no.

Una vez arriba, se puso la chaqueta y se colgó del hombro una bandolera de color verde militar. Antes de irse, se preguntó si debería decirle algo a Grégory. No sabía muy bien qué inventarse para justificar su ausencia, por lo que decidió que le enviaría un WhatsApp cuando se le ocurriera una buena excusa.

Al salir a la calle, decidió que lo primero que haría sería desayunar. No tenía ni idea de dónde harían buenas pastas dado que apenas conocía la ciudad, pero como sabía que por el barrio de Montmartre había muchas tiendas de antigüedades, decidió tomar el metro hasta esa zona y de paso, desayunar allí en alguna cafetería acogedora.

Así pues, cogió la línea rosa en Saint Germain des Pres, hizo transbordo en la tercera parada y, una vez en la línea azul claro, atravesó casi todo París hasta bajarse en la Place de Clichy, cerca del Moulin Rouge y de la calle Lepic donde trabajaba Claudine. No obstante, no le apetecía explicar qué hacía allí a su compañera, así que se alejó por el Boulevard de Clichy.

Al discernir el cementerio de Montmartre a unos cuantos metros, un escalofrío le recorrió la espalda y se preguntó dónde estaría enterrada su madre. Se puso la nota mental de averiguarlo y visitar su tumba, a no ser que la hubiesen incinerado. Le dolía haberla perdido, aunque supiera de ella desde hacía tan poco. A través de los diarios comenzaba a tener una cálida sensación de raíces que jamás había experimentado antes.

Apartando la vista del cementerio, giró por la Rue Lepic y subió unos metros hasta topar con la Rue des Abbesses. Era una calle bonita, así que decidió probar suerte. El toldo de una cafetería le llamó la atención. Era de un curioso color ciruela y ostentaba el nombre *Le Templier* en letras blancas.

Lidwine se adentró en la suave penumbra del local, que estaba bastante lleno. Algunas paredes se habían dejado con obra vista y unos alegres ladrillos naranjas se perfilaban por encima de las mesas de color

negro y azul eléctrico. Diversas lámparas en forma de apliques anaranjados hacían juego con los ladrillos. El bar le agradó de inmediato, por lo que se acercó a la barra para que la atendieran más rápido. No quería perder demasiado tiempo allí, tenía muchas cosas por hacer y ya era casi la hora de comer.

Por suerte, en esa zona había varios sitios libres. Se subió a un taburete y estaba hurgando en su bolso en busca del móvil, decidida a enviarle un WhatsApp a Grégory, cuando vio por el rabillo del ojo que se le acercaba un camarero.

— Buenos días, ¿qué le sirvo?

Por unos instantes le pareció que alucinaba, pues la voz sonaba igual de macarra, pese al tono amable y cortés, que la del chico a quien había volcado la cerveza el día anterior. Al levantar la vista, ya no le cupo la menor duda: los agitanados rizos castaño oscuro, los ojos rasgados, la ancha y cuadrada mandíbula, el diminuto aro en la oreja izquierda...

Al parecer, el chico también la reconoció, pues su sonrisa amable se diluyó hasta convertirse en una mueca de sorpresa. Sus ojos, como si poseyeran alguna propiedad mágica, adquirieron un abrasador tono cobre mientras la miraba con el desdén del día anterior.

— ¡Tú! —Fue lo único que pudo balbucear, atónito. Entonces se recuperó y añadió—: ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Vienes a quemarme el bar esta vez?

—Por si no te has dado cuenta —comenzó Lidwine, esta vez determinada a tratarle con la misma actitud que él—, no soy adivina e ignoraba que trabajabas aquí. De haberlo sabido, me habría ido a otro sitio, ya que no me gusta la gente desagradable. —El chico alzó las cejas al sentir la frialdad con la que le hablaba—. Así que no te preocupes, que ya me voy.

Se bajó del taburete con aire majestuoso, ante la mueca de desconcierto del chico, que se apresuró a reaccionar y la tomó del brazo.

—¡Suéltame! —siseó ella, tironeando.

Él le dedicó una sonrisa torcida y Lidwine vio por primera vez sus dientes, grandes y rectos, los colmillos algo puntiagudos. La soltó con delicadeza y alzó las manos como pidiendo perdón.

—Eh, lo siento. No pretendía ser antipático.

—Pues tienes una curiosa forma de demostrarlo —le atacó la joven, indecisa, uno de sus pies aún apoyado en el taburete.

—Por favor, quédate —le pidió el chico con sorprendente encanto—.



Te pido disculpas por lo de ayer. Estaba nervioso por la actuación y se me fue un poco la olla, tía. Perdona.

Lidwine reprimió una sonrisa ante su vocabulario vulgar. No había conocido a nadie en las escuelas refinadas a las que había asistido toda su vida que utilizara esas expresiones... por no mencionar la entonación chulesca.

—¿Y qué me dices de hoy? —replicó, decidida a disfrutar de su penitencia, aunque ya no estaba en absoluto molesta.

—Solo pretendía bromear —se excusó él, encogiéndose de hombros con una sonrisa encantadora que, sin embargo, tenía algo peligroso—. Es algo que suelo hacer mucho, sabes.

Lidwine estudió el rostro del chico, como sopesándole, y se dijo que su actitud de fanfarrón, su piel pálida, su delgadez... en resumen, todo lo que le daba aquel aspecto de gamberro, tenía cierto atractivo sexual. Incluso las ojeras que marcaban cercos oscuros bajo sus ojos.

«Pero, ¿en qué estoy pensando?», se preguntó, azorada.«Si Béatrix supiera que me relaciono con alguien como este tío, su mera manera de pronunciar le daría pesadillas durante un mes entero. Y no hablemos ya del tatuaje...»

Por algún motivo, imaginarse a su madre adoptiva completamente escandalizada le dio ganas de reír y miró al chico con nuevos ojos.

—Venga, para que no digas, te invito a una taza de café —declaró él sin dejar de sonreírle y acercándose a la máquina—. ¿Cómo te gusta?

—Un cortado, con un poco más de leche que de café.

—Aquí tienes. —Dejó la taza frente a ella junto con una *crêpe* de chocolate de aspecto apetitoso—. Invita la casa.

—¿No estarás tratando de envenenarme? —bromeó Lidwine, añadiéndole azúcar al café y removiéndolo con la cucharilla.

—¿Yo? Pero si tengo una cara de santo que no puedo con ella...

El muchacho le guiñó el ojo. Tenía algo del descaró de Grégory, pero estaba exento por completo de sus modales. No, la gracia del macarra — como le llamaba Lidwine para sus adentros— estaba en la sensación de peligro que inspiraba, en su sonrisa lobuna, en aquella delgadez que traslucía demasiadas sustancias tóxicas y poca comida sana...

Y aun así, en cierto modo se sentía atraída por él. La idea era inquietante.

—Gracias —le dijo con timidez.

Él se apoyó al otro lado de la barra, mirándola con los ojos oscuros tan fijos en ella que la puso nerviosa. Por fin, el chico relajó la cara e inquirió:

—Bueno, ¿y cómo te llamas?

—Lidwine —contestó, aliviada de que hubiera roto el silencio—. ¿Y tú?

Le dio un sorbo a su café. Estaba delicioso y la *crêpe* todavía más.

—Ruben —repuso él de forma indolente, sin dejar de estudiarla.

Se fijó por primera vez en la indumentaria del chico: ceñidos tejanos negros y una camiseta verde, con la palabra «Junkie» y el dibujo de un porro debajo. Arrugó el ceño, sin saber si sentirse asqueada o divertida ante su descaro.

—Es un nombre curioso —comentó, desviando la mirada.

—Es de origen hebreo —explicó él con una mueca—. Mi padre es español y allí es más común, lo que pasa es que aquí se suele adaptar en la mayoría de casos a Robert, que siempre me ha sonado un poco moñas.

Le dirigió una sonrisa torcida y ella se rió.

—Es bonito —dijo Lidwine con sinceridad.

—Gracias, el tuyo también. —Hurgó en sus tejanos, sacó un arrugado paquete de tabaco y gritó hacia sus espaldas—. ¡Voy a tomarme un descanso!

El otro camarero asintió con aire cansado. Ruben caminó hasta el fondo de la barra, pasó por debajo y le hizo un gesto a Lidwine.

—¿Te vienes a la terraza? —Señaló afuera con el pulgar.

Ella asintió y, tomando su taza de café y la *crêpe*, le siguió hacia el exterior. Ruben se instaló en una de las mesas y ella se sentó a su lado.

—Mi descanso para comer —explicó con los ojos en blanco, mientras encendía un cigarrillo haciendo pantalla con las manos.

Le dio una calada, aspirando con fuerza y expulsando el aire hacia el otro lado para no darle en la cara. A su pesar, Lidwine pensó que fumaba de un modo muy sexy, y eso que ella odiaba el tabaco.

—¿Tu descanso para comer y lo único que tragas es el humo de ese cigarro?

—No tengo hambre. —Se encogió de hombros con apatía, un gesto que parecía repetir con bastante frecuencia.

—Debería darme vergüenza desayunar a estas horas —bromeó ella.

Dio un mordisco a la *crêpe* y la saboreó con los ojos cerrados, deleitada. Cuando los abrió, vio que Ruben la miraba muy serio, como

fascinado, y que poco a poco comenzaba a sonreírle con aquella mueca torcida.

—¿Mucha juerga ayer por la noche? —preguntó, tras darle otra larga calada a su cigarrillo.

—Algo así. Lo mismo que tú, supongo.

—Sí, aunque hoy tenía que estar aquí a las siete, así que no he dormido... Una auténtica putada. Es lo que tiene trabajar en una cafetería.

—¿Y cómo te va con el grupo? —inquirió Lidwine—. Anoche la gente estaba como loca con vosotros.

—Gracias —contestó él—. No nos quejamos, pero... conseguir un contrato discográfico está chungo.

Se encogió de hombros una vez más, como si le diera todo igual. Ella se fijó en sus piernas huesudas y volvió a la carga.

—Deberías comer más —señaló, frunciendo el ceño.

Ruben resopló con ironía. Todo en él parecía una mezcla de apatía y amargura encubierta. Lo que Lidwine no se explicaba era que le resultara tan encantador. O tal vez, sensual fuera la palabra.

—Te pareces a mi madre —gruñó, con el cigarro entre los labios—. Está bien, comeré algo ya que parece afectarte tanto.

Se levantó para dirigirse al interior del bar. Tenía una forma de caminar muy particular, estilo John Travolta en Grease. Cuando volvió, sostenía un plato con media baguette de jamón y una Coca-Cola.

—¿Contenta?

—No veas —ironizó ella, riendo. Apuró su café y se levantó—. En fin, me voy que tengo algo de prisa. Encantada de conocerte y gracias por el desayuno.

Ya había comenzado a alejarse cuando la voz de Ruben la detuvo.

—¿No vas a darme dos besos?

Se dio la vuelta. A juzgar por su mirada, cualquiera diría que la estaba desnudando con los ojos. Ella sonrió con timidez y se le acercó.

—Claro.

Al inclinarse le llegó una oleada de perfume —madera quemada, naranja y pino— mezclado con tabaco. Él la besó demasiado cerca de las comisuras, provocando que el pulso de Lidwine se acelerara. Ruben no se había afeitado aquella mañana, y su incipiente barba le raspó la mejilla, encendiendo en ella una especie de instinto salvaje, que no comprendió en absoluto y que la asustó.

—Un placer conocerte, tía.

Le dedicó otra vez aquella sonrisa de lobo hambriento. Lidwine asintió, y ya había dado la vuelta para marcharse cuando la voz de Ruben la detuvo de nuevo.

—Eh, canija. ¿No me darías tu número de móvil?

Lo dijo de un modo burlón e insinuante. A ella le irritó que le hablara con aquella familiaridad y giró la cabeza para enfrentarle con una sonrisa forzada.

—Hasta otra, Robert —replicó, diciendo mal su nombre a propósito.

Sonrió para sus adentros cuando él replicó enfadado:

—¡Es Ruben!

Agitando la mano como despedida sin dignarse responder, Lidwine se fue calle abajo. Aguzó el oído por si oía pasos detrás de sí, pero con cierta decepción se dio cuenta de que el chico no la había seguido.

Con cierta reserva, aventuró un vistazo a sus espaldas y topó con la mirada de Ruben fija en su rostro. Había algo en aquellos ojos oscuros e impasibles... algo que le encogió el estómago.

Mientras apartaba la vista y se alejaba, Lidwine se dio cuenta de que no era atracción ni vergüenza lo que había sentido al mirar a Ruben.

Era miedo.

## CAPÍTULO 10

Cuando, una hora después, Lidwine entró en la tienda de antigüedades Bourgeois, se sentía desanimada. Había recorrido ya cuatro tiendas similares —Da Silva, Blanchard, Le Gall y Marchand— y estaba agotada de las retorcidas cuestas de Montmartre, de las hordas de gente, los pintores sacando retratos a turistas y las tiendecitas de recuerdos.

Había perdido la esperanza de averiguar nada, al menos ese día. Aunque los anticuarios eran muy buenos en su campo y sabían de qué les estaba hablando, todos coincidían en una cosa: *Le Miroir des Merveilles* era un mito y no valía la pena perder el tiempo investigando sobre él. Cuando Lidwine insistió en que, en todo caso, ella quería saber más, todos se negaron. Su negocio se basaba en objetos cuya existencia estuviera demostrada. No conocían gran cosa sobre la leyenda de una reliquia desaparecida siglos atrás... ni tampoco les interesaba.

De modo que, después de caminar durante horas por aquellas sinuosas cuestas, se hallaba frente al último comercio de antigüedades de la zona. Con un suspiró, cruzó los dedos en señal de suerte y empujó la puerta, que se abrió hacia el interior fresco y oscuro. Una campanilla sonó con suavidad y tintineó de nuevo cuando la puerta se cerró a sus espaldas.

Al instante, un hombre mayor con aspecto de mago de cuento apareció al otro lado del atestado mostrador. Lucía una poblada barba y llevaba los abundantes cabellos blancos cepillados hacia atrás. Su sonrisa, dulce y sincera, mostraba unos dientes tan perfectos que solo podían ser postizos, y sus ojos eran del color del cielo en verano. Vestía de modo clásico y anticuado, con un pantalón marrón sujeto con tirantes por encima de una camisa de leñador a cuadros rojos y blancos, arremangada hasta los codos.

Un buen presagio asaltó a Lidwine, como si por fin supiera que ese anticuario iba a ser diferente al resto. Se adelantó unos pasos y estornudó. Había polvo por todas partes, sobre las antiguas lámparas y mesitas de madera bruñida, las vasijas y cántaros estropeados por el paso de los años, los libros y pergaminos enmohecidos... La joven advirtió que los objetos eran carísimos y que la tienda, que desde fuera se veía minúscula, en realidad era laberíntica.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó el hombre con una voz grave y melodiosa.

—Verá, estoy interesada en cierto espejo legendario por un proyecto de estudios y... me gustaría saber si usted podría contarme algo acerca de él.

—¿Tiene alguna fotografía o dibujo? ¿Sabe si se le conoce por algún nombre en particular?

Lidwine respiró hondo antes de responder, cautelosa:

—Creo que se le llama... *Le Miroir des Merveilles*.

Los ojos del anticuario se iluminaron y se apresuró a ponerse las gafas, que pendían de una cadena sobre su pecho.

—Vaya, ha ido a topar con la persona más adecuada, querida —afirmó, entusiasmado—. Llevo media vida obsesionado con ese espejo. Es una desgracia que se sepa tan poco de él...

Hizo una breve pausa mientras sopesaba a Lidwine con su mirada azul.

—Puedo contarle bastantes cosas —dijo al fin—, pero si lo que quiere es una investigación en profundidad, le daré el teléfono de una buena amiga mía. Es bibliotecaria y está tan interesada en los objetos antiguos como yo, especialmente en esta reliquia. ¿Le interesaría su número?

—¡Por supuesto que me interesaría! —Lidwine sonrió de oreja a oreja—. Muchísimas gracias, monsieur...

—Bourgeois. —El hombre le alargó la mano que tenía libre, pues con la otra estaba escribiendo los datos de la bibliotecaria en un papel—. Como el nombre de la tienda indica.

Lidwine asintió y tomó el papel de sus manos. En él se leía el nombre «Charlène Leclerc» al lado de un número de teléfono.

—Es el teléfono de la biblioteca donde trabaja —indicó él con amabilidad—. Solo tiene que preguntar por ella, suele estar ahí todo el día. O si lo prefiere, puede ir directamente a buscarla y hablar con ella en persona.

—Muchísimas gracias, monsieur Bourgeois —repitió la chica, radiante—. No sabe cuánto me ha ayudado, el resto de anticuarios... bueno, digamos que...

—No creen en el espejo —terminó de nuevo por ella el anticuario, frunciendo el ceño—. Esa panda de inútiles solo cree en lo que es capaz de ver.

Sus ojos azules destellaron con una mezcla de rabia y entusiasmo. Lidwine se dijo, regocijada, que el viejo se lo estaba pasando en grande.

—Solo les interesa hacer negocio. Eso no es un verdadero anticuario, bajo mi punto de vista —prosiguió, convencido—. Toda mi vida me han

atraído mucho las leyendas y la de este espejo en concreto me resulta fascinante. De hecho, estoy seguro de que aún existe en alguna parte, aunque mis compañeros se burlen de mí.

Lidwine le dedicó una sonrisa nerviosa y decidió despedirse antes de que el anciano le pidiera su opinión al respecto.

—Debo irme —anunció, guardándose el papelito en la bandolera—. Creo que iré ahora mismo a ver a su amiga, si no le importa que sea ella quien me cuente la historia... —Miró al amable anciano, casi temiendo desilusionarle.

—¡Oh no! —se apresuró a exclamar él, complacido—. No se preocupe, mademoiselle...

—Fontaine.

Él asintió, sonriéndole casi como un abuelo lo haría a su nieta. De golpe, se le ocurrió algo y volvió a tomar un papel del mostrador.

—Le agradecería que me llamara si descubre algo sobre el espejo. Estoy muy solo y aburrido desde que mi mujer falleció hace dos años, y me entretiene mucho investigar.

—Vaya, lo siento muchísimo... —murmuró Lidwine, apenada.

—No se preocupe. —Le alargó el pedazo de papel con su teléfono y, tratando sin éxito de disimular la ilusión en su voz, repitió—: Por favor, no dude en llamarme si necesita cualquier cosa o si descubre algo.

—Lo haré —prometió ella, casi deseando contarle la verdad, aunque sabía que era imposible—. Gracias por todo.

—No hay de qué. —El anciano inclinó la cabeza.

—Una última pregunta, monsieur Bourgeois.

—Sí, dígame, querida.

—¿Cuánto... cuánto podría valer el espejo actualmente?

El anticuario sonrió con los ojos brillantes.

—La cifra ascendería por lo menos a tres millones de euros.

Lidwine lo miró, patidifusa.

—¿Tres mi-millones de... euros? —balbuceó.

Monsieur Bourgeois asintió.

—O incluso más —aseveró con firmeza—. Un espejo tan antiguo, con semejante leyenda a sus espaldas... No se imagina lo que la gente daría por algo así.

—Me deja de piedra —farfulló ella, aún atónita. Tragó saliva con dificultad y añadió—: Bueno, no le molesto más. Gracias una vez más y

estamos en contacto.

—No hay de qué, joven. A su servicio.

Lidwine le dijo adiós una vez más con la mano. Después abrió la puerta de la tienda, cuya campanilla volvió a tintinear, y salió al exterior casi resollando.

«¡Dios mío!», pensó mientras se agarraba la cabeza con las manos. «¡Tengo tres jodidos millones escondidos en el fondo del armario! »

Ante la situación extraordinaria, se permitió utilizar aquel lenguaje soez que su tutora se había esforzado por erradicar a lo largo de toda su educación.

«Será mejor que me tranquilice», se dijo, aún parada en el umbral de la puerta, tratando de recuperar el aliento. «Desde luego, mi madre debía de estar loca para conservar algo así. ¡Tres millones de euros!»

De golpe, la invadió una rabia ciega contra todas aquellas antepasadas suyas que querían el espejo para conservarlo. Su madre había tenido tres millones de euros concentrados en un estúpido espejo mientras ella se podría en un orfanato. El furor sordo que sentía se volvió tan intenso que le asaltaron dolorosas punzadas en el pecho y en la cabeza. Era mejor olvidarlo... por el momento.

Tal y como había decidido, se encaminó hacia la biblioteca donde trabajaba la tal Charlène Leclerc. También se hallaba en Montmartre, aunque demasiado lejos de la tienda de Bourgeois como para ir a pie, así que optó por coger el metro. Al salir de la estación, se percató de que ya era la una y media; lo más seguro era que la bibliotecaria estuviera comiendo.

Con un suspiro, buscó algún restaurante donde hacer tiempo y quizá dar un bocado, aunque tras la *crêpe* del desayuno no tenía hambre. Al menos, así aprovecharía para enviarle un WhatsApp a Grégory. No obstante, nada más entrar en un pequeño local que servía menús a un módico precio, su móvil comenzó a sonar y vio que era él. Sonriendo como una tonta, contestó la llamada.

— ¡Hola!

— Eh, guapa, soy Grégory.

—Ya lo sé, tonto.

Lidwine sofocó una risita. Se sentía más tímida de lo habitual tras lo que había sucedido entre ellos la noche anterior.

—He bajado a comer pero no te veo por ningún lado...

—Vaya, lo siento. —Lamentaba no poder contarle la verdad, pero era



demasiado pronto. Su mente buscó una excusa de forma frenética—: Es que he quedado con mi... mi tía.

—¿Ah, sí? No me habías dicho que tu tía vivía en París.

«Mierda.»

—Eh... es que no vive aquí.

«Brillante, Lidwine, eres de lo más convincente.»

—Ah —replicó el chico, entre divertido y confuso.

—Quiero decir que ha venido a verme un par de días —aclaró ella con rapidez—. Ayer se me olvidó decírtelo, ya sabes, con la emoción del momento...

Se puso roja al decir eso, a pesar de que Grégory no pudiera verla.

—Bueno, entonces, ¿cuándo podré verte?

El chico, complacido ante sus palabras, recuperó de inmediato el tono seductor. Lidwine lo imaginó vestido con una de aquellas camisas tan sexys y los despeinados mechones rubios cayéndole por encima de los ojos azules....

El estómago le dio una triple voltereta con salto mortal incluido.

—Pronto —susurró en el mismo tono de voz—. No creo que la pesada de mi tía me entretenga mucho rato. Ahora mismo está sirviéndose la comida en el buffet del restaurante. Después de comer supongo que querrá que demos un paseo y... —Calculó cuánto rato podría durar su entrevista con Charlène— supongo que sobre las cinco o así podría estar de vuelta.

—¿Las cinco? Lidwine, lo que me estás haciendo es imperdonable —la acusó Grégory fingiendo enfado, aunque su voz sonaba burlona.

—¿Y qué te estoy haciendo? —preguntó ella con inocencia.

—Pues sufrir. Con las ganas que tengo de besarte...

Las mariposas que le revoloteaban por el estómago se pusieron a bailar como locas. Desde luego, ese día no podría comer nada.

—Yo también tengo ganas, Grég —confesó, muy tímida. Se imaginó la malévola sonrisa del chico y se estremeció al recordar su fragancia.

—Oye, Lidwine, lo de anoche...

—¿Sí?

Se puso rígida de golpe, con el corazón desbocado. Las mariposas cesaron su danza por unos instantes y se quedaron suspendidas de forma dolorosa en su estómago, temiendo lo que vendría a continuación.

—No fue... A ver, yo no... —Grégory parecía nervioso por una vez en su vida—. Quiero decir que no fue algo pasajero para mí, sino... ¿Me entiendes?

Las mariposas esta vez se lanzaron de cabeza por un precipicio y Lidwine sintió que levitaba por encima de las mesas del restaurante.

—Claro que sí —exclamó aliviada—. Para mí tampoco.

—Bueno, solo quería dejarlo claro. Ya hablaremos cuando nos veamos, por teléfono no me acaba de gustar, es demasiado frío.

—Sí, tienes razón. Nos vemos esta tarde sobre las cinco, ¿vale? — Lidwine sonrió ante la idea—. ¿Te busco en tu habitación?

—Sí, no creo que salga, seguramente estaré jugando a la Play.

—De acuerdo, pues te veo más tarde.

—Un beso, preciosa. —La voz del chico sonaba casi como un ronroneo.

—Otro para ti. ¡Hasta luego!

Guardó el teléfono mientras una deliciosa languidez se expandía por todo su cuerpo. ¡Le gustaba de verdad a Grégory! ¡No había sido para él solo un rollo de una noche! Se sentía tan feliz que podría haber bailado un zapateado sobre la mesa del restaurante. A pesar de lo intrigada que estaba por el espejo, se moría de ganas de volver a la residencia.

Al imaginarse con él en su habitación, los dos solos, comenzaron a sudarle las manos y el estómago se le puso del revés. Con una mueca, Lidwine suspiró mirando su plato de ensalada. Era poco probable que pudiera comer algo, por lo menos mientras Grégory estuviera cerca.

Cuando salió del restaurante y se dirigió hacia la parada de metro, pasaban unos minutos de las tres. Tuvo que caminar un poco para llegar a la estación de metro Château Rouge, en la cual tomó la línea rosa y se bajó en la tercera parada.

«Espero que no esté cerrada», pensó mientras salía del metro.

Sin embargo, al parar frente a la puerta de la *Bibliothèque Porte Montmartre*, comprobó aliviada que los sábados esta abría de diez de la mañana a seis de la tarde. La fachada le pareció un tanto extraña, con un aspecto como de cárcel, pues era de color gris apagado y tenía las ventanas cubiertas por rejas metálicas.

Cuando entró, la intensidad de la calefacción la obligó a despojarse de la cazadora. El interior la sorprendió de forma agradable, pues no tenía nada que ver con la fachada. Cálido y lleno de luz, tenía las paredes pintadas de rosa salmón y un sinfín de estanterías de madera llenas de libros, ordenados por temas.

Se acercó al mostrador de la recepción y una chica joven, de

chispeantes ojos marrones y ahuecada cabellera castaña, la saludó con una sonrisa amable.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —contestó Lidwine devolviéndole la sonrisa—. Busco a madame Leclerc, me han dicho que trabajaba aquí...

—¿Charlène Leclerc? Claro, la encontrarás en el piso de arriba. —La chica señaló hacia las escaleras del fondo—. Si no me equivoco, está recolocando libros en la sección juvenil.

Le dio las gracias y subió presurosa las escaleras. Tras atravesar unos cuantos pasillos, distinguió a una empleada alta y delgada que estaba sacando libros de un carrito. Dedujo que sería ella. La mujer vestía una falda larga y estrecha, sandalias planas y un jersey ajustado de algodón.

Lidwine se acercó a ella y la llamó por su nombre.

—¿Charlène Leclerc?

La empleada se dio la vuelta de inmediato, como movida por un resorte. Era joven —no llegaría a los treinta, cosa que sorprendió a Lidwine, pues se había imaginado a la típica vieja solterona— y muy guapa. Tenía una larga melena de rizos castaños, una naricilla respingona moteada de pecas y los ojos verdes y almendrados. Observó a Lidwine con una sonrisa intrigada.

—La misma. ¿Me buscaba a mí en particular?

—Sí, mi nombre es Lidwine Fontaine. Monsieur Bourgeois, de la tienda de antigüedades, me dijo su nombre y la biblioteca en la que trabajaba para que pudiera consultarle algo. Espero que no le moleste.

—Por supuesto que no —se apresuró a responder Charlène, cuyo rostro se iluminó ante la mención del anticuario—. Le conozco desde hace muchos años, es un amigo de la familia. ¿De qué se trata?

—Pues verá, madame Leclerc...

—Puedes tutearme. —La bibliotecaria rió—. Y lo de madame me hace sentir vieja, llámame Charlène, por favor.

—Gracias, lo mismo digo. Mi nombre es Lidwine Fontaine. —Ambas se dieron la mano y la joven prosiguió—: Se trata de un proyecto de estudios, estoy recopilando toda la información posible acerca de un espejo legendario conocido como *Le Miroir des Merveilles*.

Por unos instantes, Charlène la miró casi boquiabierta, sus hermosos ojos casi saliéndosele de las órbitas.

—Vaya, me esperaba cualquier cosa excepto esto.

Como si tuviera miedo de que alguien las escuchara, la mujer

supervisó los alrededores con cierto aire de secretismo y señaló una sala de estudio al fondo.

—Mira, vamos a sentarnos ahí, estaremos más cómodas.

Lidwine la siguió a través de las altas y atestadas estanterías. Durante el recorrido, la bibliotecaria se paró a coger varios libros. Cuando llegaron a la sala, que por suerte estaba vacía, Charlène le indicó con un gesto que tomara asiento.

—No suele venir mucha gente a esta hora —comentó, como excusándose—. Pero por una vez me alegro, prefiero que estemos a solas para hablar de esto. ¿Qué quieres saber, Lidwine?

—Bueno... —comenzó esta, dudosa—. La verdad es que apenas sé nada sobre el espejo, y me gustaría averiguar todo lo posible. Monsieur Bourgeois me comentó que es usted... que eres —se corrigió— una experta en el tema.

—Sí, siempre me han interesado las antigüedades, pero no sabría decirte por qué este espejo en concreto me fascina tanto —explicó Charlène, mirando pensativa al vacío—. Tal vez porque se trata de un misterio sin resolver y eso lo convierte en un reto para mí. A fin de cuentas, recopilar la mayor información posible sobre algo es el sueño de cualquier bibliotecario, ¿no?

Lidwine asintió en silencio.

—La primera vez que oí hablar sobre el espejo fue cuando aún era una cría —prosiguió, apoyando la barbilla sobre las manos, el pecoso rostro teñido de una expresión soñadora—. El colegio nos había llevado a una exposición en el Louvre sobre objetos legendarios o algo parecido. La verdad es que no recuerdo demasiado de la visita, excepto el momento en que nos hablaron de *Le Miroir des Merveilles*, una misteriosa reliquia que había pasado por las manos de personajes tan importantes como el emperador Augusto.

Lidwine la observó con los ojos muy abiertos, ávida de información.

—A partir de ahí comencé a buscar toda la información que pude sobre el espejo. Mi obsesión por los objetos antiguos, la fascinación que ejercía sobre mí la tienda de monsieur Bourgeois, que es amigo de mis padres desde que tengo memoria, y este espejo en concreto fueron factores claves a la hora de escoger la carrera de Biblioteconomía en la universidad. Así sabría cómo encontrar la información que deseara en todo momento y estaría siempre rodeada de libros, mis más fieles compañeros. —Charlène acarició

con cariño la cubierta de un viejo tomo que descansaba sobre la mesa y suspiró—. Sin embargo, por desgracia, hasta ahora no he conseguido descifrar el misterio de *Le Miroir des Merveilles*.

—¿A qué misterio te refieres?

—Al lugar en el que se encuentra, por supuesto —aclaró la bibliotecaria con los ojos brillantes—. Llevo toda la vida tratando de encontrarlo.

— Pero... ¿por qué tanta gente lo quiere? ¿Qué tiene de especial? Me refiero, aparte del valor económico actual.

—Verás...

—¿Te importa si grabo nuestra conversación? —la interrumpió Lidwine, haciendo un gesto de disculpa.

—Claro que no —replicó Charlène con una sonrisa.

La joven asintió y sacó una pequeña grabadora de su bolso, que había cogido aquella mañana por si algún anticuario tenía algo interesante que contarle. La dejó sobre la mesa y pulsó el botón de grabar.

—Cuando quieras.

—La primera vez que se supo de la existencia del espejo fue durante el imperio romano, concretamente en la época de Octavio Augusto —comenzó Charlène con su voz dulce y susurrante, que tenía un matiz hipnótico—. En realidad, nadie tiene muy claro si el que llegó a Francia a posteriori, bautizado como *Le Miroir des Merveilles*, es el mismo que tenía el emperador, pero todas las fuentes apuntan a que sí. Mira... —Se giró hacia el montón de libros y tomó uno que al parecer conocía muy bien, pues lo abrió sin dudar por una página concreta y se lo mostró—. En este libro salen dos imágenes. La primera es la del espejo conocido como *Le Miroir des Merveilles*, que llegó Francia en el año 1135 a través de un miembro de la nobleza, el marqués de Saint-Laurent. Pero no fue hasta 1680 cuando la reliquia apareció en París, entrando a formar parte de la colección privada de Louis XIV, el Rey Sol. —La mujer señaló el segundo dibujo—. Y aquí tenemos un boceto del espejo del emperador Augusto, en torno al siglo I a.C. Cómo o de quién lo obtuvo sigue siendo un misterio en nuestros días.

Lidwine la miró con un nudo en la garganta. ¡El Rey Louis XIV! Uno de los supuestos antepasados de su propio árbol genealógico. Aquello era delirante.

—Sí, sin duda, yo diría que se trata del mismo espejo —afirmó, tras estudiar las imágenes con atención.

—Exacto —asintió Charlène satisfecha, señalando las ilustraciones con una de sus afiladas uñas—. Fíjate, aunque el dibujo era antiguo y, al irse copiando con el paso de los años, puede haber sufrido ligeras modificaciones, la mayoría de expertos en antigüedades están de acuerdo en que se trata del mismo espejo, pues son idénticos hasta el más mínimo detalle, incluso en el texto grabado en la parte trasera, cuyo significado nadie ha sabido descifrar hasta la fecha. De hecho, se desconoce siquiera en qué idioma está.

La bibliotecaria cerró el libro y tomó otro del montón.

—Las personas que poseyeron el espejo fueron abiertamente conocidas durante muchos siglos, aunque de vez en cuando, se producía algo así como un vacío en la propiedad del espejo, ocasionando las especulaciones acerca de su nuevo dueño y las desenfrenadas búsquedas por parte de anticuarios, coleccionistas de arte y otros personajes de dudosa reputación, que lo deseaban por una serie de motivos: la mayoría por su elevado valor económico, histórico y artístico. Sin embargo, también había quienes estaban interesados en la leyenda relacionada con él, de la cual te hablaré en unos instantes. —La mujer hizo una pausa—. Perdona, no te he ofrecido nada. ¿Te apetece algo de beber? La máquina que tenemos no es una maravilla, pero el café está bastante bueno.

—Pues... un cortado estaría bien.

—Ahora mismo te lo traigo.

—Gracias —dijo Lidwine sonriendo.

Esperó impaciente a que la bibliotecaria regresara, tamborileando con las uñas sobre la mesa de madera. Estaba ansiosa por escuchar el resto de la historia.

—Aquí tienes. —Dejó frente a Lidwine un vasito de plástico y un par de sobres de azúcar. Ocupó de nuevo su silla y dio un sorbo a su café americano—. Bueno, prosigamos con la historia. Como te iba diciendo, el dueño del espejo siempre estuvo más o menos claro. Algunas veces lo poseía algún personaje importante, como el mismo rey Louis XIV, otras un millonario de renombre o algún anticuario que lo obtenía por medios poco ortodoxos...

La bibliotecaria dio un sorbo a su café y carraspeó.

—El espejo ya era conocido antes de aparecer en Francia, y una vez aquí no hubo anticuario o coleccionista que no se lo disputara, tratando de obtenerlo por cualquier método, fuera el que fuera. Durante cierta época, los asesinatos relacionados con el espejo se contaron por docenas. Sobra decir

que también se produjeron muchos engaños, pues algunos anticuarios, resueltos a hacerse de oro, distribuyeron espejos falsos asegurando que eran el auténtico *Miroir des Merveilles*, vendiéndolos a precios astronómicos.

Lidwine meneó la cabeza y Charlène sonrió con condescendencia.

—Sí, por desgracia, la gente siempre ha sido muy crédula, sobre todo los millonarios que tan solo deseaban el espejo para presumir, no por su auténtico valor. Gracias a semejantes fraudes, muchos anticuarios se hicieron de oro. Sin embargo, ninguno de aquellos espejos resultó ser el auténtico, sino simples y baratas falsificaciones.

La mujer hizo una pausa para aclararse la garganta.

—Con tantos fraudes, en ocasiones era difícil saber quién tenía el verdadero espejo, pues personas de distintos puntos del país aseguraban haberlo visto con sus propios ojos en manos de algún personaje importante o incluso poseerlo ellos mismos. Todo esto generó mucha confusión y, como te comentaba antes, muchos de los propietarios, teóricos o reales, fueron asesinados a traición por monstruos sin escrúpulos.

Charlène abrió uno de los libros que había traído, seleccionó una página donde había situado un marcador y se lo alargó a Lidwine.

—Échale un vistazo a esto: encontrarás una especie de árbol genealógico de los propietarios del espejo. No obstante, como observarás, se produce un hecho muy curioso. Hasta el año 1685, sus dueños fueron más o menos evidentes. Es cierto que hubo ciertos períodos más confusos, en los que no llegó a confirmarse quién poseía el espejo, y por ello se optó por dejar espacios en blanco en el árbol, aunque debajo se mencionan los nombres que se barajaban por la época. Sin embargo, en el año 1685 se produjo un hecho extraordinario. El espejo simplemente desapareció. ¡Plop! —La mujer chasqueó los dedos y sus ojos se iluminaron de un modo inquietante—. Para siempre.

—¿Para siempre? —repitió Lidwine, con el rostro ardiendo y la mirada fija en el esquema de propietarios del espejo que aparecía en el libro.

Ella conocía muy bien el año 1685. Era la fecha en que empezaban los diarios... en concreto, el de su antepasada Sélinie.

—Sí, para siempre. —Charlène suspiró—. Por supuesto, hay muchas teorías al respecto. Recapitemos. Después de muchos años durante los cuales el espejo fue pasando de unas manos a otras, Louis XIV se erigió como monarca de Francia. Al parecer, el rey se encaprichó del espejo y, por supuesto, no tardó en hacerse con él. Esto sucedió en torno al año 1680. En

mayo de 1682, la corte se trasladó al palacio de Versailles. Louis tuvo varias amantes, entre ellas madame de Maintenon, con quien, tras enviudar, se casó en secreto en 1685.

—¿Se casó con una de sus amantes?

—Así es. De hecho, al principio se sospechó que Louis había entregado el espejo a una de ellas, en teoría, a la susodicha madame de Maintenon, pero nadie pudo probarlo y el espejo desapareció de la faz de la Tierra. Sin embargo, como todos los historiadores saben, Louis XIV tuvo muchas amantes más, los nombres de las cuales a menudo se desconocen por tratarse de simples criadas que servían en la corte. Lo más normal era que Louis se encaprichara de alguna, la colmara de regalos durante una temporada y se buscara otra al cansarse de ella. —La mujer hizo una pausa para apurar su café—. A partir de aquí, todo lo que puedo contarte son especulaciones, pero hace algunos años descubrí una teoría que me pareció... bastante creíble e interesante.

—Cuéntame. —Lidwine aguantó, conteniendo el aliento.

Charlène sonrió, satisfecha ante el interés que había suscitado en la joven.

—Al parecer, algunas personas de la corte sostuvieron que Louis tuvo otra amante, por la cual fingió sentir la misma indiferencia que le suscitaban las demás, pero de la cual, en realidad, se enamoró profundamente. Se afirma que el monarca llegó a amar tanto a esta mujer misteriosa que le regaló *Le Miroir des Merveilles*. Lo que en aquel entonces ni el rey ni su amante sabían es que ella ya estaba embarazada de un bebé que se convertiría en hijo ilegítimo de Louis... y que sigue siendo un misterio hasta el día de hoy. Según esta teoría, la enigmática amante, de la cual se desconoce el nombre, murió en el parto. A partir de ese momento tanto el supuesto bebé como el espejo desaparecieron... para siempre.

La bibliotecaria terminó su relato atravesándola con sus perturbadores ojos verdes. Lidwine tragó saliva, aturdida. No podía creer que alguien hubiera adivinado la verdad. Si Charlène supiese que aquella teoría era la auténtica...

—¡Vaya! La verdad, es una historia muy interesante y misteriosa.

—Sí —corroboró la mujer, sonriendo—. Sin embargo, aún no te he hablado de la leyenda que rodea al espejo.

Tomó de nuevo uno de los pesados libros, lo abrió por una página con un enorme dibujo de la parte trasera del espejo y se lo tendió a la joven.



—Fíjate en esta foto. ¿Ves la inscripción que hay en la parte trasera del espejo y en la caja que lo acompaña?

Aguardó unos instantes a que Lidwine la examinara. Ésta asintió y se preguntó dónde se encontraría la caja que aparecía en la foto y que la propia Sélinie mencionaba en su diario. Lo más seguro era que se hubiera perdido con el paso de los años, pues ella no la tenía.

—Nadie, o al menos, nadie que se sepa, ha sabido descifrarla jamás. Los caracteres no pertenecen a ninguna lengua que se haya hablado en este planeta en ninguna época, y te aseguro que los mejores expertos en lingüística los han estudiado en repetidas ocasiones sin ningún éxito. La leyenda afirma que solo un elegido, con sorprendentes conocimientos de magia negra, será capaz de descifrar la inscripción y averiguar el enigma que oculta el espejo. —La voz de Charlène casi temblaba de emoción y sus ojos tenían un brillo enardecido—. Ahora bien, en cuanto al supuesto secreto, una vez más entramos en el pantanoso terreno de la especulación. Muchos afirman que el espejo permite viajar al pasado a través de visiones muy reales. Otros afirman que quien descifre el mensaje obtendrá la vida eterna. Por otro lado, se cree que solo el hecho de poseer el espejo basta para contar con buena fortuna y éxito en la vida.

La bibliotecaria acarició el dibujo con ternura, mirándolo de un modo tan posesivo que resultaba alarmante. Suspiró y apartó la mirada de la imagen.

—De todos modos, como te decía, los mejores descodificadores y especialistas en antigüedades del mundo han intentado descifrarlo, pero sus intentos no han servido de nada. Además, la fórmula que proporciona el espejo no sirve de nada si este no se posee... o eso dice la leyenda.

Se encogió de hombros. Tras aclararse la garganta, frunció el ceño y prosiguió con expresión de desagrado:

—En realidad, la mayoría de historiadores opina que *Le Miroir* ya no existe, que se destruyó hace muchos años... pero yo no. Yo creo que sigue escondido en alguna parte, o que alguien lo tiene. Tal vez, los descendientes de la misteriosa amante de Louis XIV... Pero sé que el espejo existe. Lo siento aquí. —Charlène apoyó la mano en el corazón y miró a Lidwine de forma inescrutable—. ¿Y tú?

—Bueno, yo no sé qué pensar—murmuró ella, tragando saliva.

Con un escalofrío, recordó la conversación que había mantenido con Béatrix apenas una semana antes, aunque parecía que hubiese transcurrido

una eternidad:

—¿De qué eran los libros?

—¿Cómo?

—Los libros que sacaba de la biblioteca.

—De... —*Béatrix miró al suelo— de magia negra.*

Alejó el recuerdo de su mente y sonrió con aire nervioso.

—Toda la información que me has dado me será de gran ayuda para mi proyecto. No te entretengo más. —Paró la grabadora y se puso en pie—. Gracias por el café y por tu tiempo.

Le alargó la mano, fría como el hielo a pesar del calor que hacía en la biblioteca, y Charlène se la estrechó con sorprendente fuerza. Pudo sentir sus afiladas uñas rozándole la piel.

—No hay de qué, Lidwine. Vuelve siempre que quieras.

La chica asintió de forma imperceptible, y ya se daba la vuelta para marcharse cuando la voz de la mujer la detuvo.

—¿No quieres hacer fotocopias de los libros? —preguntó en un tono inocente que, sin embargo, le heló la sangre.

Se giró hacia ella y vio que la contemplaba de modo inofensivo. Sin embargo, sus ojos verdes tenían un brillo malévolo.

«Sospecha algo raro», se dijo Lidwine para sus adentros, acercándose a la mesa. Resopló para sí. «Venga ya, no seas paranoica. Es imposible que sospeche nada. Estás comenzando a dejar que todo te asuste.»

«No es para menos», replicó con insolencia otra voz dentro de su cabeza. «¿Has olvidado ya lo que ocurrió en el banco? ¿Y qué me dices de la expresión salvaje en los ojos de Charlène mientras te contaba la historia?»

Con un esfuerzo, la joven acalló las voces que discutían en su mente y tomó los libros de la mesa.

—Gracias, qué despistada soy —musitó, con una sonrisa forzada.

—No te preocupes. La fotocopidora está ahí mismo.

—Gracias —repitió Lidwine.

En dos pasos se plantó al lado de la máquina e introdujo diversas monedas por la ranura. Hizo las fotocopias lo más rápido que pudo, pues sentía los ojos de la bibliotecaria clavados en la espalda. Por algún absurdo motivo, tenía la misma sensación de peligro que cuando salió de la *Banque Nationale de Dépôts* y creyó que alguien la perseguía. El ambiente parecía haberse vuelto gélido y hostil.

—¿Sabes, Lidwine? —comentó Charlène como si nada, su voz

silbante y peligrosa como una serpiente—. Yo misma sería capaz de cualquier cosa para obtener el espejo... Cualquier cosa.

La joven se dio la vuelta. La bibliotecaria la miraba con frialdad, casi con desprecio. Al pulsar el botón para fotocopiar la última hoja, la luz la distrajo unos instantes. Cuando recogió los papeles de la máquina y se giró de nuevo, la mueca había desaparecido del rostro de Charlène, sustituida por una sonrisa inocente.

¿Se lo habría imaginado todo? Un sudor frío la recorría de pies a cabeza y le temblaban las manos.

—Te acompaño abajo —indicó la mujer con amabilidad, poniéndose en pie. Al acercarse a Lidwine y comprobar su palidez, arrugó su naricilla pecosa—. ¿Te encuentras bien?

—Sí... es solo un mareo —balbuceó ella, restándole importancia con un gesto de la mano—. No es nada.

—¿Seguro?

—Sí, sí. Vamos, tengo algo de prisa —mintió, ansiosa por alejarse de aquel lugar y sobre todo, de Charlène.

Esta la miró entre dudosa y preocupada, pero asintió. La acompañó escaleras abajo y, al llegar a la salida, se giró hacia ella y sonrió.

—Dale recuerdos de mi parte a monsieur Bourgeois si le ves. Hace tiempo que no hablo con él, últimamente ando muy ocupada.

«¿Buscando el espejo, quizá?», se dijo Lidwine para sus adentros.

—Lo haré —prometió, forzándose de nuevo a sonreír—. Gracias por tu tiempo, me has sido de gran ayuda.

—Ha sido un placer.

La joven asintió y se despidió con la mano.

—¡Adiós!

—Hasta la próxima, Lidwine. Y... cuídate.

Charlène la observaba de un modo indescifrable. ¿Había algo malévolo en su mirada? ¿Sus palabras contenían una amenaza encubierta? Por más que lo intentó, Lidwine no sacó nada en claro de aquellos ojos, fríos y verdes como el jade.

Sin decir más, dio media vuelta y casi salió corriendo por la calle, mientras se llenaba los pulmones de bocanadas de aire fresco y puro. En la biblioteca se había sentido medio asfixiada: hacía demasiado calor y el aire estaba viciado.

Oyó la puerta cerrarse con fuerza a sus espaldas y se detuvo para

mirar una vez más el edificio, con su aspecto amenazador y apagado. De improviso, se levantó un viento helado y violento que le puso la piel de gallina. Mientras temblaba arrebuajándose en su cazadora, se dio cuenta de que volvía a sentir aquel pánico inexplicable oprimiéndole el pecho.

Con la respiración agitada, echó a andar por la calle, alejándose de la biblioteca y de los perturbadores ojos de Charlène, aunque su voz hipnótica seguía resonando en sus oídos como un cántico infernal. Pero por más que anduvo, no logró dejar atrás el miedo.

Solo cuando ya estuvo bien lejos, se dio cuenta de que no sabía si lo que más le asustaba era la amenaza que parecían guardar las palabras de la bibliotecaria o la posibilidad de estar volviéndose loca ... como le había ocurrido a su madre.

## CAPÍTULO 11

—¿Grég? Soy Lidwine —anunció, llamando a la puerta.

Acababa de volver de la biblioteca. Había corrido a su cuarto para dejar la bandolera y comprobar que tuviera buen aspecto antes de ir a ver a Grégory. El corazón le latía tan rápido a causa de los nervios, que estaba segura de que él podría oírlo desde el otro lado de la puerta.

—¡Entra, está abierto! —gritó él desde dentro, haciéndose oír por encima del ruido de la música.

Las náuseas se hicieron tan intensas que tuvo miedo de vomitar en el pasillo. Se secó las manos sudorosas contra el pantalón y respiró hondo antes de empujar la puerta.

Cuando entró en la habitación, estaba sonando *Heroes*, de David Bowie. Grégory la miraba desde la cama donde estaba tumbado, sonriéndole de aquel modo tan infantil y perverso al mismo tiempo. La invadió un sentimiento de anhelo tan fuerte que temió estar enamorándose de él.

—¿Por qué me miras así? —exclamó el chico, riendo—. Parece que estés en trance.

—Perdona. —Lidwine se apresuró a acercársele, avergonzada.

Grégory llevaba una camiseta blanca entallada que le quedaba de muerte. Sus pies descalzos, que asomaban por debajo de un pantalón de chándal —cómo no, de marca—, eran grandes y bien formados, con apenas una suave capa de pelusa color arena en el empeine. Cuando alzó los brazos para desperezarse como un gato, Lidwine vislumbró una línea de vello un poco más oscuro debajo del ombligo, y el deseo se reflejó en sus ojos sin que fuera consciente de ello.

—¿Qué tal todo?

—Bien... algo cansada —repuso ella, dejándose caer a su lado.

Estaba agotada después de recorrerse todo Montmartre a pie e ir de un lado para otro con el metro. Sin embargo, lo que más la fatigaba era la tensión emocional, que aumentaba día tras día junto con su miedo ante lo extraño de la situación.

En aquel momento, no obstante, se sentía segura gracias a la presencia de Grégory. Decidió centrarse en él con todas sus fuerzas.

—Pobrecita —murmuró el chico, acariciándole la mejilla con dulzura. Sus ojos azules chispearon con malicia—. ¿Te sientes extenuada después de

aguantar a tu tía Sylvie durante horas?

—Algo así —asintió, tratando de eludir el tema. Odiaba tener que mentirle.

—Bueno, ahora podrás descansar. Me he bajado unas cuantas pelis, por si te apetecía ver alguna conmigo...

Lidwine le miró sonriente.

—¡Genial, me encantaría!

—¿Cuál prefieres? Tengo *Bienvenidos al Norte*, *El lobo de Wall Street*, *Begin again* y *Crimson Peak*.

—¡*Begin again*! —suplicó ella al instante—. ¡Me han dicho que es preciosa! Además, sale el cantante de Maroon 5, que me encanta y... no sé, me apetece ver algo romántico.

Al decir la palabra«romántico» y ver cómo se ensanchaba la sonrisa de Grégory, se sonrojó de inmediato. ¿Cómo podía ser tan guapo?

—*Begin again*, entonces —aceptó él, riendo. Arrastró a Lidwine a su lado y la estrechó entre sus brazos—. Haré todo lo que tú me pidas.

—¿Todo? —tanteó ella juguetona, mirándole con sus ojos avellana.

Al advertir el deseo en la mirada de Grégory, su sonrisa se diluyó. Poco a poco, fue bajando la cabeza hasta que sus labios atraparon los de Lidwine.

Fue un beso muy distinto a los que se habían dado en la discoteca. Este fue dulce y esponjoso como una nube de algodón, y elevó a Lidwine al paraíso. Saboreó con fruición los labios de Grégory, casi hasta perder la consciencia. Eran tan suaves, blandos y deliciosos...

Su cuerpo se apretó contra el de ella con firmeza. Lidwine fue muy consciente de su calor, su estómago duro y sus brazos protectores rodeándola. Al aumentar la pasión, Grégory la abrazó más fuerte y le rozó la lengua con la suya. Ella le paladeó con glotonería y desespero, como si se les acabara el tiempo. Se sentía ingrávida, como flotando en el espacio.

El chico le deslizó poco a poco la mano por el abdomen, acariciándola con cautela por debajo de la camiseta. Cuando la mano se posó sobre uno de sus pechos, sintió que una bola de fuego le abrasaba las entrañas.

Se dijo que era mejor echar el freno antes de perder la cabeza por completo, por lo cual, a su pesar, se apartó de los labios de Grégory y le abrazó. Al separarse, él le sonrió con aquella malévola sonrisa que casi le hacía jadear.

—¿Vemos la peli? —le preguntó con voz dulce, suspirando.

Se sentía insatisfecha, presa de una sed insaciable. Todo su cuerpo anhelaba continuar, pero sabía que era demasiado pronto. Por suerte, Grégory aceptó sus reservas y asintió, levantándose de la cama con presteza. Estaba tan adorable, con toda la cara roja y el pelo alborotado, que Lidwine habría podido saltar sobre él para abrazarle y no soltarle jamás.

Mientras veían la película, el chico se mostró de lo más cariñoso: no dejó de acariciarle la cara, las manos, la espalda... Lidwine jamás se había sentido tan cerca de nadie, aunque sabía que era absurdo. A fin de cuentas, apenas le conocía.

Sin embargo, pese a los extraños acontecimientos que se habían producido aquella tarde, mientras veía la película y en el exterior caía la noche, se sintió más feliz y relajada que nunca. Atrapada entre los brazos de Grégory y sus labios de terciopelo, olvidó todas sus preocupaciones.

Ya habría tiempo para tener miedo... más adelante.

\*\*\*

El resto del fin de semana transcurrió veloz. Para cuando Lidwine se quiso dar cuenta, ya era domingo por la noche.

Había estado todo el día paseando por los maravillosos Jardins du Luxembourg de París con Grégory, de quien cada vez se sentía más enamorada. Era increíble el modo en que los ondulados mechones de su pelo relucían bajo los rayos de sol, o la manera en que sus ojos azules chispeaban cuando le dedicaba su traviesa sonrisa. Por no mencionar su intenso olor a brisa marina. Estar con él era como haber entrado en el cielo sin la necesidad de morir primero.

Después de cenar en un restaurante de lujo —él insistió en pagar la cuenta—, donde tomaron un vino carísimo que les puso un poco alegres, Lidwine le acompañó a su habitación con la intención de pasar un rato más juntos antes de irse a dormir.

En cuanto la puerta se cerró a sus espaldas, la chica estiró la mano hacia el interruptor de la luz, pero Grégory se la atrapó para impedirselo y la aprisionó contra la pared, riendo. La joven advirtió, algo nerviosa, que estaba un poco más borracho que ella.

Besándola de forma salvaje, las manos del chico fueron subiendo por su cintura. Lidwine lo agarró con fuerza del trasero y lo apretó contra ella, sintiendo su flagrante excitación. Este gesto enloqueció del todo a Grégory,

quien le abrió la camisa y le desabrochó el sujetador.

Antes de que Lidwine se diera cuenta, la había empujado contra la cama y tenía uno de sus pechos entre sus labios, produciéndole tanto placer que apenas sabía dónde estaba. Jadeante, Grégory le agarró la mano, guiándola por debajo de sus calzoncillos, y le susurró al oído:

—Tengo preservativos en el cajón.

De inmediato, Lidwine se puso tensa y estiró el brazo para encender la luz. Cuando accionó el interruptor, Grégory guiñó los ojos, acostumbrados a la oscuridad, y la miró confuso. Iba sin camisa, con el pelo alborotado y las mejillas encendidas, y tenía los pantalones desabrochados, revelando el borde de unos calzoncillos Calvin Klein que le sentaban de muerte.

—¿Qué ocurre? —exclamó él, impaciente. Se mordió los labios y frunció el ceño—. ¿He hecho algo mal?

—Vamos demasiado rápido —se excusó ella, incómoda. Evitó su mirada y se cerró la camisa para taparse, muerta de vergüenza. En voz inaudible, añadió—: Es que... soy virgen.

Grégory suspiró y se abrochó el pantalón. Tras ponerse la camisa, se sentó a su lado y la abrazó con cariño.

—Lo siento, preciosa, no tenía ni idea. Si lo hubiese sabido antes...

—¿Tú lo eres?

—¿Cómo?

—¿Eres virgen?

La chica aguantó la respiración mientras él la miraba con una mezcla de exasperación y dulzura.

—No creo que eso tenga ninguna importancia.

—¿Lo eres? —insistió ella tozuda, apretando la mandíbula.

—No —replicó al fin. Suspiró y apartó la mirada.

—¿Con quién fue? —inquirió Lidwine con voz trémula. Al ver sus dudas, insistió con voz suave—: Venga, dímelo, por favor...

Grégory agachó la cabeza y la sacudió.

—Con Dorine —musitó al fin en voz muy baja.

Ella tensó todos los músculos y soltó el aire de golpe. De un salto, se levantó de la cama como movida por un resorte, furiosa y boquiabierta.

—¿Qué? —exclamó por fin, echando llamas de fuego por los ojos—. ¡Me dijiste que habíais salido cuando erais niños!

—Y así fue —asintió Grégory, cansino. Al ver la mueca de horror de la chica, alzó las manos—: ¡No, no! No lo hicimos cuando éramos unos críos,



por Dios... Oye, no creo que sea para ponerse así.

Lidwine no entendía por qué se sentía tan mal, y eso lo volvía todo aún más confuso. Jamás había experimentado el aguijón de los celos, pese a haber salido con otros chicos en el pasado. Lo peor era que, desde que había comenzado con Grégory, nunca estaba relajada del todo. Aunque él fuera tan encantador y dulce con ella, le parecía como si el chico se hallara en un nivel superior... igual que Dorine. Ellos sí formaban parte del mundo de Béatrix. Aquel mundo esnob al que Lidwine, pese a los lujos que la rodeaban desde que tenía diez años, jamás había logrado pertenecer del todo.

Recordó las cenas a las que había asistido con Béatrix y los presuntuosos abogados de su bufete. Lidwine siempre cometía alguna torpeza, como equivocarse con los cubiertos o apoyar los codos en la mesa. Nunca había conseguido parecer una verdadera dama ataviada con aquellos vestidos de fantasía ajustados, tacones altos y collares de perlas. Sentía que, de algún modo, vivía en un mundo paralelo, ajeno a todo aquel lujo. Ni siquiera el hecho de asistir a los mejores colegios ni rodearse de las familias más distinguidas de la ciudad había obrado cambio alguno en ella, en su forma de ser y de ver las cosas.

Hasta entonces, nunca le había importado ser así. Le daba igual no tener el pelo siempre perfecto, o parecer un pato mareado llevando tacones. En secreto, se sentía satisfecha ante las miradas reprobatorias de los colegas pijos de Béatrix cuando, por ejemplo, se presentaba a alguna de aquellas cenas con las uñas pintadas de colores y unas zapatillas deportivas.

No obstante, en aquel mismo instante, todos aquellos años de miradas de soslayo y críticas silenciosas parecieron cobrar sentido al pensar en Dorine. La pelirroja representaba toda la elegancia que ella jamás tendría. Por primera vez, Lidwine se sintió inferior, como si Grégory y su amiguita fuesen miembros exclusivos de un club inaccesible para ella.

Tal vez se debiera a que, en el fondo, no era una de ellos. Al ser adoptada, sus raíces siempre habían estado, para bien o para mal, muy presentes. Provenía del París bohemio... no del glamuroso.

Sin poder evitarlo, odió a Dorine con todas sus fuerzas. Era evidente por qué Grégory se había sentido atraído por ella. Solo hacía falta ver lo bien que hablaba y se vestía, por no mencionar su belleza. ¿Y si aún sentía algo por ella...?

—Lidwine. —La voz del chico la arrancó de sus pensamientos.

Ella le giró el rostro, una reacción estúpida e infantil, pero le daba

igual. Puestos a ser vulgares, que fuera con todas las consecuencias.

—Escúchame —insistió él—. Ya te dije que salimos a los trece años y cortamos al cabo de dos o tres meses. Sin embargo, como también sabes, yo no me olvidé de Dorine... Seguí enamorado de ella durante muchos años.

La chica apretó la mandíbula, luchando por no llorar, cuando era lo único que deseaba hacer. Su primera vez con Grégory siempre estaría empañada por la sombra de doña Perfecta.

—La odiaba y la quería al mismo tiempo. Ya conoces a Dorine: le encanta chincharme, y cuando iba detrás de ella no era diferente. Salía con el chico popular de turno, ignorándome por completo, hasta que las cosas se torcían con él y entonces volvía a mí por interés, sin preocuparse de si me hacía daño. En el fondo yo le gustaba, al menos le atraía, pero era demasiado orgullosa para reconocerlo.

Grégory hizo una pausa, como si el tema aún le escociera.

—Una noche, hicimos una gran fiesta con todos los de la clase, hará un par de años de eso. Yo estaba muy mal, porque la había visto tontear toda la noche con un idiota del que ella, por primera vez, estaba enamorada de verdad. Sin embargo, el tío en cuestión se acabó largando con otra y la dejó plantada.

Suspirando, el chico meneó la cabeza. Lidwine se sintió tentada de decirle que no quería saber más, pero se contuvo y él continuó con su relato.

—Nos emborrachamos juntos y terminó diciendo que yo era el único que siempre estaba ahí para ella, que solo podía confiar en mí, bla bla bla. El caso es que la acompañé a casa, comenzamos a besarnos y... ya sabes. Fue algo que surgió en el momento, pero el lunes siguiente, cuando la esperaba a la entrada del colegio, ilusionado... ella entró cogida de la mano del tío que la había ignorado durante la fiesta. Dorine me guiñó el ojo y, simplemente, pasó de largo.

Lidwine se percató del resentimiento que había en su voz, aunque él forzó una sonrisa y se encogió de hombros.

—Desde luego, a partir de ahí dejé de ser su perrito faldero. Nuestra relación se enfrió bastante durante un año, más o menos, pero el curso pasado volvimos a ser amigos como siempre. Supongo que sobre todo porque yo había conseguido olvidarla.

Se estiró para abrazar a Lidwine con una ternura que la hizo temblar... pero de rabia. Al ver su expresión, Grégory alzó las cejas.

—¿No te das cuenta? Preciosa, yo quiero estar contigo. Dorine y yo

solo somos buenos amigos. Aquello no marcó ninguna diferencia entre nosotros. Estoy seguro de que ella se arrepintió más tarde... y eso que ni siquiera era virgen como yo en aquel entonces. Por favor, mírame y dime que no estás enfadada.

Con un gran esfuerzo, ella esbozó una débil sonrisa.

—Ya se me pasará —musitó—. Ahora mejor me voy a mi cuarto.

—Pero, Lidwine... —Él la miró entre atónito y herido.

—Por favor, no me mires así. No estoy enfadada contigo sino conmigo misma, y por eso, no seré una compañía agradable esta noche. Prefiero dejar que se enfríen las cosas y mañana estaré mejor. Te lo prometo.

—Bueno, si estás segura...

—Totalmente —aseguró ella, tratando de contener las lágrimas. Le costaba mantener un tono de voz normal con el nudo que tenía en la garganta.

—Entonces... ¿nos vemos mañana a primera hora para desayunar?

—Perfecto.

Lidwine permitió que la besara en los labios y estuvo a punto de desmoronarse. Era tan perfecto y sabía tan bien... Odiaba aquellos celos como cuchillos candentes en su pecho.

Le dedicó una sonrisa temblorosa y se dirigió hacia la puerta.

—Hasta mañana...

Grégory se levantó para acompañarla y se apoyó en el marco de la puerta después de que ella cruzara el umbral.

—Que duermas bien.

—Gracias, y tú.

Se inclinó para abrazarla por la cintura y besarla una vez más. Al separarse, Lidwine vio que la contemplaba con ojos suplicantes.

—Y por favor, olvida lo que hemos hablado esta noche, ¿vale? Ya sabes que a mí solo me interesas tú...

—No te preocupes —replicó ella, impaciente por marcharse. Necesitaba desahogarse a gusto en su habitación—. Mañana nos vemos.

—Sí... Hasta mañana.

Grégory la retuvo un poco más, reacio a soltarla, y mirándola con ternura. Al fin, le besó la mano y la dejó ir. Ella agitó los dedos por última vez y se dio la vuelta, mientras él cerraba la puerta a sus espaldas.

«Odio a Dorine», fue murmurando para sí misma como una letanía mientras se precipitaba hacia el ascensor con los ojos empañados.

Antes de llegar a su cuarto, las lágrimas eran ya un torrente

resbalándole por las mejillas, de tal modo que apenas veía por dónde iba.

—Mira que soy idiota —masculló para sí, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Llorar por una cosa tan tonta...

Sin embargo, sabía que para ella era algo importante. Ojalá no le doliera tanto. Si tan solo hubiera sido con cualquier otra...

Pero no. Tenía que ser Dorine, el amor platónico de Grégory. Una diosa inalcanzable subida en un pedestal, alguien que le conocía desde que era pequeño. Dorine, con su sedosa melena de ondas rojizas, sus ojos transparentes, su piel de porcelana y aquellos labios gruesos bajo su perfecta nariz... ¿Por qué tenía que parecerse tanto a Claudia Schiffer?

Suspirando, Lidwine buscó un pañuelo de papel en su bolsillo. Después de sonarse y secarse las lágrimas, sacó la llave de su habitación. No valía la pena llorar más: hacerlo no cambiaría la realidad.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta, sorprendida de encontrar la luz encendida. Cuando levantó la vista, por poco le dio un ataque: al fondo de la habitación había una chica, inclinada sobre una maleta. Al oír el ruido, la desconocida se giró de golpe, llevándose la mano al corazón.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó, riendo. Tenía un leve acento americano. Se plantó frente a ella en tres enérgicas zancadas—. Soy Cécile, tu compañera de habitación.

—Encantada, yo me llamo Lidwine.

Le devolvió la sonrisa, deseando no tener los ojos demasiado rojos. La chica le dio dos besos de manera superficial, como besando el aire, igual que hacía la gente de la cual se rodeaba Béatrix. Lidwine le echó un rápido y disimulado vistazo y su conclusión fue inequívoca: pija de los pies a la cabeza e incluso algo repipi.

Tenía el cabello corto, peinado en un *bob* con la raya al lado, de un tono rubio muy claro. Se notaba que no iba teñida, pues las cejas, finas y arqueadas, eran del mismo tono. Los ojos azules eran pequeños y la nariz, chata y graciosa, estaba muy pegada a los labios, cosa que le daba un aspecto algo aniñado, como si estuviera haciendo pucheros. Vestía una camisa de seda holgada anudada a la cintura, estilo kimono, verde con bordados en plata, pantalones Levis ajustados y botas de piel estilo cowboy que tenían pinta de costar una fortuna.

—¿Estás resfriada? —preguntó la chica sin abandonar la sonrisa, haciendo alusión a los ojos empañados de Lidwine y a su nariz roja.

—Algo así —mintió, sonrojándose.

—Ah —se limitó a decir Cécile.

La sonrisa se acentuó por algún motivo que solo ella conocía. A Lidwine le recordó a las típicas chicas florero de la televisión.

—¿Así que has llegado esta noche? —inquirió para romper el hielo, mientras se sentaba en la cama y se quitaba los zapatos.

—No, qué va —contestó Cécile, girándose de nuevo hacia la maleta—. He llegado esta mañana a la hora de comer.

Metió el pijama bajo la almohada, entonces se dio cuenta de la hora que era y volvió a sacarlo. Lo dejó sobre la colcha y le preguntó por encima del hombro:

—¿Así que estás en primero? ¿Qué te parece la uni?

—Por ahora solo he tenido presentaciones, pero creo que me va a gustar.

—Te encantará —le aseguró su compañera con aire de superioridad.

Se dirigió hacia su mesita de noche después de meter un libro en la cartera y procedió a recolocar todo lo que había encima. Lidwine observó que no se estaba quieta y que parecía algo maniática con el orden.

—¿Y ya sabes a qué modalidad te acabarás dedicando? —añadió.

—Siempre me ha encantado la pintura —manifestó algo alicaída: no se sacaba a Grégory y Dorine de la cabeza—. Pero dudo que tenga mucha salida...

—Yo siempre he tenido muy claro que lo mío es la animación por ordenador. Si eres bueno, y yo lo soy, te haces de oro. Solo hay que mirar a mi padre. —Soltó una risita, sin pizca de vergüenza ante su propia presunción.

«Esta tía se llevaría el premio a la modestia, eso seguro».

—Ah, ¿tu padre trabaja en ese campo?

—Sí. ¿Por casualidad te suena la Pixar Animation Studios?

—¿La de *Monstruos S.A.*? No insinuarás que tu padre trabaja allí —balbuceó.

A Cécile le chispearon los ojos.

—Pues sí. Yo nací en Estados Unidos, pero mis padres son de aquí. Cuando empecé la carrera, me vine a París por el prestigio que tiene esta universidad y porque me gustaría trabajar aquí; la verdad es que adoro esta ciudad. Aunque durante las vacaciones siempre me vuelvo a California.

—Ya —fue todo lo que acertó a farfullar Lidwine.

«Pero, ¿qué es esto?», pensó. «¡Estoy rodeada de multimillonarios!»

Se dijo que Cécile y ella no iban a congeniar del todo. Se puso el pijama mientras su compañera ordenaba febrilmente su colección de bolsos y zapatos de Gucci, Armani, Prada y Dios sabe qué más. Cuando iba a lavarse los dientes, Cécile reapareció a su lado tan sonriente como de costumbre.

—¿Y de qué trabajan Mr. y Mme. Fontaine? —inquirió con tono de broma.

Lidwine supuso que madame Fournier, que tanto aprecio parecía tenerle a su «encantadora» Cécile, le habría comunicado su nombre completo. Claro que después de hacerse una idea del dinero que tenía los padres de su compañera, a Lidwine no le sorprendía en absoluto que la casera la tuviera en tan alto concepto.

—En realidad, soy adoptada. Mi madre adoptiva se apellida Lafayette.

—Oh. —La sonrisa se esfumó de la cara de Cécile en un abrir y cerrar de ojos, sustituida por una mueca compasiva—. Cuánto lo siento.

—No te preocupes —murmuró Lidwine incómoda, como siempre que alguien la miraba así—. No me supone ningún trauma ni nada —añadió a la defensiva, intentando darle un tono jocoso pero sin lograrlo del todo.

Permanecieron unos instantes en silencio, solo roto por el sonido del cepillo de Lidwine contra sus dientes. Cuando se incorporó tras enjuagarse la boca, vio a Cécile reflejada en el espejo, observándola con una curiosa expresión.

—Oye —comenzó, con aquellos ojos tan azules centelleando de emoción—. ¿Tu madre adoptiva tiene algo que ver con los almacenes Lafayette?

«Madame Fournier, segunda parte», gruñó Lidwine para sus adentros.

—La verdad es que no. Es abogada.

—Ah, qué interesante —replicó Cécile, mirándose las pulidas uñas con cara de aburrimiento. Se notaba que había perdido todo interés en la conversación.

Lidwine no añadió más. Se giró hacia su reloj despertador luminoso y consultó la hora: las 23:42.

—Bueno, Cécile... —Bostezó tapándose la boca y se deslizó entre las sábanas—. Mañana tenemos clase, así que me voy a dormir ya.

—Buenas noches —contestó la otra desde el baño, mientras se lavaba

los dientes con su cepillo eléctrico—. Yo iré enseguida.

Antes de dormirse del todo, Lidwine entreabrió los ojos y vio a su compañera enfundándose un pijama de raso color salmón, por supuesto de marca.

Su último pensamiento antes de dormirse fue si llegaría a congeniar algún día con la efervescente y pretenciosa Cécile Duperrier.

## CAPÍTULO 12

Los días comenzaron a transcurrir veloces entre las clases y los abundantes deberes. Aunque Grégory y ella habían decidido correr un tupido velo sobre el asunto de Dorine, Lidwine era incapaz de olvidarlo. La pelirroja no le había hecho nada, pero era inevitable tenerle cierto resentimiento. Por lo menos, ahora salía con Brice, aunque parecía más un rollo pasajero que una verdadera relación.

Cada vez que Dorine aparecía, a primera hora de la mañana, con su maravillosa ropa de marca —tenía especial devoción por las minifaldas y los polos Lacoste— y su larga melena rojiza desparramada sobre los hombros, con aquella increíble piel casi translúcida, los singulares ojos celestes y los labios gruesos, Lidwine sentía que la odiaba.

Por otro lado, tal vez eran imaginaciones suyas, pero le daba la sensación de que a Dorine lo suyo con Grégory, en el fondo, le fastidiaba. La había pillado en varias ocasiones observándolos fijamente, y tenía la sospecha de que a la pelirroja le complacía tocar al chico más de la cuenta, así como lucirse y contonearse delante de él. Lidwine no soportaba llegar a la facultad cada lunes, medio dormida y muerta de frío, y encontrarse a Dorine, que era unos diez centímetros más alta que ella, con sus largas piernas apenas cubiertas por alguna de sus minúsculas falditas, coqueteando con todo el mundo de forma escandalosa.

Era exasperante, pero Lidwine no le había comentado nada de sus celos a Grégory, pues no quería sonar como una loca. Además, Dorine era su mejor amiga desde hacía años y no podía ordenarle que dejara de relacionarse con ella. A fin de cuentas, no era su dueña.

Un viernes a finales de octubre, la joven salió de la facultad con Claudine y Grégory, los tres bien resguardados de la abundante lluvia bajo sus paraguas mientras charlaban animados.

Aquella semana había podido pasar poco rato a solas con él por culpa de los deberes impuestos sin piedad por los profesores. Para colmo, aquel fin de semana el chico se marchaba a Dijon con su familia. Lidwine tendría dos días enteros para aburrirse... y releer los diarios en busca de nuevas pistas, tal vez.

A pesar del abundante trabajo que había tenido durante las dos últimas semanas, había podido terminar con los diarios, si bien los había



leído de forma bastante entrecortada.

El momento culminante llegó con el de su madre... ¿Iba a encontrar el testimonio de una enferma mental? ¿Tal vez frases inconexas y fantasías sin sentido?

Sin embargo, sus miedos no podían estar más lejos de la realidad. El diario de Delphine era lógico, con una prosa atractiva y envolvente que a Lidwine le recordaba a su propia manera de expresarse. No obstante, lo mejor era que por fin lo había comprendido todo. Y ya no podía guardarle más rencor...

Su madre nunca había estado loca. Por lo que explicaba en su diario, y relacionándolo con los fragmentos de otras antepasadas cuyo significado no había llegado a desentrañar en su primera lectura, el culpable de las alucinaciones y estados catatónicos que habían llevado a Delphine a ingresar en una institución mental y perder a su hija... había sido el espejo.

A juzgar por sus relatos, la reliquia sumía a sus dueñas en una especie de trance, en el cual sus cuerpos permanecían en el presente, pero sus mentes viajaban más allá del tiempo y del espacio. En la mayoría de casos, hacia las inquietantes realidades de sus anteriores dueños.

Lidwine no había tenido aún el aplomo suficiente de sacar al espejo de su escondite y tratar de autoinducirse a uno de aquellos misteriosos trances, pero sabía que, a la larga, la curiosidad le ganaría la partida.

Había vertido lágrimas de impotencia ante el dolor que reflejaban las palabras de su madre por la pérdida de su pequeña y preciosa hija —ella misma—, a la que tanto quería.

También averiguó que el motivo de la huida de Delphine del psiquiátrico — aparte del hecho evidente de que no estaba loca—, no fue otro que intentar recuperar a su bebé como fuera. Incluso se trasladó a Lyon para seguir de cerca su crecimiento. Gran parte de su diario, junto con otros muchos fragmentos que hablaban del espejo, estaba dedicado a explicar las andanzas de Lidwine en el patio del colegio o en los jardines del orfanato, como si lo hubiera hecho para que ella lo leyera en el futuro.

Por otro lado, la joven no llegó a saber cómo lo hizo para enterarse incluso del episodio relacionado con el cuadro de Jacqueline, pues no estaba explicado en el diario. Tampoco entendía cómo ella misma jamás se dio cuenta de la presencia de una extraña en las inmediaciones, siempre vigilándola. Ojalá la hubiera visto y hubiera podido hablar con ella...

También le chocó la cantidad de veces que su madre mencionaba

haber escrito a François Sagorin —el padre de Lidwine— para suplicarle que recuperara la custodia de su hija. Las cartas jamás obtuvieron respuesta. Delphine llegó incluso a visitar la antigua casa de los padres de François diez años después, pero se hallaba deshabitada y nadie sabía adónde se habían marchado.

Sola, sin amigos ni apenas dinero, Delphine fue marchitándose poco a poco. Alguien comenzó a dejarle anónimos amenazadores en el buzón y más tarde, a colarse en su casa y revolver entre sus cosas, casi seguro en busca de la reliquia. Sintiendo ser perseguida, Delphine cambió de domicilio varias veces, pero su misteriosa sombra siempre terminaba por encontrarla.

Un día, recibió una carta sin firma en la cual su fantasmagórico perseguidor declaraba haber asesinado François y le sugería que dejara el espejo a la vista en un lugar donde pudiera encontrarlo si no quería correr la misma suerte.

Delphine nunca averiguó si el padre de su hija había sido realmente asesinado. Murió pocos días después, la noche de un cálido día de agosto. La mano invisible que se había encargado de remitir la carta a Lidwine había añadido al final de la página: «Delphine fue asesinada la noche del 12 de agosto de 2005».

A partir de ahí, las páginas estaban en blanco.

Para Lidwine, leer aquello supuso revivir el dolor por la muerte de su madre. ¿Qué tenía aquel maldito espejo que hacía que la vida de sus dueños fuera desmoronándose poco a poco? ¿Tan ciegos estaban todos que no veían que jamás desentrañarían su misterioso secreto o fórmula mágica, si es que lo había? ¿Por qué no se habían deshecho de él o lo habían vendido?

La chica no lo entendía, pero comenzó a sentir tal rabia contra el espejo que poco faltó para que lo sacara de su escondite y lo hiciera trizas. Sin embargo, había algo que la detenía, algo que le decía que no debía hacerlo... Y Lidwine ignoraba si se trataba de su voz interior o la del propio espejo. Sin darse cuenta, había comenzado a personificarlo, pues cada día tenía más claro que había algo maléfico en él. El frío resplandor con el que relucían los brillantes, su bruñida y lisa superficie y el modo en que no presentaba ni un solo rasguño pese a tener miles de años de antigüedad...

Era ridículo que sus antepasadas hubieran ido aislándose del mundo y consumiéndose, cada vez más pobres y solas, por un objeto cuyo secreto jamás lograrían descubrir. Lidwine estaba segura de que el espejo tenía alguna cualidad hipnótica, cuya influencia aumentaba sobre su dueña con el

paso del tiempo, absorbiendo su fuerza para hacerse cada vez más poderoso e indestructible.

Por absurda que le resultara aquella teoría, lo cierto era que cada día sentía más miedo, pero se prometía que, en cuanto desentrañara algunos enigmas, se desharía del maléfico espejo... si es que aún podía.

El segundo shock del diario había sido el supuesto asesinato de su padre. ¿Estaría muerto de verdad? La chica no tenía ni idea de si aquel monstruo mentía o no, pero una cosa estaba clara: si había asesinado a Delphine para obtener el espejo, bien podía haber sido capaz de matar asimismo a François, quizá creyendo en un primer momento que el dueño era él.

¿Y si el asesino de sus padres era la misma persona que había intentado acceder a su cámara de seguridad? ¿Y si aún seguía en alguna parte, dispuesto a matarla a ella también con tal de hacerse con el espejo? Era evidente que alguien así no se rendiría tan fácilmente... Desde que había leído el diario de su madre, Lidwine vivía más aterrada que nunca, mirando a sus espaldas cada vez que salía, como si esperara que alguien fuera a salir de golpe de la nada para atacarla.

En todo caso, la chica se prometió a sí misma hacer dos cosas, y pronto: investigar sobre el paradero de su padre —estuviera vivo o muerto— y averiguar dónde estaba enterrada su madre para ir a visitarla. Cuanto antes lo hiciera, mejor se sentiría. Y aquel fin de semana, al estar separada de Grégory, parecía la ocasión idónea. Aun así, Lidwine cada día confiaba más en él y sabía que, tarde o temprano, terminaría contándoselo todo.

Al llegar a la residencia le dijeron adiós a Claudine, que siguió andando hacia su casa, y fueron juntos a comer. Después, Grégory acabó de hacer la maleta y se despidió de Lidwine con toda la dulzura del mundo, prometiendo mandarle un WhatsApp nada más llegar.

La chica observó la silueta cada vez más pequeña del flamante Mercedes plateado mientras se alejaba, hasta que dobló la esquina y se perdió de vista; entonces regresó a su cuarto. Cécile no estaba: le había comunicado con aire pomposo que no regresaría hasta bastante tarde pues iba a cenar con un chico que poseía «un título nobiliario».

Aprovechando la agradable quietud de la habitación, se situó ante su enorme mesa de dibujo y se dispuso a realizar los deberes que tenía para la semana siguiente. A través de la ventana veía la lluvia caer, incansable, en el cada vez más oscuro exterior.

A media tarde bajó a tomar un café con Danielle, que había faltado a clase toda la semana por un fuerte catarro. Ambas pasaron una hora agradable poniéndose al día y compartiendo cotilleos sobre sus compañeros.

Tras el descanso, regresó a su habitación y se sentó ante el ordenador, cargada de paciencia ante la pesada tarea que se le avecinaba: redactar un trabajo breve para *Teoría e historia del arte* y otro para *Sistemas de análisis geométrico de la forma y la representación*.

Hizo una pausa para cenar con algunos compañeros de la residencia y enseguida volvió a subir para dar el retoque final a los deberes e imprimirlos. Quería librarse de todas las tareas ese mismo viernes y así dedicar el resto del fin de semana a la tarea de investigación que se había propuesto.

Cuando la impresora expulsó por fin la última hoja y Lidwine guardó todos los trabajos en su carpeta, acababan de dar las nueve. Se estiró como un gato en la cómoda silla del ordenador, frotándose los ojos, agotados después de tantas horas mirando la pantalla, y trató de desentumecer sus agarrotados músculos, que le hormigueaban a causa de llevar casi todo el día sentada.

Le apetecía un baño caliente, por lo que llenó la enorme bañera de lujo de su lavabo y se sumergió en las ardientes burbujas. Era una sensación deliciosa... El olor a fresa de su jabón llenaba el ambiente y los vapores generados por la temperatura del agua parecían trazar siluetas en el aire, sumergiéndola en un agradable sopor. Se lavó el pelo a conciencia con champú frutal y decidió aplicarse una mascarilla para dejarlo brillante y sedoso.

Tras salir de la bañera, tomó un cepillo plano de púas y procedió a desenredarse la melena, que dejó suelta en largas ondas sobre la espalda. En un súbito impulso, decidió que le apetecía dar un paseo para despejarse y estirar un poco las piernas. Se vistió con unos pantalones elásticos azul marino, un par de botas marrones y un jersey de punto escotado.

Contempló su imagen con ojo crítico en el espejo. Su piel no necesitaba maquillaje, aunque no cabía duda de que su bronceado veraniego comenzaba a desvanecerse. Se puso un poco de brillo en los labios, tomó su chaqueta de piel color tabaco del vestidor y salió, cerrando bien la puerta con llave. Antes se aseguró de que el espejo seguía en su lugar.

Cuando cruzó la recepción, esta se hallaba desierta y apenas se oían voces procedentes de las salas de estar o de estudio. La mayoría de estudiantes debía de haber salido, aprovechando que era viernes y que al final la tormenta había amainado. Canturreando en voz baja, se apresuró a salir de

la residencia antes de encontrarse con alguna de las caseras. No se sentía con ánimos de aguantar su cháchara aquella noche.

En el exterior flotaba el clásico olor que suele quedar después de la lluvia. Las aceras relucían bajo la danzarina luz de las farolas, otorgando al entorno un aire de ensueño, borroso y centelleante. En el cielo, la luna llena jugaba al escondite, ocultándose a ratos tras los gruesos nubarrones, que aún no se habían despejado del todo.

Lidwine, con el corazón brincando alegre en el pecho sin saber muy bien por qué, inhaló a fondo el fresco aroma de la atmósfera y echó a andar a paso ligero, resuelta a dar un mágico paseo por la orilla del Sena. Quizá así ahuyentaría el dolor de cabeza causado por las horas de trabajo y se relajaría lo suficiente para poder dormir a gusto al volver.

Cuando llegó al río, se percató de la intensa niebla que había aparecido de repente, tan espesa que apenas veía diez metros por delante de ella, y tan húmeda que sentía sus dedos espectrales acariciándole el rostro.

Se preguntó si habría sido buena idea salir sola en una noche brumosa y tétrica como aquella. Sin embargo, el río estaba precioso a la luz de la luna, liso y brillante como una lámina de plata, y su suave murmullo la atraía como un canto hipnótico. Además, había algunas parejas paseando a su alrededor, así como jóvenes que se reunían para ir de fiesta, por lo que Lidwine no pensó que hubiera demasiado peligro, y se propuso no dejar que nada le amargara el paseo.

Con la niebla y el viento refrescándole las mejillas acaloradas por la caminata, Lidwine echó a andar a paso rápido, casi corriendo, por el margen del cantarín y reluciente río. Llegó un punto en que se sintió tan a gusto, hipnotizada por la belleza de la noche, por los apacibles *bateaux mouches* que paseaban a los turistas por el río y las luces que iluminaban la hermosa ciudad, que perdió por completo la noción del tiempo, así como lo lejos que había caminado.

Para cuando advirtió el eco de unos pasos amortiguados detrás de ella, tal vez hiciera largo rato que alguien, quienquiera que fuese, la seguía. Las pisadas se tornaban más lentas cuando ella aminoraba la marcha, más rápidas cuando apretaba el paso. El sonido era apenas perceptible, pero el fino oído de Lidwine lo captó alto y claro por encima del murmullo de las aguas.

Con un sobresalto, la chica se percató de que ya no había nadie a su alrededor. Despistada pensando en sus cosas, no había advertido que la niebla se había vuelto tan densa que ya no veía a más de cinco metros por delante de

ella. Tan solo vislumbraba sombras fantasmagóricas y luces titilantes.

Mientras tanto, los pasos seguían resonando a sus espaldas, reduciendo cada vez más la distancia entre ambos.

Temblando de miedo, Lidwine echó a correr. Al oír sus tacones repiqueteando contra el asfalto, la persona que la perseguía aumentó asimismo la velocidad en pos de ella.

—¡Eh! —le pareció que gritaba—. ¡Espera!

Era una voz masculina, de eso no cabía duda. Aterrada, Lidwine viró de forma brusca a la derecha y subió al Pont del Alma para cruzar al otro lado del río.

Los pasos cada vez estaban más cerca. La abundante humedad le impregnaba el rostro con su tacto helado, mientras la niebla la envolvía de tal modo que casi corría a ciegas.

Diez segundos más y el cazador atraparía a su presa.

—Por favor —jadeó para sí, con un terrible dolor en el costado, tambaleándose sobre los tacones. Temía resbalar y caerse por el borde del puente, desorientada y confusa como estaba—. Por favor, vete. Déjame en paz.

—Oye, ¡espera un momento!

Esta vez lo oyó con claridad, mucho más cerca que antes. Con un nudo en la garganta, incrementó la velocidad, pero entonces una mano surgió de la niebla y la agarró bruscamente por el hombro, obligándola a darse la vuelta. Con un terrible sobresalto, Lidwine profirió un alarido de terror de esos que hielan la sangre, y se cubrió el rostro con las manos, temblando.

—Por favor —repitió sin mirar a su atacante—. Por favor, no.

—Lidwine, ¡soy yo, mírame!

Reconociendo de golpe aquella voz de macarra, la joven se descubrió el rostro, estupefacta.

¡Ruben!

No podía creerlo pero ahí estaba, vestido con una desgastada chupa de cuero, pantalones pitillo negros y unas Converse hechas polvo. Como de costumbre, llevaba su cadena de eslabones plateados, el pendiente de aro en la oreja y las gafas de sol en la solapa de la cazadora.

Pese a la escasa luz de las farolas, Lidwine tuvo que admitir que estaba muy guapo, si bien la suya era una belleza sombría, con aquellas mejillas hundidas, en esa ocasión bien afeitadas, los prominentes pómulos y los rasgados ojos oscuros. Llevaba los rizos alborotados por la carrera y, bajo

la luz parpadeante, las hebras relucían como cobre mezclado con petróleo.

—Vaya, Robert —exclamó Lidwine, cambiándole el nombre a propósito. Trató de recuperar el aliento mientras el corazón aún le daba golpes contra el pecho. Le fulminó con la mirada—. ¿Te parece bonito ir por ahí asustando a la gente?

—Sabes muy bien que es Ruben —replicó él ofendido, cruzándose de brazos mientras se apoyaba contra la barandilla del puente.

—En este momento, tu nombre es lo que menos me preocupa —resopló la chica, poniendo los ojos en blanco—. ¡Por poco me da un ataque! ¿Tienes algún problema? ¿Un sentido del humor enfermizo, tal vez?

—No estaba tratando de asustarte —se defendió Ruben, que de repente parecía avergonzado—. Lo siento, tía, en serio. Había bajado a dar una vuelta y me pareció verte, pero no sabía seguro si eras tú por culpa de la niebla, así que caminé un rato detrás de ti para asegurarme antes de abordarte y eso. Entonces te asustaste y comenzaste a correr.

—¿Y no se te ocurrió llamarme por mi nombre? —exclamó Lidwine con sarcasmo—. Me habrías ahorrado un susto de muerte.

Ruben se encogió de hombros, indolente.

—¿Es esto una venganza por lo de la cerveza?

—¡Claro que no! —replicó él con los ojos llameantes—. No soy tan rencoroso, ya te dije que eso estaba olvidado.

—Perfecto, pues la próxima vez te guardas tus bromitas siniestras para otra persona —gruñó la chica, lista para dar media vuelta y largarse, pero Ruben la retuvo con una mano que parecía de acero.

—No era ninguna bromita siniestra —masculló con los dientes apretados.

—Me haces daño —dijo Lidwine con toda la frialdad de la que fue capaz, a pesar de que aún sentía algo de miedo.

Ruben no tenía pinta de ángel precisamente, y las calles estaban desiertas. ¿Y si todo aquella historia de que le había parecido reconocerla no era más que una excusa para ocultar que la estaba acechando?

Sin embargo, el chico la soltó de inmediato.

—Lo siento —se disculpó, de forma torpe y malhumorada.

Cuando vio que Lidwine hacía gesto de marcharse, le cortó de nuevo el paso.

—Oye, pero ¿por qué te pones así? Sinceramente, no creo que haya para tanto.... Además, has de admitir que tu grito ha sido mazo de cómico.

Ruben se echó a reír y ella sintió que le hervía la sangre.

«Será imbécil», murmuró para sus adentros, esquivándole con desprecio y terminando de cruzar el puente.

—Eh, espera, ¡no te enfades! —Ruben echó a correr de nuevo para atraparla y dejó de reír, mirándola muy serio a los ojos—. Solo intentaba quitarle hierro al asunto. No entiendo porque te picas tanto por todo, tía.

—¿Tal vez porque ha estado a punto de darme un infarto? —replicó Lidwine aún sarcástica, aunque ya no estaba tan enfadada.

Le fastidiaba tener que admitirlo, pero le apetecía discutir con Ruben. No sabía por qué, pero era estimulante y, en el fondo, la divertía.

—Ya te he pedido perdón como veinte veces —se quejó el chico exasperado, adoptando un tono de voz parecido al de ella—. ¿Cuántas más harán falta para que lo olvides?

—Está bien, te perdono. Ahora, si no te importa, me vuelvo a la residencia.

—¿Residencia? Venga ya... ¿Una de esas para universitarios forrados de la hostia? —Rubén le clavó un dedo en las costillas—. Como tú.

—Si vas a seguir insultándome y utilizando ese vocabulario soez para hablar de mí y de mis amigos, ya puedes largarte.

—Joder, vaya vocabulario más finolis que gastas —se burló él, mirándola con una sonrisa malvada que dejó ver sus curiosos dientes, con aquellos caninos algo prominentes.

Por algún motivo, Lidwine sintió una mezcla de deseo y temor.

—¿Vas a largarte? —exclamó con aire cansado, echando a andar de nuevo.

Ruben se apresuró a alcanzarla.

—¿Por qué no damos un paseo en *bateau mouche*? Seguro que nunca has subido. Tu acento no parece muy parisino... De hecho, hablas rollo pija, como si fueras del sur.

—¿Ah, sí? Pues tú sueñas como un garrulo —replicó Lidwine desdeñosa.

Ruben ensanchó la sonrisa al oír esto y la tomó con suavidad de la mano. Ella enrojeció al sentir su tacto cálido y firme.

—No pretendía burlarme de ti, pijilla. De hecho... me encanta cómo hablas. —Dejó entrever de nuevo una de sus sonrisas torcidas y ella, a su pesar, se rió—. Eh, ¿ves cómo ya vamos congeniando?

Satisfecho, Ruben le rozó la mejilla con los dedos, acercando tanto su



cara a la de ella que la chica percibió su aroma. Olía como el día del bar: una mezcla irresistible de madera quemada, cítricos y tabaco.

Él la miró muy serio y musitó:

—¿Qué, te vienes conmigo a dar ese paseo?

Lidwine dio un paso atrás, recuperando parte de su fría actitud.

—Lo siento —contestó, evitando sus ojos—. Estoy cansada y además... ya estoy saliendo con alguien.

—¿Y quién te ha dicho que yo busco algo contigo? —bufó Ruben con una mueca de incredulidad—. No te preocupes, nena, las de tu tipo nunca me han molado...

—Vete a la mierda —le espetó ella, olvidando sus propósitos de cortesía y dignidad. Era imposible mantenerse inalterable con alguien tan maleducado y barriobajero.

—Dios, tía, pero cómo te ofendes por nada —rió el chico, tomándola por la barbilla. Ella se soltó de un manotazo, cosa que le hizo reír aún más—. Pijilla creída, tienes que aprender a reaccionar mejor.

—A ver, Ruben, ¿tú entiendes el lenguaje humano? —casi gritó Lidwine, exasperada—. Aunque tu comportamiento no diste mucho del de una bestia, estoy segura de que vas a entender esto: ¡Lárgate! ¡Desaparece! ¡Déjame en paz!

—No entiendes mi sentido del humor —murmuró Ruben, fingiendo que se ofendía, pero enseguida se puso serio otra vez—. Va, no me volveré a burlar de ti ni a hacer bromas desagradables, te lo prometo.

Ella resopló y dio media vuelta para irse, pero la voz del chico, casi implorante, la detuvo.

—Ven a dar una vuelta conmigo, solo media hora. Si todavía no me aguantas después del paseo, te juro que no volveré a molestarte.

—Ya te lo he dicho, estoy saliendo con alguien.

—Bueno, ¿y qué? ¿No puedes tener amigos? —Ruben hizo una pausa mientras ella le miraba pensativa y entonces añadió—: Espero que tu novio no sea aquel niño que se reía como un imbécil el día que me tiraste la cerveza encima.

—Ese niño se llama Grégory y sí, es mi novio —replicó Lidwine con dureza, aunque no estaba enfadada. De hecho, sentía unas irrefrenables ganas de reír, que aumentaron al ver la cara que puso el otro.

—Bueno, me importa un huevo quién sea tu novio —soltó con su habitual desparpajo—. ¿Te vienes o qué?

Por algún motivo, algo en Ruben la atraía, tal vez la sensación de que estar con él era como romper las reglas. Incluso tenía algo que la asustaba y la fascinaba al mismo tiempo: un cierto peligro que su sentido común le aconsejaba evitar con ruidosas sirenas de alarma en su cerebro. Sin embargo, por una vez decidió ignorar esa sensatez y prudencia que hacían la vida tan aburrida.

—De acuerdo —aceptó al fin.

Ruben esbozó una amplia sonrisa de lobo hambriento, mostrando aquellos caninos puntiagudos, con la expresión satisfecha del depredador que acaba de atrapar a su presa. Sus pupilas titilaron unos instantes con un brillo perverso, y Lidwine se preguntó si habría tomado la decisión correcta... pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Se dirigieron a paso rápido hacia el muelle desde el que zarpaban los *bateaux mouches*. Temían que ya no saliera ninguno debido a la hora tardía, por lo que no hablaron demasiado durante el camino. Tuvieron suerte, pues llegaron justo cuando estaba a punto de salir el último.

Mostrando por una vez los modales de un caballero, Ruben la ayudó a subir y ambos se acomodaron en la parte delantera. El barco estaba casi vacío, excepto por un grupo de exaltados turistas japoneses con cámaras de fotos al cuello y algunas parejas más de extranjeros.

Lidwine se reclinó en la barandilla y observó la apacible noche. Por fortuna, la niebla se estaba disipando y podía ver con mayor claridad el paisaje de la romántica ciudad, plagada de diminutas luces.

Un viento frío se levantó justo cuando el barco comenzaba a moverse, y la joven se estremeció. Al sentir la mano de Ruben en su brazo, cuyo calor traspasó incluso el fino tejido de su chaqueta, se giró y se encontró con su rostro a diez centímetros del suyo. Sin darse cuenta, se quedó embobada ante el brillo de aquellos penetrantes ojos oscuros y la cualidad marmórea de su piel.

—¿Quieres mi chaqueta? —ofreció él con amabilidad.

Pese al tono educado, a Lidwine le dieron ganas de reír por su forma de hablar entrecortada, arrastrando las palabras como si estuviera drogado. Cosa que, por otro lado, no le hubiese extrañado en absoluto.

—No, gracias —repuso con una sonrisa. Permanecieron en silencio unos instantes y ella añadió—: Háblame de ti. Así podré conocerte mejor.

—Tú primero —replicó él juguetón, mientras hurgaba en su chaqueta y extraía un arrugado paquete de tabaco.

—No deberías fumar. —Educada por la inflexible Béatrix, Lidwine estaba acostumbrada a un estilo de vida que no contemplaba el consumo de ningún tipo de droga—. Es malo para la salud.

Ruben se encogió de hombros.

—Esto no es lo peor que fumo —replicó, socarrón.

Se inclinó cerca de ella para tirar la ceniza al Sena. Al llegarle su aroma masculino y embriagador, una descarga eléctrica la sacudió por dentro.

—Y encima contaminando el río —añadió, con un tono entre severo y burlón, haciendo oídos sordos a su último comentario.

Después de darle una calada a su cigarrillo, él la señaló con la cabeza.

—¿Vas a hablarme de ti o no?

Lidwine resopló.

—No hay mucho que contar. Tengo dieciocho años y, de hecho, nací en París, pero he vivido en Lyon desde que era un bebé... concretamente, en un orfanato. De manera que sí, soy una pija del sur como decías. Béatrix, mi tutora, me adoptó cuando tenía diez años, y he vivido con ella hasta hará cosa de un mes, cuando me vine aquí para estudiar Bellas Artes. Desde entonces me alojo en una residencia para, cómo era, déjame recordar... —Lidwine hizo ver que pensaba—: ¡Ah sí! «Universitarios forrados de la hostia».

Le dirigió una sonrisa traviesa, pero Ruben no se la devolvió. Por el contrario, estaba muy serio.

—Nunca hubiera imaginado que fueras adoptada —comentó con la vista perdida en la lejanía. Entonces se giró a mirarla—. Lo siento.

—No digas tonterías...

Se sorprendió a sí misma: siempre le había molestado que la gente se compadeciera de ella y la tratara como si su condición de huérfana fuera una deformidad, pero con Ruben era diferente. Él no la había hecho sentir inferior. Sus palabras habían sido sinceras y su mirada, respetuosa, incluso dulce.

Se percató de que, otra vez, se había quedado sin habla, los ojos fijos en él. Azorada, desvió la vista y se apresuró a señalar:

—Bueno, ahora te toca a ti.

Ruben suspiró, apuró el cigarrillo y lo lanzó al agua ante la cara de reproche de la chica.

—Tengo veinticinco años... —comenzó, ante lo cual ella le miró boquiabierta y le interrumpió antes de que pudiera continuar.

—¡Vaya! Hubiera jurado que tenías veinte o así.

—No te dejes engañar por mi carita de niño —bromeó él, riendo—. Bueno, a lo que iba. Nací en el norte de París y he vivido aquí toda mi vida. Digamos que soy la oveja negra de mi familia, el que siempre da la nota y eso. Dejé los estudios en cuanto me gradué en el instituto y mi padre me enchufó de camarero en su bar. No puede decirse que me explote, pero el curro es bastante pesado y monótono. Trabajo allí de lunes a sábado, y por las tardes ensayo con mi banda. Llevo desde que era un enano soñando con meterme en el negocio de la música, pero mis viejos siempre han intentado sacarme esas «tonterías» de la cabeza. —Dibujó unas comillas en el aire—. Aunque sin éxito, para su desgracia.

Esbozó una sonrisa irónica y apartó la mirada, inclinándose sobre la barandilla.

—Empecé a tomar clases de guitarra a los quince años tirando de mis ahorros —prosiguió—, y a los diecinueve me junté con unos amigos del barrio y formamos un grupo. Lo malo es que no éramos muy constantes, uno de ellos era un poco broncas y siempre armaba jaleo por nada, así que al final nos separamos. Más tarde, conocí a un tío en el bar, Bastien. Fue un día que apenas había gente y me fui a ensayar al almacén. —Sonrió con la mirada perdida, como si estuviera rememorando aquel primer encuentro—. Me explicó que él le daba a la batería y, como le gustó mi estilo, me propuso que quedáramos para tocar juntos algún día. Al poco me presentó a su amigo Axel, que también toca la guitarra y canta como yo. Pensamos en montar un grupo pero nos faltaba un bajo, así que retomé el contacto con Jean-Michel, que estuvo en mi anterior banda, y estuvo encantado con la idea. De eso hará unos tres años.

—¿Y qué tal os va? —se interesó Lidwine.

—Al principio fue duro. Teníamos mucho que practicar, aparte de decidir qué estilo tocaríamos. Por suerte, los cuatro somos muy parecidos y nos apasiona el rock and roll de los años sesenta y setenta, así que no tardamos en ponernos de acuerdo. Ahora tocamos en locales cuando nos sale la oportunidad, con la esperanza de que alguien importante nos oiga, por fantástico que suene. Desde hace un año y pico también enviamos maquetas a las discográficas, aunque es muy chungo conseguir algo así. Todo es cuestión de suerte, supongo. —Puso los ojos en blanco y se encogió de hombros, resignado—. Así que de momento, nada de nada.

—Yo creo que sois muy buenos —declaró Lidwine, que había comenzado a relajarse—. No te lo digo para quedar bien, en serio, me

encantó vuestro concierto, así que ya tienes una fan asegurada.

Ruben le ofreció una vez más su sonrisa malévola.

—Tendré que componerte una canción, entonces...

Lidwine le sostuvo la mirada hasta ruborizarse. Intentando librarse de la vergüenza, le cambió de tema:

—¿Y por qué a tus padres no les gusta que toques? Si no fueras bueno lo entendería, pero no es el caso.

El chico resopló con amargura.

—A ellos no les mola nada de lo que hago. Se quejaban de mis amigos, de mi fracaso escolar, de que me dedicara a tocar la guitarra en vez de hacer algo de provecho con mi vida, de que me fuera de farra, de que bebiera... —Ruben hizo un sonido despectivo—. La lista seguiría y seguiría. Por eso me piré de casa en cuanto pude, y la verdad es que si sigo en el bar es por comodidad, lo reconozco. Siempre digo que me pondré a buscar algo mejor, pero al final nunca lo hago.

Lidwine asintió en silencio, pues no sabía muy bien qué decir. Aunque con sus amigos de la universidad se sintiera distinta y mucho menos esnob que ellos, lo cierto es que era una «niña bien». Siempre había sido una alumna modelo, jamás había probado ningún tipo de droga y nunca había dado motivos para que la castigaran, por lo que al lado de Ruben, se sentía como una pija total.

Ella no sabía nada de aquel mundo de rock and roll y desenfreno. Solo había que escuchar la entonación barriobajera de Ruben para imaginarse el tipo de cosas que haría con sus amigos. Sin embargo, en la mirada traviesa de sus ojos se escondía un brillo de ternura, y algo en aquel sinvergüenza le decía que, en el fondo, era un trozo de pan. Estar con él era extraño, algo así como peligroso y excitante a la vez, y no podía evitar ponerse nerviosa cada vez que le sonreía de aquella manera tan suya.

El viaje en barco fue hermoso y relajante. Durante el rato que duró el trayecto se dedicaron a reír y bromear, pero también a contemplar el paisaje, compartiendo un silencio que, a diferencia de lo que suele ocurrir, fue de lo más cómodo, como si se conocieran desde hacía tanto tiempo que no necesitaran las palabras, cosa que a Lidwine no le había ocurrido con nadie más.

Entre la grabación que sonaba por los altavoces en diversos idiomas y algunos comentarios de Ruben, la chica aprendió cosas que desconocía de París, ciudad de la que no sabía apenas nada pese a haber nacido en ella.

Asimismo, descubrió que Ruben tenía un gran sentido del humor, además de una risa muy contagiosa. Sin embargo, prefirió ignorar la fascinación que le provocaba su expresión gamberra cuando reía o se alborotaba los rizos con una mano, ni cómo se le erizaba todo el vello cada vez que la miraba con aquellos ojos rasgados y penetrantes.

Cuando al fin terminó el paseo y el *bateau mouche* se detuvo en el embarcadero, Ruben insistió en acompañarla a la residencia. Caminaron juntos por las brillantes y borrosas aceras, bañadas en la amarillenta luz de las farolas.

—Oye —exclamó de pronto Lidwine, recordando algo. Se estremeció en su chaqueta: comenzaba a hacer mucho frío—. No me has dicho adónde ibas cuando nos hemos encontrado.

—Volvía de casa de Jean-Michel —contestó él con su peculiar entonación—. Pizza, birras, unas partiditas a la Play... El cabrón siempre me gana.

Se echó a reír de aquel modo que divertía a Lidwine, quien no pudo contenerse y le soltó, desternillándose, justo cuando llegaban a la residencia:

—¡Eres tan macarra!

—¿Y a qué viene eso ahora, pijilla del sur?

Al oírle, Lidwine se rió aún más fuerte, lo que llevó a Ruben a agarrarla por la cintura para hacerle cosquillas, pero ante la intimidad del contacto, la chica se apartó con timidez.

—¿Y tú cómo te tomas esas confianzas? —preguntó en tono de guasa, apoyándose contra la pared.

—Me gustan las confianzas —replicó el chico, mirándola de aquella manera burlona y desafiante que le aceleraba el corazón.

De pronto se puso serio, contemplándola a escasos centímetros de su rostro durante lo que pareció una eternidad.

«No me gusta este tío», dijo una voz en la mente de Lidwine. Lo más probable, la de su sentido común.

«Y entonces, ¿por qué tienes tantas ganas de que te bese?», murmuró otra voz, mucho más maliciosa.

«¿Besarme, este golfo? ¡Ni loca!»

«La golfa eres tú, que le miras con la lengua colgando hasta las rodillas cada vez que te sonrío...»

«Eso no es verdad. Jamás podría gustarme un macarra como él.»

«En ese caso, ¿por qué se te ve tan preocupada? »

No halló respuesta para eso, por lo que se enfadó consigo misma y se apartó de Ruben, quien la miró con la decepción reflejada en sus ojos oscuros.

—Tengo que irme ya —murmuró, de repente fría y lejana, irritada por las insinuaciones de su subconsciente—. Es tarde y estoy cansada.

—Vale, tía —asintió Ruben, extrañado ante su repentino cambio de actitud—. ¿Quieres que nos veamos algún día? —se atrevió a preguntar, después de una breve pausa.

Ella agitó incómoda la cabeza.

—No creo que a mi novio le hiciera mucha gracia...

El chico se encogió de hombros resignado, mostrando su apatía habitual.

—Lo entiendo. Pero haremos una cosa. Te dejo mi móvil y si algún día te animas me das un toque, ¿vale?

—Muy bien —aceptó Lidwine, convencida de que no le llamaría.

—Espero que vengas a mis bolos cuando sea famoso...

—¡Claro que sí! —asintió ella, sonriendo por compromiso.

Estaba impaciente por irse a dormir y dejar de tener aquellos absurdos pensamientos acerca de Ruben.... como qué se sentiría al besarle y a qué sabrían sus labios. Ajeno a la clase de ideas que le pasaban por la cabeza, el chico le dictó su número y ella lo tecleó con agilidad en la agenda de su móvil.

—Bueno, guapa, pues nada. —Le guiñó el ojo—. Que te vaya todo de puta madre y a ver si coincidimos en otro concierto.

—Lo mismo digo —asintió ella, nerviosa, sabiendo que iba a darle los dos besos de rigor, media parte de su ser deseando que la besara en los labios y la otra mitad temiendo que lo hiciera.

—Pues... hasta otra.

Ruben se acercó y le dio dos besos lentamente, como resistiéndose a marcharse, pero no intentó ir más allá en ningún momento. De nuevo, una parte de Lidwine respiró aliviada, mientras la otra sufría una inexplicable decepción.

¿Por qué le parecía como si la mano que Ruben había apoyado de forma inocente en su cintura le quemara la piel...?

—Hasta otra —respondió del mismo modo que él, y antes de que pudiera decir más, agitó la mano y se metió en la residencia.

Subió los tres pisos a pie y no se detuvo hasta llegar a su habitación,

que aún estaba desierta. Allí se apoyó contra la puerta, falta de aliento, y poco a poco se dejó caer al suelo. Enterró el acalorado rostro entre sus brazos, tratando de librarse de aquella curiosa sensación de náusea.

Entonces se puso en pie y cruzó la habitación a toda prisa. Abrió la ventana, intentando no hacer ruido, y asomó la cabeza. Una helada ráfaga de aire se coló en el interior del cuarto, calándole hasta los huesos, mientras contemplaba pensativa la delgada figura que se perdía en la oscuridad.

Se preguntó por qué Ruben la haría sentir de aquel modo tan vulnerable. Con un estremecimiento, cerró de golpe la ventana y pensó que, en realidad, era preferible no averiguarlo.



## CAPÍTULO 13

El cementerio de Montmartre era un lugar triste pero hermoso. Parte de su belleza emanaba de las oscuras hileras de cipreses, altos y delgados, que proyectaban largas sombras sobre las antiguas lápidas cubiertas de musgo, así como de las enredaderas en tonos oro y escarlata que trepaban por doquier.

Bajo el cielo rosado por la proximidad del crepúsculo, el frío cementerio sembraba un lugar de cuento. Mientras paseaba por uno de los caminos de gravilla alfombrado por la hojarasca ocre, una suave brisa trajo a Lidwine el fragante aroma de la naturaleza.

Una puntiaguda verja de hierro forjado marcaba los límites del camposanto, separando el mundo real, con sus colores apagados y sus grises edificios, de aquel mágico universo rojo y dorado, lleno de viejas y bellas lápidas con cierto toque fantasmagórico. Allí había enterrados personajes de la talla de Degas, Nijinski, Margarita Gautier y Dumas, entre muchos otros.

Con un suspiro, Lidwine se detuvo frente a una de las últimas lápidas del fondo y se arrodilló. Cerca había un frondoso grupo de abedules y el suelo se hallaba tapizado de crujientes hojas en forma de estrella. Una lágrima como un diamante se deslizó por su mejilla mientras leía una vez más el epitafio tallado en la sencilla lápida blanca:

*Delphine Fontaine*

*1980 — 2017*

*Amada madre e hija, aquí yacerá en descanso eterno.  
Que la muerte le traiga la paz que no logró hallar en vida.*

La joven se secó las húmedas mejillas y estiró el brazo para quitar las flores que ella misma había dejado días atrás. Las cambió por un ramo de rosas cuyos pétalos, humedecidos por sus propias lágrimas, semejaban cubiertos de rocío.

Antes de su visita, la lápida estaba muy descuidada, llena de hierbajos y sin flores. Sin embargo, alguien tenía que estarla pagando, y Lidwine se preguntó quién. ¿Sería la misma persona que le había mandado la carta de parte de su madre? Tenía que conocer bastante a Delphine como para introducir la frase que figuraba en el epitafio.

—Espero que te gusten mamá —musitó, acariciando la lápida—. Las

rosas siempre me han encantado... quizá a ti también. Así te harán compañía cuando yo no esté aquí contigo.

Era el atardecer del siguiente miércoles y había ido a visitar el último lugar de descanso de su madre por segunda vez. No le había sido difícil averiguar su localización: bastó con llamar al registro civil de París.

Esa llamada también había confirmado lo que se temía: su padre, François Sagorin, había fallecido dos años atrás. Curiosamente, se hallaba enterrado en el mismo cementerio, aunque en la zona opuesta a la de la tumba de Delphine, como si aun en la muerte hubiera tratado de permanecer alejado de ella. Lidwine la había visitado asimismo el sábado pasado, pero la lápida de un padre que nunca la había querido no le generaba ningún sentimiento de pérdida. Tan solo miedo de pensar si de verdad habría sido asesinado...

La joven se mantuvo frente a la tumba en un silencio tranquilo, más próxima a su madre en la muerte de lo que jamás se había sentido cuando aún estaba viva. Al cabo de unos minutos se levantó, sacudiéndose tierra y hojas de los tejanos, y rozó la lápida con los dedos por última vez.

—Adiós, mamá —susurró, melancólica—. Volveré tan pronto como pueda.

Se alejó con lentitud por la ya apenas iluminada necrópolis, mientras el atardecer se derramaba a su alrededor en delicados tonos oro y lavanda.

Preocupada, se preguntó por qué todavía no habría sabido nada de Grégory. Desde su partida el viernes anterior, hacía ya casi una semana, solo había recibido una llamada muy breve el sábado por la mañana. El chico —cuya voz le había sonado de lo más extraña—, se había limitado a explicarle que había problemas serios en su casa y que ya hablarían en persona. Apenas habían conversado tres minutos y después, Grégory se había despedido con una excusa.

No había tenido más noticias suyas, y el lunes ni siquiera había aparecido por clase. Había intentado ponerse en contacto con él varias veces, pero siempre le saltaba el buzón de voz, en el que ya le había dejado tres mensajes. No quería parecer una plasta, pero el asunto le estaba poniendo los nervios de punta.

Pero no era solo la ausencia de su novio lo que la estaba desquiciando. Llevaba dos noches consecutivas teniendo sueños perturbadores relacionados con Ruben. En el primero de ellos, tórrido y vívido, se encontraba haciendo el amor con Grégory... pero de golpe, ya no era él sino Ruben, mirándola con sus ojos oscuros y brillantes como ascuas

encendidas.

El otro sueño era mucho peor. En él, asistía como testigo al asesinato de su madre en medio de un concierto en el que el sonido se oía distorsionado. Una figura encapuchada le clavaba un enorme cuchillo en el pecho a Delphine, que en el sueño era idéntica a ella misma. Lidwine se adelantaba a quitarle la capucha al asesino y debajo aparecía la burlona mueca de Ruben, con la mirada enloquecida y las mejillas manchadas de sangre.

Tras ambos sueños se había despertado temblando, empapada en sudor... aunque, obviamente, por motivos diferentes.

Aquella noche, una vez más, la joven durmió intranquila, agitándose mientras soñaba con cementerios cuyas tumbas habían sido abiertas y esqueletos descarnados que la perseguían, reclamando el espejo mientras le arañaban la piel con sus dedos afilados.

Unas insistentes llamadas a la puerta la despertaron de golpe. Miró confusa el reloj luminoso de la mesilla: marcaba las 6:05 de la mañana.

—¿Quién llama a estas horas? —gruñó amodorrada Cécile, tapándose la cabeza con la almohada.

—No tengo ni idea —contestó Lidwine, luchando por enfundarse las mangas de su kimono de seda negra con motivos florales.

Arrastrando los pies descalzos por la moqueta y apartándose el pelo de los ojos, se dirigió hacia la puerta. Al llegar se detuvo, el corazón aún latiendo con violencia. Los oblicuos rayos de sol que se colaban a través de los cristales emplomados destellaban frente a sus ojos, creando danzarines prismas de colores alrededor de la habitación. Agarró con fuerza el picaporte dorado pero, antes de abrir, preguntó cautelosa, con la voz aún pastosa por el sueño:

—¿Quién anda ahí?

—Soy Grégory.

Patidifusa, Lidwine abrió la puerta y se encontró con la ansiosa mirada del chico. Tenía el aspecto de quien no ha dormido en una semana. Llevaba la camisa, por lo habitual impecable, arrugada y torcida, y los indómitos mechones de su pelo más despeinados de lo habitual. Oscuras ojeras marcaban cercos bajo sus ojos, que se veían enrojecidos, como si hubiera estado llorando.

—¡Grég! —exclamó, abrazándolo—. ¡Gracias a Dios! —Suspiró de alivio y se apartó para mirarle a los ojos—. Pero, ¿dónde has estado?

—¿Tenéis idea de lo hora que es? —masculló Cécile desde su cama. Lidwine hizo una mueca.

—Será mejor que me esperes en el vestíbulo. En diez minutos estoy ahí.

—De acuerdo —asintió Grégory con un hilo de voz.

Ella cerró la puerta sin hacer ruido. En un abrir y cerrar de ojos, se lavó la cara y los dientes, se recogió el pelo y se vistió con lo primero que encontró en el armario: un jersey extra grande que le llegaba a la mitad del muslo y unos leggins negros. Se calzó las deportivas y salió veloz por la puerta. Por suerte, Cécile había vuelto a dormirse como un tronco.

Cuando llegó al vestíbulo, Grégory la esperaba caminando de un lado a otro como un león enjaulado. Al ser tan temprano, la recepción estaba desierta.

—Vamos a dar una vuelta —le propuso.

Sin esperar respuesta, empujó la pesada puerta y salió al exterior. Lidwine se apresuró a seguirle muerta de preocupación. ¿Qué podía haber ocurrido para que se comportara de forma tan extraña?

En el exterior aún reinaba una lúgubre penumbra, rota por los primeros rayos de sol. El aire era tan frío que Lidwine pensó con nostalgia en el lecho caliente que acababa de dejar. Se adelantó para acurrucarse contra Grégory y le cogió de la mano: la tenía helada.

—Grég, ¿qué tal si vamos a tomar algo caliente y me lo cuentas todo?

—No creo que me entre nada ahora mismo —musitó él, con cara de estar a punto de vomitar.

—Vamos, te sentará bien —insistió ella, casi arrastrándolo.

Grégory tenía la mirada perdida y se estremecía con violencia cada pocos segundos, aunque era imposible saber si por el frío o la ansiedad.

—Estás temblando, necesitas algo que te reanime, como un chocolate caliente. Parece que no hayas dormido en una semana.

—Pues más o menos... —murmuró él, y ya no volvió a pronunciar palabra hasta que entraron en una panadería que acababa de abrir.

Ocuparon una mesita al fondo del silencioso y caldeado local, en el cual flotaba un aroma delicioso a pan recién hecho y café. Lidwine pidió dos tazas de chocolate caliente y un platito de pastas, en vistas de que Grégory se había sumido en una especie de trance y no despegaba los labios.

La panadera les trajo enseguida lo que habían pedido y Grégory comenzó a sorber su chocolate con apatía, sin ni siquiera mirar los atrayentes

cruasanes de mantequilla que tenía delante. Lidwine cogió una de sus manos entre las suyas.

—Por favor, cuéntame lo que te pasa —le suplicó con un mohín de disgusto.

Él por fin alzó la vista para mirarla y los ojos se le llenaron de lágrimas. Abrió la boca para decir algo pero la barbilla le temblaba tanto que fue incapaz de articular ningún sonido.

Al verle en aquel estado, la chica se horrorizó. Se levantó presurosa de la mesa, arrastró la silla para sentarse su lado y le dio un abrazo.

—Grég, cariño... me estás matando de preocupa...

—Mi madre ha muerto —la interrumpió Grégory de golpe, y comenzó a sollozar, tapándose la cara con las manos.

El rostro de Lidwine se descompuso en una mueca de horror.

—¡No! Dios mío, no puede ser... Pero, ¿qué ha pasado? ¿Estaba enferma?

Él negó con la cabeza y trató de hacerse entender entre hipidos y sollozos.

—Mi padre quería el divorcio. Al parecer, tiene una amante... desde hace años. —Grégory sacudió la cabeza y apretó los puños—. Nosotros jamás sospechamos nada. Ni mi madre ni yo. —Se frotó la nariz y tragó saliva—. El viernes, cuando llegué a casa, los dos se estaban peleando como jamás les había visto. Mi madre chillaba que no pensaba irse de su propia casa para que una... ya sabes... —Arqueó las cejas y la miró de reojo, violento— ocupara su lugar. Lo que más me sorprendió fue la actitud de mi padre. Como si ya no le importáramos. Como si nada le importara en realidad... excepto su futuro con esa furcia barata. —El chico volvió a sufrir una violenta tanda de sollozos—. Y ahora mi madre está muerta... Muerta...

—Cariño, lo siento tanto —exclamó Lidwine abrazándole, y le tomó del rostro para mirar sus bellas facciones más de cerca—. Cuéntame lo que pasó exactamente... Si te ves capaz, claro.

—Como ya te he dicho, cuando yo llegué la discusión estaba en su punto álgido —prosiguió él con voz temblorosa—. Por más que lo intenté, no conseguí que se sentaran a hablar las cosas con tranquilidad. Al final, mi madre se enfureció tanto que cogió las llaves del coche y salió dando un portazo, después de pedirme disculpas por largarse así justo cuando yo acababa de llegar. Dijo que le diera las gracias a mi padre, con quien tuve una pelea tan bestia que por poco llegamos a las manos. Apenas media hora

después, ella estaba muerta.

—¿Un accidente? —preguntó Lidwine con un hilo de voz.

—Exacto —corroboró él, el rostro anegado de lágrimas—. Chocó de frente contra un camión. Estaba tan rabiosa que apenas veía por donde iba y perdió el control del coche. El otro conductor está ingresado con lesiones graves, pero vivirá. Mi madre no tuvo tanta suerte. Murió en el acto.

—Grég, lo siento tanto —musitó ella, apretando la cara contra su cuello. Incluso en aquel estado, seguía oliendo de forma increíble—. No sé qué decir....

—Lo que más me duele de todo esto —continuó el chico, incapaz de controlar las convulsiones— es que si... si hubiera muerto de... yo qué sé, una enfermedad terminal o algo parecido, sería diferente. —Le temblaba tanto la mandíbula que le costaba hablar—. Hubiera sido durísimo pero, con el tiempo, lo habría aceptado... supongo. Pero esto es distinto. ¡No tenía que morir! ¡No era su hora! Se mató por culpa de mi padre. ¡Por culpa de alguien a quien ella le importaba una mierda! —chilló, golpeando la mesa con ambos puños.

La panadera le dirigió una mirada asustada.

—Grég, tranquilízate, por favor. No pienses de ese modo o será peor. Estoy segura de que tu padre se arrepiente...

—¿Arrepentirse? No me hagas reír —bufó él con una risa amarga y cínica—. Le faltó tiempo para instalar a esa... a esa puta en nuestra casa. —Lidwine dio un respingo al oír al perfecto, inalterable y siempre cortés Grégory hablando de aquella manera—. Así que se lo dejé bien claro: para mí ha dejado de ser mi padre. Por desgracia, tuve que quedarme en esa casa deshonrada y sucia hasta después del funeral... pero ahora ya está. Se acabó.

—¿Qué quieres decir?

El chico dejó de llorar y la miró desafiante, apretando la mandíbula. Tenía el rostro húmedo e hinchado.

—Quiero decir que todo ha terminado entre nosotros. Para mí, es como si estuviera muerto, igual que mi madre. El primer año de la carrera y de la residencia ya están pagados, pero el año que viene no permitiré que me pague nada. Y algún día pienso devolverle el dinero de este primer año también.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Lidwine horrorizada—. ¿Y qué harás? ¿Cómo te pagarás los estudios y los siguientes años de estancia en París? La ENSBA es una de las universidades más caras que hay.

—Tengo algunos ahorros en el banco, y aparte de eso... trabajar, supongo. —Grégory torció el gesto. Lidwine sabía que los de su clase social, como ella misma, no habían tenido que trabajar en su vida, ni siquiera durante el verano—. O venderé el Mercedes si no me queda más remedio.

La joven le miró boquiabierta.

—Pero... ¡tú adoras ese coche!

—¿Y qué quieres que haga? La vida no es un camino de rosas. No puedo cerrar los ojos a la realidad en un momento así.

—¿Dónde vivirás el año que viene? —insistió, consternada.

Grégory evitó mirarla a los ojos.

—Supongo que podría quedarme en casa de Dorine y su tía durante un tiempo... Solo si no consigo el dinero para vivir por mi cuenta.

Lidwine apretó los dientes, pero no dijo nada. Acarició con ternura los ondulados mechones rubios de su novio.

—Ya sabes que en vacaciones eres bienvenido en mi casa.

—Gracias, Lidwine. —Grégory la miró con dulzura, pese a su expresión seria y apesadumbrada—. Sé que siempre puedo contar contigo.

La tomó de la mano y se la cubrió de besos.

—No sabes lo que me duele que tengas que pasar por todo esto. Ya es bastante duro con... lo de tu madre. ¿No puedes hablar con tu padre y hacerle entrar en razón?

—Es imposible —le aseguró el chico, agitando la cabeza, después de sonarse de forma remilgada con un pañuelo que llevaba sus iniciales bordadas—. Nunca le perdonaré lo que nos ha hecho. ¿Cómo ha sido capaz de instalar a esa zorra en nuestra casa? La muerte de mamá no le ha afectado en absoluto; de hecho, se diría que se ha quitado un peso de encima.

Ella le miró espeluznada y sacudió la cabeza.

—Y ahí está esa ramera, que podría ser su hija —prosiguió él, haciendo caso omiso de la horrorizada incredulidad de Lidwine—, durmiendo en la cama de mi madre, comiendo en su mesa y peinándose en su tocador. El día en que la vi con un jersey suyo y su mejor perfume, estallé. Le dije lo que pensaba de ella y de mi padre. Él se atrevió a exigirme que le pidiera perdón y, por supuesto, me negué. Ese mismo día le dije que había acabado para mí. No quiero volver a saber nada de él... Nunca más.

Lidwine suspiró y le abrazó más fuerte. En un momento así no había mucho que pudiera decirse. Esperaba con toda la fuerza de su corazón que Grégory hiciera las paces con su padre. Era imposible que el hombre fuese

tan cruel e insensible.

Cuando acabaron de desayunar, la joven tuvo que hacer uso de todo su poder de convicción para que el chico subiera a ducharse y después la acompañara a clase. Lo mejor en un momento así era distraerse y estar rodeado de gente; además, ya había perdido suficientes lecciones y eso no era nada bueno en una carrera tan práctica como aquella. Le costó mucho pero al fin lo convenció.

Si algo bueno surgió de aquella tragedia fue que un profundo vínculo de unión y confianza se estableció entre ambos. Grégory acababa de compartir con Lidwine algo muy íntimo, y tal vez ya iba siendo hora de que ella hiciera lo mismo.

Se acercaba, pues, el momento de contarle la verdad sobre su familia y el espejo que había heredado. Solo esperaba que compartir aquella pesada carga contribuyera a que se volviera más ligera, y a que la constante sensación de peligro e inseguridad se atenuara.



## CAPÍTULO 14

El viernes siguiente, Lidwine le propuso a Grégory que subieran a su habitación después de comer. Aunque, como era obvio, el chico seguía triste, el apoyo de sus amigos había mejorado su ánimo de forma considerable, así como la perspectiva de los cuatro días de fiesta que se avecinaban.

El martes era el día de Todos los santos y el lunes se había establecido como fiesta de libre elección en la ENSBA. Con motivo de Halloween, los universitarios decidieron organizar una fiesta de disfraces y, aunque Grégory se negaba a asistir, Lidwine confiaba en poder convencerle.

El sábado, en un intento de animarle, todo el grupo había acordado reunirse para pasar el día recorriendo el Louvre. A pesar de que llevaban casi un mes en París, todavía no se habían animado a entrar, quizá por falta de tiempo, pues el museo era enorme y se requerían muchas horas para visitarlo en profundidad.

Por el momento, habían visitado el Musée d'Orsay —conocido como el museo de los impresionistas— y el Rodin, lleno de magníficas y románticas esculturas, así como diversos edificios y monumentos históricos: la Sainte Chapelle, Les Invalides —donde descansaba la tumba de Napoleón—, la iglesia de La Madeleine, la Ópera Garnier...

Todo había fascinado a Lidwine, que ya se sentía orgullosa de ser parisina, aunque todavía le faltaban muchas cosas por ver, entre ellas, Notre Dame, la torre Eiffel —aún no se había decidido a subir, ahuyentada por las largas colas de turistas—, el palacio de Versailles, Eurodisney y otro sinfín de rincones de la mágica ciudad y sus inmediaciones.

Cuando llegaron a la habitación entre besos y risas, Lidwine se sacó la llave del bolsillo y la metió impaciente en la cerradura, que se abrió con un chasquido. Aún riendo, entró arrastrando a Grégory con ella, pero la visión con la que topó la detuvo en seco, congelándole la sonrisa en los labios.

Cécile estaba parada en medio de la habitación, de espaldas a ellos. Las puertas del armario estaban abiertas de par en par y la tabla de madera que Lidwine había utilizado para ocultar el espejo —haciendo las veces de doble fondo— se hallaba retirada y apoyada contra la pared. Su compañera contemplaba fascinada un objeto de tamaño mediano que sostenía entre las manos. Al moverlo un poco, la luz del sol le arrancó un destello. ¡Era el espejo!

—¡Suelta eso ahora mismo! —exclamó Lidwine, furiosa.

Se precipitó hacia su compañera, sorprendida ante la rabia presente en su propia voz. ¿Era ella la que hablaba en aquel tono agresivo y salvaje?

Cécile se dio la vuelta tan de golpe que por poco dejó caer el espejo, pero su compañera se lo arrebató con violencia antes de que lo soltara. Los ojos de Lidwine relucían en fascinantes tonos dorados, a juego con los destellos que el sol arrancaba a sus largos cabellos, desparramados como una cascada ondulante sobre los hombros. En aquel momento, su joven rostro tenía un aspecto casi sobrenatural. Sus mejillas, ya por lo habitual cubiertas por un leve rubor, adquirieron un peligroso tinte escarlata.

—¿Se puede saber qué hacías? —le exigió a gritos, mientras comprobaba que el espejo no hubiera sufrido ningún desperfecto.

Cécile dio un paso atrás, asustada. Se llevó una mano a los cabellos rubio platino y la miró sin saber qué decir.

—Lo siento, yo... —Se la veía atónita ante el arranque de furia de su compañera, que había tomado por una mosquita muerta—. No pretendía figonear, te lo juro. Me había subido a una silla para buscar un bolso en el armario, cuando, de golpe, esa tabla se descolocó del fondo. —Señaló con dedo tembloroso la madera que descansaba contra la pared—. El caso es que me intrigó, sobre todo al ver que había algo detrás. Lo siento, en serio —repitió—. Me pudo la curiosidad, solo estaba echándole un vistazo. ¡Ni siquiera sabía que era tuyo! Pensaba que igual ya estaba ahí antes...

—Bueno, pues ahora ya lo sabes. Es mío y te prohíbo que vuelvas a ponerle las manos encima nunca más —gruñó Lidwine.

—No... no lo haré, lo prometo —musitó Cécile, más calmada y con cierto aire ofendido—. No pretendía quedármelo ni nada parecido, solo quería mirarlo. Es muy bonito.

Lidwine la fulminó con la mirada, apretando el espejo contra su pecho. Se esforzó por pensar con claridad y la furia desapareció de un plumazo cuando se dio cuenta de que estaba actuando como una desequilibrada.

—De verdad que lo siento —insistió su compañera, con los ojos azules muy abiertos y la boquita de muñeca fruncida.

Lidwine se relajó y soltó el aire que había contenido. Notó que estaba un poco mareada y que le temblaban las manos.

—No, perdóname tú. No sé por qué me he puesto así. Fue un regalo de mi madre... ya sabes, la verdadera. Es lo único que tengo de ella, de hecho.

Cécile asintió, forzando una sonrisa comprensiva.

—No te preocupes, de todos modos, yo ya me iba. ¡Hasta luego!

Impaciente por quitarse de en medio, la rubia les hizo un gesto de despedida con la cabeza y salió como un vendaval.

Lidwine suspiró y se tumbó en la cama, aún temblorosa. Grégory, que aún estaba inmóvil por la estupefacción, cerró la puerta y se aproximó a ella con los brazos cruzados.

—¿Me puedes explicar qué ha sido eso?

Lidwine permaneció unos segundos mirándole con los ojos entrecerrados, como evaluándole. Al fin suspiró y desvió la vista. No sabía por dónde empezar.

—Supongo que ha llegado el momento de contártelo todo.

—¿Contarme qué? —exclamó el chico, frunciendo el ceño.

—La verdad sobre mí y sobre mi familia —musitó ella, aún con la mirada perdida. Acarició el reborde del espejo, siempre helado al tacto, y alzó la mirada. Con voz suave, añadió—: Sobre mi herencia.

Grégory se sentó a su lado, a claras luces confundido, y Lidwine volvió la mirada hacia su propia imagen en la superficie pulida del espejo.

—Déjame que te lo cuente todo seguido y no me interrumpas hasta que acabe —le pidió con aire nervioso—. Después podrás hacerme las preguntas que quieras. ¿De acuerdo?

Él asintió muy serio y Lidwine tomó aire para comenzar su historia.

—Todo comenzó en agosto, al recibir un paquete y una carta de mi verdadera madre...

Tratando de no desviarse demasiado del tema, pero sin omitir detalle alguno, le refirió los inquietantes sucesos que se habían producido desde el verano: la chocante advertencia de que corría peligro, la recogida del espejo en el banco, del cual habían intentado robarlo, el sorprendente cambio de las cintas de seguridad que alguien había efectuado sin dejar huella...

También le mostró los diarios y le habló de la triste historia de sus antepasadas, repleta de peligros y muertes. No omitió el tema de la supuesta locura de su madre, los insólitos poderes que todos otorgaban al espejo y el hecho de que ella misma descendía —si daba credibilidad al antiquísimo árbol genealógico— del rey Louis XIV de Francia.

Después de aquello, le habló de la sensación de peligro que había experimentado en diversas ocasiones desde su llegada a París, como si alguien la acechara. Asimismo, le refirió su visita a los anticuarios e incluso la extraña conducta de Charlène, la bibliotecaria. No le hizo falta explicarle la

historia del espejo que esta le había contado, pues la tenía grabada en una cinta, que ambos escucharon llegados a este punto del relato.

Por último, también le habló del diario de su madre —en el cual había pruebas de que jamás había tenido esquizofrenia—, así como del personaje de identidad desconocida que, en teoría, había asesinado a sus dos progenitores.

Cuando terminó la historia, suspiró y miró nerviosa a su novio, quien guardó silencio unos instantes.

—Sé que mi comportamiento de antes te habrá parecido extraño y fuera de lugar —admitió, avergonzada—. Pero he llegado a un punto en el que sospecho de todo el mundo, y cuando vi a Cécile tan tranquila con mi herencia entre sus manos, sentí una furia y posesividad muy fuertes, como si el espejo me atrajera o me... dominara. —Sacudió la cabeza, dándose cuenta de lo irracionales que sonaban sus palabras, y se cubrió el semblante con las manos—. Supongo que piensas que estoy loca. Tal vez mi madre lo estaba, al fin y al cabo, y yo lo he heredado.

—No digas tonterías —exclamó Grégory muy serio, tomándola de la mano—. Desde luego, tu historia suena sorprendente, incluso descabellada, si he de ser sincero. Pero no te preocupes, entre los dos descubriremos lo que está pasando. Nadie va a hacerte ningún daño, te lo prometo.

—Gracias, Grég. —Lidwine le abrazó y él la estrechó con fuerza contra sí—. Cada día tengo más miedo y me cuestiono más cosas. ¿Por qué no vender el espejo si tantos problemas les daba a mis antepasadas? No logro entenderlo...

—No lo sé —murmuró el chico, sacudiendo la cabeza de forma que los rayos del sol arrancaron destellos dorados a su pelo—. Lo raro es que el espejo... su nombre, de hecho, me resulta familiar.

Pensó unos instantes con los ojos cerrados, esforzándose por recordar, y al fin los abrió. Su rostro se había ensombrecido.

—Ya me acuerdo... Fue mi madre. Me habló una vez del espejo, hace años.

—¿En serio? ¿Y qué fue lo que te dijo? —quiso saber Lidwine, estupefacta.

—Le gustaban mucho las antigüedades —musitó él con tristeza—. Coleccionaba objetos raros, curiosidades y esculturas valiosas, tanto desde el punto de vista histórico como económico. Un día mencionó algo sobre *Le Miroir des Merveilles*. Supongo que se me quedó grabado porque ella era

muy racional, me refiero a que no creía en viejas leyendas, supersticiones ni cosas por el estilo. Y al parecer, la existencia de esta reliquia que tanto ansiaba poseer ni siquiera estaba probada del todo.

—Qué casualidad tan rara... No pensaba que el espejo fuera tan famoso. Ahora mismo es como si tuviera millones de euros escondidos en el armario. ¿Te imaginas? —Lidwine meneó la cabeza—. Debería devolverlo a la cámara acorazada del banco, pero después del intento de robo me siento reacia a separarme de él.

—No se explica que tus antepasadas no se decidieran a venderlo, si tanto dinero les hubiera proporcionado —señaló Grégory—. Aparte de quitarse el peligro de encima, claro.

—Sí, es un misterio. Aunque en este momento, yo tampoco sería capaz de venderlo. No sé, tal vez sea cierto que te atrapa de algún modo incomprensible...

Lo acercó a su rostro y el reflejo le tiñó la piel de una luz espectral. Tenía la cara más pálida de lo normal y sus enormes ojos relucían con un brillo febril.

Grégory se estremeció al mirarla y desvió la vista hacia los ventanales. El cielo plomizo amenazaba lluvia y las copas de los árboles vibraban sacudidas por el viento. Sintió frío pese a la agradable temperatura de la habitación.

—Si eso es cierto —murmuró casi para sí, pues ella no despegaba la mirada de su reflejo, como si no le oyera— será mejor que te libres de él antes de que sea demasiado tarde.

Lidwine alzó la mirada como movida por un resorte. Aferraba el espejo con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Su expresión era indescifrable.

—No voy a librarme de él—afirmó rotunda, como si acabara de verlo claro—. Voy a desentrañar el misterio de esta maldita reliquia y de los asesinatos de mis padres. Te aseguro que descubriré quién destrozó mi familia, aunque sea lo último que haga.

## CAPÍTULO 14

—Estoy enamorada de este museo —exclamó complacida Dorine, apoyándose en Brice, quien la agarraba con aire posesivo por la cintura—. He venido cientos de veces, pero siempre que vuelvo me sorprende de nuevo.

—¿A ti qué te parece, Lidwi? —intervino Grégory, apretándole la mano—. Llevas toda la tarde muy callada.

—Es fantástico —murmuró ella sin prestarle demasiada atención.

Estaba nerviosa, pensando que de un momento a otro toparían con el cuadro de Delacroix que representaba a su antepasada Jacqueline.

—Después hemos de pasarnos por la tienda de disfraces —comentó Claudine. Se detuvieron un momento ante la Victoria de Samotracia para consultar el plano—. ¿Ya sabéis de qué vais a disfrazaros?

—Yo ya tengo mi disfraz —anunció Dorine, sacudiendo su larga melena de color rubio rojizo, que parecía fuego en contraste con el jersey blanco que cubría sus estrechos hombros—. Y la verdad—añadió, batiendo las pestañas coqueta ante Brice, que seguía cada uno de sus movimientos como embrujado— creo que será más divertido si no nos decimos de qué iremos cada uno.

—Yo no pienso disfrazarme —declaró Grégory quien, como es lógico, seguía decaído por la muerte de su madre—. De hecho, dudo que vaya a la fiesta.

Lidwine le miró con tristeza y le apretó la mano para insuflarle ánimos.

—Vamos, la fiesta no sería lo mismo sin ti —exclamó Danielle con su voz clara y dulce. Pese a su timidez, no había persona más afectuosa que ella.

—Exacto —corroboró Claudine, con sus chispeantes ojos castaños fijos en los de Grégory—. No te disfraces si no te apetece, pero al menos ven. Nos lo pasaremos genial, ya lo verás.

Se acercó a él y le tomó del brazo con cariño, sonriéndole.

—Claro, tío, no te lo puedes perder —añadió Brice, palmeándole la espalda.

—Nunca te lo perdonaría si no vinieras, Grég —le amenazó a su vez Dorine, haciendo gala de su peculiar personalidad.

Se metió un Chupa-chups en la boca y, después de lamerlo con aire

seductor, se acercó para darle un besito en la mejilla.

Lidwine —no demasiado contenta ante el gesto de Dorine— se giró hacia su novio, que parecía conmovido ante el afecto de sus amigos.

—¿Lo ves? Todos queremos que estés con nosotros el lunes. Es Halloween y nos lo pasaremos genial burlándonos de los disfraces de la gente —bromeó con malicia. Le dio un beso en los labios y añadió—: Además, si tú no vas, yo tampoco.

—Bueno, está bien, iré —exclamó al fin el chico, de mala gana.

Todos sus amigos estallaron en exagerados vítores y aplausos, de un modo tan ridículo y escandaloso que los visitantes del museo se giraron a mirarlos con aire reprobatorio. A su pesar, incluso Grégory se echó a reír.

Tras haber recorrido el departamento de antigüedades egipcias y orientales así como el de Grecia y Roma, se dirigieron por fin hacia la interminable galería de pintura. Muerta de impaciencia, Lidwine lideraba el grupo al lado de Grégory.

Después de lo que se le antojaron siglos, se internaron en la sala en la cual se suponía que se encontraba el cuadro. Cuando divisó la obra «La libertad guiando al pueblo» de Delacroix, por poco soltó una exclamación. Ya debían de estar cerca...

Todos se dispersaron, como hacían en cada sala, y Lidwine apenas había dado dos pasos cuando su novio la llamó con voz apremiante. Se acercó corriendo y al seguir la dirección que señalaba su brazo, por poco se le detuvo el corazón.

Era el cuadro... «Huérfana en el cementerio». El retrato de Jacqueline que Delacroix había pintado aquella lejana tarde de verano.

Contempló la obra extasiada, apreciando cada detalle: los enormes ojos oscuros de su antepasada, el modo en que su mirada se perdía en la lejanía, la sombría luz del tenebroso cementerio y sus lóbregos colores... La piel de Jacqueline se veía algo húmeda por el calor veraniego, y sus tersas mejillas eran casi idénticas a las suyas, así como la forma de la nariz y de la frente.

La pintura era tan realista que Lidwine sintió que podía alargar el brazo y acariciar aquellos pómulos suaves y rosados, notar la acelerada respiración de la chica y el latido de su corazón. Se sumergió en la atmósfera aterradora del cuadro, casi como si viera en persona el miedo que reflejaban los ojos de Jacqueline.

El efecto fue tan intenso que, cuando Dorine apareció de golpe a su

lado, dio un respingo. Esta contempló el cuadro, estupefacta, y se giró hacia ella.

—Guau, ¡cómo se te parece la chica de este cuadro, Lidwine!

La aludida se sobresaltó y comenzó a negar con la cabeza.

—Qué va, no nos pare...

—Eh, ¡chicos, venid! —la interrumpió su compañera regocijada, haciendo enérgicos gestos hacia los demás.

Cuando todos se agruparon a su alrededor —Brice con su paso seguro y elegante, Danielle con su erguido porte de reina, y Claudine trotando como una colegiala—, Dorine señaló el cuadro con su larga uña pintada de azul perlado.

—¿A que es clavada a Lidwine?

—Vaya —exclamó Brice perplejo, desviando la mirada de Lidwine al cuadro—. Pues la verdad es que sí.

—¡Qué fuerte! Pero si sois casi idénticas, Lidwi —corroboró Claudine—. ¿No será una antepasada tuya?

La joven sintió que su corazón dejaba de latir y miró con desmayo a Grégory.

—La verdad es que... —comenzó Danielle, pero captó la expresión ansiosa y agobiada de su amiga y, justo a tiempo, rectificó lo que iba a decir —: tampoco se parecen tanto. Lidwine es más guapa, tiene los labios más carnosos, el pelo más claro y las orejas mucho más pequeñas...

La aludida le dedicó una sonrisa de agradecimiento y Danielle le guiñó el ojo, aunque no sabía muy bien qué demonios le ocurría a su amiga, quien últimamente estaba de lo más rara.

—Chorradas —protestó Dorine con fastidio, agitando la mano en el aire.

Lidwine la pilló dirigiéndole una mirada extraña y el latir de su corazón se incrementó sin saber muy bien por qué. Esa mirada penetrante y transparente... ¿dónde la había visto antes?

—Eso son detalles sin importancia —insistió la pelirroja—. Vaya, si hasta mi prima Charlène, que está obsesionada con este cuadro, se asustaría si te viera...

Lidwine pegó un respingo, con el corazón ya a punto de reventar. ¿Charlène? ¿Dónde había oído ese nombre antes...? El recuerdo la golpeó de lleno, dejándola casi aturdida, y se giró temblorosa hacia su compañera.

—¿Charlène Leclerc?



—Sí —contestó ella, perpleja—. ¿La conoces?

—¿La misma Charlène que trabaja en la *Bibliothèque Porte Montmartre*?

—Sí —repitió Dorine, con la sorpresa reflejada en sus ojos celestes— Pero, ¿tú de qué la con...?

—¿Y por qué está tan obsesionada con el cuadro? —la interrumpió Lidwine de forma agresiva. Dio un paso hacia ella, casi encarándosele.

Por un momento, le pareció que una luz malévolamente brillaba en las pupilas de Dorine. No obstante, al mirarla mejor, se dijo que aquellos ojos rasgados y transparentes solo reflejaban inocencia. Tenía el aspecto sincero de estar sorprendida al máximo.

Los demás contemplaban a Lidwine, atónitos. Grégory comprobó inquieto que sus ojos volvían a arder con aquel insólito fuego ámbar que había visto el día anterior, dándole un aspecto aterrador. Una película de sudor cubría su estrecha frente y le temblaban las manos.

Le tironeó de la manga en señal de advertencia, pero ella, aunque sabía que todos la estaban mirando boquiabiertos, le ignoró.

—Bueno... —farfulló Dorine—. Tiene que ver con una investigación que está llevando a cabo sobre reliquias legendarias. Me lo contó un día que vino a vernos a casa de mi tía, aunque desde que tengo memoria siempre ha estado obsesionada con ese espejo. *Le Miroir des Merveilles* creo que se llama...

Lidwine sintió que la sala comenzaba a girar vertiginosamente. Los colores de los cuadros se diluyeron a su alrededor en un torbellino confuso y brillante. Sin embargo, se esforzó por contener una exclamación y sonrió con disimulo.

—Perdona, no era mi intención hablarte así —se disculpó, intentando que su voz sonase normal—. Conocí a tu prima hará unas dos semanas. Fui a verla para... —Su mente trabajó a toda prisa en busca de una excusa y, por suerte, Grégory acudió en su ayuda.

—Para preguntarle por el espejo, precisamente —intervino.

Lidwine le miró horrorizada, pero Grégory le dirigió una mirada que significaba «Chist, sé lo que estoy haciendo».

—Mi madre también estaba interesada en su leyenda... —Bajó la cabeza con tristeza y añadió—: cuando aún vivía, claro. Por eso quise averiguar más cosas sobre el espejo.

Al momento, la tensión en el ambiente se redujo. Enternecida, Dorine

miró a su amigo y le abrazó, provocando que Lidwine ardiera de celos.

—Oh, Grég —exclamó, apretándole con demasiada fuerza contra su esbelto cuerpo—. Tendrías que habérmelo dicho. Mi prima sabe mucho sobre el tema y te habría ayudado.

—Supongo que ahora ya no importa —susurró este, luchando por liberarse del abrazo, pues veía la cara que ponía su novia.

Dorine le soltó por fin y dio un paso atrás, mirándole mientras lamía su Chupa-Chups de forma vergonzosa.

—Bueno, si aun así te interesa, no dudes en hacerme una visita... Por lo habitual estoy sola —comentó, guiñándole el ojo con mala intención—, pero si me lo dices con antelación puedo pedirle a Charlène que venga.

—Lo tendré en cuenta —asintió Grégory.

A Lidwine le pareció que Dorine le dirigía una mirada de triunfo, pero una vez más, al fijarse mejor, en los ojos de su compañera solo brillaba una inocencia casi infantil. Se pegó a su novio y murmuró con aspereza:

—Bueno, prosigamos con la visita.

Aún algo sorprendidos ante la actitud de Lidwine, los demás volvieron a dispersarse por la sala.

Ella, sin embargo, permaneció frente al cuadro de Jacqueline. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al recordar las extrañas palabras de Charlène y visualizó sus ojos fríos, tan parecidos a los de su prima:

*¿Sabes, Lidwine? Yo misma sería capaz de cualquier cosa por obtener el espejo... Cualquier cosa.*

Era imposible saber si la inocencia en la mirada de Dorine era auténtica. ¿Acaso no era típico de ella hacer gala de una teatralidad excesiva? ¿Y si había estado mintiendo y sabía mucho más sobre el espejo de lo que pretendía?

\*\*\*

El lunes por la noche, poco después de cenar, Lidwine se despidió de Grégory entre risas ante la puerta de su habitación.

—Nos vemos en el vestíbulo dentro de una hora y media. ¡Y ponte el disfraz!

—No entiendo para qué necesitas tanto rato —exclamó él con una cómica mueca de sorpresa—. Es increíble lo lentas que sois las chicas para

arreglaros...

—Cuando me veas, entenderás por qué. ¡Estaré irreconocible!

—En fin, si no hay más remedio que ponerme ese ridículo disfraz... nos vemos de aquí un rato. —Grégory resopló y dio media vuelta para marcharse.

—Un momento, no tan rápido. —Lidwine le retuvo del brazo y le miró con aire malévol—. He cambiado de idea: mejor quedamos en tu cuarto un poco antes, así me aseguro de que te has puesto bien el disfraz y de paso te maquillo.

—¿Es una broma? —Grégory negó con la cabeza, asqueado—. No soy gay. ¡No pienso ir maquillado!

—Si quieres parecer un vampiro de verdad, me temo que no te queda más remedio... —gorjeó Lidwine, pellizcándole—. ¡Hasta luego!

Cerró la puerta de su habitación entre risas mientras Grégory gritaba:

—¡Eso ya lo veremos!

Sonriendo regocijada, Lidwine puso manos a la obra. Le encantaba disfrazarse y los vampiros eran su obsesión desde niña.

Primero se dio una ducha rápida y, tras peinarse el pelo, se lo pintó de negro azulado con un spray. Después, se untó toda la cara con una pasta blanca de excelente calidad que había comprado en una tienda de caracterización y se oscureció las ojeras con sombra violeta. Al terminar, su rostro parecía el de una muñeca de porcelana con un toque tenebroso. Se maquilló los ojos con lápiz negro, alargando los extremos en forma de pico, y se colocó unas pestañas postizas.

A continuación, se puso el disfraz, que parecía sacado de una película de Hollywood. La parte inferior era una falda negra, larga y vaporosa; la superior, un corpiño de satén granate que le impulsaba los pechos hacia arriba, creando un efecto de lo más sugerente. Iba unido a unas mangas en forma de jirones, que dejaban los hombros y el escote al descubierto. En los pies se calzó unas pesadas botas marca New Rock que había encontrado en una tienda de segunda mano. Habían salido caras, pero la ocasión lo merecía.

No abusó de los complementos: tan solo se puso un colgante de plata vieja en forma de cruz invertida en torno al cuello, que había maquillado también de blanco para dar mayor realismo a su disfraz.

Se pintó unas marcas de mordiscos encima de la yugular y se colocó los colmillos postizos. Por último, se puso unas largas uñas postizas, se pintó los labios de color sangre y sonrió a su tenebrosa imagen en el espejo. Estaba

perfecta.

«Ahora vamos a por el escurridizo de Grég», murmuró para sus adentros, con una sonrisita perversa que dejó al descubierto sus afilados colmillos.

Al salir al pasillo, la invadió la súbita vergüenza de que alguien la viera con aquellas pintas, de modo que fue corriendo al cuarto de Grégory y llamó a la puerta con premura. Él le abrió enseguida y, aunque se notaba que le fastidiaba tener que disfrazarse, sonrió encantado ante el aspecto de su novia.

—Vaya, Lidwine —exclamó, mirándola de arriba abajo—. Me siento tentado de pedirte que te hagas gótica. Estás... —La miró con lujuria y se mordió los labios con sus también afilados colmillos, idénticos a los de Lidwine—... deliciosa.

Hizo ver que la mordía y ella le apartó riendo para poder entrar.

—No seas tonto, me vas a arruinar el maquillaje así que controla tus zarpas por esta noche. —Le guiñó el ojo y le observó con ojo crítico.

Estaba increíble, vestido de negro de arriba abajo, con una camisa de seda transparente y ajustados pantalones de cuero. El único problema era que no llevaba ni una gota de maquillaje.

—Muy bien, solo falta un detalle... —Le dirigió una sonrisa malévola.

—Dios, no, por favor —La miró suplicante, tratando de darle pena—. Ten compasión. Nadie volverá a dirigirme la palabra en la facultad. Seré el hazmerreír durante años.

—No seas ridículo. —Lidwine dio unos golpecitos en el sofá—. Ponte aquí. Acabaré enseguida si te portas bien.

Dándose por vencido, Grégory se arrastró al sillón, en el que aguardó con paciencia —aunque quejándose de vez en cuando—, mientras su novia le pintaba las uñas, le untaba con potingue blanco la cara, le ribeteaba los ojos con *eyeliner* y le difuminaba algo de rojo por los lagrimales y el interior de los labios.

—Ya está —exclamó al fin, complacida, tendiéndole un espejo—. *Voilà!*

Grégory apartó el espejo al momento.

—Muy bien, vámonos. Estoy totalmente ridículo. Te acordarás de esta —la amenazó, entre fastidiado y jocoso.

—Siempre puedes morderme si te enfadas demasiado —bromeó

Lidwine, guiñándole un ojo. Le tiró de las manos para levantarlo del sofá—. ¡Vamos!

Media hora después, caminaban por la acera del club donde tenía lugar la fiesta. Allí se encontraron con sus amigos, que les recibieron entre silbidos y gritos de entusiasmo.

—¡Aquí viene la parejita de góticos! —bromeó Dorine entre risitas.

Ella iba de bruja —«Muy apropiado», pensó Lidwine con malicia—, con un sombrero puntiagudo y un vestido negro, cuyo corte lateral llegaba casi hasta la cadera. Como siempre, Brice estaba a su lado, agarrándola con posesividad por la cintura. Se había disfrazado del asesino de Viernes 13, con la máscara de hockey y el machete ensangrentado en la mano.

—Somos vampiros —la corrigió Lidwine con acritud. Seguía molesta por el episodio del sábado en el museo.

—Estáis increíbles —alabó Claudine sonriente, haciendo girar a su amiga para admirar el vestido.

Con su gracia habitual, ella se había disfrazado de Pippi Calzaslargas. Llevaba una peluca de trenzas naranjas tiesas, un pichi extracorto y medias sujetas con ligas, cada una de distinto color. También se había pintado una serie de graciosas pecas por la nariz y las mejillas.

Tímida y sonriente a su lado, Danielle iba disfrazada de sirena. Llevaba un provocativo corpiño color carne —que simulaba la parte superior de un bikini plateado— y una ceñida falda de escamas iridiscentes, acampanada en torno a los pies para hacer las veces de cola. Se había dejado la larga melena rubia suelta sobre los hombros desnudos, espolvoreados de purpurina, con una estrella de mar prendida en un lateral.

—Menos mal que dentro del local hará calor, porque si no, nos moríamos todos —comentó, temblando bajo su abrigo.

—Desde luego —asintió Lidwine, que también estaba helada con su escotado vestido—. ¡Venga, entremos!

Por suerte, como habían previsto, en el interior del atestado local reinaba un calor sofocante. Todos los universitarios que se apretujaban en el interior iban disfrazados: era el *dress code* impuesto para acceder a la fiesta privada del club. No obstante, algunos pocos se las habían arreglado para pasar tan solo con un antifaz o una máscara, que ahora descansaban abandonados en un rincón para mayor comodidad de sus propietarios.

No sin esfuerzo, los seis jóvenes se abrieron paso hasta la barra entre decenas de Frankensteins, princesitas, brujas, vampiros y demás seres de

fantasía, que bailaban de forma desenfrenada al son de la música.

Lidwine pidió una Coca-Cola Zero y se la bebió con ansia: el calor y el agobio eran tan intensos que ya no sentía ni pizca de frío. Para su sorpresa, todos sus amigos dejaron sus vasos apenas sin tocar y a los tres minutos de charla se dirigieron hacia la pista, impacientes.

—¡Venga, a mover el esqueleto! —bromeó Dorine.

Hizo gestos a Lidwine y Grégory, los únicos que aún seguían en la barra. La joven la ignoró y se volvió hacia su novio. Le dio un largo un beso, algo torpe por culpa de los colmillos.

—Me alegro de que hayas accedido a venir —le gritó al oído cuando se separaron—. Estás guapísimo.

—Yo también me alegro —murmuró Grégory, tomándola con cariño por la cintura y atrayéndola hacia él—. Y tú sí que estás irresistible...

Se besaron durante un rato y al final Lidwine se apartó de él, casi jadeando. Grégory le sonrió y apuró su cubata.

—¿Qué, vamos a bailar?

—Enseguida —asintió ella—. Antes he de ir un momento al baño. He bebido tanto que creo que mi vejiga va a explotar... —Miró a su alrededor, pero no veía más que paredes oscuras, luces giratorias y hordas de gente por todas partes—. ¿Sabes dónde está?

—Ni idea. —El chico se encogió de hombros—. Nunca he estado en este club. Si acaso, pregúntale a algún camarero.

—Vale. Ahora vengo.

—Te espero aquí.

Lidwine asintió y se abrió paso como pudo hasta el final de la gigantesca barra, aún mirando a su alrededor en busca de los lavabos. Uno de los camareros advirtió su presencia y se acercó enseguida a ella. Como todos sus compañeros, llevaba un sombrero de pirata y un antifaz negro de terciopelo.

—¿Qué deseas?

—Nada, disculpa, estoy buscando los servicios...

El chico le sonrió y salió de la barra para acercarse a ella.

—¿Ves ese pasillo de ahí? —Señaló una parte algo alejada del resto, donde un corredor se perdía en la oscuridad.

—Sí.

—Pues síguelo hasta llegar a unas escaleras. Bájalas y encontrarás una puerta al fondo a la izquierda, ahí están los lavabos. —El camarero

meneó la cabeza—. No me extraña que me hayas preguntado, no hay ninguna indicación...

—Pues sí, es un poco raro —murmuró Lidwine, extrañada.

—Mira, como ahora mismo hay poca gente en mi sector de la barra, te acompaño, así no te pierdes.

Ella le miró con desconfianza, pero al final asintió.

—¡Gracias!

El camarero se internó en las tinieblas y Lidwine fue tras él. Tras recorrer unos cuantos metros por un estrecho pasillo, el chico se detuvo frente a unas empinadas escaleras descendentes.

Estaba todo tan oscuro que la joven se dijo que sería un milagro si no se partía la crisma. ¿Qué sentido tenía la ausencia de luz e indicaciones en una zona tan frecuentada como los lavabos?

El chico señaló hacia abajo.

—Ahí es. Baja las escaleras y cruza la puerta del fondo. El baño de las chicas es el de la izquierda.

—¡Muchas gracias!

—No hay de qué.

El camarero inclinó la cabeza y se alejó por el oscuro corredor, hasta que Lidwine dejó de oír sus pasos. En realidad, se dio cuenta de que apenas oía nada, solo el lejano retumbar de la música. Desde luego, aquello era de lo más extraño.

Resignada, sacudió la cabeza y comenzó a bajar, palpando la pared para no perder el equilibrio.

Cuando llegó abajo, atravesó otro pasillo y accionó el pesado picaporte de la puerta que quedaba al final. Nada más entrar, esta se cerró a sus espaldas con un golpe sordo. No había dado dos pasos cuando se detuvo, patidifusa.

Aquello no eran los lavabos, sino una especie de almacén. La habitación, un cuchitril oscuro con un recodo al fondo, estaba atestada de latas de refresco, toda clase de bebidas alcohólicas y Dios sabe qué más. Lo más extraño era que la luz estaba encendida, aunque tal vez fuera exagerado llamar así a la única y miserable bombilla que pendía del techo.

Insegura, Lidwine se adentró unos pasos más por la sala, procurando no tropezar con los envases.

«Seguramente, los lavabos estarán al fondo», se dijo. «Es muy raro, pero quizá se le olvidó advertirme que primero había un almacén».

No, un momento. Aquello era absurdo. ¿Qué clase de discoteca situaría los servicios después de un almacén? No tenía ningún sentido.

«Quizá el camarero es nuevo y se ha confundido», pensó con un escalofrío. En el almacén hacía bastante más frío que en la pista. «O tal vez quería gastarme una bromita de mal gusto. Vamos a asustar a una chica la noche de Halloween. Menuda gracia.»

Más furiosa ya que asustada, regresó hacia la puerta sacudiendo la cabeza. «Vaya tío más imbécil», murmuró para sus adentros. Con un movimiento enérgico, asió el helado picaporte y lo accionó. La puerta no se movió ni un milímetro.

«Vale, tranquila.» Haciendo caso omiso, el corazón comenzó a martillearle en el pecho. «No te has quedado encerrada en un lugar donde nadie puede oírte. Solo se ha enganchado el picaporte. Vuelve a probar y se abrirá».

Pero no se abrió. Lo intentó unas diez veces antes de ceder a la histeria. Alguien tenía que haberla encerrado. No había otra explicación. Presa de la angustia, comenzó a aporrear la puerta a lo loco, haciéndose daño en los puños.

—¡Déjame salir, quienquiera que seas! —chilló con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Esto no tiene gracia! ¿Me oyes?

—¿Qué es este escándalo? —exclamó una voz a sus espaldas.

A Lidwine por poco le dio un ataque y se giró como herida por un rayo. Su asombro no pudo ser mayor cuando vio que Ruben acababa de aparecer tras el recodo del fondo, cargado con un par de cajas de refrescos.

—¡Tú! —exclamaron los dos a la vez.

Ruben dejó los envases en el suelo y se acercó a ella, mirándola con los ojos desorbitados por la sorpresa.

—¿Qué coño estás haciendo tú aquí? —exclamó Lidwine, olvidando por un momento sus modales—. ¿Es esta otra de tus bromas?

—¿Qué quieres decir? —exclamó él, arrugando el ceño.

—Estamos encerrados, listo. Mejor dicho, alguien acaba de encerrarnos. No hace ni un minuto que he entrado y ahora la puerta no se abre.

—¿Y para qué querías entrar en el almacén igualmente, si puede saberse?

—Un camarero me ha traído hasta aquí, diciéndome que eran los lavabos.



Ruben se rascó los rizos, más extrañado aún.

—¿Los lavabos? —repitió, mirándola de un modo curioso—. Pero si están en la otra punta.

—Perfecto. Pues entonces, alguien me está gastando una broma, y me parece una extraña coincidencia que tú estés aquí dentro. —Lidwine se puso las manos en las caderas y se le encaró—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscar más refrescos para llevarlos arriba —explicó, fulminándola con la mirada ante su clara acusación—. Soy amigo de los camareros, y como están tan ocupados he decidido echarles un cable.

—Eso suena la mar de sospechoso, ¿sabes? —replicó ella, sintiendo que le hervía la sangre—. Mira, si esto es una broma, no tiene gracia. Dile al que nos ha encerrado que abra la puerta.

—Oye tía, yo no tengo nada que ver con esto. Y en todo caso, eso de que nos han encerrado es ridículo. Se habrá enganchado el picaporte y no tienes fuerza suficiente para abrir. Déjame probar.

Lidwine resopló y se hizo a un lado.

—Todo tuyo, Hércules —ironizó, con los ojos en blanco—. A ver si eres capaz de sacarnos de aquí.

Ruben accionó el pomo varias veces, primero de forma delicada y después con violencia, hasta darse cuenta de que, en efecto, no se abría.

—Esto es ridículo... —musitó por lo bajo.

Intentó girar el picaporte con todas sus fuerzas, lo pateó y al final se lanzó contra la puerta con todo su peso, intentado forzarla. Fue en vano. Pasados unos minutos, se dejó caer al suelo, vencido.

—Tienes razón —admitió, jadeante—. Nos han encerrado.

—¡Esto es el colmo! —Lidwine se llevó las manos a la cabeza y se plantó frente a él—. Qué oportuno que estuvieras tú aquí abajo y que los camareros sean amigos tuyos, ¿no te parece?

—¿Qué insinúas? —Ruben se puso de pie y se acercó a ella.

—Insinúo que esto es cosa tuya. Es evidente que estás mal de la cabeza y querías que nos encerraran. Has estado acosándome desde que te conocí.

El chico resopló con ironía y esbozó una mueca burlona.

—Eres la mayor egocéntrica del planeta, ¿lo sabías? A diferencia de lo que te crees, señorita pija, el mundo no gira en torno a ti. Lo del otro día a la orilla del río fue una casualidad, y lo de hoy igual. ¿Quién dice que no eres tú quien me está acosando a mí?

—Por supuesto, no tengo nada mejor que hacer —bufó Lidwine, desdeñosa—. ¿Crees que perdería el tiempo disfrazándome y vendría con mis amigos y mi novio para acabar pasando la noche encerrada en un cuchitril contigo? Debes de estar delirando.

—Me parece que aquí la que delira eres tú. Conozco a todos los camareros y ninguno sería capaz de algo así. Ninguno.

—¿En serio, Sherlock? Pues me parece que esta noche tus razonamientos no son muy acertados. Uno de tus amiguitos nos ha encerrado aquí, lo quieras o no.

—Deja ya de ponerme motes —exclamó Ruben, hastiado—. A ver, dime qué pintas tenía ese camarero.

Lidwine suspiró.

—Era alto, con el pelo largo y perilla. No me he fijado bien en su cara porque iba con antifaz... aunque diría que llevaba un piercing en el septum.

Él meneó la cabeza.

—Imposible. Esa descripción no coincide con ninguno de los camareros que trabajan en esta discoteca.

—Tal vez hayan contratado a alguien nuevo sin consultarte —se burló ella, mirándose las uñas.

Ruben le dirigió una mirada desagradable.

—Te digo que no. Esta noche he estado hablando con todos y ninguno encaja con tu descripción.

—Bueno, pues entonces me lo he inventado. —Lidwine se dejó caer al suelo y enterró la cabeza entre los brazos—. No entiendo cómo soy tan gafe.

—No eres la única. —El chico se deslizó a su lado y le apartó los brazos—. Escucha, dejemos de discutir. Es una idiotez, sobre todo teniendo en cuenta la situación en la que estamos.

—Tienes razón —asintió ella, cansina. Entonces se le iluminó la cara y añadió, esperanzada—: ¡Tal vez si gritamos alguien venga a buscarnos!

Él volvió a menear la cabeza.

—Estás flipando. ¿Has oído lo alta que está la música arriba?

—Bueno, pues mi novio se dará cuenta de que tardo demasiado e irá a buscarme.

—Sí, pero si va a buscarte a los verdaderos lavabos, no te encontrará. Nadie sospechará que estás en el almacén. De hecho, aquí no dejan pasar a

nadie.

—Pero tú has dicho que habías bajado para ayudar a los camareros. ¿No se darán cuenta de que no subes y vendrán a ver qué pasa?

Ruben sacudió la cabeza por tercera vez.

—No les he dicho que iba a bajar justo ahora... Resulta que Étienne, el que mejor me cae de todos, me ha pedido que cuando tuviera un momento les subiera un par de cajas de refrescos, pero ha dicho que no era urgente, que aún les quedaban bastantes. —Enterró el rostro entre las piernas—. Me temo que tardarán un buen rato en encontrarnos.

—Esto es una mierda. Tampoco podemos llamar porque aquí abajo no hay cobertura —exclamó Lidwine consultando su móvil, que llevaba en el pequeño bolso negro de mano. Comenzó a desesperarse, retorciéndose las manos—. Y encima yo necesitaba ir al lavabo. Me he bebido dos vasos enteros de Coca-Cola seguidos. No puedo más —gimió, apretándose la vejiga.

Ruben miró a su alrededor.

—En la esquina del fondo hay cajas de cartón vacías y también están los paquetes de papel higiénico... Puedes hacerlo ahí. No miraré, te lo juro.

—Ni hablar, prefiero aguantarme —replicó ella, horrorizada ante la idea.

—Como quieras... —Se encogió de hombros—. Pero te aseguro que vamos a estar bastante rato aquí dentro.

—Dios mío. —Lidwine se levantó muerta de vergüenza—. Te aseguro que como esto sea una broma tuya...

Ruben le dirigió una mirada de advertencia.

—Lo siento, lo siento... —exclamó, alzando las manos a modo de disculpa y dirigiéndose hacia el fondo.

Abrió uno de los paquetes de papel higiénico y se acuclilló dentro de una caja vacía, oculta tras el recodo que había al fondo de la sala. Estaba tan nerviosa que le costó orinar, y aún fue peor cuando oyó cómo el fluido caía con un ruido sordo contra los cartones del suelo.

Al terminar, mientras se subía las medias, se preguntó si podía confiar en Ruben. En cualquier caso, ¿para qué iba a querer quedarse encerrado con ella? No tenía mucho sentido, aunque la casualidad de encontrarle allí era excesiva.

Había clavado la vista en sus pupilas, intentando dilucidar si mentía, pero sus ojos eran impenetrables... Oscuros como pozos sin fondo.

Cuando regresó junto al chico, que seguía sentado en el suelo al lado de la puerta, lo observó bien por primera vez desde que había entrado, pues antes los nervios se lo habían impedido.

Aunque no iba disfrazado, vestía todo de negro, lo cual le daba un aspecto seductor y tenebroso al mismo tiempo. Llevaba los rizos castaños tan brillantes y perfectos como siempre, su cadena de eslabones plateados y una muñequera de pinchos en la mano derecha.

También advirtió que se había oscurecido los ojos con lápiz negro aunque, a diferencia de Grégory, en él no quedaba como un disfraz, sino como algo que formaba parte de su personalidad.

—Estás muy guapa vestida así —comentó Ruben cuando se acercaba, dirigiéndole una fugaz mirada al escote. Con una sonrisa torcida, añadió—: Solo espero que no me muerdas si digo algo que no te gusta.

—Gracias. —Le devolvió la sonrisa y se sentó a su lado.

—Los colmillos molan, te deben de haber costado una pasta.

—La verdad es que sí, pero ya ves de qué me ha servido tanta preparación. Nos vamos a tirar aquí toda la noche, y encima tengo claustrofobia. Si no nos sacan pronto... —Gimió y comenzó a respirar demasiado rápido.

—Eh, ponte tranquila —exclamó el chico, alarmado—. No va a pasar nada. Nos encontrarán enseguida, ya lo verás.

—En el orfanato nos castigaban encerrándonos en un cuarto oscuro y pequeño que parecía un armario —le explicó, temblando al recordarlo—. Podías pasarte ahí varias horas hasta que venían a buscarte... completamente a oscuras. —Trató de coger aire y comenzó a sudar—. Desde entonces, no puedo soportar los espacios cerrados. Una vez me quedé atrapada en un ascensor y fue espantoso. Comencé a hiperventilar y por poco me ahogo.

—Cálmate. —Ruben se arrodilló frente a ella, a claras luces angustiadas—. Respira poco a poco.

—Lo intento —exclamó Lidwine temblando, encogida sobre sí misma. Sus ojos se veían desorbitados—. No me gusta estar aquí. ¿Y si se acaba el aire? Nos ahogaremos y...

—Lidwine, no va a acabarse el aire —la interrumpió él con firmeza, cogiéndola con suavidad por los hombros desnudos, que se convulsionaban—. Hay aire suficiente, créeme. Has estado en sitios cerrados muchas veces en tu vida y nunca te ha pasado nada, ¿a qué no?

—Sí, pero podía salir cuando quisiera —musitó ella con labios

temblorosos, mirando a su alrededor asustada—. Ahora no puedo, no puedo salir...

Gimió y su respiración aumentó aún más el ritmo, provocando que se mareara por el exceso de oxígeno inhalado.

—Oh, mierda —exclamó él frenético, buscando una bolsa por el atestado almacén. En cuanto encontró una, se abalanzó sobre ella y se la trajo a la chica, colocándola cerca de su cara—. Respira aquí dentro, Lidwine. Vamos... Poco a poco.

—Gracias —musitó ella, tomando la bolsa con manos temblorosas y respirando dentro para no inhalar demasiado oxígeno de golpe.

—Así está mejor.

Se dejó caer al suelo, el corazón dándole saltos. Si no hubiera encontrado la bolsa, quizá Lidwine se habría desmayado. ¿Quién les hubiera ayudado entonces? Estaban aislados del mundo... y a saber cuándo iban a sacarles de ahí.

Pasó como mínimo media hora, mientras él trataba de recuperarse del susto apoyado contra la pared, y la chica jadeaba y se estremecía, respirando a intervalos dentro de la bolsa.

—Ruben —lo llamó al fin con voz temblorosa, enjuagándose el sudor de la frente para evitar que se le metiera en los ojos.

Él se inclinó sobre ella al momento, tomándola de la mano.

—Sí, dime. ¿Cómo estás?

De no haberse sentido tan mal, Lidwine habría apreciado la increíble dulzura con que la trataba, lo considerado que era con ella.

—Fatal —jadeó. Decidió sacarse los colmillos y se los arrancó con gran esfuerzo, pues el pegamento era muy fuerte—. Tenemos que salir de aquí. En serio... No voy a aguantar mucho más.

Ruben se mordió los labios, claramente sin saber qué hacer. La cogió por la barbilla para mirarla a los ojos, muy serio.

—Lidwine, sé que eres una chica fuerte. Lo conseguirás. ¿Acaso no utilizas el ascensor a diario y no te pasa nada?

Ella meneó la cabeza.

—Solo lo cojo cuando voy con gente —confesó—. La mayor parte de las veces uso las escaleras. —Comenzó a sollozar y el chico la miró, horrorizado. Ella le aferró el brazo con fuerza, embargada por la histeria—. Vamos a morir, Ruben. Lo sé. Se acabará el aire y...

—No vamos a morir —insistió él con desespero.

No aguantaba más aquella situación. De súbito, se fijó en el techo, que estaba a unos tres metros de altura, y vio que había un respiradero en la esquina superior derecha. Tenía el tamaño suficiente para que una persona pudiera atravesarlo en cuclillas. Solo tenía que arrancar la rejilla.

Una gran sonrisa cubrió su rostro y exclamó, señalándolo:

—¡Mira, Lidwine! ¡Allí!

Ella alzó la vista, respirando con dificultad, y siguió la dirección de su dedo.

—¡Es un respiradero! —anunció Ruben, eufórico—. No va a acabarse el aire y, además, vamos a salir de aquí. Si amontono unas cuantas cajas y me subo encima, llegaré hasta el techo y podré deslizarme por el conducto hasta la calle... Siempre y cuando pueda arrancar la rejilla.

—¿Y si te caes? —exclamó Lidwine—. Además, imagina que el conducto se vuelve demasiado estrecho y te quedas atrapado. —Empezó a sufrir convulsiones una vez más y a sollozar—. No me dejes aquí sola, por favor. Sabes bien que yo no puedo meterme por ese conducto tan estrecho... ¿Quién me ayudará si comienzo a asfixiarme?

Ruben comenzó a sudar, presa del pánico. Había que hacer algo, y rápido.

—Lidwine, no te va a pasar nada. Volveré muy rápido, te lo juro. ¡Y saldremos de aquí! ¿No es eso lo que quieres?

—No podré —balbuceaba ella sin escucharle, tapándose la cara húmeda de sudor y lágrimas.

Odiaba ser tan débil, pero jamás se había sentido peor. Sentía cómo el oxígeno se iba gastando poco a poco. Pronto no quedaría ni una gota...

—Vamos a morir aquí dentro...

—¡No vamos a morir! —Ruben perdió la paciencia y la agarró por los hombros—. Por favor, ¡colabora un poco! Tienes que prometerme que vas a ser fuerte. Si no, no me atreveré a dejarte aquí sola.

—¡Se acabará el aire! —sollozó ella, histérica—. ¡Se acabará el aire y moriremos!

—¡No va a acabarse el aire! —chilló el chico, perdiendo los estribos.

Sacudió a Lidwine para hacerla reaccionar, pero ella se estaba ahogando, mientras clavaba en él sus ojos dorados, tan grandes y hermosos. Ruben deslizó la mirada por su escote perlado de sudor, por su estrecha cintura y por aquellos hombros de piel suave que ardía bajo sus dedos... Sin poder contenerse por más tiempo, la estampó contra la pared y la besó.

Al principio, Lidwine se quedó quieta por completo, sin dar crédito a lo que estaba pasando. Por algún motivo, sin embargo, el beso contribuyó a calmarla, tal vez porque la distraía de su angustia, y enseguida olvidó que unos segundos antes apenas podía respirar.

Un fuego abrasador se extendió por sus venas, recorriéndolas como una mecha encendida. El cuerpo caliente del chico se apretaba contra ella de forma excitante, sus manos sujetándola con fuerza por la cintura. Aquel aroma que comenzaba a conocer —madera quemada, cigarrillos y naranja— invadió sus fosas nasales, debilitándola. Incluso su sudor olía bien, a limpio y a agua.

Sin darse cuenta, se aferró a él y le devolvió el beso.

Animado por su reacción, Ruben rozó su lengua con la suya, aplastándola aún más contra la pared. Lidwine le cogió por la cabeza, hundiendo los dedos en aquella masa de rizos tan suaves y enroscándolos entre sus dedos.

Nunca, hasta aquel momento, se había dado cuenta de lo mucho que le deseaba, o tal vez no había querido admitirlo. Sabía que lo que estaba haciendo estaba mal, pero en aquel momento no podía pensar con claridad.

El chico comenzó a ir cada vez más lejos, tirando de su corpiño para abajo y levantándole el vestido para deslizar la mano entre sus piernas, que ella separó sin ser apenas consciente. La llama que latía en su interior invadió cada una de sus células, junto con una ansiedad que reclamaba ser satisfecha.

No obstante, cuando al fin abrió los ojos y se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se apartó de golpe.

—No puedo hacerlo —jadeó, colocándose bien el vestido—. Lo siento.

Ruben parecía confuso. Tenía el rostro enrojecido y los rizos alborotados, dándole un aspecto tan delicioso que Lidwine casi gimió de anhelo, deseando dejar que le quitara la ropa y la tocara allá donde quisiera. Él siguió mirándola sin decir nada, como si se hubiera quedado sin lengua.

—Lo siento —repitió ella—. Me he dejado llevar por... los nervios del momento, supongo.

Hizo una pausa y miró al suelo, muerta de vergüenza por su comportamiento salvaje de hacía unos segundos. Ambos jadeaban de forma audible, lo cual resultaba aún más embarazoso.

—No volverá a suceder —dijo al fin—. Ha estado mal... Tengo novio.

—Lo sé, me lo recuerdas cada cinco minutos —replicó Ruben con frialdad, frunciendo el ceño.

Se apartó unos pasos y le dio la espalda, frotándose la cara con las manos. Pasados unos instantes, dejó escapar un resoplido y volvió a acercársele hasta que sus narices casi se rozaron. Toda su persona emanaba un aire sensual y amenazador al mismo tiempo.

—Pero eso tiene solución. ¿Estás segura de que le prefieres a él?

Lidwine le miró como si se hubiera vuelto loco.

—¡No se trata de a quién prefiero! —exclamó, incómoda y exasperada, dando un paso atrás—. Esto ha sido una equivocación y punto.

Le contempló desafiante, enfadada con él por hacer que le deseara tanto, aun cuando no tuviera la culpa.

«Tiene que ser porque estoy nerviosa», se dijo con firmeza, intentando convencerse a sí misma. «Sencillamente, necesitaba a alguien que me tranquilizara y Ruben era el único que estaba ahí.»

—Ah, ya entiendo... —El chico endureció el gesto—. Es porque yo no soy un pijo de mierda como él, ¿no? Estar conmigo sería rebajarte, supongo.

—¡Ya basta! —estalló Lidwine, otra vez con la respiración acelerada—. No me encuentro bien y lo sabes. No tienes derecho a hablarme así.

—Entonces mírame y dime que no te gusto —la retó Ruben con insolencia.

Ella le contempló sin decir nada y, sin poder evitarlo, quedó fascinada por la sombría belleza de su rostro. Mirarle tan de cerca resultaba embriagador, y nunca hasta aquella noche había tenido la oportunidad de hacerlo.

Se recreó a gusto admirando la tersura impoluta de su piel, que vista de cerca parecía de porcelana. Se fijó asimismo en lo bien formada que estaba su nariz y en sus carnosos labios, el superior cruzado por una fina cicatriz.

Al ver que Lidwine parecía ausente y no le respondía, el chico la sacudió, cogiéndola por los brazos.

—Venga, ¡mírame! Mírame y dime que no me deseas.

Como ella seguía en trance, sus labios entreabiertos y los ojos fijos en él, Ruben la empujó con violencia contra la pared y volvió a besarla, presionando su cuerpo contra el de ella.

Cuando se apartó, a Lidwine le temblaban las rodillas.

—Venga, dímelo —la provocó él, furioso.



—No te deseo —farfulló la chica, echándole una mirada y bajando la vista de inmediato, como si su mera visión la quemara.

—Mientes —dijo él con convicción, casi triunfante, soltándola—. Tu cuerpo te traiciona... y tu mirada también—. Suspiró y se apartó unos pasos de ella—. Pero no te preocupes, no pienso insistir más.

Se dirigió hacia el fondo del almacén y comenzó a amontonar cajas hasta formar una especie de escalera inestable.

—Ruben, yo... —empezó Lidwine con voz trémula, mortificada.

Él hizo caso omiso. En cambio, se encaramó a las cajas con precaución y comenzó a dar tirones a la rejilla del respiradero. Por suerte, estaba muy oxidada y a punto de desprenderse, por lo que tras varios intentos, consiguió arrancarla del todo y esta cayó al suelo con un estruendoso sonido metálico.

Solo entonces se giró hacia ella. Incluso aunque los separaban unos ocho metros, la chica vio el fuego que aún ardía en los ojos caramelo de Ruben. Todavía le parecía sentir su calor, la tentadora presión de su cuerpo duro y delgado contra el suyo, el tacto esponjoso de sus labios...

—Voy a buscar ayuda, en cuestión de unos minutos te sacaré de aquí. —Apartando la mirada, añadió con voz inexpresiva—: Cuando estés preparada para ser sincera contigo misma, llámame.

Antes de que Lidwine pudiera responder, se izó hasta el pequeño conducto del respiradero, haciendo gala de una sorprendente fuerza. Pocos segundos después había desaparecido, dejándola sola en el frío almacén.

## CAPÍTULO 15

El respiradero se extendía a lo largo de un túnel estrecho y polvoriento que desembocaba en la parte trasera del local, en una calle poco iluminada llena de contenedores de basura.

Cuando Ruben salió al exterior, le dolía todo el cuerpo por culpa de haberse arrastrado varios metros encogido. Sin perder ni un segundo para sacudirse el polvo de encima, ansioso por si Lidwine estaba ahogándose, echó a correr como alma que lleva el diablo hacia la discoteca.

Nada más entrar, fue directo a por su amigo Étienne quien, pese a su incredulidad y confusión, se apresuró a correr en pos de Ruben hacia las empinadas escaleras.

Al abrir la puerta —que, en efecto, estaba cerrada con llave— encontraron a Lidwine hecha un ovillo en el suelo, a punto de desmayarse.

—Gracias —exclamó medio llorando, abrazándose a Ruben con todas sus fuerzas—. De no ser por ti, podría haber...

—Chist, no lo pienses —la interrumpió él con dulzura. La estrechó unos segundos y después se giró hacia Étienne, endureciendo el gesto—. ¿Se puede saber quién coño nos ha encerrado?

—Tío, te juro que no tengo ni idea...

El amigo de Ruben, un chico alto y rubio, se volvió hacia sus compañeros, que se habían congregado en torno a ellos, dejando la barra desatendida.

Lidwine escudriñó sus rostros, todos sorprendidos hasta el extremo, y no reconoció al que la había guiado hasta el almacén.

—¿Os suena que trabaje aquí algún camarero, segurata o lo que sea, con el pelo largo, perilla y un piercing en el septum? —les preguntó con voz débil.

Se apoyó en Ruben para luchar contra los temblores, pues el sudor había creado una película helada sobre su piel. Tenía toda la ropa empapada.

—Lo siento, pero no... —negó Étienne, atónito.

Los otros tres camareros murmuraban detrás de él, sus ceños fruncidos.

—No entiendo de qué va esta movida, tío —añadió uno de ellos, un chico de origen árabe con el pelo corto, girándose hacia Ruben.

—Yo tampoco. Algún cabrón que ha querido gastar una broma de mal

gusto, supongo—replicó el aludido, apretando los puños—. Pero no tiene ni puta gracia. Lidwine tiene claustrofobia. Podría haberle pasado algo grave.

Todas las miradas se centraron en la chica y ella enrojeció, avergonzada. De pronto, todos comenzaron a hablar a la vez.

—Joder tía, ¿estás bien?

—¿Quieres que llamemos a una ambulancia?

—¿Estás mareada? ¿Necesitas tumbarte? Puedes pasar a...

—Estoy bien —les interrumpió ella, agotada—. Solo quiero irme de aquí y olvidarme de este horrible día. Además, he de encontrar a mis amigos. Deben de estar muy preocupados.

Los camareros asintieron y se despidieron sin parar de disculparse, dándole tickets 2x1 y pases VIP, aunque ella no pensaba volver a poner un pie en aquella discoteca después del trauma vivido. También le prometieron que estarían al tanto por si veían al tipo que les había encerrado, basándose en la descripción que les había dado.

Una vez libre al fin, la joven atravesó la discoteca apoyada en Ruben y al poco divisó a Danielle y Claudine cerca de la entrada. Ambas tenían expresiones ansiosas mientras oteaban la sala en busca de alguien. En cuanto la vieron, casi se les salieron los ojos de las órbitas.

Claudine fue la primera en reaccionar y se arrojó sobre ella, histérica.

—¡Lidwine! Dios mío, pero ¿dónde estabas? ¡Llevamos muchísimo rato buscándote! Grégory dice que has ido a preguntar dónde estaban los lavabos y no ha vuelto a saber de ti, como si se te hubiera tragado la tierra.

—Ahora está fuera con Brice y Dorine, buscándote por los alrededores de la discoteca —prosiguió Danielle, apretándole la mano—. Nosotras nos hemos quedado aquí por si aparecías... No sabíamos qué pensar. No estabas en los lavabos y nadie parecía haberte visto, ni siquiera los camareros.

Al observar los regueros oscuros de lágrimas mezcladas con maquillaje en el rostro de Lidwine, junto con sus temblores y su piel sudorosa, sus amigas fruncieron el ceño y la guiaron hacia la zona de sofás.

—Cielo santo, cariño, siéntate, estás temblando. Pero, ¿qué ha pasado?

—No encontraba el lavabo —comenzó con voz trémula—. Un camarero, o eso creía yo, me indicó el camino, incluso me acompañó, pero cuando entré donde me dijo, me di cuenta de que estaba en un almacén.

—¿Un almacén? —intervino Danielle, extrañada.

—Exacto. Intenté salir pero el tío ese se las había arreglado para encerrarme. Comencé a aporrear la puerta y entonces apareció Ruben —Se lo señaló a sus amigas, que ni se habían fijado en él—, que también estaba ahí dentro.

—Un momento, ¿tú no eres el cantante de los Animaux? —exclamó Claudine confundida, lanzándole a Lidwine una mirada de reojo al recordar el curioso episodio de la cerveza.

—Sí. —Ruben se permitió una ligera sonrisa.

—¿Y qué hacías ahí? —inquirió en tono ofensivo.

—Claudine, por favor —la reprendió Danielle, poniéndose roja.

—¿Qué pasa? Tenemos derecho a saberlo —replicó la aludida, con las mejillas más arreboladas de lo normal y los ojos brillantes de indignación—. Está claro que esta noche ha pasado algo raro.

—Conozco a los camareros y estaba echándoles una mano, yendo a buscar más refrescos al almacén. —Hizo una pausa y se encogió de hombros—. Ni vuestra amiga ni yo entendíamos porque la habían llevado hasta allí, y la descripción de ese supuesto camarero no coincide con ninguno de los que trabajan aquí. Al principio creí que la puerta se habría atascado... Intenté forzarla, pero enseguida me di cuenta de que alguien realmente nos había encerrado.

—Dios mío —musitó Claudine.

—No sé cuánto rato hemos estado ahí abajo —continuó Lidwine, que se había recuperado un poco de la angustia vivida—, pero por suerte, Ruben es una especie de MacGyver... —Le dirigió una sonrisa torcida y él puso los ojos en blanco, pues era el tercer mote que le ponía aquella noche—. Consiguió salir a través de un respiradero que había cerca del techo.

—No puedo creerlo —exclamó Danielle, parpadeando—. Pero, ¿quién sería ese supuesto camarero del que hablas? ¿Y por qué iba a encerraros?

—Ni idea, pero dudo que supiera que Ruben estaba ahí abajo. Lo más probable es que quisiera encerrarme solo a mí, para gastarme una broma o algo por el estilo.

—Pues menuda broma —terció el chico con la mandíbula tensa—. Sea quien sea, se le ha ido bastante la olla. Lidwine tiene claustrofobia y por poco le da un chungo —añadió, girándose hacia Claudine y Danielle.

La joven le dirigió una mirada de reproche. «¿Piensas contárselo a todo el mundo?», parecía querer decir.

—¡Dios mío! —se horrorizó Danielle. Al parecer, era la expresión estrella de la noche—. ¿Estás bien?

—¿Necesitas algo? —intervino Claudine ansiosa, acercándose más a ella.

—Quizá debería tumbarse.

—¿Llamo a una ambulancia?

Sus dos amigas discutían entre ellas, excluyéndola de la conversación como si en aquel momento fuera incapaz de razonar.

—¡Chicas! —las interrumpió Lidwine, agotada—. Estoy bien... Solo quiero irme a la residencia, de verdad.

La miraron con desconfianza, pero al final la dejaron tranquila y se apresuraron a telefonar a Grégory para que él y los demás regresaran. Mientras tanto, Ruben aprovechó para despedirse.

—No quisiera encontrarme con mi rival, alias Míster Pijo —dijo medio en broma, aunque ella notó que estaba herido.

—Ruben... —Le tomó del brazo y le miró con tristeza.

Él apartó el brazo y esbozó una mueca de las suyas, evitando sus ojos. Cuando al fin se decidió a mirarla, la sonrisa se le había borrado de los labios.

—Recuerda lo que te dije en almacén, ¿vale? —se limitó a decir, muy serio.

Le apretó la mano, le dio un beso rápido en la mejilla y, sin darle tiempo a reaccionar, se perdió entre la multitud.

Lidwine se quedó ahí plantada, sintiendo aún el calor y la suavidad de sus labios así como la intensidad de su aroma, que se había instalado en sus fosas nasales y, como una maldición, parecía no querer abandonarla.

No obstante, no tuvo tiempo de preocuparse por lo que había ocurrido entre ambos, pues en ese momento llegó el resto del grupo y su reacción fue similar a la de sus otras dos amigas. Quisieron que volviera a explicarlo todo y se pasaron un cuarto de hora debatiendo lo ocurrido.

Después de unas veinte amenazas de muerte por parte de Grégory al personaje que la había encerrado, treinta preguntas del estilo «¿Seguro que estás bien? » y varias sospechas acerca de la presencia de Ruben en el almacén, Lidwine decidió que ya había tenido suficiente.

—¡Chicos! —exclamó, interrumpiendo la acalorada charla de sus amigos y levantándose del sillón—. Mirad, estoy agotada. Necesito dormir. Solo quiero olvidarme de esta noche, ¿de acuerdo?

—Tienes razón, lo siento —se disculpó Grégory, cogiéndola con

cariño de la mano—. Ahora mismo nos vamos a la residencia. Voy a buscar tu abrigo.

Los amigos se despidieron y prometieron llamar a Lidwine al día siguiente para ver cómo se encontraba, aunque ella solo quería dejar atrás aquella terrible experiencia. Por suerte, estaban a medio trimestre, y por tanto se disponían a disfrutar de una semana de vacaciones.

Al día siguiente estaría de nuevo en Lyon, en su confortable y protegido hogar, lejos de los misterios y peligros de París. Allí vería por fin a Béatrix y le contaría las últimas novedades. Grégory era un encanto, pero no quería agobiarle más con sus problemas: ya tenía bastante con la muerte de su madre. Necesitaba a alguien más adulto, más cercano a ella. Alguien tan serio e inalterable como su tutora. Ella sabría qué hacer.

Ya en el coche con Grégory, se preguntó qué significaría lo que había ocurrido aquella noche, pero enseguida lo apartó de su mente: prefería olvidarlo. Era mejor así.

Durante el trayecto, apenas hablaron. Apoyó la acalorada frente contra el helado cristal de la ventana y cerró los ojos. Su novio solo rompió el silencio para preguntarle una vez más:

—¿Estás bien?

Lidwine se limitó a asentir con la cabeza, aunque era mentira. Estaba muy lejos de sentirse bien. Pero, ¿de qué serviría decirlo?

Cuando llegaron a la residencia, estaba a punto de desmayarse. Solo quería tirarse sobre la cama y dormir el resto de su vida.

—Vamos, te acompaño a tu cuarto —dijo Grégory, tomándola con delicadeza del brazo—. Menuda noche... Siento que Halloween haya salido tan mal.

Ignoraron el ascensor y subieron por las escaleras. Después de la terrible experiencia vivida, sería un milagro si Lidwine se atrevía a meterse en un espacio cerrado otra vez.

Una vez arriba, abrió la puerta de su habitación y entró seguida de su novio. A pesar de la oscuridad, enseguida tuvo la sensación de que algo no iba bien. Justo entonces, tropezó con un bulto en el suelo y estuvo a punto de caer de bruces.

—Pero, ¿qué...? —farfulló, estirando el brazo hacia el interruptor de la luz.

Cuando lo encendió, se quedó sin habla, horrorizada. Retrocedió jadeante y chocó contra Grégory, quien la sostuvo contemplando el mismo

espectáculo desolador que ella.

La habitación estaba patas arriba. Todos los cajones estaban volcados, los armarios abiertos, su ropa por el suelo —incluso la interior—, el forro de sus maletas rasgado, el suelo lleno de objetos desperdigados por todas partes...

—Cielo santo... —musitó Lidwine con voz débil.

Corrió hasta los cajones de la cómoda, ahora vacíos, y al revolver en su interior se le formó un nudo en la garganta. Se giró hacia su novio, los ojos empapados en lágrimas.

—L-l-los di-diarios... —balbuceó, aturdida—. Han desaparecido.

Perdió el equilibrio y Grégory la sujetó antes de que cayera.

—Dios mío. ¿Quién ha podido hacer una cosa tan ruin?

—Está claro —declaró ella, cerrando los ojos. Pero de golpe los abrió, brillantes como monedas de oro bajo la luz de las lámparas—. Ahora entiendo lo que ha pasado esta noche: me encerraron en el almacén para poder robarme el espejo mientras tanto. Aunque no entiendo por qué no temían toparse con Cécile.... Quizá averiguaron que ya se había ido de vacaciones.

Grégory la miró boquiabierto y le aferró el brazo. Tenía las manos heladas.

—Lidwine... dime que no te lo han robado.

Extrañamente, ella sonrió. Como si hubiera recuperado las fuerzas, se puso en pie y se dirigió a la ventana. La abrió unos centímetros para que entrara algo de aire fresco y se giró hacia él, aún con aquella desconcertante sonrisa en los labios.

Recogió el bolso con cuidado de la cama y hundió la mano dentro.

—Qué más quisieran —masculló, con los dientes apretados y los ojos reducidos a dos rendijas doradas—. No soy tan tonta como se creen.

Sacó la mano del bolso y algo destelló de manera casi sobrenatural bajo las luces del techo, deslumbrando a Grégory.

—No me he separado de él en toda la noche —musitó en voz baja pero firme—. Me temo que esta incursión no le habrá servido de mucho a nuestro querido ladrón...

El chico miró su mano, sobrecogido por la inquietante expresión en el rostro de su novia, sin entender cómo un objeto podía cegarle de aquel modo. Entrecerró los ojos, luchando por distinguir sus contornos.

Aquel brillo espectral... Diamantes incrustados en dibujos labrados

en plata que no parecía moldeada por manos humanas...

Lidwine sostenía el espejo en su mano derecha.

\*\*\*

El viaje a Lyon en avión se le hizo interminable, a pesar de durar apenas una hora y de tener a Grégory a su lado.

Estaba segura de que Béatrix estaría encantada de conocerle y comprobar su estatus social. Ya había manifestado su agrado e interés por él durante sus charlas telefónicas, aunque obviamente no con esos términos.

Respecto al asunto del espejo, por otro lado, ya no estaba tan segura de querer confiarle sus últimos temores y sospechas. Su tutora ya sabía lo sucedido en el banco, pues se lo había contado a principios de octubre, pero... ¿debía explicarle también todo lo demás?

Por ejemplo, que la habían encerrado durante horas para poder desvalijar su habitación, lo que resultó en el robo de los diarios. O que, a veces, al tocar la reliquia sentía cosas extrañas... cosas que la asustaban.

¿Sería prudente, asimismo, decirle que todo el mundo comenzaba a parecerle sospechoso, incluso su compañera de habitación, lo cual la hacía levantarse en mitad de la noche para comprobar que el espejo seguía bajo su almohada? ¿O que cada vez que salía lo llevaba en el bolso? No se despegaba de él en las veinticuatro horas del día...

Tal vez Béatrix creería que estaba loca, como —en su opinión y la de la mayoría— lo había estado su verdadera madre. Lidwine sabía que esta no había sufrido esquizofrenia: era el espejo, que absorbía a quien lo poseía y le obligaba a actuar de manera extraña.

Pero su tutora, aquella fría y metódica abogada que se dejaba guiar siempre por la lógica y el sentido común, no creería en absurdas historias de magia negra. ¿Acaso no se lo había dicho ya la primera vez que le habló del espejo? Por tanto, no estaba segura de si sería sensato seguir explicándole sus inquietudes. Prefería seguir cargando con los problemas ella sola, con tal de que su tutora no llegara a la conclusión más evidente: que ella también se había vuelto loca de remate.

—Cariño, ¿te encuentras bien? Estás muy callada, como sumida en tus pensamientos... —Grégory la tomó de la mano y la miró con preocupación.

Lidwine esbozó una sonrisa débil.

—Estoy bien, no te preocupes. ¿Qué tal tú? ¿Nervioso por estar a



punto de conocer a la suegra? —bromeó, riendo para convencerle de que no le ocurría nada.

Él arrugó la nariz y sus ojos azules centellearon con picardía.

—La verdad, no estaría tan asustado si no fuera por las pintas que llevas.

La joven se giró hacia él con una expresión entre burlona e incrédula. Comenzó a aporrearle en broma.

—¡Muchas gracias! ¿Qué insinúas con eso?

Grégory se echó a reír y se contorsionó para evitar sus puños.

—No me malinterpretes, tontita. Tú siempre vas guapísima. Lo que quería decir es que vas muy... emperifollada. Como si fueras a una fiesta. Nunca te había visto con este tipo de ropa.

Lidwine llevaba una falda de tubo negra, zapatos de tacón fino y una camisa beige de raso, sobre el cuello de la cual descansaba un collar de perlas auténticas.

—No es que me obligue a ir así vestida —aclaró nerviosa, jugueteando con ellas—. Pero sé que le gusta, suena absurdo, pero te juro que le hace ilusión. Creo que su eterno trauma será que yo haya resultado ser demasiado poco pija...

Grégory le dirigió una sonrisa maligna.

—¿Poco pija? ¡Pero si eres una repipi total! —Se partió de risa de nuevo.

—¡Mira quién habla! ¡El esnob! —exclamó ella, aporreándole el pecho como antes y haciéndole cosquillas, mientras él se retorció entre carcajadas. No obstante, enseguida se apartó, colocándose bien la blusa—. Ahora en serio, lo que pasa es que... a veces me da miedo decepcionarla. En las fiestas me da por vestirme lo más informal que puedo solo para provocar a sus amigos... y luego ella me lo echa en cara. En general, me comenta a menudo todas las cosas que querría que hiciera y que no hago. Supongo que ha terminado por afectarme.

—Así que has salido rebelde —siguió burlándose Grégory, pero ante la mirada de su novia, dejó estar las pullas y la abrazó—. No digas tonterías. No podrías decepcionar a ningún padre ni madre del mundo entero. No cambiaría ni uno solo de esos mechones despeinados que se te escapan del moño.

Lidwine enrojeció y se llevó las manos al cabello, preocupada.

—Y con tus tejanos y tus zapatillas —prosiguió él, agarrándole las

manos para impedir que se retocara el pelo—, sin todas las joyas y el maquillaje que llevas ahora encima, estás más encantadora que nunca. —Le sonrió con ternura y ella le dio un beso largo e intenso.

—Gracias...

Él la tomó de la mano y se la besó.

—No has de darme las gracias por quererte, Lidwi.

Lo dijo con un tono de voz dulce, pero que le sonó algo extraño sin saber muy bien por qué. Tal vez porque se le veía más tímido de lo normal... y Grégory jamás mostraba ningún tipo de debilidad.

Por suerte, el trayecto no se alargó mucho más, y diez minutos más tarde aterrizaban en el aeropuerto de Lyon. En cuanto hubieron recogido sus maletas, divisaron a Béatrix, elegante como siempre con un traje gris y su grueso abrigo de pieles. A través de la cascada de cabello rubio se adivinaban unos pendientes de diamantes, y su rostro, maquillado de forma impecable, se veía juvenil y bello.

Sin embargo, cuando se aproximó a ellos sonriente, Lidwine advirtió que había perdido peso, y que bajo los verdes ojos se dibujaban oscuras ojeras. Tomó nota mental de interrogarle acerca de ello más tarde.

—¡Lidwine, cariño! —Béatrix la abrazó con fuerza, casi asfixiándola entre las pieles de su abrigo—. ¡Cuánto te he echado de menos!

—¡Y yo a ti! —respondió ella, correspondiéndola con efusión.

Por primera vez desde hacía tiempo, se sintió segura entre los cariñosos brazos de su madre adoptiva. Se apartó al cabo de unos instantes e hizo un gesto hacia su novio, que aguardaba con una sonrisa paciente.

—Mira, Béatrix, este es Grégory. Grég, te presento a mi tutora, Béatrix.

—Es un placer conocerla al fin —dijo él, haciendo gala de su excelente educación, besándola en las mejillas.

—¡Encantada! —respondió ella, sonriente. Al separarse, le guiñó el ojo a Lidwine—. Me habías dicho que era guapo, ¡pero no tanto!

—Gracias, madame Lafayette. ¡Va a sacarme los colores!

El chico miró de soslayo a su novia, conteniendo la risa. Ella le sacó la lengua a espaldas de su tutora.

—Oh, por favor, ¡llámame Béatrix y tutéame!

—De acuerdo —asintió Grégory, sin abandonar la sonrisa.

—Quiero que sepas —prosiguió ella, ahora seria, tomándole del brazo —, que Lidwine y yo estamos encantadas de que te quedes con nosotras esta

semana. Puedes volver todas las veces que quieras. Como si fuera tu casa. — Le sonrió con cariño y enlazó a su hija por la cintura—. Y ahora vamos al coche, tenemos un delicioso pollo esperándonos en el horno.

—Muchas gracias —exclamó Grégory sonriendo, algo cohibido, y se apresuró a seguirlas hacia el aparcamiento.

El trayecto se hizo muy agradable mientras conversaban sobre la universidad y le contaban algunas anécdotas divertidas a Béatrix. De vez en cuando, ella intercalaba alguna pregunta hacia Grégory, interesándose por sus aficiones y su vida en general, pero sin que pareciera un interrogatorio.

Nada más llegar, dejaron las maletas en la habitación de Lidwine, quien apenas podía contener las ganas de lanzarse sobre su gatita Nuage, a la que tanto había echado de menos. Tras prodigarle unos cuantos mimos, le hizo a Grégory un tour por la casa, mientras Béatrix daba los últimos retoques a la comida, con las *Gymnopédies* de Erik Satie de fondo.

Cuando todo estuvo listo, los tres se acomodaron alrededor de la mesa del comedor, cubierta por un elegante mantel granate, mientras la gatita se estiraba perezosa al lado de la chimenea, frente a sus llamas cálidas y crepitantes.

—Tengo una sorpresa para ti, Lidwi —anunció Béatrix con los ojos brillantes, mientras les servía el pollo y la ratatouille.

Sobre la mesa también había otros platos para picar, como cebollas confitadas, *crêpes* de salmón y distintos tipos de queso.

Lidwine rió al ver cómo a Grégory se le iban los ojos, pero se giró hacia su tutora al oír su comentario. Esta le devolvió la mirada y alzó las cejas con aire enigmático.

—Te enterarás después de comer... si es que algún día conseguimos acabarlo todo, claro —añadió, risueña.

—Espero que no sea otro disfraz de abuela, como la última vez que se te ocurrió darme una sorpresa —bromeó Lidwine, llenándose el vaso de agua.

Béatrix se echó a reír y luego la miró con reproche, en broma. Se giró hacia Grégory fingiendo exasperación.

—Se refiere a un vestido *precioso* —aclaró, resaltando el adjetivo— que le regalé el año pasado. —Lanzó a su hija adoptiva otra mirada llameante y añadió, jocosamente: Aún no te lo he visto nunca puesto, por cierto.

—Vamos, no te quejarás —gruñó Lidwine, removiendo las verduras—. Mira qué modelito me he puesto hoy para venir a verte...

—Bueno, en ese te doy la razón —admitió Béatrix—. Estás más

guapa que nunca. ¿A que sí, Grég?

Él asintió con exagerado vigor y sonrió con picardía. Lidwine se alegró de ver que su madre adoptiva y su novio se llevaban tan bien.

Por desgracia, el momento íntimo y entrañable se fue al garete cuando, nada más bajar la cabeza hacia su plato, oyó un violento bufido. Tras un rápido movimiento, que alcanzó a ver por el rabillo del ojo, Grégory lanzó una exclamación.

Se giró sorprendida y vio a Nuage, que se había acercado a ellos sin hacer ruido y miraba rabiosa al chico, bufando, con todo el pelaje erizado y las garras listas para atacar. Sin embargo, al fijarse en Grégory vio que la gata ya le había arañado: en su antebrazo desnudo —se había arremangado las mangas de la camisa—, se distinguía un profundo zarpazo, del cual manaban brillantes gotas de sangre.

—¡Nuage! —chilló furiosa Lidwine.

Se puso en pie y agarró a la gatita por el pescuezo. Al ser increpada por su dueña, al animal pareció pasársele la rabieta y comenzó a maullar de forma lastimera. La chica la encerró en la cocina y volvió corriendo al lado de su novio. Béatrix había ido en busca del botiquín.

—Lo siento muchísimo, Grég, ¿estás bien? Déjame que te mire el brazo...

—No es nada —aseguró él, haciendo una mueca de dolor mientras se presionaba una servilleta de papel contra la herida. Con aire divertido, añadió —: Supongo que está celosa de que alguien más reclame la atención de su amada Lidwine.

—No entiendo cómo ha podido pasar —manifestó Béatrix, avergonzada. Acababa de volver con agua oxigenada y gasas—. Normalmente es muy cariñosa...

—Sí, es raro —corroboró su hija, pensativa—. Muy raro...

El resto de la comida pasó sin más incidentes, de modo que enseguida olvidaron el suceso del zarpazo. Tan solo quedó la gasa en el brazo de Grégory como recuerdo.

Aun así, durante los siguientes días la gata siguió mirándole con desconfianza, como si le vigilara. Ni uno solo de los intentos de Lidwine por reconciliarles surtió efecto. Nuage no quería saber nada de él.

Después del delicioso postre —fondue de chocolate—, estaban riéndose de un chiste de Grégory cuando Béatrix dio una palmada para atraer su atención.

—Bueno, Lidwi, creo que ha llegado el momento de tu sorpresa — declaró con una sonrisa misteriosa. Sus ojos verdes refulgían como esmeraldas.

—¿Qué será...? —exclamó ella con ilusión infantil, frotándose las manos.

—Yo sé lo que es —canturreó Grégory satisfecho, tratando de hacerla rabiar—. Béatrix me lo ha chivado antes.

—Chist... —Aun risueña, la abogada se llevó el dedo a los labios en señal de silencio y se levantó—. ¡Seguidme!

Lidwine fue en pos de ella intrigada, con Grégory pisándole los talones. Aun se sorprendió más al ver que su tutora les conducía al exterior. Riendo de emoción, Béatrix correteó hacia la parte posterior de la casa. Su hija se apresuró a seguirla, pero en cuanto bordearon el chalet y llegaron al otro lado, frenó en seco, muda de asombro. No daba crédito a lo que estaba viendo.

Frente a ellos, reluciente bajo la luz del sol, se hallaba un Austin Mini Cooper del 63. Restaurado por completo y de color rojo flamante, tenía el techo blanco, tan nuevo que casi daba miedo acercarse.

Se giró hacia su madre adoptiva con ojos como platos. Ella y Grégory esperaban su reacción, sonriendo de oreja a oreja.

—Pero... ¿qué...? ¿Es para mí? —balbuceó volviendo la mirada al coche, el corazón palpitándole con fuerza.

—¡Pues claro! —Béatrix se acercó a ella, agitando las llaves—. ¿Te gusta? Sabía que tenías que coger el transporte público cuando no estabas con Grég y no me hacía gracia... Además, hace mucho que querías un coche y sé que te entusiasman los modelos antiguos. —La miró expectante—. Bueno, ¿qué te parece?

Lidwine, que había escuchado su discurso medio hipnotizada, despertó por fin de su aturdimiento.

—¿Que qué me parece? Dios santo, ¡es perfecto! —Se lanzó sobre Béatrix, riendo como una loca. La soltó para volver a mirar el coche y se llevó las manos a la cabeza—. ¡Es increíble! Pero te habrá costado una fortuna... Me siento culpable, la verdad.

—Tonterías —rechazó la abogada, henchida de satisfacción—. Lo único que has de sentir es el viaje que os vais a pegar para llevar el coche a París... Tendréis que salir un poco antes de lo previsto, pero confío en que valdrá la pena, ¿no? Incluso aunque perdáis el dinero de los vuelos. —Le

guiñó el ojo y Lidwine le dio otro abrazo.

—Eres la mejor madre del mundo... Esta vez te has superado. Es justo el coche que quería: elegante, pequeñito y rojo. ¿A que es una cucada, Grég?

—Precioso —convino él, tomándola por la cintura—. Pero lo más bonito es verte tan ilusionada.

La besó allí mismo como si estuvieran solos y Lidwine enrojeció como un tomate. Béatrix se echó a reír al ver su cara.

—Venga, ¿qué os parece si damos una vuelta?

No se hicieron de rogar. Entusiasmados, se metieron los tres en el coche, Lidwine casi temblando de emoción al volante.

El resto de las vacaciones transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. En su mayor parte, se dedicaron a dar paseos por la ciudad para enseñársela a Grégory, que nunca había estado en Lyon. Asimismo, cenaron en lujosos restaurantes, fueron al teatro, e incluso se atrevieron a jugar al golf, alentadas por el chico, que como buen pijo —pensó en broma Lidwine— era todo un experto.

En definitiva, disfrutaron tanto de su tiempo juntos que, una semana después, ya parecía que Grégory fuese de la familia. Por desgracia, Béatrix solo pudo permitirse un par de días de fiesta, aunque el resto de la semana trató de quitarse trabajo de encima para pasar rato con ellos.

Aun así, llevar casos tan importantes no era cosa de broma, y permaneció tantas horas fuera de casa que Lidwine y Grégory pudieron disfrutar de largos momentos a solas, que aprovecharon para pasear como dos enamorados, tomando chocolate caliente en pintorescas cafeterías y besándose en cada esquina de la ciudad.

Lidwine no recordaba una época más feliz en su vida, y durante una semana entera durmió toda la noche de un tirón, sin preocuparse tanto por el espejo, que siempre llevaba en el bolso.

Su tutora trató de interesarse por el asunto pero, tal y como había decidido en el avión, al final no le habló de sus últimas sospechas. Rodeada de sus seres queridos, en su propio y confortable hogar, los peligros parisinos parecían a años luz de distancia, envueltos en la neblina sombría de la cual procedían.

Una noche, mientras Grégory se estaba duchando antes de salir a cenar y al teatro los tres juntos, aprovechó para interrogar a su madre adoptiva sobre sus ojeras y su alarmante pérdida de peso.

—¿Te encuentras bien últimamente, Béatrix? —preguntó con cautela, mientras la contemplaba acicalarse frente a su enorme tocador.

Aquella noche estaba muy hermosa. Apenas aparentaba los casi cuarenta años que tenía, enfundada en un vestido de Chanel que hacía juego con sus ojos, tan brillante y resbaladizo como agua de mar. Enormes turquesas adornaban su cuello y sus orejas, incluso su pelo, recogido en un elegante moño en la coronilla.

Su tutora suspiró y, después de aplicarse brillo de labios con un pincel, se giró hacia Lidwine.

—La verdad es que no —admitió, batiendo sus largas pestañas—. No he tenido mucho apetito las últimas semanas... y tampoco duermo bien. Aunque desde que tú y Grég estáis aquí, me siento mucho mejor.

—¿A qué se debe? ¿Puedo hacer algo...?

Se le acercó con el semblante preocupado. No recordaba que Béatrix se hubiera encontrado mal nunca, tan solo le daban migrañas de vez en cuando.

Su largo y elegante vestido hizo un sonido agradable al caminar, debido al roce de la seda color rubí. Su novio se había sorprendido mucho ante su forma de vestir aquellos días, pues Lidwine no se había llevado ese tipo de ropa a la universidad. Al margen de que ella prefería los tejanos, pero se estaba arreglando tanto, como siempre, para no disgustar a su tutora.

Se sentó al lado de Béatrix y le acarició el pelo, cuidando no despeinarla. Por algún motivo, la otra rehuyó sus ojos y se aplicó colorete rosado mirándose al espejo.

—No te preocupes por mí, cariño —dijo, forzando una sonrisa.

—Estoy segura de que te ocurre algo y quiero saber qué es.

Lidwine frunció el ceño y se puso de pie. Béatrix seguía sin mirarla pero al fin, pareció perder el poco aplomo que le quedaba y se derrumbó, cubriéndose el rostro con las manos.

—Lo siento —murmuró con voz ahogada—. No es nada serio. Es solo que...

Hizo una pausa para respirar hondo y luchar contra las lágrimas. La chica se quedó de piedra: era la primera vez en su vida que la veía tan afectada.

—Cuando no estás, sufro horrores —confesó al fin la abogada—. Pienso en ti a todas horas, te imagino sola en esa ciudad tan grande, con ese espejo que te trae tantos quebraderos de cabeza...

Suspiró y volvió a girarse hacia el espejo, tomando el cepillo y tratando de arreglar los ya perfectos tirabuzones dorados que caían de su moño, pero las manos le temblaban tanto que Lidwine se lo quitó y lo dejó sobre el tocador. Se arrodilló al lado de Béatrix y la obligó a girarse hacia ella.

—Por favor, no te preocupes por mí. —Le sonrió con sus labios pintados de color escarlata, y se convenció del todo a no volver a contarle nada sobre el espejo—. Desde que salgo con Grégory, me siento más protegida que nunca. Siempre estamos juntos. Sería ridículo que tú estuvieras aquí, sin comer ni dormir, preocupándote por alguien que está perfectamente, ¿no te parece?

Béatrix se encogió de hombros y se levantó para coger el bolso y el abrigo, pero Lidwine se los arrebató, como dando a entender que no se irían de allí hasta le diera una respuesta más convincente.

—Prométeme que no volverás a preocuparte.

Su tutora suspiró y la miró frunciendo el ceño.

—Está bien, no me preocuparé... tanto. Admito que, viendo que vas en serio con Grég, me siento más tranquila.

—Muy bien. —Satisfecha, Lidwine le devolvió sus cosas—. Tú misma lo has dicho. Además, gracias a ti, a partir de ahora estaré bien protegida en mi propio coche, nuevo y reluciente... ¿Qué podría pasarme?

Y sonriendo, como si hubiera olvidado todos sus miedos, salió de la habitación dando saltitos. Béatrix la siguió con la mirada y sus ojos color esmeralda dieron la impresión de oscurecerse.

—Sí, ¿qué podría pasar? —murmuró para sí, y salió detrás de su hija.



## CAPÍTULO 16

Era la noche de un viernes a mediados de noviembre y las estrellas brillaban con un frío y pálido resplandor. El invierno había llegado antes de tiempo a París y los termómetros apenas sobrepasaban los cinco grados.

A través de la ventana se discernían las esqueléticas ramas de los árboles cubiertas de escarcha. El huracanado viento soplaba sin descanso, haciendo bailar las hojas muertas en el suelo, con un aullido estridente que ponía los pelos de punta.

En su confortable habitación, intentando sin éxito que le saliera bien un complicado diseño por ordenador, Lidwine se sentía abrigada y protegida. Estaba sola, como de costumbre, pues Cécile había salido con sus amigos a uno de aquellos clubes selectos cuyo acceso era, según ella, exclusivo para la gente más«in».

Si aquella noche se había quedado en la residencia, quitándose de encima los interminables deberes —los exámenes de febrero no quedaban tan lejos y los profesores se habían puesto de acuerdo para apretarles las tuercas — era porque, desde hacía tres semanas, Grégory trabajaba en un restaurante de lunes a viernes y siempre acababa a las tantas.

«Desventajas de quedarse huérfano», pensó Lidwine con amargura. «Aunque si no fuera tan testarudo, tal vez no tendría que trabajar.»

Pero estaba siendo injusta. En realidad, la actitud del padre de Grégory no favorecía una reconciliación. Seguía viviendo con aquella mujer, ignorando a su hijo, como si la muerte de su esposa no le hubiera afectado en absoluto.

Respecto a Ruben, no había vuelto a tener noticias suyas desde aquella noche de Halloween que ahora, dos semanas más tarde, le parecía tan lejana. Suponía que estaba cumpliendo con su promesa de no molestarla y dejar que tomara ella la iniciativa.

Pero aquello era absurdo. Él sabía que tenía novio, así que ¿por qué no podían ser solo amigos? Le caía bien, debía admitirlo, pese a ser tan diferentes. Le hacía gracia su manera de hablar y resultaba divertido discutir con él... pero la idea de decidir entre él y Grégory le parecía fuera de lugar. ¿Qué había que decidir? Ella amaba a Grég, estaba loca por él. Era la viva imagen del novio perfecto, con sus exquisitos modales, aquellos ojos azules y

su ropa impecable. Y por si fuera poco, Béatrix estaba encantada con él. ¿Cómo iba a preferir al macarra de Ruben?

Lidwine resopló sin darse cuenta mientras deslizaba el ratón por la pantalla. Aquella noche era incapaz de concentrarse. Por lo menos, no había vuelto a pasar nada raro con el espejo durante los últimos días...

Con un suspiro, comprobó el reloj luminoso de su mesita de noche: las 21:26. Aquella tarde había quedado para cenar temprano con Claudine y Danielle; después, se había retirado con la excusa de los deberes. Sin embargo, ahora no se sentía con ánimos de pasarse toda la noche delante del ordenador.

Se desperezó como un gato y su mente regresó al espejo. Últimamente apenas lo tocaba, asustada por el fulgor helado de sus gemas y por lo que podría ver si se miraba en él. En aquel momento, no obstante, se armó de valor.

Atravesó la habitación sin hacer ruido, pisando con sus calcetines sobre la moqueta. Se recogió detrás de las orejas el largo pelo castaño, que ya casi le rozaba la cintura, y sacó la reliquia de su bolso. Casi sin respiración, le quitó la funda donde lo tenía guardado y se sentó en la cama, buscando su reflejo.

No había nada de particular, ni mucho menos sobrenatural, en la imagen que le devolvía el espejo. Cara ovalada de pómulos marcados, un par de ojos inocentes color miel, labios carnosos fruncidos...

Perdió la noción del tiempo que pasó absorta en su propia imagen; por eso, no habría sido capaz de señalar el momento exacto en que su rostro comenzó a cambiar.

Al principio, fueron leves modificaciones, apenas perceptibles: las cejas se hicieron más pobladas, los ojos más alargados, el pelo más oscuro y la piel más clara... hasta que llegó el momento en el que la imagen que veía en el espejo era la de otra persona, alguien muy parecido a ella.

Fue en ese momento cuando la habitación comenzó a girar de forma vertiginosa a su alrededor. El aire cambió, volviéndose gélido. Era como le corriera hielo por las venas, como en aquel sueño que había tenido antes de llegar a París. Veía una escena a través del espejo pero, al mismo tiempo, estaba dentro de ella.

Se encontró corriendo por una calle larga y oscura. Alguien la perseguía y no sabía dónde estaba, pero el paisaje le recordaba a otra época. Le daba vueltas la cabeza, el frío era paralizante, no le dejaba pensar con

claridad. Ya no era capaz de ver sus brazos, ni el espejo, ni su habitación. Era como en el sueño, solo que estaba vez era real. Y sabía lo que venía a continuación: la caída, su perseguidor atrapándola, el cuchillo clavado en su pecho.

De repente, oyó un sonido agudo e insistente, pero no fue capaz de ubicarlo, como si no tuviera nada que ver con aquel entorno. Dio un traspié a causa del sobresalto y comenzó a caer con torpeza hacia delante.

—¡No, no! —chilló con una voz que no era la suya, sabiendo lo que iba a ocurrir a continuación.

Cerró los ojos, conteniendo el aliento, esperando el frío y duro impacto contra el suelo, pero en lugar de eso, se estrelló contra algo mullido y suave, y el calor volvió a fluir por sus venas.

Abrió los ojos, confundida. Estaba otra vez en su cuarto, como si nada hubiera cambiado, solo que el reloj marcaba las 21:54. Había pasado casi media hora, pero le daba la sensación de que habían sido cinco minutos. Algo la había traído de vuelta... Aquel timbre agudo y estridente. ¿Qué diablos era?

Se arrastró por la cama, respirando aún de forma acelerada. Le dolía la mano y, al mirarla, vio que estaba aferrando el espejo con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Lo soltó con una exclamación, jadeante, y entonces entendió qué era aquel sonido. Su móvil estaba sonando de forma insistente.

Cruzó la habitación medio flotando, como si sus pies no se asieran del todo al suelo, o por lo menos esa era la impresión que le daba. Agarró el teléfono y, al mirar la pantalla no dio crédito a lo que veían sus ojos.

Era Ruben.

Antes de que colgara, se apresuró a deslizar el dedo por el icono verde y contestó con voz nerviosa:

—¿Sí?

—¿Lidwine?

—Sí, soy yo.

—Hola... ¿qué tal?

—¿Quién es? —inquirió, aunque hubiera reconocido aquella voz en cualquier parte, incluso sin haber visto su nombre en la pantalla.

—Ah, soy... Ruben.

—¿De dónde has sacado mi número?

Soltó la pregunta a bocajarro, sin detenerse a pensar. Se dio cuenta de

que había sonado desagradable, pero estaba aturdida. La habitación aún le daba vueltas. Era como cuando se lleva mucho rato corriendo y de golpe se frena en seco. Para ella, el impacto al volver a la realidad había sido algo similar. Ni siquiera estaba segura de si lo que había visto era real o imaginario.

—Ah, se lo pedí a los chicos del club... Ya sabes, la noche de Halloween —confesó él, sin duda incómodo por la frialdad de su pregunta—. Se lo habías dado por si veían al tipo que nos encerró.

—Sí... Ya me acuerdo. —Lidwine se frotó los ojos con la mano libre y se dejó caer en la cama con un suspiro—. Bueno, ¿y a qué debo el honor de tu llamada? Creía que no pensabas volver a hablarme.

—La verdad es que estaba esperando a que me dijeras tú algo... Pero como no había forma de saber nada de ti, al final he decidido llamarte yo.

Ruben rió un poco para cortar el hielo.

—Lo siento... He estado muy ocupada con la universidad —se excusó ella, frotándose los brazos. Seguía teniéndolos helados.

Decidió no añadir que, por si no lo sabía, tenía un novio a quien no le haría ninguna gracia que quedara con él. Solo de imaginar la cara de Grég y Béatrix si se enteraban de que se había hecho amiga de Ruben le entraban ganas de reír. Eso por no mencionar lo sucedido en Halloween... Todos sus amigos estaban convencidos de que había sido cosa de «aquel macarra».

—¿Ahora también estás ocupada? Es viernes noche —señaló él con su particular entonación, no exenta de cierta sensualidad.

Lidwine sintió que el estómago le daba una especie de salto y se removió con fastidio. Bah, aquella sensación no tenía nada que ver con Ruben. ¡Como si ese memo le produjera algo más que mera indiferencia!

—Estaba haciendo deberes. —Antes de poder frenarse, añadió—: Aunque hace rato que lo he dejado, me moría de aburrimiento...

«¿Por qué habré dicho eso?», se preguntó sacudiendo la cabeza, incrédula.

El tono de Ruben cambió al instante, llenándose de vitalidad.

—Vaya, ¿esta noche el rubiales no te saca de paseo? —Se echó a reír—. ¿Qué pasa, se habían quedado sin caviar en vuestro restaurante predilecto o acaso una de sus camisas tenía una arruga?

—En realidad, se me había partido una uña y estaba tan deprimida que no me apetecía salir —ironizó Lidwine.

Comenzaba a sentirse mejor. Ya casi se le había pasado el mareo,

aunque seguía asustada por la experiencia que acababa de vivir.

El chico se echó a reír con ganas.

—Me alegra que ya no seas tan tiquismiquis y vayas pillando mis bromas. Oye... —Tomó aire y bajó la voz para imprimirle un aire sexy—: ¿Te gustaría que fuéramos a dar una vuelta? Seguro que te encantaría subir a la Torre Eiffel.

—Ya he ido —replicó Lidwine, a fin de torturarlo un poco.

Se lo estaba pasando en grande. Trató de quitarse de la cabeza lo sucedido con el espejo y se metió una piruleta en la boca.

—Pero seguro que no de noche —insistió él, resuelto a salirse con la suya.

—Bueno, la verdad es que no —admitió ella, divertida.

—¿No me vas a decir por qué te estás aburriendo un viernes por la noche cuando, según tú, tienes a un novio tan maravilloso a tu lado?

La ironía en su tono era evidente. Lidwine casi podía verle, con su expresión maliciosa y aquellos rizos perfectos, revueltos solo lo justo.

—¿Cuándo te he mencionado yo sus encantos? —replicó con los ojos en blanco. Chupó un poco la piruleta y se animó a decirle la verdad—: Está trabajando. Aunque creas que todos tenemos la vida solucionada, algunos hemos de ayudar con los gastos.

—¿«Hemos»? ¿Es que tú también trabajas?

—Bueno, no —admitió ella, y los dos se echaron a reír.

—Ya veo cómo te explotan —se burló él, y volvió a probar suerte—. Venga... tú misma me acabas de decir que tu novio está trabajando y tú te mueres de asco en tu habitación. Si de verdad insinúas que prefieres hacer los deberes que salir conmigo, me ofenderé bastante.

—Me gusta hacer los deberes —declaró ella para pincharle y, con aire juguetón, añadió—: Y me encanta ofenderte.

—Eres dura de pelar, ¿eh? Veo que te gusta hacerte de rogar.

—Solo contigo —siguió bromeando ella.

—Venga, solo un rato. Yo también estoy aburrido...

—No sé... No creo que a mi novio le hiciera mucha gracia, sabes. — Se tumbó en la cama y levantó las piernas en el aire para hacer estiramientos.

No sabía por qué, pero se sentía de muy buen humor, aunque no hubiera reconocido que era por la llamada de Ruben ni en un millón de años.

—Y dale con tu novio —resopló él, hastiado—. Mira, ya imagino que, si no me has llamado hasta ahora, es que no te intereso demasiado, o por

lo menos, que tienes dudas.

Hizo una pausa y Lidwine se agitó, incómoda. Ruben esperó a que dijera algo, pero tras varios segundos se dio por vencido.

—Va, incluso estoy dispuesto a reconocer que no me caes mal del todo.

—Oh, no sabes cuánto me halagas —bufó ella, sarcástica.

—Lo digo en serio —insistió él, más serio—. Solo quiero que seamos amigos. No te pido que juegues sucio. Sé que tienes novio. No es necesario que me lo recuerdes a todas horas, ¿sabes?

Lidwine dejó escapar un suspiro y miró al techo, dudosa. Las hermosas lámparas la deslumbraron. No sabía qué decisión tomar. Por un lado, esa misma noche había estado pensando en Ruben, deseando que pudieran ser amigos como ahora él le ofrecía. Era mucha casualidad que hubiera aparecido justo entonces, y en realidad le apetecía estirar un poco las piernas.

Además, si se quedaba en su cuarto, lo más probable era que se volviera loca pensando en si lo que le acababa de ocurrir había sido real o imaginario, o preguntándose si era Jacqueline a quien había visto, como en su sueño.

Por otro lado, salir con Ruben le parecía incorrecto, no solo por lo que había ocurrido el último día que le había visto, sino porque se sentía culpable si pensaba en SU novio. A ella no le haría gracia que él saliera con otra chica, los dos solos... Una chica que le hubiera besado, por si fuera poco.

Pero entonces pensó en Dorine, y en cómo a veces, Grég y ella se iban juntos a la cafetería si Lidwine salía de clase más tarde, dado que había distintos grupos para cada materia y no coincidían en todas. Su amiga de la infancia, alguien de quien había estado enamorado, con quien incluso había perdido la virginidad. ¿Acaso no era justo que ella también tuviera un amigo?

Se incorporó con tanta energía que le dio un leve mareo.

—Está bien —aceptó al fin. Su ritmo cardíaco se incrementó: temía estar cometiendo un error—. ¿Dónde quedamos?

—Recuerdo dónde está la residencia por aquella noche en que te acompañé. Si quieres, paso a recogerte en... ¿cuarenta y cinco minutos?

—Perfecto —asintió ella, enroscando y desenroscando un mechón de pelo en su dedo—. Nos vemos en un rato.

—Vale. ¡Hasta ahora!

—Hasta ahora... —musitó ella, y colgó.

Preso de los nervios, se precipitó hacia el lavabo para refrescarse la cara y peinarse la larga melena. Tenía unas pintas horribles con aquel chándal usado, debería cambiarse. Aún medio confundida, salió del lavabo y se metió en el enorme vestidor. No tenía ni idea de qué ponerse...

Al final, se decidió por unos pitillos negros que había adquirido aquella misma tarde y unos botines Jimmy Choo. Como hacía mucho frío, optó por un jersey de lana marrón con cuello cisne. Se pintó de forma sencilla, con una fina línea negra sobre las pestañas, un poco de rímel y brillo labial con sabor a fresas.

—¿Por qué me estoy arreglando tanto? —murmuró en voz alta, mientras se trenzaba los dos mechones frontales y se los recogía hacia atrás con un pasador.

Miró su reloj: le quedaban cinco minutos. Se puso el abrigo —uno rojo con capucha, que le daba un aire a Caperucita— y se caló una boina muy moderna que había comprado hacía poco. Su aspecto era encantador, habría vuelto loco a Grégory, pero no tenía tan claro que fuera así como le gustaban las chicas a Ruben.

«Pero, ¿por qué me estoy preguntando qué tipo de chicas le gustan a ese macarra, por el amor de Dios?», se preguntó horrorizada mientras cerraba la puerta.

Meneando con desaprobación la cabeza, deslizó la llave en su bolso, pasó de largo el ascensor y bajó por las escaleras.

En cuanto salió de la residencia, lo primero que vio fue a Ruben, que la esperaba apoyado contra una motocicleta Honda negra. Estaba tan guapo que casi se le cortó la respiración, aunque trató de alejar esa idea de su mente.

Llevaba el pelo aún húmedo de la ducha, y sus rizos relucían como el petróleo a la luz de las farolas. Él le clavó sus penetrantes ojos oscuros, que siempre daban la sensación de atravesarla y destacaban en el rostro de piel pálida y suave.

Vestía unos tejanos ajustados con rotos en las rodillas, una camiseta a rayas y su cazadora de cuero, que le daba ese aire chulesco tan especial. Como de costumbre, sostenía un cigarrillo en la mano derecha, ya casi acabado.

Cuando se acercó a saludarla, su sonrisa hizo que le temblaran las rodillas. Sintió un súbito calor en las mejillas y supo que se estaba ruborizando.

—Hola, qué tal.

Le dio dos besos con movimientos lánguidos. La chica inspiró a fondo su aroma, casi mareada, no porque fuera demasiado intenso, sino porque tenía la facilidad de hacer que se sintiera débil.

Él le dio la última calada a su cigarrillo y lo arrojó a un árbol.

—Estás muy guapa —comentó, pegándole un buen repaso.

Lidwine notó que sus ojos se detenían demasiado tiempo en sus caderas y su pecho. El ardor en sus mejillas aumentó hasta un nivel intolerable.

—Gracias —murmuró cohibida, y señaló la moto con la cabeza—. ¿Es tuya?

Ruben asintió sin dejar de traspasarla con los ojos.

—Te he traído un casco —anunció, con su habitual tono y pose indolentes.

—Nunca me has dicho dónde vives.

—Nunca me lo has preguntado. —Le dedicó una sonrisa torcida—. Vivo en Montmartre, cerca del bar.

—Me encanta ese barrio por lo poco que he visto —Sonrió de forma nerviosa—. Bueno, ¿nos vamos?

—Claro. Ven, que te ayudo a ponerte el casco. Te tendrás que quitar el gorro... —Lidwine obedeció y se lo guardó en el bolso—. ¿Has subido en moto alguna vez?

—La verdad es que no —contestó, mientras él la ayudaba con la correa.

Solo el roce de sus dedos y la proximidad de su cuerpo bastaron para ponerla nerviosa. ¡Si Béatrix se enterara....! Ella odiaba las motos y le había prohibido subirse a una desde que era una adolescente. Eso por no mencionar que, si la viera con alguien como Ruben, le daría un ataque.

—Listos. —El chico se subió a la moto y arrancó de una patada—. Sube, muñeca.

Sonriendo por el mote absurdo, ella se le acercó, pasó una pierna por encima de la moto y se aferró a su cintura con demasiada fuerza.

Él la miró con aire socarrón.

—Oye, me encanta que me toques, pero no hace falta que me cortes la respiración. —Se echó a reír y se puso el casco—. No te vas a caer ni voy a conducir como un loco, lo prometo.

—Lo siento —exclamó Lidwine, riendo también con cierta vergüenza, y aflojó la presión que ejercía sobre el estómago de Ruben.



Él le guiñó el ojo, y sin previo aviso, le dio al acelerador y salió a la carretera.

Su forma de conducir no era, ni mucho menos, acorde con su personalidad. Guiaba la moto con maestría y suavidad, sin acelerones ni frenazos. Puede que solo fuese por respeto a ella, pero Lidwine comenzó a verle con otros ojos. Tal vez no era tan irresponsable como parecía.

Se dio cuenta de que la ponía nerviosa agarrarse a su cintura. Reclinada sobre su firme y cálida espalda, le llegaba la fragancia de su piel y de su pelo, llenando sus pulmones de un intenso olor a bosque.

Cuando Ruben detuvo la Honda a escasos metros de la Torre Eiffel, en una zona de aparcamiento para motos, tardó en percatarse de que habían llegado. El trayecto había sido tan agradable que hubiera deseado que nunca terminara.

Se bajó antes de que Ruben pudiera ayudarla y se quitó el casco, tras lo cual se alisó el pelo y volvió a calarse la boina.

—Toma, gracias —dijo, devolviéndoselo.

Mientras Ruben guardaba los cascos —uno en el portaequipajes y el otro atado a la moto—, Lidwine se giró hacia la torre y quedó sin respiración.

Su belleza siempre lograba dejarla boquiabierta. Durante los primeros diez minutos de cada hora, la torre se iluminaba con veinte mil focos parpadeantes, como si una enorme cantidad de purpurina se deslizara por toda su superficie, dándole un aspecto mágico. Asimismo, un gran foco colocado en lo más alto recorría la ciudad cual centinela, iluminando hasta los edificios más lejanos.

Con el rostro enrojecido por el frío, Lidwine dio un paso adelante, cautivada por la hermosura del paisaje.

—Es como si la torre nos guiñara el ojo...

Ruben se le acercó, mirándola muy serio, de un modo que habría derretido la nieve. Se le veía tan hipnotizado como Lidwine, aunque por motivos muy distintos a los de la chica. Ella se giró de golpe, avergonzada por haberse quedado con la boca abierta, y cuando vio cómo la observaba, enrojeció todavía más.

—Perdona, me he quedado embobada —admitió, cohibida—. Siempre me ha encantado la torre Eiffel, desde pequeña. Aunque algunos la critican, diciendo que su estructura de hierro es fea, yo la encuentro preciosa.

—Ya lo creo que es preciosa... —susurró él, aunque no parecía estar hablando de lo mismo.

Con una sonrisa de circunstancias, Lidwine se encaminó hacia la taquilla de venta de entradas. Él se apresuró a ponerse a su altura y le comentó:

—Bueno, espero que no tengas pánico a las alturas.

—Te dije que ya había subido —apuntó ella, levantando las cejas—. Y no, no tengo pánico a las alturas, en absoluto. Tú ya sabes cuál es mi mayor miedo...

Al instante, deseó haberse mordido la lengua, pues no quería recordar el incidente del almacén y lo que había ocurrido entre ambos. Por suerte, Ruben se mostró imperturbable ante la mención del episodio.

—Es verdad, supongo que con eso ya tienes suficiente. —Se giró hacia el taquillero y solicitó—: Dos, por favor.

Mientras el hombre cortaba las entradas, Lidwine paseó la mirada a su alrededor, aspirando con fruición el aroma de las *crêpes* de chocolate que le llegaba desde una parada cercana, situada bajo uno de los enormes pies de la torre.

Diversas personas, entre ellas bastantes parejas, paseaban con tranquilidad por la zona, inmersas en alegres conversaciones, algunas consumiendo pastas o bocadillos procedentes de los múltiples puestos ambulantes. Nada parecía turbar la inmensa paz de la plácida y hermosa noche parisina.

Despertó de su complaciente letargo cuando advirtió que Ruben estaba pagando las dos entradas.

—No, ¡espera! —le detuvo, hurgando en su bolso—. Te doy mi parte, que son más de diez euros...

—No seas tonta —exclamó Ruben, guiñándole el ojo mientras recogía el cambio. La tomó del brazo y la arrastró hacia la entrada del ascensor—. No voy a arruinarme por pagarte una entrada a la Torre Eiffel.

—Bueno... gracias —aceptó Lidwine con timidez, cerrando el bolso.

Le dio un beso en la mejilla en señal de agradecimiento y Ruben la miró encantado, casi diabólico, ante lo cual ella volvió a enrojecer.

«A este paso, se me va a quedar la cara así para siempre», pensó mortificada. «¿Por qué no puedo ser normal?»

—Venga, ya está aquí el ascensor —señaló el chico, tomándola de la cintura para conducirla adentro.

Ella lo miró angustiada.

—Bueno, a las alturas no es que les tenga miedo... pero tú sabes que

no me gustan los ascensores. No había caído en que tendría que subirme a este —musitó, mientras la gente que bajaba les envolvía en un remolino asfixiante y los que se querían subir les empujaban—. ¿No podemos ir por las escaleras?

—¿Quieres subir más de mil seiscientos escalones...? —La miró alzando las cejas—. Ya subiste un día y no te pasó nada, ¿no? Además, ahora estás conmigo. —Le acarició el brazo para reconfortarla—. ¿Acaso no te salvé la otra vez?

—Vale, vale... —aceptó poco convencida—. Confiaré en ti una vez más.

Por suerte, logró dominar sus nervios mientras el ascensor subía hasta el primer piso. Allí bajaron para husmear por la tienda de regalos y la curiosa oficina de correos —que permitía sellar las cartas con la leyenda *Paris Tour Eiffel*— y contemplaron el paisaje desde las barandillas.

—Es alucinante... —murmuró Lidwine, arrebujándose en el abrigo.

Desde allí se veía toda la ciudad, resplandeciendo como si un hada la hubiera tocado con su varita, aunque sin duda todo se veía mucho más espectacular cuando subieran al último piso.

—Supongo que uno no lo aprecia cuando vive aquí, pero hay que reconocer que tienes razón —comentó Ruben apoyándose a su lado. Vio que la chica temblaba—. ¿Tienes frío?

La estrechó contra sí y, pese a su azoramiento, ella no se apartó.

—Un poco. —Para disimular la incomodidad, añadió con entusiasmo—: ¿Sabes que en el último piso de la torre, a causa del viento, la oscilación puede llegar a los doce centímetros?

—Escalofriante —replicó Ruben. Entonces se rió y añadió—: Yo había leído que podía llegar a los dieciocho.

—¡No! —exclamó Lidwine horrorizada, girándose hacia él—. Ya no estoy tan segura de querer subir.

—No te preocupes, ya te he dicho que me tienes a mí—comentó él jocoso, apretujándola aún más.

—Pues como no sepas volar... —bromeó ella. Al ver que sus rostros estaban demasiado cerca, se separó un poco—: ¿Seguimos?

Volvieron a subir al ascensor y bajaron en el segundo piso, cuyo principal atractivo era el famoso restaurante Jules Verne. No se entretuvieron, dado que el mejor era el último, tan alto que las vistas dominaban toda la ciudad.

El tercer piso estaba estructurado en dos niveles. El primero era un observatorio cubierto que mostraba los lugares más importantes de París, así como las direcciones y distancia de las principales ciudades del mundo. El segundo, al aire libre y sometido a las terribles ráfagas de viento, representaba la figura de Gustave Eiffel en su despacho, recibiendo a Thomas Edison.

Al llegar se mezclaron con la masa de gente que paseaba por el observatorio, donde reinaba una calidez que contrastaba de forma deliciosa con el frío que habían pasado afuera. Sin embargo, Lidwine ya había visto todo lo interesante en su primera visita, de modo que estiró a Ruben de la manga y señaló hacia la parte superior.

—¡Vamos! Quiero ver París a más de trescientos metros de altura bajo la luz de las estrellas...

—Oh, qué romántico —bromeó él, y de súbito pareció ocurrírsele algo—. Ve yendo tú si quieres, yo ahora vuelvo.

—¿Adónde vas? —preguntó, estupefacta.

—¡Es una sorpresa! —gritó él por encima del hombro, perdiéndose ya entre la muchedumbre—. ¡Enseguida vuelvo!

Desde luego, Ruben a veces se comportaba de forma un poco extraña. Se preguntó qué se traería entre manos. Encogiéndose de hombros, tomó las escaleras y se dirigió resuelta hacia el exterior.

Fuera no había mucha gente, pues el viento era suficiente para salir volando. Casi inmovilizada por la corriente, pero hipnotizada por los distintos edificios de París que destellaban en la noche, Lidwine apenas sentía el frío. Contempló el Sena, que relucía como una diminuta estela de plata entre los edificios y monumentos parisinos, ajena a todo lo demás.

No sintió la presencia que se le acercaba por detrás sin apenas hacer ruido. Para cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde para apartarse. El intruso la empujó con fuerza, izándola un poco del suelo. Con un chillido que helaba la sangre, Lidwine se precipitó hacia delante y su torso chocó contra la barandilla, provocando que su cuerpo se inclinara en dirección al vacío, a más de trescientos metros de altura.

Justo cuando, como a cámara lenta, sus pies se despegaban del suelo, alguien la sujetó con fuerza por la cintura, ayudándola a mantenerse en tierra firme. Falta de aliento, se giró hacia su salvador, un hombre de unos sesenta años que la contemplaba pasmado con sus grandes ojos de búho.

—Cielo santo, joven, ¿qué estaba haciendo? Ha estado a punto de

tirarse abajo... —exclamó el hombre casi sin resuello.

A su lado, la que debía de ser su esposa la observaba con la misma mirada horrorizada, agarrándose el pecho como si fuera a darle un ataque.

—¿Tirarme? —replicó con voz trémula Lidwine, separándose todo lo posible de la barandilla.

Las piernas le temblaban con violencia, chocando la una contra la otra. Un sudor frío le recubría el cuerpo. Había estado a punto de caer desde el piso más alto de la Torre Eiffel... Hubiera sido imposible sobrevivir a una caída así.

Se giró aturdida hacia su interlocutor.

—¡No iba a tirarme! —Trató de recuperar el aliento, jadeante—. ¿Acaso no lo ha visto? Alguien me ha empujado.

—Lo siento, no he visto nada en absoluto —murmuró el hombre aún atónito, mirándola con desconfianza—. ¿Y tú, Mireille?

Su mujer negó con la cabeza.

—Lo siento, muchacha, no hemos visto a nadie por aquí. Solo a usted, justo cuando estaba a punto de sal... de caerse —rectificó justo a tiempo.

Lidwine la miró furibunda, aunque estaba demasiado conmocionada como para discutir con aquellos carcamales. ¡Creían que había intentado suicidarse!

—Eh, ¿qué pasa aquí?

Se giró hacia el origen de la voz. ¡Era Ruben!

—Vaya, aquí estás —exclamó, molesta—. ¡Ya era hora! Muy oportuna tu desaparición justo en el peor momento.

—¿De qué hablas? ¿Qué ha pasado? —insistió el chico, sorprendido.

Ella escrutó su rostro, sin sacar nada en claro de su aparente inocencia. ¿La habría empujado él?

—Su novia ha estado a punto de saltar al vacío —intervino la tal Mireille, aún temblorosa.

—¡Yo no intentaba suicidarme! —chilló Lidwine, pateando el suelo como si estuviera loca. La mujer dio un paso atrás, asustada—. ¡Y no es mi novio!

—Chist, tranquila —susurró Ruben, que estaba alucinando—. Discúlpenla, está muy alterada. Gracias por su ayuda y esto, eh... no se preocupen. Sigán disfrutando de la noche.

De forma apresurada, condujo a Lidwine al interior del observatorio, dejando atrás al matrimonio entre murmullos de desaprobación y miradas de

reproche. En cuanto los perdieron de vista, se giró hacia ella y comenzó a interrogarla.

—¿Vas a decirme qué coño ha pasado?

—¡Alguien ha tratado de arrojarme al vacío! —chilló ella, enfadada.

—No grites, por favor —rogó Ruben haciendo un gesto con la mano. Algunas personas les estaban mirando—. ¿Qué quieres decir con eso?

—¿Que qué quiero decir? —repitió ella en voz más baja, pero aún furiosa—. Quiero decir que alguien ha venido por detrás cuando estaba despistada mirando el paisaje y me ha empujado con todas sus fuerzas. ¡De no ser por esa pareja de cotillas, estaría muerta!

—Joder —soltó Ruben horrorizado, llevándose la mano a la frente—. Pero... ¿quién ha podido hacer una cosa así?

—Dímelo tú —siseó Lidwine con voz venenosa—. ¿Se puede saber dónde diablos te habías metido?

—¿Qué estás insinuando? —masculló él con los ojos relampagueantes—. Escucha, ¡ya me estás hartando! Siempre me culpas por todo, pero que creas que he intentado matarte ya es demasiado, tía.

—¿Y cómo te crees que me siento yo? —rebató ella sin resuello—. El día del *bateau mouche* parecías estar siguiéndome...

—¡No estaba siguiéndote!

— ...el segundo —prosiguió rabiosa, haciendo caso omiso de su interrupción—, alguien me encierra contigo en el almacén de una discoteca cuyos camareros, «casualmente», son amigos tuyos... y esta vez, ¡por poco me tiran al vacío justo cuando no estabas! ¿Es que te gusta la adrenalina? ¿Planeas este tipo de cosas para darle emoción a las citas?

—¡Yo no he tenido nada que ver! ¿Me oyes? ¡YO NO HE SIDO!

La gente ya comenzaba a mirarles con censura, murmurando a sus espaldas, apartándose de ellos lo máximo posible.

—Es normal que sospeche —señaló ella, abrazándose el cuerpo. Sentía unas irrefrenables ganas de llorar—. Alguien está intentado matarme.

—Ah, ¿y crees que soy yo? —Ruben agitó la cabeza, decepcionado—. Esta vez te has pasado.

Sin decir más, dio media vuelta y se perdió entre la multitud. Sintiendo una extraña mezcla de emociones —culpa, rabia, tristeza y miedo—, Lidwine observó cómo salía del observatorio. Entonces reaccionó y echó a correr en pos de él.

—¡Ruben, espera!

Le alcanzó cuando ya estaba haciendo cola para bajar. Se negaba a mirarla, por lo cual ella le aferró el mentón con su mano helada y temblorosa.

—Perdóname, por favor. No quería acusarte. Es que estoy tan asustada...

Dicho esto, se desplomó contra su pecho, sollozante. Él pareció ablandarse ante su estallido y suspirando, la estrechó contra sí con ternura.

—No te preocupes, está olvidado. —Se apartó un poco y la miró muy serio, agarrándola por los hombros, mientras ella se secaba las lágrimas con un pañuelo—. Escucha, Lidwine, entiendo tu reacción, pero te aseguro que yo no he tenido nada que ver. Jamás haría algo así, ni en broma.

Ella contempló sus ojos oscuros, que reflejaban toda la inocencia del mundo, pero no fue capaz de decidir si mentía o no.

«¡Ojalá pudiera creerte!», se lamentó para sus adentros. «¡Ojalá pudiera dejar de sospechar de todo aquel que me rodea!»

—Solo dime una cosa —le suplicó, apartándose de él y mirándole con fijeza—. ¿Adónde habías ido?

Ruben esbozó una curiosa sonrisa que Lidwine no le había visto nunca. Hurgó en su bolsillo y le mostró algo en la palma de la mano. Se trataba de una diminuta Torre Eiffel dorada, con la palabra «París» grabada en uno de los lados.

—Para ti —murmuró, tendiéndole el *souvenir* con timidez.

Ella lo aceptó y le sonrió sin saber qué decir, sintiéndose culpable.

—Muchísimas gracias —dijo al fin, dándole un torpe apretón en el brazo—. Es preciosa... Encima sabías que me encantaba, te lo he comentado antes al verlas en la tienda. Jolín, ahora me siento fatal.

—No es nada —rechazó él.

Dio un paso atrás y se encogió de hombros, sonriendo de su manera característica, sin mirarla a los ojos.

—Supongo que después de lo ocurrido ya no te apetecerá ir a tomar algo... —añadió, sacando su arrugado paquete de cigarrillos.

Extrajo uno y se lo colocó entre los labios, tras lo cual procedió a encenderlo, haciendo pantalla con las manos para protegerse del viento.

—La verdad es que no, lo siento —contestó ella, agachando la cabeza—: Prefiero irme a la residencia. Demasiadas emociones para una sola noche.

Él asintió, comprensivo.

—Vamos a por la moto. En nada estarás tranquila en tu habitación.

—Gracias, Ruben... Y perdona por acusarte.

—Ya te he dicho que lo olvides.

Habló con su habitual tono seco, pero se le escapó una sonrisa burlona antes de dirigirse hacia las escaleras.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —exclamó Lidwine, sorprendida.

—Mientras pueda evitártelo... mejor pasemos del ascensor. Ya has sufrido bastante por una noche.

Ella se detuvo unos instantes, mirándole admirada. Por un momento fue incapaz de hablar.

—¿Y ahora qué pasa? —inquirió él, frunciendo el ceño al comprobar que se había quedado atrás.

—Nada —repuso Lidwine, apresurándose en alcanzarle. Le dedicó una cálida sonrisa—. Es solo que, a veces, eres una persona maravillosa.

—¿A veces? —bromeó él con sorna, pero sonrió para sus adentros cuando creía que ella no le miraba, y Lidwine supo que se sentía halagado.

Por suerte, condujo con tanto esmero como en el viaje de ida. Un rato después, aparcó frente a la residencia y se bajó con rapidez para ayudarla a sacarse el casco. Incluso le colocó bien el pelo mientras ella le miraba con timidez.

—Muchas gracias.

Él asintió con la cabeza, sin saber muy bien qué decir.

—Bueno... —empezaron los dos a la vez y se echaron a reír.

—Tú primero —dijo Lidwine.

—No, tú primero —replicó él, negando con la cabeza.

Ella dudó unos instantes, incómoda.

—La noche ha estado muy bien. Si no fuera por lo que ha sucedido...

—Sí, lo sé —asintió él, desviando la vista—. Siempre que nos vemos ocurre algo. Tal vez es un aviso para que te deje tranquila.

Soltó una carcajada cínica mientras se encogía de hombros y le dio un puntapié flojo a la moto.

—No digas eso —exclamó, tomándole del brazo. Él la miró y Lidwine le sonrió—. Quiero que seamos amigos. La próxima vez te llamaré yo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Ruben la miró muy serio, como si dudara de su palabra después de tantos incidentes. Ella le besó en las mejillas, tan deprisa que, sin querer, sus labios se rozaron unos instantes al girar las caras, pero ninguno de ellos dio muestras de haberlo notado.



—¡Hasta pronto!

—Venga, hasta luego... Y no te preocupes. Seguro que la persona que te ha empujado lo ha hecho sin querer.

—Puede ser —asintió ella—. ¡Cuídate!

«Y una mierda, sin querer», pensó mientras entraba en la residencia y le decía adiós con la mano por última vez. «O quizá he tropezado, no te fastidia...»

No entendía lo que ocurría. Intentaban robar el espejo del banco y en las cámaras de seguridad no aparecía nadie; un supuesto camarero la encerraba en un almacén, luego se esfumaba sin dejar rastro y nadie parecía siquiera haberle visto jamás; cogía el espejo y veía cosas que no existían; la empujaban desde lo alto de la Torre Eiffel y la gente creía que había tratado de suicidarse.

¿Estaba volviéndose loca? ¿Por eso veía cosas que nadie veía? ¿Por eso tenía extrañas alucinaciones y se le aparecían fantasmas allá donde no había nadie? Era frustrante y enloquecedor.

Con un suspiro, jadeante por la subida a pie hasta su cuarto, introdujo la llave en la cerradura y entró sin hacer ruido. Para variar, Cécile había vuelto temprano y estaba durmiendo. Como no había encendido la luz, avanzó a tientas por la habitación, dejó el bolso sobre una silla y se despojó rápidamente de la ropa, arrojándola de cualquier modo contra el suelo.

Cuando se sentó en la cama para ponerse el pijama, algo áspero le rozó las piernas desnudas. Intrigada, palpó la colcha hasta encontrar una hoja de papel sobre la cual se había sentado sin querer. ¿Se la habría dejado Cécile?

Procurando no tropezar en la oscuridad, se dirigió hacia el lavabo. Una vez dentro, cerró la puerta y encendió la luz. Dejó el pijama sobre la encimera y alisó la nota para leerla antes de cambiarse, pues algo le había llamado la atención: la torcida escritura en rotulador rojo no se parecía en nada a la elegante caligrafía de Cécile.

*«Hola Lidwine:*

*Hoy he estado cerca de ti, tan cerca que incluso me he permitido darte un empujoncito. Lástima que un buen samaritano haya impedido tu salto mortal al vacío. Mi primer intento también fue un fracaso: no conté con que llevarías el espejo contigo.*

*Por desgracia, mi paciencia se está agotando, y te aseguro que no*

*fallaré la próxima vez. ¿No has oído aquello de que a la tercera va la vencida...?*

*Más te vale ir con cuidado, Lidwine. Tal vez no valga la pena jugarse la vida por una estúpida reliquia familiar, ¿no crees? Tu madre tenía otro punto de vista... Espero que no acabes como ella.*

*Pronto volverás a saber de mí.*

*Con cariño,*

*Yo.»*

Lidwine dejó caer la nota, que pareció permanecer suspendida en el aire durante una eternidad antes de caer aleteando. Ella misma dejó resbalar su espalda por la pared hasta acabar en el suelo, temblando de forma convulsiva.

No estaba equivocada, ni se había imaginado nada.

Alguien había intentado matarla. Y la próxima vez no fallaría.

## CAPÍTULO 17

—O sea, me estás diciendo que casi te tiran desde lo más alto de la Torre Eiffel justo en el momento en el que ese payaso se había esfumado de forma sospechosa, ¿no? —soltó Grégory, haciéndose crujir los nudillos.

—Sí, más o menos —musitó Lidwine, apoyando la frente en la mano y mirando la concurrida calle a través de la ventana que quedaba a su derecha.

Era sábado por la tarde, el día siguiente al incidente de la torre, y había quedado con Grégory en una cafetería cercana a la residencia.

Afuera, el crepúsculo teñía el paisaje de tonos púrpuras y anaranjados, creando una atmósfera mágica que, sin embargo, se veía amenazada por la presencia de unos nubarrones acercándose inexorables por el oeste. En las copas de los árboles centelleaba la escarcha, y de las bocas de la gente que paseaba por la calle emanaban nubecillas plateadas, dando la impresión de que todos estaban fumando.

Grégory asintió apretando la mandíbula y dio un largo sorbo a su café. Lo dejó sobre el platillo con un golpe seco que sobresaltó a Lidwine, absorta en el paisaje que veía por la ventana.

—Bueno, ¿y qué hacías con ese tipejo, si puede saberse?

—Eso es lo de menos ahora mismo.

—Ah, ya veo... Vamos, que soy tu novio y ni siquiera tengo derecho a saberlo.

Lidwine le tomó de la mano para calmarle.

—Tú también quedas a veces con Dorine y yo no os digo nada.

—Eso es muy distinto... —comenzó Grégory, pero ella le interrumpió con sarcasmo.

—¿Distinto? Claro, es verdad. Ruben no fue mi amor platónico durante años, ni tampoco el primer tío con el que me acosté.

Le miró con dureza y su novio, avergonzado, le hizo un gesto para que bajara la voz, pues un grupo de ancianos de la mesa más cercana a la suya se había girado a mirarles con reprobación.

—Supongo que tienes razón —masculló a regañadientes—. De todos modos, ¿acaso te cae bien?

—No es tan malo como todos pensáis —declaró Lidwine, con un ardor que a ella misma le sorprendió. ¿Por qué sentía tantas ganas de

defenderle? A fin de cuentas, ella también sospechaba de él—. Estaba aburrida y fuimos a dar una vuelta, nada más.

—No me hace ninguna gracia que salgas con ese tío, y aquí ya no entran los celos —replicó Grégory, molesto.

Se pasó la mano por el abundante cabello rubio frunciendo el ceño, con lo cual su rostro adquirió una infantil expresión de enfado.

—Bueno, pues a mí tampoco me hace gracia que tú vayas con ese pendón de Dorine, y aquí sí intervienen los celos —contraatacó Lidwine malhumorada, dando golpecitos en el plato con la cuchara.

A Grégory se le escapó la risa y estiró el brazo para acariciarle la cara.

—¿«Pendón»? ¿El macarra de Rupert ha estado enseñándote algo de su vocabulario o qué?

—Anda, calla —gruñó ella y, con un orgullo que no sabía de dónde venía, añadió—: Y es Ruben.

—Bah, como se llame. —Apático, Grég se puso a remover el café. Entonces clavó sus ojos azules en ella, con esa mirada que siempre conseguía dejarla sin respiración—. ¿Y qué piensas hacer respecto al espejo?

—¿Hacer? —Mordisqueó su croissant y se encogió de hombros—. No voy a hacer nada. ¿A qué te refieres?

—¿Qué me dices de la amenaza?

—No voy a darle a ese cerdo la satisfacción de reconocer que me da miedo... —Alzó la barbilla y apretó los dientes—. Tan solo extremaré las precauciones.

—No sé si es sensato que seas tan valiente —dudó él, sacudiendo la cabeza. Tomó sus dos manos entre las suyas, grandes y cálidas—. En todo caso, ya sabes que me tienes aquí para protegerte.

Lidwine sonrió y miró su rostro franco e inocente con cariño. Le encantaban sus pícaros ojos azules, aquellos alborotados rizos rubios que siempre olían a bebé y sus labios dulces. Se fijó en lo bien que le quedaba la ropa: tejanos ajustados, jersey blanco de Ralph Lauren y zapatos italianos. Pero lo mejor de todo era su ansia por protegerla. Con él jamás sentía miedos ni dudas.

Con Ruben, en cambio, todo eran dolores de cabeza. Entonces, ¿por qué las citas con él se le hacían tan interesantes... y perturbadoras? ¿Sería por la emoción del riesgo? ¿Por lo diferente que era de su novio?

Cuanto más pensaba en ello, más confusa se sentía. Por eso prefirió olvidarse de todo y abstraerse en los hermosos ojos azules de Grégory,

dejándose envolver por sus palabras de cariño y su delicioso aroma.

—Vamos a dar una vuelta —exclamó él, poniéndose en pie y recogiendo su parka del asiento—. Estoy empezando a agobiarme, hace demasiado calor aquí dentro.

—Muy bien.

Lidwine se enfundó el abrigo de paño y le siguió hasta la barra, donde el chico pagó sus consumiciones. Después ambos salieron al húmedo exterior, respirando con fruición el aire frío.

—Gracias por invitarme.

Le sonrió y ambos se tomaron de las manos enguantadas. Grégory la miró con su cariñosa sonrisa y, parándose al abrigo de un portal, le estiró del brazo para atraerla hacia sí.

—De nada...

La besó con ardor hasta que ella se apartó con una risita. Justo cuando ambos retomaban la marcha, encogidos por el frío, estuvieron a punto de chocar contra dos personas que venían de frente. Lidwine frenó en seco al reconocerlas y la sonrisa se esfumó de su rostro.

—Vaya, ¡qué agradable coincidencia! —exclamó una voz femenina.

Dos ojos verdes y helados se clavaron en los suyos. Pronunció el adjetivo de un modo que parecía indicar todo lo contrario de lo que significaba.

Se trataba de Charlène, la bibliotecaria. El hombre que la acompañaba era monsieur Bourgeois, de la tienda de antigüedades.

—Buenas tardes, mademoiselle Fontaine —agregó el anciano con voz suave, inclinando la cabeza y dedicándole su inocente sonrisa.

Lidwine le hizo un gesto y volvió a fijar la mirada en Charlène, quien la contemplaba con una sonrisa extraña en los labios.

—Mi prima me contó el otro día que tú y ella sois amigas. —Su voz sonó fría y musical como el tañido de una campana.

Encendió un cigarrillo haciendo pantalla con las manos para protegerse del viento. Dio una larga calada y expulsó el humo a un lado, centrando de nuevo la vista en Lidwine. Grégory y el anticuario miraban a una y a otra alternativamente, desconcertados ante la tensión que flotaba entre ambas.

—Bueno, compañeras, más bien —puntualizó con una vaga sonrisa.

Charlène asintió con una mirada burlona en sus ojos transparentes. Tras unos instantes en silencio, preguntó con voz silbante:

—¿Qué tal tu investigación sobre el espejo?

A Lidwine le pareció que hasta la atmósfera contenía la respiración. Incluso Grégory dio un paso atrás y el anticuario miró a Charlène con los celestes ojos muy abiertos, rascándose la poblada barba blanca.

—Bien, gracias —replicó sin dar más detalles, y tiró a Grégory del brazo—. Disculpa pero tenemos un poco de prisa. Ya nos veremos en otra ocasión.

Justo cuando iba a pasar por su lado, Charlène la retuvo con una mano que parecía de acero y la miró de cerca, tomándose su tiempo. Lidwine sintió sus aceradas uñas clavándosele en la piel, incluso a través del abrigo, pero no le dio el gusto de saber que le estaba haciendo daño.

—Saluda a mi prima cuando la veas —susurró, con una sonrisa que ponía los pelos de punta.

La joven asintió y se apartó para soltarse de sus garras.

—Lo haré —masculló en el mismo tono de voz—. Hasta otra.

—Sí... hasta pronto —contestó Charlène sin abandonar su helada sonrisa, que parecía habersele congelado en el rostro. Con retintín, añadió—: Y cuídate...

Sin girarse a mirar atrás, Lidwine arrastró de la mano al aturdido Grégory y gritó por encima del hombro:

—¡Hasta la próxima, monsieur Bourgeois!

Su respuesta le llegó ya de lejos:

—¡Un placer, mademoiselle Fontaine!

Angustiada, la joven aceleró el paso. ¿Acaso estaban confabulados entre ellos? Aquello era una locura, el señor Bourgeois no parecía capaz ni de matar a una mosca... ¿O tal vez sí?

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Grégory alucinado, sin aminorar la velocidad. Iban tan deprisa que ya casi llegaban a la residencia.

—No tengo ni idea —musitó Lidwine, temblando en su abrigo y colocándose bien la bufanda. Hizo una pausa y se giró para mirarle con sus grandes ojos muy abiertos—. ¿No ves un poco raro que estuvieran precisamente aquí, tan cerca de la residencia de estudiantes? Dudo que sea una coincidencia.

—¿Qué quieres decir? —replicó él, aún más sorprendido. Se detuvo y la cogió de los hombros—. Espera, ¿sospechas que esos dos podrían tener algo que ver con las amenazas y todo lo demás?

—No lo sé —murmuró ella, reanudando la marcha. Meneó la cabeza

y hundió las manos en los bolsillos—. Ya no sé nada, ni de quién puedo fiarme...

Grégory hizo una mueca de consternación y la precedió en la entrada a la residencia para sujetarle la puerta.

Tras echar un vistazo a la creciente oscuridad que quedaba a sus espaldas, Lidwine se apresuró a deslizarse en el cálido y luminoso interior.

\*\*\*

El barrio de Montmartre, delimitado por la importante figura del Sacre Coeur, bullía de actividad en la apacible tarde de aquel viernes.

Por sus empinadas cuestas y curvas paseaba gente de todas las edades y países, y las tiendas de recuerdos rebotaban de curiosos. Estos, mirando aquí y allá, trataban de distraerse aquella soleada tarde, más propia de primavera que de otoño. El tiempo por fin había mejorado y el sol centelleaba en lo alto del cielo azul intenso, bañando de luz las bulliciosas calles.

Por todas partes, hábiles pintores retrataban a sonrientes turistas, y las pintorescas cafeterías estaban llenas, sobre todo las terracitas al aire libre. Decenas de palomas blancas picoteaban en las plazoletas y, cuando se acercaba una multitud de gente, alzaban el vuelo al mismo tiempo, planeando sobre la pacífica brisa.

Contagiada de aquella agradable paz, Lidwine cerró la puerta de su Mini Cooper rojo y activó el seguro con el mando automático. Tras oír el satisfactorio *bip bip*, dio media vuelta y echó a andar a buen paso, mirando con atención los números de la calle. Buscaba la casa de Ruben, con quien había quedado.

Tal y como le había prometido, había sido ella quien le había llamado aquella vez, nada más salir de la última clase de la semana. No tenía ningún plan para aquella tarde: una camarera del restaurante donde trabajaba Grégory había caído enferma, de modo que le habían pedido que hiciera también el turno del mediodía.

En el último minuto, Lidwine decidió llamar a Ruben por si le apetecía ir a dar una vuelta. Por supuesto, primero informó a Grégory, pues no quería que hubiera secretos entre los dos. A su novio la noticia le sentó como un tiro, pero trató de disimularlo. Se animó un poco cuando Lidwine insinuó que el objetivo de la cita era vigilar a Ruben más de cerca, dado que ella también sospechaba de él.

Y allí estaba: de punta en blanco —como siempre que quedaban, aun cuando desconociera el motivo—, con el corazón latiendo como un tambor contra su desbocado pecho. Vestía blusa de algodón y encaje *nude*, falda tubo de color ciruela y zapatos negros de tacón alto atados al tobillo.

«Estaré la mar de mona, pero me estoy muriendo de frío», pensó con sorna.

¿A quién se le ocurriría vestirse con aquellas casi inexistentes medias transparentes y falda en pleno noviembre? A ella, como no. ¿Por qué iba a la universidad calzada con zapatillas deportivas y tejanos, pero se arreglaba con tanto esmero para Ruben? Había utilizado incluso su embriagador perfume *Pure Poison* de Dior, que solo guardaba para ocasiones especiales.

«Debe de ser una reacción rebelde a la severidad y contención que han caracterizado toda mi vida», se dijo para sí, convencida, y aquella absurda justificación contribuyó a que se sintiera mejor.

Interrumpió sus cavilaciones al darse cuenta de que había llegado al edificio donde vivía Ruben. Antes de que pudieran surgirle nuevas dudas, llamó con decisión al interfono. La voz desganada —sensual, a pesar de todo — que ya comenzaba a conocer respondió al instante:

—¿Lidwine?

—Sí, ya estoy aquí.

—Genial, ahora mismo bajo.

Con una sonrisa nerviosa, la chica se apartó de la puerta y se apoyó contra la pared mientras le esperaba.

En realidad, él había querido ir a recogerla con la moto a la residencia, como en su anterior cita, pero Lidwine se había negado, aunque no le había dicho sus motivos: era imposible separar las piernas con aquella falda tan ajustada, y le daba terror hacerse una carrera en las medias. Por otro lado, el elaborado moño colmena que la diestra Danielle le había hecho durante el descanso entre clases aquella misma mañana no sobreviviría al casco.

De haberle dicho la verdad, lo más seguro era que Ruben se hubiera desternillado —ya casi le oía decir «señorita pija» o «finolis» con su malévola sonrisa—, de modo que había decidido ser ella quien pasara a recogerle. A fin de cuentas, iban a dar un paseo por Montmartre, el barrio en el que él vivía: era ridículo que el chico se desplazara hasta la residencia para volver luego al mismo sitio.

Mientras esperaba, Lidwine contempló con interés el edificio. Viejo



pero no exento de encanto, estaba repleto de balcones de hierro forjado que daban a la angosta calle, en los cuales la profusión de cachivaches y flores ponía la nota de color.

Contó los pisos para localizar el balcón de Ruben, que resultó ser su preferido: las persianas —contra las que descansaba una reluciente bicicleta roja—, estaban pintadas de un vivo color azul, y entre los barrotes de la barandilla asomaba un caos de plantas, cuyas hojas bailaban alegres al viento. No le dio tiempo de examinarlo más a fondo pues en ese momento él salió por la puerta.

—¡Hola! —exclamó, acercándose a ella con su habitual sonrisa.

Lidwine se la devolvió y, por un momento, se quedó aturdida, mirándole con expresión bobalicona, hasta que se dio cuenta de que ambos se contemplaban igual.

Aquel día Ruben estaba más arrebatador que nunca: llevaba un tres cuartos negro, pantalones estrechos del mismo color y botas Doc Martens. Una ligera sombra de barba cubría su rostro de marcadas facciones, como talladas a golpe de cincel, y sus rizos se veían tan perfectos como siempre. Al inclinarse para saludarla, Lidwine percibió su perfume, que le hizo pensar en menta y bambú.

—¿Cómo estás? —preguntó, correspondiendo a sus cálidos besos en las mejillas.

—Genial. ¿Y tú? Guapísima, por lo que veo. —La miró de arriba abajo y ella bajó la vista, avergonzada.

—Tú también —farfulló no sin esfuerzo, con las mejillas arreboladas.

Él parecía encantado con su incomodidad y, bajo la directa luz del sol, sus iris relucían como caramelo líquido. Se rió, satisfecho, y le pasó el brazo por los hombros, apretándola contra sí.

—Vamos a por ese paseo. ¿Dónde anda Míster pelo Pantene? —inquirió con sorna, mientras se abrían paso entre la gente que circulaba por la empinada calle.

Ella puso los ojos en blanco.

—Tiene turno doble en el restaurante, así que no muy bien, supongo. Pero hablemos de ti. ¿Qué tal hoy en la cafetería?

—Un asco. —El chico meneó la cabeza.

Se puso las gafas de sol, adoptando de inmediato ese aire tan chulesco que fascinaba a Lidwine. Entre la gente que desfilaba con sus ropas coloridas, el atuendo oscuro de Ruben destacaba de forma chocante.

—Demasiados maleducados... Te lo puedes imaginar. Gente que se queja si no les preparas el puto café exactamente como quieren. ¡Como si tuviera tiempo para tanta chorrada cuando tengo otros tropecientos clientes esperando en la barra! Que si con mucho café y poca leche, que si descafeinado sin espuma y la cantidad exacta de no sé qué... Una buena panda de tocacojones.

Lidwine se echó a reír.

—Bueno, cuando tu grupo sea famoso ya no tendrás que servir más cafés a viejos gruñones. ¿Cómo os va, por cierto?

—Bastante bien —contestó Ruben, mientras entraban una tienda de camisetas y paseaban entre las atestadas estanterías—. De hecho, de aquí un mes actuamos en otra sala, en una discoteca que está cerca de Les Invalides.

—¡Qué guay! Pues ya me avisarás y os voy a ver.

Sorprendido, él dejó caer la camiseta que estaba mirando y se giró.

—¿En serio vendrías?

—Claro —asintió ella, pasándole la mano por el brazo—. Somos amigos, ¿no?

Él le sonrió por toda respuesta, aún sorprendido.

Cuando salieron de la tienda, Lidwine ahogó una exclamación y le agarró del brazo, señalando el establecimiento que tenían enfrente.

—¡Un local de piercings y tatuajes! De pequeña quería un pendiente en el ombligo... —Se echó a reír—. Me entró la fase rebelde a los trece, porque algunas compañeras del colegio lo llevaban, pero Béatrix no quiso ni oír hablar del tema. Al parecer, una señorita bien educada no se perfora el cuerpo. —Meneó la cabeza, irónica—. Menuda tontería.

—Oye, ¿y por qué no te lo haces ahora?

—¿Estás loco? —exclamó Lidwine horrorizada, apartándose de él—. ¡Eso fue hace siglos! Además, a Grég le daría un ataque, y no digamos ya a Béatrix... Ambos odian los piercings y ese tipo de cosas. Creen que es propio de gente inculta y barriobajera.

Enrojeció al recordar que Ruben llevaba pendientes, por no mencionar el tatuaje del brazo. Sin embargo, él esbozó una sonrisa torcida.

—Pues que me lo digan a mí. Menudo par de carcas...

—Supongo que tienes razón —Ella se encogió de hombros y le tiró del brazo—. Venga, sigamos.

—Ni hablar. —La arrastró hacia la tienda, tozudo—. Te lo vas a hacer.

—¿Qué? ¡No! ¡Suéltame! —gritó Lidwine, resistiéndose.

—Escucha, te lo voy a pagar yo. Tómatelo como un regalo adelantado de cumpleaños. Así no podrán quejarse cuando les digas que no ibas a rechazar un regalo de un amigo, ¿no?

—Pero... ¿y si se me contagian algo con la aguja?

—Es donde yo me hice el tatuaje. No hay sitio más limpio y serio.

—No sé, no me fío...

—Créeme, conozco a los que trabajan aquí y son muy buenos — insistió, viendo que ella parecía más convencida—. Venga, vive un poco, tía.

Mientras la chica seguía protestando —aunque cada vez con menos brío—, Ruben la condujo al interior del local. Veinte minutos después salían de nuevo a la calle, él con aire preocupado y Lidwine muy blanca.

—¿Te encuentras bien ya?

Ella asintió con la cabeza, agitando la mano para restarle importancia.

—Sí, sí, tranquilo, ya se me está pasando el mareo. Dios, no veas cómo dolía. ¡Ha sido horrible!

—Ahora me sabe mal haberte obligado...

—No habría entrado de no haber querido. Además, me encanta —le aseguró, apretándole con fuerza el brazo—. El dolor ha valido la pena, en serio. Y te agradezco el regalo. —Hizo una ligera pausa y resopló entre risas—. Desde luego, Béatrix va a matarme cuando se entere...

—¡Bah!—exclamó él, desdeñoso. La miró de forma malévola y preguntó—: ¿Me dejas verlo?

—No puedo —replicó ella con idéntica expresión—. Me lo ha tapado con una venda para que no me roce con la ropa.

—No jodas, si todo esto ha sido solo para verte el ombligo... — bromeó.

—Venga ya. —Se echó a reír—. Tendrás mil oportunidades de verlo.

—¿Eso significa que planeas verme más? —tanteó él, juguetón.

Ella le pellizcó el brazo y le empujó.

—Claro que sí, tonto. Y ahora tira, que llevamos tres horas plantados aquí...

—Nena, lo hacía por ti, creyéndote mareada... —exclamó él sonriente, empeñado en decir la última palabra, y se apresuró a escapar antes de que ella le diera una colleja.

Mientras paseaban entre las paraditas y los artistas, con el cielo azul sobre sus cabezas y los rayos del sol acariciándoles la piel, Lidwine se sintió

más cómoda de lo que había estado en mucho tiempo.

Le encantaba el modo en que los rizos de Ruben relucían con algunas hebras cobrizas, la manera en que la tomaba de la mano o de la cintura de vez en cuando, con despreocupación. Le gustaban sus ideas, su manera de expresarse y lo cariñoso que podía llegar a ser, pero también la atraía su lado sinvergüenza, el modo en que la provocaba todo el rato para hacerla enfadar.

Cuando ya llevaban cerca de una hora paseando y bajaban por una de las cuestas de Montmartre, Ruben señaló uno de los pintores que hacían retratos a los turistas. La calidad de sus obras, expuestas a sus pies, era extraordinaria.

—¿Por qué no pides que te hagan un retrato? Sería un buen recuerdo y podrías enseñárselo a Béatrix.

—No sé, me da un poco de vergüenza —dudó Lidwine, parándose a mirar los cuadros, prendada por lo bellos que eran.

El artista la observó con interés.

—Hago retrato a la señorita por solo treinta euros —anunció con marcado acento italiano. Tenía la piel muy morena y unos sorprendentes ojos azules.

Ella alzó las cejas y se inclinó hacia Ruben.

—¿No es un poco caro? —susurró, escandalizada.

—La mayoría te cobraría más—contestó él en voz baja—. Se aprovechan todo lo que pueden de los turistas... pero creo que en este caso merece la pena.

Lidwine se lo pensó unos instantes. Mientras tanto, el pintor no despegaba los ojos de ella. Al final, se encogió de hombros.

—Está bien.

Le pagó los treinta euros y el hombre se guardó el dinero. A continuación le señaló el taburete y Lidwine se sentó, colocándose bien la falda.

—¿Qué desea la *signorina*? —El pintor sonrió, mostrando unos dientes muy blancos, que resaltaban en la morena tez—. ¿Retrato? ¿Caricatura?

—Un retrato, por favor.

—Muy bien. Quedará *bellisima*, ya verá.

Lidwine se quedó inmóvil mientras el artista trazaba los primeros grandes rasgos y Ruben contemplaba la obra por encima de su hombro.

—Oye —dijo de repente—, acabo de recordar que mi madre quería

que le comprara unos sellos en el estanco. ¿Te importa si me paso ahora, aprovechando que te está dibujando? Será solo un momento.

Ella asintió, moviéndose lo mínimo para no importunar al artista. Ruben le sonrió y echó a caminar a paso rápido. No tardó en perderse entre la serpenteante masa de gente que se movía arriba y abajo.

Unos veinte minutos después, el chico todavía no había vuelto y Lidwine, medio amodorrada por estar quieta tanto rato, había dejado que su mirada se perdiera en el vacío y que sus pensamientos vagaran libres.

Poco a poco, fue invadiéndola una curiosa sensación de bienestar, como si flotara, y le pareció que los contornos del artista se difuminaban. Sorprendida, enfocó la vista y comprobó que incluso la calle se había envuelto en aquella extraña neblina.

Tratando de no mover demasiado la cabeza para no arruinar el retrato, miró a su alrededor. ¿Qué diablos les ocurría a sus ojos? ¿O era posible que la niebla apareciera de ese modo en un día soleado?

Apretó el bolso contra sí y en aquel instante, sintió como si el espejo le quemara a través del cuero. De golpe, todo su alrededor se desdibujó aún más y la neblina se transformó en una espesa bruma, de modo que ya no podía ver las calles de Montmartre, ni siquiera al artista que la estaba dibujando.

Muy asustada, se puso en pie de un salto y abrió el bolso para sacar la reliquia. Cuando se la acercó al rostro, trató de enfocar la vista en su reflejo, pero este no estaba. En su lugar había un sombrío cementerio y dos figuras sentadas en el suelo. En ese preciso instante, sintió que una poderosa fuerza tiraba de ella... y cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, seguía sentada en el taburete, pero todo había cambiado. El paisaje que la rodeaba era el del cementerio que había visualizado en el espejo, y la persona que se hallaba frente a ella no era otra que el mismísimo Delacroix, mirándola con una pasión inflamada que le era imposible disimular.

Lo reconoció enseguida, pero no por los retratos que había visto en sus libros de texto, sino porque había dejado de ser ella misma.

Una vez más, se había convertido en su antepasada Jacqueline.

—Bueno, Jacquie —dijo Eugène con una sonrisa satisfecha—. El retrato ya está listo. Espero que te guste tanto como a mí. Lo considero mi mejor obra hasta la fecha.

—¿A ver...? —exclamó Jacqueline, levantándose entusiasmada. Correteó hasta colocarse a su lado.

Al mirar el lienzo la embargó una sensación escalofriante. El retrato era, sin duda, sublime. El uso del color demostraba que lo había pintado un auténtico artista, y su extremo realismo hacía parecer que, con solo alargar la mano, uno podría tocar a la Jacqueline de pintura que aparecía en él.

—Es... es increíble —balbuceó la chica, arrebatada.

Eugène había sabido captar a la perfección su espíritu inquieto y delicado, insuflando vida a los enormes ojos perdidos en la lejanía, pero imprimiéndoles un matiz de terror y tristeza que estremecía el corazón. Aquello, acentuado por el ambiente tétrico del cementerio, le produjo una impresión desagradable a Jacqueline, como si su alter ego estuviera aterrorizada por algo que ella todavía no sabía, pero que acabaría ocurriendo.

Enfadada consigo misma por dejarse llevar por semejantes fantasías, se giró hacia Eugène con una sonrisa.

—Creo que lo llamaré Huérfana en el cementerio, o algo por el estilo —musitó él, reflexionando—. Pero bueno, todavía tengo tiempo para decidirlo.

Jacqueline arrugó la nariz y frunció el ceño.

—Eso suena demasiado deprimente, ¿no? Y además, yo no soy huérfana... bueno, solo de padre.

—Es solo un título —exclamó Eugène, encogiéndose de hombros.

La joven le echó otro vistazo al lienzo y suspiró.

—¡Eres tan bueno pintando...! Ha quedado precioso.

—No es ni la mitad de bello que tú. —El hombre la miró a los ojos, aprovechando su proximidad—. Y si pinto bien, es porque tengo a alguien que me inspira...

Incrédula, ella permaneció muy quieta, su corazón al galope como un caballo salvaje. Entonces él la estrechó contra su pecho y sus labios se unieron con la suavidad del algodón. Aquel virginal primer beso pronto comenzó a tornarse húmedo y apasionado. Jacqueline estaba tirando de Eugène para tumbarse sobre la hierba, cuando él recuperó de golpe el dominio de sí mismo y la soltó.

—Perdóname. —Sin atreverse a mirarla, se puso de rodillas para recoger sus bártulos, diseminados por la hierba—. Lamento mi atrevimiento, yo...

—No hay nada que lamentar —le interrumpió ella, acercándose.

—Sí, Jacquie. Tu madre no se lo merece. Ella confía en mí y yo...yo te quiero demasiado como para hacerte esto. Todavía eres una niña.

Las palabras resonaron en su mente, causándole una pena y frustración inmensas. Sin embargo, los contornos del pintor se estaban difuminando y ella no quería perderle. Ya le había perdido una vez, en un futuro que era al mismo tiempo pasado.

¿Por qué no podía recordarlo?

—¡No te vayas, Eugène! —chilló con lágrimas en los ojos, pero ya no podía verle en medio de la niebla.

Era ella y a la vez no lo era. Sabía que en ese cuerpo, en esa realidad, cometería un error que los separaría para siempre.

Sintió que caía mientras su alma se hacía pedazos.

No obstante, cuando su cuerpo tocó el suelo, lo olvidó todo. Su espíritu volvió a perderse en algún lugar, donde seguiría buscando a su amor perdido... para siempre.

—¡Lidwine! ¡Lidwine! ¿Puedes oírme?

El súbito ruido y luz a su alrededor la aturdieron. Trató de enfocar la mirada, parpadeando frente a los cegadores rayos de sol. Dos siluetas se inclinaban sobre ella a contraluz, con lo cual no distinguía sus caras, pero por la voz parecían preocupados. Al fin, los reconoció: eran Ruben y el artista callejero.

Al recordarlo todo, se incorporó de golpe y le sobrevino un fuerte mareo.

—Confió en quien no debía y, por culpa de eso, perdió su propia vida... y a Eugène —murmuró con la mirada extraviada.

—Lidwine, ¿de qué hablas? —Ruben se arrodilló a su lado y trató de obligarla a enfocar la vista en él—. ¿Qué te pasa?

El artista dio unos pasos atrás, en apariencia asustado. Mostraba una expresión suspicaz ante el comportamiento extraño de la chica.

—No lo sé —farfulló ella muy confundida. A su alrededor, los contornos se perfilaban a medida que pasaban los segundos—. ¿Qué ha ocurrido?

—Esperaba que me lo dijeras tú —replicó Ruben, estupefacto—. Yo acabo de volver y él... —Señaló al pintor— dice que te has quedado como en trance, y que al tratar de reanimarte te has desmayado, pero con los ojos

abiertos. Como si siguieras consciente, pero no pudieras oírle.

El pintor se encogió con un escalofrío y susurró en su francés macarrónico:

—Tumbada, sin moverse, con ojos abiertos. Yo asustado, parecía...

—¿Qué es eso? —le interrumpió entonces Ruben.

Señalaba la mano derecha de Lidwine, que aún sostenía el espejo por el mango de plata con incrustaciones de brillantes.

—Nada...—musitó ella. Reparó en la codiciosa mirada del artista y lo apretó fuerte contra el pecho.

—*Le Miroir des Merveilles*... —La miró muy serio, como evaluándola—. Ella no mencionó que usted lo tenía.

Lidwine se puso en pie de un salto, despierta ya del todo, y deslizó el espejo en su bolso antes de encararse con el pintor.

—¿*Le Miroir des* qué? ¿De qué está hablando? —exclamó, haciéndose la tonta—. ¿Y quién es «ella»?

De repente, el artista se puso furioso. Miró alternativamente a los dos jóvenes, sus ojos lanzando chispas, y se les acercó como si fuera a pegarles.

—¿Qué significa esto? ¿Es una broma?

—Pero, ¿qué...? —comenzó Ruben, con una cómica mueca de desconcierto.

—Largo —exclamó el italiano en voz baja pero firme. Con manos temblorosas, colocó el retrato terminado en manos de Lidwine y levantó el puño con el rostro desencajado—. ¡Fuera de aquí!

Antes de que Ruben pudiera reaccionar o siquiera comprender lo que estaba pasando, Lidwine echó a correr como poseída por el diablo por la calle, agarrándole de la mano para arrastrarle con ella, mientras los gritos del italiano se iban perdiendo en la lejanía y la gente a su alrededor murmuraba, volviendo la cabeza al verles pasar.

Cuando ya se habían alejado lo suficiente y estaban en los límites de Montmartre —muy cerca del Moulin Rouge—, Ruben la obligó a detenerse. La tomó por los hombros y se le encaró.

—¿Me puedes explicar de qué iba todo eso?

Lidwine tardó unos segundos en responder.

—Ese espejo es una vieja reliquia familiar —explicó sin mentir, pero tratando de no entrar en detalles. Se secó el sudor de la frente con la manga y prosiguió—: Pero no sé de qué hablaba ese hombre ni por qué se ha puesto así. ¡Debe de estar loco! En cuanto a mi desmayo... bueno, aún estaba



mareada por lo del piercing y llevaba un buen rato con el sol dándome de lleno, así que...

—Pero, ¿por qué hemos salido huyendo de esa forma? —insistió Ruben, poco satisfecho con su respuesta—. ¿Y de quién hablaba ese tío?

—Ruben, no lo sé —repitió hastiada.

Reanudaron la marcha por las sinuosas calles. Se hacía tarde y el crepúsculo asomaba ya por el horizonte, tiñendo de rosa y púrpura el cielo. Un viento frío se levantó en torno a ellos, mientras a lo lejos tocaban siete campanadas.

Lidwine se estremeció y sacó su bufanda del bolso.

—No me encuentro muy bien... Me sabe mal, pero creo que debería irme.

—No entiendo por qué todas nuestras citas acaban igual —se quejó Ruben meneando la cabeza, incrédulo.

—Lo siento. —Ella se mordió el labio y le dio un cariñoso apretón en el brazo—. Te prometo que la próxima vez no pasará nada raro.

«O eso espero», se dijo para sus adentros.

Él se encogió de hombros y los dos pusieron rumbo hacia su casa en silencio. Lidwine apenas podía creer lo que acababa de ocurrir. De hecho, aquella tarde habían pasado muchas cosas sobre las cuales debía reflexionar.

Para empezar, el recuerdo en el que se había visto inmersa. ¿Habría experimentado —y por segunda vez, de hecho— aquel «trance» que sufrían sus antepasadas, por el cual muchas de ellas habían sido encerradas en un manicomio?

En todo caso, ¿por qué siempre era Jacqueline a quien veía? Al parecer, la había traicionado alguien en quien confiaba... alguien que había destrozado su vida. ¿Trataba su antepasada, a través del espejo, de advertirla de algo, de evitar que la historia se repitiera? ¿Estarían sus vidas unidas por un lazo invisible?

Y si eso fuera cierto... ¿quién sería la persona que la traicionaría a ella? Sin que pudiera evitarlo, en su mente se dibujó el rostro malicioso de Ruben.

Y es que ese era el segundo interrogante de la tarde. Su amigo le había dicho que iba a comprar sellos, dejándola a solas con el pintor, pero había tardado media hora en regresar. ¿Qué habría estado haciendo en realidad?

¿Y el día de la Torre Eiffel? Una ausencia asimismo justificada, pero

igual de sospechosa, justo cuando alguien trataba de arrojarla al vacío.

Siempre que estaba con él sucedían cosas extrañas: el encierro en el almacén, el encuentro cerca del Sena...

La cabeza le daba vueltas. Ya no sabía si podía confiar en él. No sabía nada.

Y por otro lado, estaba el enigma del pintor. ¿A quién se referiría cuando dijo «ella»? ¿Sería la misma persona que había tratado de robarle el espejo en diversas ocasiones?

Por otro lado, ¿por qué confiarle a un pintor cualquiera de Montmartre información tan valiosa? Era imposible que nadie supiera de antemano que iba a hacerse un retrato, y mucho menos que acudiría precisamente a ese artista.

En aquel momento, el rostro de Ruben se le apareció de nuevo y recordó sus palabras: «¿Por qué no te haces un retrato? Sería un buen recuerdo y podrías enseñárselo a Béatrix». Había sido él quien se lo había propuesto, señalando a ese pintor en concreto... Los interrogantes en torno a su amigo eran ya demasiados, y hasta que aquel asunto no se aclarara, no podría confiar en él.

—Oye, ¿y el retrato? —exclamó el chico de repente, girándose a mirarla.

Lidwine iba un poco por detrás de él, perdida en sus pensamientos.

—¿Cómo? —replicó como ausente, y entonces cayó en lo que le estaba preguntando.

Desde que había salido huyendo como locos no había tenido tiempo de mirar el lienzo, que llevaba apretujado en su puño derecho. Se detuvo al lado de su amigo y procedió a desenrollarlo.

Una vez desplegado, ambos se inclinaron sobre él, tratando de comprender lo que veían sus ojos. Ruben se mostró confundido al mirar la imagen; Lidwine, en cambio, captó enseguida de qué se trataba, y el corazón comenzó a latirle de forma dolorosa.

—Cielo santo —musitó, aferrando con tanta fuerza el lienzo que lo arrugó por los bordes.

—Esa no eres tú —observó Ruben frunciendo el ceño—. Os parecéis mucho... pero no sois la misma persona.

—Claro que no somos la misma persona —susurró Lidwine, temblando como una hoja.

El retrato, trazado en carboncillo por una mano magistral, mostraba a

una chica en primer plano. En la esquina inferior derecha, el artista había firmado con sus iniciales: «E.D.» A Lidwine no le hicieron falta los detalles del paisaje ni la expresión aterrorizada de la joven para reconocerla: se trataba de Jacqueline, y el cuadro al que imitaba no era otro que «Huérfana en el cementerio», cuyo momento exacto de creación acababa de revivir aquella tarde mientras la pintaban.

—Lidwine, ¿qué pasa? Te has quedado blanca. Ven, apóyate en mí.

La tomó con cariño de la cintura, y ella se apoyó en él, obediente, sintiendo cómo su cuerpo cálido y fuerte la sostenía. A pesar de todas sus dudas, algo le decía que podía confiar en él.

—Ruben, esto es muy grave —musitó, tratando de evitar su mirada—. Mira, no puedo explicártelo ahora mismo, pero...

—¿Explicármelo? ¿Entonces sabes de qué va esto? —la interrumpió, entre triunfante y enfadado.

—No hay tiempo para hablar de eso —insistió Lidwine volviendo a enrollar el dibujo—. Tenemos que volver ahora mismo a la Place du Tertre. Ese hombre no era una persona cualquiera. Sabe cosas sobre mí... cosas que no debería saber.

Ruben la contempló en silencio, muy serio y sorprendido, sin saber qué decir. Al final, meneó la cabeza y señaló:

—Se está haciendo de noche. Lo más probable es que todos los pintores se hayan largado. Dudo mucho que le encontremos... y menos aun teniendo en cuenta lo que ha pasado.

—Da igual, tenemos que intentarlo. Vamos, deprisa —le instó ella, dando media vuelta y empujándole hacia delante.

Echó a caminar a paso rápido. Abatido y sacudiendo la cabeza, Ruben se apresuró a seguirla, estremeciéndose en su fina chaqueta de piel.

Durante el recorrido no hablaron demasiado, ya que iban casi al galope. De todos modos, no había mucho qué decir. Lidwine corría con una expresión de determinación grabada en su cara enrojecida, y su amigo le pisaba los talones, sacudiendo la cabeza de vez en cuando con aire confundido.

Cuando al fin llegaron a la place du Tertre, la encontraron prácticamente desierta, excepto unos pocos artistas que estaban recogiendo sus cosas. Ruben miró a la descorazonada Lidwine como diciendo: «Te lo dije».

Sin embargo, al verla tan apagada no quiso rendirse. Se acercó a un

hombre mayor que estaba doblando su caballete y le preguntó:

—Perdone, ¿conoce usted a un pintor de piel morena y ojos azules que ha estado aquí toda la tarde? Firma sus obras con las iniciales E.D.

—Mi trabajo consiste en mirar a los posibles clientes, no a la competencia —le contestó el viejo de muy malos modos, y pasó de largo por su lado, cargado hasta arriba de bártulos—. Disculpe.

Abatido, Ruben dio media vuelta para regresar junto a Lidwine. Justo entonces, un chico negro muy alto que vendía collares y pulseras de colores les hizo una señal con la mano. Intrigados, los dos se acercaron a él y el africano se inclinó para hablarles de forma confidencial. Al parecer, llevaba rato observándoles.

—Creo que yo sí he visto al pintor que están buscando—musitó con marcado acento árabe—. Llevo aquí desde las tres y media de la tarde, más o menos, y le he visto llegar. ¿Era muy moreno, con los ojos azules? —Ambos asintieron vigorosamente y el africano se reclinó hacia atrás, satisfecho—. Me imaginaba que había algo raro, nunca se le había visto por aquí.

—¿No? —exclamó Lidwine sorprendida, acercándose hacia él, ávida de información.

—Qué va —negó el vendedor—. En realidad, no se parece mucho a los otros.

—¿A qué se refiere? —intervino Ruben, encendiendo un cigarrillo y echando el humo hacia atrás para no darle en la cara.

—Pues que no parecía de la misma clase, ni iba vestido de la misma manera, no sé si me explico. Además, usted es la única persona en toda la tarde a quien ha pintado un retrato....

—¿Qué? Esto es alucinante —Lidwine se quedó de piedra, y entonces se dio una palmada en la frente, cayendo en otra cosa—. Dios mío... Disculpe un segundo.

El africano asintió, inclinando la cabeza de forma respetuosa, y ella tiró a Ruben de la manga para alejarle unos metros. Necesitaba hablarle sin que el otro les oyera, ya no se fiaba de nadie.

—Hay algo que no te he contado. La chica que aparece en el cuadro, que obviamente no soy yo, es una antepasada mía, y el caso es que...

—¿En serio? —la interrumpió Ruben, fascinado—. Joder, qué cosa más rara, pero ¿cómo el pintor...?

—El cuadro es famoso —trató de explicarle Lidwine, casi sin respiración—. Se llama«Huérfana en el cementerio» y es obra de Eugène

Delacroix, uno de los pintores más famosos del Romanticismo francés.

—Un momento —exclamó el chico, cayendo en lo mismo que ella—. ¿Eugène Delacroix? ¿E.D.?

—Exacto. Me da la impresión que alguien ha querido gastarme una especie de broma... —«O amenazarme una vez más», rectificó para sí misma—. El pintor quería que me diera cuenta de que sabe quién soy.

—Pero... ¿para qué? ¿Y qué tiene todo esto que ver con el rollo ese que nos ha soltado al final? —inquirió Ruben, cada vez más confuso.

—No puedo decírtelo, pero digamos que tiene relación con lo que ocurrió en el almacén... y en la torre Eiffel. —Lidwine echó una ojeada hacia el chico negro, que no les quitaba el ojo de encima y se giró de nuevo hacia su amigo. Le miró con sus cautivadores ojos muy abiertos—. Ruben, no puedo confiar en nadie, pero estoy en peligro. En grave peligro en realidad.

—Mira, no sé de qué va todo esto, y respeto que no quieras contármelo, pero... —La tomó de las manos y la miró fijamente a los ojos, sin pestañear—que sepas que de mí puedes fiarte. Estoy aquí para lo que necesites, ¿vale?

—No le escuche, mademoiselle —exclamó una voz a sus espaldas.

Una mujer se abrió paso entre ambos, empujando a Ruben de forma que sus manos, entrelazadas con las de la chica, se soltaron.

Se trataba de una gitana rumana de unos cincuenta años, vestida con una falda larga hasta los pies y sandalias pese a estar en pleno noviembre. Iba envuelta en profusión de chales y cendales, adornados con cuentas doradas que tintineaban entre sí. Un colorido pañuelo de raso le ceñía la frente morena, bajo el cual asomaba una larga trenza de cabello negro, veteados de mechones grises.

Miró a Lidwine con sus malévolos ojos verdes y la cogió de la mano antes de que esta pudiera evitarlo, volviéndole la palma hacia arriba. Le sonrió y su rostro, similar al de un viejo mico, se cubrió de una telaraña de arrugas.

—Déjeme que le adivine el futuro. —Procedió a estudiarle las líneas de la mano, mientras la joven trataba de soltarse.

—Lo siento, no es el mejor momento para... —comenzó a decir, pero la gitana palideció y le soltó la mano de golpe, el terror reflejado en sus transparentes ojos.

—Peligro... —musitó, arrebujándose en sus chales con la mirada perdida—. Peligro mortal, mentiras, traiciones, vidas destrozadas por una

tragedia...

Cerró los ojos y por un momento pareció caer en un trance. Cuando volvió a abrirlos, miró a Lidwine fijamente y continuó con voz temblorosa:

—Alguien a quien usted ama la traicionará. Veo mucho sufrimiento en su futuro más próximo... Vaya con cuidado, niña. Vaya con mucho cuidado...

—Bueno, ¡basta ya de gilipollices! —estalló Ruben, intimidando a la gitana con su voz y sus gestos—. ¿No ve que ya está lo bastante asustada? ¿Hasta dónde tiene que llegar para sacar pasta a la gente? ¡Lárguese ahora mismo de aquí o llamo a la policía!

Ante la amenaza del chico, la gitana rumana echó a correr, no sin antes chillar «No confíe en nadie» por encima del hombro, y de hacer un extraño gesto como para alejar los malos espíritus.

Temblorosa, Lidwine se desplomó en los brazos de su Ruben.

—Esto es demasiado —exclamó con la voz estrangulada. Agitó la cabeza y se separó de él, reiniciando el camino de regreso por la bajada una vez más—. Quiero irme a casa antes de que nos encontremos con algún loco más.

Él asintió con aire contrito. Antes de seguirla, le hizo un gesto de despedida al vendedor de collares, que seguía observándoles a pocos metros de distancia. El africano se limitó a agitar la cabeza en su dirección, y después él también desapareció por un callejón.

Regresaron a casa de Ruben de forma apresurada, sin hablar entre ellos. Cuando al fin se detuvieron frente a su portal, Lidwine gemía del dolor de pies por los tacones y temblaba de frío.

—Haces muy mala cara —observó él, preocupado—. ¿Por qué no subes y te tomas un chocolate caliente? No hay nadie en casa, estaremos tranquilos.

—No, gracias —rechazó Lidwine, asustada por lo que podría ocurrir entre ellos si se quedaban a solas—. Estaré bien.

—¿Y si te acompaño a la residencia? —El chico no se daba por vencido.

—Con el coche llego en un momento, de verdad, no te preocupes.

—Como quieras —aceptó él, decepcionado—. Mañana te llamo a ver cómo estás.

—Muy bien —asintió ella, ajustándose la bufanda.

—Y no pienses demasiado en lo ocurrido. Ya te he dicho que no

tengo ni idea de lo que está pasando pero... por favor, cuídate y no dudes en llamarme si necesitas cualquier cosa, ¿vale?

—De acuerdo —asintió Lidwine de mejor humor, sonriendo. Le dio dos besos y agitó la mano en el aire—. ¡Hasta mañana, pues!

—Adiós, Lidwi...

Ruben se quedó apoyado con los brazos cruzados, mirando cómo se alejaba mientras una sombra de preocupación cubría su rostro.

La chica taconeó rápidamente hacia el final de la calle y, antes de doblar la esquina, agitó una vez más la mano en dirección a su amigo, que seguía aún en su portal con la vista clavada en ella.

Cuando por fin llegó al coche, suspiró de alivio. Se deslizó en el frío asiento y se apresuró a encender el motor y conectar la calefacción. Se puso el cinturón de seguridad y salió del aparcamiento sin problema, tarareando la canción que sonaba por su iPod, conectado a los altavoces del coche: *Creep*, de Radiohead.

Cuando llevaba unos diez minutos conduciendo, comprobó extrañada que el coche no parecía aminorar la velocidad cuando apretaba el pedal de freno, aun cuando ya había frenado múltiples veces desde que había arrancado.

—¿Qué narices pasa? —musitó en voz alta, sin apartar la vista de la carretera.

Se acercaba a un semáforo, de forma que probó suerte de nuevo, pero el pedal seguía sin responder. Una sensación de pánico se instaló en la boca de su estómago.

Desesperada, pisó el freno de forma frenética, sin resultados. El cuentakilómetros señalaba que iba a cincuenta por hora, e iba ganando velocidad a causa de la pendiente de la calzada. Si no conseguía frenar, se pasaría el semáforo en rojo en un cruce bastante conflictivo.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, optó por la única alternativa que le quedaba: echar el freno de mano. Sin embargo, al intentarlo descubrió que era incapaz de moverlo. Estaba bloqueado.

—¡Dios mío! —chilló Lidwine aterrorizada, precipitándose hacia el cruce a setenta kilómetros por hora.

Notó como el sabor de la bilis le subía por la garganta. Oyó un coro de bocinas mientras su coche se dirigía como una flecha, imposible de detener, hacia el flujo incesante de vehículos que circulaban frente al semáforo.

Lo último que vio antes del impacto fueron los coches que pasaban a vertiginosa velocidad por delante del suyo. Las bocinas la ensordecieron y todo su cuerpo se puso en tensión. Aferrada al volante, cerró los ojos con fuerza.

Entonces el choque la sacudió como una descarga eléctrica y todo se puso negro.



## CAPÍTULO 18

Cuando Lidwine recuperó la consciencia, lo primero que notó fue una especie de traqueteo. De fondo se oía una estridente sirena y el sonido habitual del tráfico.

Abrió los ojos y la luz eléctrica la deslumbró, atravesándole el cerebro como una cuchilla. Volvió a cerrarlos, sintiendo un intenso dolor de cabeza. Se sentía incapaz de moverse y por unos instantes, el pánico le atenazó la garganta.

¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido?

Entonces recordó el accidente y comprendió que estaba acostada en una camilla, probablemente herida. ¿Sería algo grave? Intentó mover brazos y piernas; aunque le dolían bastante, lo consiguió. Soltó un suspiro de alivio.

Se decidió a tratar de abrir los ojos de nuevo y vio a un chico sentado a su lado. Iba vestido de blanco, como un enfermero. Basándose en el entorno y en el persistente sonido de la sirena, dedujo que se hallaba en el interior de una ambulancia.

De golpe, el recuerdo del espejo la golpeó como un mazazo. ¡Cielo santo, su bolso! ¿Dónde estaría? Estiró el cuello para mirar a su alrededor, pero no conseguía ver nada.

Se giró ansiosa hacia el auxiliar de emergencias, que en ese momento vio que se había despertado.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó con amabilidad, inclinándose hacia ella.

Era un chico joven y pecoso, de chispeantes ojos marrones. A los lados de su boca se dibujaban pequeñas arrugas, como si tuviera tendencia a sonreír.

—Bien... dentro de lo que cabe —contestó ella débilmente. Trató de incorporarse pero apenas podía moverse.

—No, no haga eso —exclamó el auxiliar, apretándole el brazo con cariño—. Permanezca tumbada.

—¿Qué ha pasado? ¿Estoy muy mal? Me duele muchísimo la cabeza.

—No se preocupe, no le pasa nada grave, solo ha sufrido una ligera conmoción. Se ha estampado contra una señal de tráfico y ha perdido la consciencia unos minutos.

—¿Hay heridos? —preguntó Lidwine con ansiedad.

—Por suerte no, y usted no parece haberse roto nada, claro que eso lo constataremos en el hospital. Menos mal que llevaba puesto el cinturón. De no ser por eso y el airbag, el impacto podría haber sido mucho peor. ¿Qué le ha pasado?

—No me funcionaban los frenos —musitó la joven, cerrando los ojos y luchando por recordar todo lo ocurrido. Se sentía confusa, sin fuerzas, y le parecía como si le ardiera el cerebro—. Creo que alguien manipuló mi coche.

—¿Cómo? —El auxiliar frunció el ceño, creyendo que había oído mal.

—Alguien manipuló mi coche —repitió ella impaciente, aún en voz muy baja—. Los frenos funcionaban perfectamente unas horas antes y luego...

—Está bien, será mejor que trate de descansar —le aconsejó el chico, probablemente creyendo que imaginaba cosas debido a la conmoción.

Le faltó poco para resoplar, pero estaba demasiado agotada incluso para eso. Solo acertó a farfullar, antes de sentir que se le cerraban los ojos:

—El bolso, mis cosas... ¿dónde están?

—Aquí mismo, no se preocupe. Ya hemos avisado a su madre de que ha sufrido un accidente. Nos ha dicho que ella se encargaría de telefonar a su novio y a la residencia de estudiantes donde reside.

—Necesito mi bolso —insistió Lidwine, casi al límite de su aguante.

Era como tener a varias orquestas diferentes tocando en uno de sus hemisferios cerebrales, y a un grupo de bailarines zapateando en el otro extremo.

—¿Lo necesita ahora?

—Tengo algo muy importante dentro, algo que no puedo perder —murmuró, intentando enfocar la vista en el auxiliar, aunque apenas podía mantener los ojos abiertos—. Por favor, ¿podrían guardármelo en alguna parte, donde sea, pero sin que esté a la vista de nadie? Y cuando digo nadie, incluyo a mi propia familia y amigos.

El chico la miró estupefacto y se encogió de hombros.

—Como quiera, mademoiselle. Se lo guardaremos en la recepción del hospital y podrá pedirlo en cuanto le demos el alta.

—Muchísimas gracias —farfulló Lidwine, aliviada.

Sabiendo que el espejo estaba a salvo, se rindió por fin al cansancio. Enseguida cayó de nuevo en una cálida y aterciopelada oscuridad, donde nada podría preocuparla durante unas horas.

\*\*\*

Al despertar tardó un rato en volver a recordar lo sucedido y comprender dónde se hallaba. Entre sus recuerdos había fogonazos de luz, enfermeros y médicos moviéndose a su alrededor, haciéndole pruebas mientras ella salía y entraba de su letargo sin apenas ser consciente de nada.

Se encontraba, si cabe, aún más aturdida y somnolienta que antes, y supuso que le estarían administrando algún tipo de sedante por vía intravenosa, ya que llevaba puesto el gotero.

Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad de la habitación, vislumbró una figura sentada en una silla, durmiendo en una posición muy incómoda. La silueta de los rizados cabellos, cuyas puntas rebeldes sobresalían como una aureola de angelito, era inconfundible, así que llamó suavemente:

—¡Grégory!

Se despertó al instante con un sobresalto y se acercó a ella. La tomó de la mano, con la preocupación dibujada en el semblante.

—Lidwine, cariño, ¿cómo te encuentras?

—Estoy algo mejor... pero todavía me duele mucho la cabeza.

—Es comprensible, según me han dicho, el choque fue terrible. Te diste un buen golpe, a pesar del airbag. —Tomó aire y se frotó el rostro—. Cuando me llamaron del hospital, yo... —Se notaba que le costaba seguir. Tragó saliva y volvió a comenzar—: Cuando me llamaron y me dijeron que habías sufrido un accidente... me asusté tanto, fue como estar reviviendo lo mi madre. —Se le escapó un sollozo ahogado y la abrazó, intentando no hacerle daño—. No sé lo que haría si te perdiera, Lidwine. Gracias a Dios que estás bien.

Ella le acarició el cabello, enternecida.

—Claro que estoy bien, tonto. Lo preocupante no es mi estado en estos momentos... sino cómo he llegado a él.

Le apartó con delicadeza y Grégory se sentó en el borde de la cama.

—Supongo que te refieres al accidente, ¿no? ¿Qué diablos pasó?

—Alguien había manipulado mi coche, Grég —declaró Lidwine muy seria—. No funcionaba ni siquiera el freno de mano.

Su novio se quedó boquiabierto y tardó unos segundos en reaccionar.

—No puede ser, es imposible.

—¿Imposible? ¿Tengo que recordarte todo lo que ha pasado durante el último mes? Me dejaron encerrada en un almacén el día de Halloween, intentaron asesinarme en la torre Eiffel... y dejaron muy claro que la próxima vez no fallarían. Podría haberme matado, Grégory. Tuve suerte de chocar contra una señal en lugar de contra los coches.

—Pero, ¿quién? ¿Y cómo?

—No tengo ni idea —admitió ella, pesarosa, y endureció los rasgos—. Lo que está claro es que ya no me fío de nadie. Y para colmo, ha pasado algo muy raro esta misma tarde, antes del accidente...

Le refirió en pocas palabras lo ocurrido con el pintor —obviando la parte de su alucinación, pues no quería sonar como una loca— y el misterioso encuentro con la gitana. Grégory frunció el entrecejo cuando le mencionó la ausencia de Ruben y se levantó de golpe de la cama, dándose una palmada en la frente.

—Dios, ¡fue él! ¿No te das cuenta? —Comenzó a pasearse por la habitación como un león enjaulado—. Mira, el día de la torre Eiffel desaparece y, curiosamente, tú estás a punto de caer al vacío. Hoy quedas con él en Montmartre, se ausenta durante un buen rato, según él para comprar sellos, y cuando subes al coche, ¡te han dejado sin frenos! ¿Es que no lo ves?

—No sé, Grég... —dudó ella, sacudiendo la cabeza—. A pesar de todo, no puedo creer que sea él.

—Porque, por algún motivo que no entiendo, te cae bien —señaló él, furioso—. No quieres ver la realidad.

—No es eso... Es solo que no le veo haciendo algo así, aunque naturalmente, todo es posible —aceptó ella en tono de duda, y se restregó los ojos—. No sé. Me estoy durmiendo, deben de ser los sedantes. Ahora mismo soy incapaz de encontrar una explicación plausible. Solo quiero dormir y olvidarme de este horrible dolor de cabeza...

Grégory suavizó la expresión de su rostro y se inclinó sobre ella para darle un beso en la frente.

—Está bien, perdona que me haya puesto nervioso, pero es que no soporto a ese tío. Duerme tranquila, yo estaré a tu lado por si necesitas cualquier cosa, y Béatrix llegará por la mañana, ¿de acuerdo?

—Gracias, Grég —musitó ella apretándole la mano.

—El espejo está a buen recaudo, espero —dijo él, buscando el bolso por la habitación con la mirada, aunque obviamente, este no estaba allí.

—Sí... No te preocupes por eso. Buenas noches.

—Más bien buenos días, son las dos de la mañana —rectificó el chico, sonriéndole.

—Pues buenos días —se corrigió ella, medio dormida.

Cerró los ojos, pero la hermosa sonrisa de Grégory permaneció flotando en su mente a medida que caía en un profundo sueño.

En lo que le pareció un minuto más tarde, notó una fuerte luz dándole en los ojos. Los entreabrió, tan confusa como siempre, preguntándose dónde estaba, pero enseguida recordó el accidente, y entonces vio el rostro surcado de lágrimas de Béatrix.

—¡Lidwine! —exclamó al ver que se había despertado, secándose las mejillas con mano temblorosa. Se acercó a ella y con delicadeza, la estrechó entre sus brazos—. Cariño, gracias a Dios que estás bien.

—Béatrix, cuánto me alegro de que hayas venido —musitó la chica, escapándosele un sollozo.

La estrechó con todas sus fuerzas y aspiró su caro perfume. La sensación de tener por fin a alguien de su propia familia al lado, después de todo lo ocurrido, provocó que aflorase toda la tensión emocional que llevaba acumulada.

—Cariño, ¿cómo ocurrió? —exclamó, apartándose al fin y tomándola de la mano.

Lidwine trató de incorporarse y Béatrix la ayudó, acomodándole las almohadas para que estuviera más cómoda. La luz de la mañana la obligaba a entornar los ojos y le producía agudos pinchazos en la cabeza.

—Antes necesito saber qué tengo —musitó con voz cascada—. Ayer por la noche me desperté cinco minutos para hablar con Grégory, pero no le pregunté nada.

—No te preocupes, cielo, estás bien dentro de lo que cabe. Como chocaste de lado, te diste un golpe muy fuerte en la cabeza contra la ventanilla, lo cual te provocó un traumatismo craneoencefálico. No es muy grave, pero habrás de permanecer unos días en observación. Aparte de eso, tienes un lado de la cara inflado, donde te diste el golpe... pero ningún hueso roto. La verdad es que es un milagro.

—Me siento como si me hubiera atropellado un camión —gimió Lidwine, palpándose la hinchazón de la cara—. Además, me siento súper mareada.

—Es normal —musitó Béatrix, suspirando—. El golpe fue tremendo.

Tuviste mucha suerte.

—¿Tú crees? Yo no lo veo tan claro —resopló Lidwine. Se tocó la cabeza y notó que llevaba una gasa en el lado izquierdo de la frente. Debía de haberse abierto una buena brecha, pues le dolía más esa parte—. Estoy todo el tiempo como atontada.

—Te están administrando sedantes, por el dolor. Los primeros días tendrás dificultades para mantenerte despierta, pero pronto estarás bien.

—¿Los primeros días? Pero, ¿cuánto tiempo voy a tener que estar aquí encerrada? —Miró a Béatrix con cara de horror.

—Cuatro o cinco días como mínimo, cielo —replicó una voz desde la puerta.

Lidwine estiró el cuello y vio una enfermera sonriente que entraba con una bandeja de comida. Era algo rolliza, con el pelo negro muy corto y hoyuelos en las mejillas, que le daban un aire muy dulce. La ayudó a incorporarse un poco más y le sirvió el desayuno mientras le preguntaba:

—¿Cómo te encuentras?

—No muy bien —musitó haciendo una mueca, mientras estudiaba el contenido de la bandeja con desgana—. Me duele todo y estoy muy mareada.

—Bueno, dale tiempo al tiempo. —La enfermera volvió a sonreírle mientras comprobaba que el gotero estuviera bien colocado—. Procura descansar y comer bien y ya verás que pronto estás otra vez en casa.

—La verdad es que no tengo hambre...

—Eso sí que no —la amonestó la chica, guiñándole el ojo—. Si te quieres poner buena, lo primero que debes hacer es recuperar fuerzas. Tu madre vigilará que te lo comas todo, ¿verdad?

—Sí, desde luego —contestó Béatrix, forzando una sonrisa.

—Muy bien —contestó la chica, que según ponía en un cartelito prendido en su pecho, se llamaba Noémie—. Volveré en veinte minutos a retirarte la bandeja, ¡y quiero verla limpia del todo!

Con otra sonrisa, la enfermera salió de la habitación, meneando su amplio trasero cubierto por el uniforme blanco del hospital.

Lidwine mordisqueó una tostada con apatía y se giró de nuevo hacia Béatrix.

—¿Y Grégory? ¿Dónde está?

—Ha bajado un momento a tomarse un café. Tus compañeros de la universidad se pasarán después a verte, Grég ha estado hablando con ellos. Se han quedado conmocionados al enterarse del accidente.

—¿Y mi coche? —musitó Lidwine con tristeza—. ¿Se podrá reparar?

—Desde luego —asintió su madre adoptiva—. Me he encargado de que lo lleven al mejor taller de la ciudad. En dos semanas estará perfecto de nuevo. Pero cariño...

Se interrumpió y tomó su mano entre las suyas, que tenía heladas. Al mirarla tan de cerca, Lidwine se percató de lo mucho que parecía haber envejecido en pocos meses: tenía profundas arrugas en torno a los ojos y sus cabellos, de ordinario brillantes y suaves, se veían deslucidos y enmarañados.

—¿Qué ocurrió exactamente? —preguntó al fin.

—Alguien manipuló el coche —murmuró Lidwine tras darle un pequeño sorbo al zumo. La miró serenamente a los ojos—. Los frenos no respondían y estaba en una pendiente, de modo que la velocidad comenzó a incrementarse. Fue espantoso.

Tragó saliva con dificultad y se cubrió el rostro con las manos, tratando de evitar el llanto, pero era imposible.

—Chist, chist —la calmó su tutora, abrazándola—. Ya pasó, mi niña, olvídale. Seguro que se estropearon por algún motivo. No puedo creer que nadie manipu...

—Pero tú no sabes nada de las amenazas —la interrumpió Lidwine, llorosa, con el rostro enrojecido.

En pocas palabras le refirió el asunto de la torre Eiffel y Béatrix se llevó la mano al corazón, horrorizada.

—Cielo santo, pero ¿por qué no me contaste nada?

—No quería asustarte...

—¿Asustarme? Lidwine, esto es muy grave. Tenemos que hablar con la policía.

—¡No! —saltó la chica, retorciendo la sábana entre sus dedos—. Mi verdadera madre no quería que se supiera nada sobre todo esto. Si avisamos a la policía, sabrán que tengo el espejo, cuando este ha sido un interrogante, un auténtico enigma, durante siglos. ¡Es una reliquia por la cual muchos matarían! No puedo fiarme de nadie, tienes que entenderlo, Béatrix... Mi madre me lo advirtió.

—Cariño, siento decírtelo así, pero tu madre está muerta. Ese mismo espejo que tanto aprecias fue el causante de su muerte, eres tú quién debe entenderlo. Si ella hubiera confiado en los demás, si hubiera pedido ayuda...

—Ese es el problema. Tuvo que confiar en alguien. Alguien la traicionó, como traicionaron a mi tataratata...lo que sea, Jacqueline —

exclamó sin pararse a pensar.

—¿De qué estás hablando, Lidwine? —replicó su tutora, extrañada.

Estiró el brazo para darle una cucharada de yogur, pero la chica le retiró la mano, como diciendo «puedo hacerlo sola».

—Te lo explicaré —contestó, y mientras desayunaba le contó lo que había pasado en Montmartre: la alucinación, el retrato y la adivina.

—¿Qué tuviste una especie de... visión? —exclamó Béatrix, que de pronto parecía muy alarmada. Meneó la cabeza y se cubrió el rostro—. Lidwine, eso es imposible. Ese tipo de cosas... no existen. Tuviste que imaginarlo.

—¡No me lo imaginé! —casi gritó la chica, sintiendo que se quedaba sin fuerzas. Solo faltaba que ahora Béatrix la tomara por loca—. Necesito que me creas. Te juro que lo vi. No fue una alucinación.

—Sabes, cariño, a veces, cuando las personas se encuentran bajo una sugestión muy grande, pueden creer realmente que...

—¡Fue real! —insistió, casi al borde del histerismo, con los ojos anegados en lágrimas. Golpeó la bandeja con la cuchara y Béatrix se sobresaltó, encogiéndose hacia atrás—. ¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Estuve allí!

—¿Qué pasa aquí? —exclamó Marie, la enfermera, volviendo a entrar. Miró a la agitada y temblorosa Lidwine con desaprobación—. Cielo, no puedes sobreexcitarte así. Todavía estás muy débil. Lo mejor sería que intentaras dormir.

—Lo lamento, ha sido por mi culpa —se excusó la abogada, incómoda.

Trató de cogerle la mano a su hija, pero esta la apartó.

—Me alegra ver que te lo has comido todo como una buena chica. — La enfermera le retiró la bandeja, la ayudó a tumbarse y la arropó—. Ahora intenta descansar hasta mediodía. Esta tarde pasará el doctor Hugues a ver cómo te encuentras.

Con el suave frufú de la tela del uniforme y el chirrido de los zuecos contra el suelo, salió por la puerta y la cerró tras de sí.

Lidwine se giró furiosa hacia Béatrix, quien la contemplaba preocupada.

—Piensas que me estoy volviendo loca como mi madre, ¿verdad? Que ya empiezo a tener visiones y a quedarme en trance como le pasaba a ella... como le pasaba a todas mis antepasadas, en realidad.



—Cariño, por supuesto que no —exclamó, tomándola de la mano—. Pienso que realmente crees que viste a Jacqueline, pero eso es imposible. Un espejo no puede mostrarte otras realidades, ni llevarte al pasado.

—Eso es lo que tú te crees —replicó la chica de forma airada, mirándola fijamente con las mejillas encendidas—. ¡Alguien como tú jamás lo entendería!

Béatrix apretó los labios, dando la impresión de estar furiosa por un momento, pero enseguida se rehízo. Esbozó una débil sonrisa.

—Lidwine, estás cansada y el accidente te ha afectado emocionalmente, así que por el momento no hablaremos más del tema. Procura descansar, yo estaré a tu lado para cualquier cosa que necesites, ¿de acuerdo?

Preso de la frustración y el agotamiento, la joven asintió y dejó caer la dolorida cabeza sobre la almohada. Se hizo un ovillo, fijando la mirada en las rosas rojas que le habían traído, y entornó los párpados. Apenas se dio cuenta de que Béatrix le acariciaba la mejilla, y en pocos segundos estuvo dormida.

## CAPÍTULO 19

Pasaron tres días que a Lidwine se le antojaron como un sueño. Momentos llenos de confusión y neblina entre las numerosas horas que dormía, aletargada por los sedantes, que trataban de liberarla del persistente dolor de cabeza.

Le hicieron varias pruebas —aunque no hubiera sido capaz de determinar el día ni la hora, sumida en aquel sopor constante— para determinar que no se hubieran formado coágulos en el cerebro. Por suerte, los médicos no encontraron nada anormal, y su mejoría fue haciéndose más palpable día tras día.

Béatrix y ella no volvieron a tocar el tema del espejo, por temor a volver a pelearse, y se dedicaron a hablar de temas banales, algo incómodas la una con la otra. En cuanto a sus compañeros de facultad, fueron a verla varias veces, sobre todo Danielle, Claudine y por supuesto, Grégory, que pasaba todo su tiempo libre con ella.

Los médicos le informaron de que si todo iba bien, podría marcharse del hospital el viernes por la mañana. Lidwine no podía esperar a salir de aquel deprimente lugar, aparte de que estaba ansiosa por haberse perdido tantos días de clase precisamente cuando andaban tan agobiados de trabajo.

El martes, justo después de comer, Béatrix la había dejado sola un momento para ir a tomar algo al bar cuando se presentó una visita inesperada.

Lidwine llevaba un pijama nuevo de raso y, desde el día anterior, la habían permitido levantarse a ratos, no demasiado largos puesto que aún se mareaba. Además, le habían sustituido el vendaje de la frente por otro menos aparatoso, y Béatrix había podido lavarle por fin el cabello, por lo que se sentía más fresca y despierta de lo que había estado en días.

Mientras miraba por la ventana, que daba a los jardines del hospital, alguien llamó a la puerta. Se dio la vuelta enseguida y se quedó de piedra al ver a Ruben en el umbral, mirándola muy serio con un gran ramo de tulipanes en la mano.

—¡Ruben! ¿Qué... qué haces aquí? —Se dio cuenta de que su pregunta había sonado algo grosera, pero no entendía lo que estaba pasando.

Él se mostró avergonzado y dio unos pasos hacia el interior de la sala, inseguro.

—Siento haberme entrometido, pero te prometí llamarte el sábado y como no cogías el teléfono... El caso es que, después de un par de días sin

saber nada de ti, me preocupé tanto que me presenté en tu residencia.

—Mi teléfono se estropeó cuando tuve el accidente, estaba en el salpicadero y salió volando... Y con todo lo sucedido, me olvidé por completo de tu llamada. —Se llevó la mano a la frente, mortificada—. ¡Lo siento muchísimo!

—No te preocupes —Ruben atravesó la habitación y le tendió el ramo—. ¿Cómo te encuentras? No sabes lo preocupado que me quedé cuando me hablaron de tu accidente. Creí... bueno, tuve muchísimo miedo de que estuvieras grave, a pesar de que me aseguraron que no.

—Gracias —exclamó Lidwine, tomando las flores y hundiendo la nariz en ellas—. Estoy mejor. La cabeza aún me da vueltas y me duele un poco, pero... con suerte mañana o pasado estaré fuera de aquí. —Le dedicó una sonrisa—. Han estado haciéndome pruebas y parece que todo está en orden.

—Eso es porque tienes la cabeza muy dura —bromeó él para aligerar la tensión. Ambos rieron, pero después Ruben se puso serio y la miró con fijeza—. Alguien manipuló el coche... ¿verdad?

Por unos instantes, ella no respondió, sorprendida ante el brusco giro de la conversación.

—Pues sí —corroboró al fin—. Los frenos no respondían. Tuvo que ser la misma persona que trató de tirarme abajo en la torre Eiffel. ¿Me crees ahora?

—Claro que te creo —replicó él, tomándola de la mano, que descansaba en el regazo junto a las flores—. Casi me dio un chungo cuando me contaron lo del accidente. No sabes lo aliviado que me sentí cuando supe que estabas bien.

Lidwine no pudo reprimir una sonrisa ante su peculiar manera de hablar, incluso en aquella situación tan deprimente. Entonces se acordó de Béatrix, que debía de estar a punto de regresar, y se le hizo un nudo en la garganta. ¡Tenía que evitar que se encontrara con Ruben! Solo le faltaba que le prohibiera volver a verle, cosa que probablemente ocurriría en cuanto viera su aspecto. ¡Eso si no le daba un ataque!

Como si Ruben le hubiera leído el pensamiento, se puso de pie y comenzó a farfullar una excusa:

—En fin, por desgracia ahora mismo no puedo quedarme más rato, me he escapado del trabajo para venir a verte. —Le dirigió una sonrisa cariñosa y le apretó la mano—. Pero esta misma tarde vuelvo, te lo prometo.

—Oh, no es necesario —se apresuró a rechazar ella, agitando las manos con exagerados ademanes—. No te molestes, en serio. Lo más probable es que mañana ya esté fuera. Ya te llamaré en cuanto salga, ¿de acuerdo?

Le acompañó a la puerta, en parte para despedirle y en parte para mantenerse alerta a los sonidos del pasillo, especialmente al firme taconeo de Béatrix.

—Pero para mí no es ninguna molestia —protestó él, todavía reacio a irse.

Lidwine creyó que le iba a dar un ataque de angustia y forzó una sonrisa que debió de salirle muy extraña.

—Por favor, no es necesario —repitió—. Me avergüenza que me veas así. Prefiero que nos veamos cuando ya esté bien, ¿vale?

—Yo te veo tan guapa como siempre —replicó él, con los ojos chispeantes, y se inclinó para besarla en la mejilla de un modo no precisamente fraternal.

Por un momento, a Lidwine le pareció que iba a ir más allá, pero por suerte —o por desgracia, como susurró una vocecilla perversa en su mente— se retiró antes de ir más lejos y abrió la puerta.

—Más te vale llamarme, entonces —la amenazó en tono de broma. Aparentemente, se había dado por vencido en su deseo de volver a visitarla.

—Lo prometo —exclamó Lidwine, feliz al ver que se iba por fin, no porque no le agradara su presencia, sino por el temor de que se encontrara con Béatrix—. Hasta pronto.

—Adiós...

Acababa de regresar a su posición anterior en la ventana cuando una voz a sus espaldas la sobresaltó.

—¿Quién demonios era ese?

Se le escapó un entrecortado chillido y se dio la vuelta con la mano en el corazón.

—Béatrix, ¡qué susto me has dado! —exclamó jadeante, mirándole con aire acusador.

—Lo siento —se disculpó la aludida, tomando asiento a su lado.

Lidwine percibió el aroma del café y aspiró con glotonería. Se moría por una taza, pero en el hospital no había manera de que le sirvieran un poco, a menos que fuera descafeinado. Al parecer, no querían darle nada que pudiera excitarla, como si estuviera histérica, o algo así.

«A saber qué les habrá contado Béatrix de mí», se dijo para sus adentros, y entonces advirtió que su tutora la contemplaba con suspicacia.

—¿Qué pasa?

—Aún no me has dicho quién era ese.

—¿Ese? ¿A quién te refieres?

—No te hagas la tonta, Lidwine. Sabes perfectamente que me refiero a esa especie de... delincuente con cara de vicioso que acaba de salir de aquí.

Lidwine sintió que le ardía el rostro.

—¡No tiene cara de vicioso! —exclamó sin poder controlarse, y al fin añadió, derrotada—: Es solo un amigo.

—¡Un amigo! ¿Un amigo? —estalló Béatrix, poniéndose de pie. Se puso las manos en las caderas y la miró seriamente—. Lidwine, ¿acaso no te he enseñado a lo largo de todos estos años con qué tipo de personas debes relacionarte y con cuáles no?

—Ruben no es ningún delincuente.

—¡Ruben! —bufó la mujer por toda respuesta, triunfante, como si el nombre lo demostrara todo—. Un absurdo nombre extranjero, supongo. Parecía exactamente uno de esos terribles inmigrantes de las afueras.

—No es ningún inmigrante, ni vive en las afueras. Además, Ruben es un nombre bíblico.

—Me da igual qué tipo de nombre sea —aulló Béatrix, que parecía furiosa—. No quiero volver a ver a ese... tipejo por aquí, ¿me oyes? Oí perfectamente su manera de hablar desde el pasillo. Ese chico no te conviene, y lo más probable es que solo quiera aprovecharse de ti. Ahora vuelve a la cama. Necesitas descansar.

—¡No quiere aprovecharse de mí!

Crispada, Lidwine se levantó y se dirigió a la cama a pesar de todo.

—Piensa lo que quieras, pero no vas a salir más con esa clase de chusma. Además, te recuerdo que tienes novio, un novio bueno y respetable, por si fuera poco.

Béatrix hizo una pausa y comenzó a pasearse por la habitación.

—Por Dios Lidwine, ¿por qué crees que te pago la escuela de arte más prestigiosa de Francia... y la residencia más cara de toda la ciudad? ¿Acaso no te das cuenta de que lo hago por ti, porque me preocupo por la gente con la que te relacionas? —Se sentó a su lado y la tomó de la mano—. Cariño, tú estás destinada a ser una persona de prestigio y riqueza. Rodearte de ese tipo de gente solo te afectará negativamente. —Le acarició la mejilla

—. Piensa en Grégory, en sus modales exquisitos y su acento impecable, y en esos otros amigos que han venido a verte, tan finos y educados, aunque esa tal Claudine no terminó de gustarme, pero...

—¡Béatrix! —Lidwine retiró la mano, indignada.

—Está bien, está bien. Cualquiera de tus amigos es mil veces mejor que ese Ruben. Me apuesto a que no tiene ni una carrera universitaria, ¿a qué no?

—No, pero eso no...

—¡Ajá! —la interrumpió su tutora, triunfante, acariciándole de nuevo la mano como si fuera su gatita—. ¿Lo ves? Tenía pinta de ser un don nadie. Para tu futuro yo quiero a alguien muy diferente, Lidwine. Alguien tan maravilloso y seguro de sí mismo como Grégory.

—Y pedante, ¿no?

—¿Eso piensas de él? —exclamó Béatrix, con aire de disgustada sorpresa.

—Claro que no —replicó la chica, armándose de paciencia—. No me refiero solo a él, sino a todos en general, toda esa gente de la que quieres que me rodee.

—Son gente de buena cuna, cielo, como tu compañera de habitación, como toda la gente que vive en la residencia... Espero que hayas hecho amistad con las personas que habitan contigo.

—¿No puedes parar de hablar como madame Fournier? —Lidwine sintió que la ira en su interior crecía por momentos. Finalmente no aguantó más y estalló—: ¡A ti solo te gusta esa gente porque son ricos!

Por un momento, Béatrix no dijo nada. Al final suspiró y la miró con frialdad.

—Será mejor que dejemos el tema y descansas. Tienes que entender de una vez que yo solo quiero lo mejor para ti.

Sin contestar, Lidwine se hundió en las sábanas y miró hacia el otro lado, furiosa. Antes de cerrar los ojos, rendida ante el cansancio, oyó la voz de Béatrix que flotaba en el aire con su tono autoritario.

—Y no me importa lo que puedas pensar acerca de ese tal Ruben o como se llame. No vas a volver a verle y se acabó.

Con la sangre hirviendo, Lidwine apretó con más fuerza los ojos y por suerte, su propia ira devastadora contribuyó a aumentar su fatiga, provocando que se sumiera en un sueño profundo e intranquilo. En pocos minutos ya dormía, ajena a lo que Béatrix pensara de alguien a quien ella no pensaba

dejar de lado, pasara lo que pasara.

\*\*\*

El jueves, aún algo mareada y con el bolso bien apretado bajo el brazo, Lidwine salió por fin del hospital.

Béatrix la acompañó hasta la residencia, y durante todo el camino en taxi le fue insistiendo una y otra vez en que tratara de relajarse, se olvidara del asunto del espejo y sobre todo, descansara unos cuantos días antes de regresar a la universidad.

Lidwine asintió a sus peticiones y consejos de forma mecánica, sin apenas escucharla. Desde que se habían peleado unos días atrás, cierta frialdad distante se había instalado entre ambas. Se sentía más sola que nunca, así como asustada. Ya no sabía en quién confiar ni qué hacer. La persona que la acechaba, quienquiera que fuese, había estado a punto de matarla. ¿Qué intentaría la próxima vez?

—Bueno —suspiró Béatrix en cuanto se apearon frente a la residencia, con una sonrisa apenada—. Cuídate mucho, Lidwi, por favor. Te voy a echar mucho de menos.

—Yo a ti también —asintió la chica sin mucha convicción, mientras permitía que su tutora la estrechara entre sus brazos.

El familiar olor de su perfume le llenó las fosas nasales. De pronto, se dio cuenta de que, en escasos momentos, Béatrix se iría y volvería a estar completamente sola y desprotegida. Decidió dejar atrás lo que había ocurrido entre ellas y le devolvió el abrazo con tanta fuerza que la otra la miró, asustada.

—¿Seguro que estarás bien? Escucha, estoy segura de que en el bufete podrían pasar sin mí otra semana...

—No, no —atajó Lidwine, agitando la mano en el aire—. Ni hablar. No es necesario. Ya estoy bien y tú debes continuar con tu trabajo. Por favor, no sufras por mí. —Forzó una sonrisa y tragó saliva con dificultad—. Estaré bien.

—De acuerdo —aceptó Béatrix, aún reacia, jugueteando con su collar de perlas mientras se mordía el labio. La dio un breve beso en la mejilla y le apretujó la mano—. Y por favor, recuerda lo que te dije respecto a aquel chico.

—¿Qué chico?

—Ya lo sabes... Ruben. No quiero que te relaciones con él.

—Oh, por favor... —Lidwine frunció el ceño y se puso en jarras. No podía creer que, ahora que parecían haberse reconciliado, Béatrix le volviera a sacar el tema.

—Tú misma te sientes insegura sobre en quién puedes confiar y en quién no. Está claro que él es la persona más sospechosa que hay en tu vida ahora mismo.

—Eso es ridículo —replicó la chica, molesta porque, en el fondo, sabía que Béatrix tenía razón.

—Vamos, cariño, sé razonable. Tienes a Grégory, el mejor chico con el que podrías haber soñado. Con él estás segura por completo. ¿Acaso no te cuida bien y te trata como a una princesa?

—Claro que sí —admitió Lidwine suavizando su expresión—. Es la única persona en quien confío ahora mismo, aparte de ti, claro. Cuando estoy con él es el único momento en que me siento al cien por cien segura.

—¿Lo ves? —señaló Béatrix con los ojos brillantes—. Confío en que venga a pasar las Navidades con nosotras. Ya nos han invitado a un montón de fiestas, donde habrá gente importante que quiero que conozcas. —Le dirigió aquella sonrisa a la vez dulce y superficial que le era tan familiar.

Lidwine suspiró con aire resignado, sintiéndose de una manera que su madre adoptiva nunca entendería. Aun así, volvió a sonreírle.

—Seguro que sí. Lo pasaremos bien. —La abrazó de nuevo—. Venga, no vayas a perder el avión por mi culpa.

—Está bien, ya me voy —contestó ella, guiñándole el ojo—. Te llamaré esta noche para ver cómo estás, ¿de acuerdo? Cuídate mucho por favor.

—Lo haré.

Lidwine se quedó mirándola hasta que el taxi arrancó, entonces agitó la mano por última vez en su dirección mientras Béatrix le lanzaba besos desde la ventanilla.

Después, con paso cansado, se internó en la tranquila penumbra de la residencia.



## CAPÍTULO 19

Las siguientes semanas pasaron a velocidad de vértigo para Lidwine. El hecho de volver a la universidad, reencontrarse con sus compañeros y compartir de nuevo risas en la cafetería la hizo sentirse otra vez normal.

Desoyendo por completo los consejos de Béatrix, lo primero que hizo al regresar fue ponerse al día con todos los deberes. La vida en la universidad le encantaba y, pese a la gran cantidad de trabajos que les mandaban, gracias a ello notaba cómo iba progresando, lo cual la hacía sentir muy feliz.

Estaba tan liada con las clases que solo habló un día con Ruben para comentarle que estaba bien. Le dijo que ya le llamaría ella en cuanto tuviera un respiro, y durante las siguientes semanas no pensó demasiado en él.

Su relación con Grégory iba viento en popa y siempre estaban juntos, de modo que cada vez se sentían más unidos y enamorados. Quizá quedar con él no siempre resultaba tan emocionante como las salidas con Ruben, pero al estar tan absorbida por la vida universitaria y el entorno lujoso en el que vivía, era difícil acordarse de las sensaciones que le provocaba.

Por otro lado, tras el accidente se sentía tan asustada con respecto al espejo que lo último que le apetecía era ver a Ruben y tener una de aquellas misteriosas citas, que siempre acababan en alguna catástrofe o enigma sin resolver. En cambio, entre los brazos cálidos y fuertes de Grégory se sentía siempre segura.

Por suerte, durante las siguientes semanas no tuvo noticia alguna de su perseguidor, ni siquiera una simple nota atribuyéndose la responsabilidad del intento de asesinato cometido. Y así, sin apenas darse cuenta, pasó un mes entero y diciembre los envolvió en su gélido abrazo.

Las calles de París comenzaron a llenarse de encantadoras decoraciones navideñas. Por todas partes, gordas figuras de Papa Noel, campanas doradas y muérdago adornaban los establecimientos. Al caer la noche, la ciudad entera resplandecía, iluminada por la instalación eléctrica que pendía sobre las aceras.

Por su parte, la residencia colocó un árbol de dos metros en el vestíbulo, profusamente adornado, haciendo gala de la ostentación del lugar. En todas las salas se colgaron campanillas, angelitos y guirnaldas, e incluso se instalaron altavoces que emitían villancicos en las estancias comunes. A Lidwine la situación la divertía, pero Grégory estaba frito de las empalagosas canciones. El modo en que gruñía, quejándose de la cursi madame Fournier,

hacía desternillarse a su novia.

—Te juro que como vuelva a oír una vez más«*Le petit Papa Noël*» me dará un ataque —masculló un viernes al mediodía, dirigiendo una mirada asesina a la mujer, que en aquel momento pasaba por su lado dirigiéndoles una sonrisa edulcorada.

Ambos se dirigían presurosos hacia el comedor, pues se morían de hambre tras terminar otra dura jornada en la ENSBA. Estaban a mediados de diciembre y solo quedaban tres días para que finalizara el trimestre académico y se marcharan a sus casas por Navidad.

Lidwine se encontraba ya recuperada por completo del accidente que había sufrido casi un mes antes, y que parecía ya tan lejano. Tan solo le había quedado una fina cicatriz en la frente como consecuencia del choque. Se sentía feliz agarrada a la mano de Grégory, que le sonreía con su particular mueca de diablillo y que aquel día estaba más guapo que nunca, o al menos, así lo veía ella.

Poco a poco, había ido superando la muerte de su madre, aunque la herida nunca fuera a cerrarse del todo, y sus ojos azules volvían a centellear traviosos, asomando entre de los mechones de cabello dorado que le caían sobre la frente.

El modo en que apretaba su fuerte cuerpo contra Lidwine al cogerla de la cintura, y la manera en que la traspasaba con su desvergonzada mirada azul la dejaban sin aliento. Siempre conseguía hacer que se sintiera deseada, incluso en un momento como aquel, en que vestía unos simples tejanos y un jersey holgado de color magenta.

—Vamos, no será para tanto —dijo ella riendo, en respuesta a su comentario sobre los villancicos, y le dio un suave empujón con la cadera.

Él volvió a gruñir mientras entraban en el bullicioso comedor, en el cual flotaba un olor delicioso. Se pusieron al final de la larga cola y procedieron a esperar, estirando el cuello para ver qué había ese día de menú. Grégory la abrazó desde atrás y acercó los labios a su oído.

—Me muero por que acabemos de comer para subir a mi habitación —susurró, provocándole escalofríos a lo largo de la espina dorsal—. Hoy mi compañero no está, se ha marchado a su casa porque la semana que viene solo tenía dos clases...

Le dio un apretón significativo y Lidwine volvió a estremecerse. Sabía lo que iba a ocurrir y de golpe notó una sacudida en el estómago, que eliminó por completo su apetito. Una náusea reptó por su garganta y comenzó

a sudar, por lo que se despojó del jersey, bajo el cual vestía una delicada camiseta con mangas cortas de encaje.

Grégory le dirigió una sonrisa socarrona.

—Yo también me muero de ganas, Lidwi, pero no hace falta que empieces a desnudarte aún —cuchicheó en voz demasiado alta, a propósito.

Ella le dio un codazo al tiempo que enrojecía, y varias personas de su clase que estaban detrás de ellos en la cola se echaron a reír.

—¡Serás cerdo! —exclamó, dándole un empujón que provocó que el chico casi se cayera sobre sus compañeros, con lo cual solo logró que todos, Grégory incluido, se rieran más fuerte.

Furiosa, les dio la espalda y se cruzó de brazos, pero pronto cesaron las risas y notó las manos suaves y cálidas de su novio enlazándola de nuevo por la cintura.

—Vamos, Lidwine, era solo una broma. —La estrechó con más fuerza e inhaló a fondo el olor a frutas de sus largos cabellos—. No te enfades conmigo, por favor...

Como siempre, su sonrisa de niño travieso la hizo derretirse y no pudo evitar reírse con él y besarle con desesperación. ¡Era tan suave...! ¡Tan delicioso! Estando con él nunca terminaba de sentirse bien a pesar de todo, el amor y el deseo la quemaban demasiado, la ansiedad por sentirse querida era demasiado intensa. Siempre temía que se cansara de ella y se decidiera por otra chica más sofisticada, alguien del estilo de Dorine, a la cual Lidwine odiaba cada día más.

Al cabo de unos minutos de espera llegó su turno. Lidwine, sin hambre a causa de los nervios, se sirvió tan solo una sopa de champiñones y un par de tostadas; Grégory, siguiendo su costumbre de engullir por tres y tan sereno como de costumbre, se sirvió asimismo la sopa junto con un plato de bistec con patatas y, de postre, copa frutal a la crema de vodka.

Mientras llevaba la atiborrada bandeja hacia la mesa con aire satisfecho, Lidwine le miró meneando la cabeza. Al sentarse, él le preguntó con su desparpajo habitual:

—Vaya, ¿no tienes hambre?

«Desde luego, este no se entera de nada», se dijo ella, sorbiendo la sopa con desgana. Al punto le sobrevino una arcada, y eso que estaba deliciosa.

—Bueno —comenzó Lidwine, tratando de pensar en otra cosa—, supongo que al final es seguro que vendrás a mi casa por Navidad, ¿no?

Grégory tragó, se secó los labios con remilgo y sonrió.

—Por supuesto—contestó con los ojos brillantes. Estiró la mano para coger la de Lidwine—. Os agradezco mucho que me hayáis invitado. Algunos otros familiares me preguntaron si quería ir a sus casas, pero sé que terminarían por forzarme a ir a alguna comida o cena familiar en la que estuviera mi padre, y no me apetece en absoluto volver a verle. —Endureció el gesto y desvió la mirada.

—¿Sigues sin saber nada de él? —indagó ella, apesadumbrada.

Grégory retiró la mano y siguió comiendo como si nada. Negó con la cabeza.

—No. Ni quiero. Ya te lo dije, para mí es como si no existiera. No pienso volver a esa casa. En cuanto termine la carrera me mudaré a París y empezaré a trabajar aquí. No sé cómo me las arreglaré, pero no puedo volver. Simplemente no puedo.

Lidwine suspiró y apartó la sopa a un lado.

—Ojalá las cosas hubieran sido de otro modo —musitó con tristeza, acariciando el rostro aniñado de Grégory.

Él giró la cara para besarle la mano y la tomó entre las suyas.

—No me importa nada, Lidwine. —La miró fijamente a los ojos—. Nada excepto tú. Y nada puede ser malo mientras estés conmigo.

Roja de emoción ante sus palabras, ella le besó con dulzura y ambos prosiguieron comiendo con los ánimos algo más alegres.

Cuando terminaron de comer, se sentaron a ver la tele con algunos compañeros en la sala de recreo de la residencia. Al cabo de una media hora, Grégory se inclinó hacia Lidwine y esta sintió su cálido aliento haciéndole cosquillas en el cuello.

—¿Subimos arriba? —preguntó en voz muy baja, y cuando ella se giró a mirarle, vio la sonrisa traviesa en su rostro y el pícaro brillo de sus ojos azules.

El corazón le dio un vuelco y se dejó llevar de la mano hacia los ascensores. Se sentía ligeramente mareada y le sudaban las manos.

En cuanto entró en la habitación de su novio, se sintió aún peor. Las persianas estaban medio bajadas, con lo cual reinaba una suave penumbra. Tan solo los rayos oblicuos del sol que entraban a través de los resquicios de las ventanas, cayendo sobre las superficies de las caras lámparas y figuritas de la habitación y arrancando cegadores destellos, rompían la oscuridad.

Grégory se sentó en la cama y se apresuró a descalzarse. Se estiró

como un gato sobre el nórdico mientras Lidwine le miraba, casi ahogada en su propio deseo. Su novio parecía exactamente un ángel, con los rubios mechones ondulados como oro batido, los brillantes ojos azules y aquella sonrisa de anuncio de dentífrico. Era una de esas personas que sonreían con todo el rostro: los ojos, las cejas, incluso la nariz.

—Qué bien se está aquí... —murmuró el chico satisfecho, y se incorporó a medias para verla mejor—. Vamos, ¿a qué esperas? —Palmeó la cama a su lado, mirándola de forma descarada, y su sonrisa le hizo temblar las rodillas.

Con el corazón a punto de salirse por la boca, trepó a la cama y él la despojó de las zapatillas y los calcetines. La miró con aquella mueca malévola y Lidwine sintió vértigo, mareada por la intensidad de su deseo. Fue incapaz de moverse cuando los dedos de su novio se deslizaron por su ligera camiseta y se la quitaron.

Se quedó en sujetador y él dedicó unos segundos a contemplarla, muy serio, mientras el corazón de ella palpitaba como loco y las mejillas se le enrojecían. Al fin, el chico hundió los dedos en sus cabellos castaños y atrapó su boca casi con un gemido, tumbándose sobre ella.

Lidwine nunca hubiera podido imaginar que hacer el amor con Grégory sería así de intenso y salvaje, a la vez que romántico. Mientras él la desnudaba poco a poco, olvidó por completo sus nervios, sintiendo solo el fuego que ardía en su interior.

Una vez desnudos, recorrió con la mirada su piel suavísima, apenas recubierta de una capa de vello rubio bajo el ombligo, las piernas y los brazos, como si fuera un niño. Admiró sus músculos, la forma perfecta de sus piernas esbeltas y fuertes, como de bailarín, su ombligo suave y redondo, sus anchos hombros y caderas estrechas.

Le miró a los ojos mientras él la acariciaba cada vez más profundamente, arrancándole jadeos, y besó cada centímetro de su rostro perfecto. Se abandonó a él por completo, entregándole no solo su cuerpo, sino también su alma y su corazón.

Cuando él la miró muy serio a los ojos y la besó con suavidad, como preparándola para lo que venía a continuación, ella no sintió miedo, sino tan solo deseo. Le devolvió el beso con ansia para demostrarle que estaba preparada y él no necesitó más: entrelazó sus manos con las de ella y la penetró de golpe.

Por un momento, el dolor fue tan intenso que Lidwine jadeó y cerró

fuerte los ojos, pero poco a poco se acostumbró a sentir a Grégory dentro de ella. Con voz jadeante, él le preguntó:

—¿Estás bien?

Ella asintió levemente y le apretó contra ella. Su inflamada pasión pronto provocó que ambos sudaran, y Lidwine sintió que se ahogaba en su propia llama, envuelta por el olor natural y delicioso de la piel de su chico.

Su excitación aumentó a medida que él la penetraba de forma más profunda, provocándole intensas oleadas de placer *in crescendo*, hasta que de golpe le sobrevino una serie de violentos espasmos que la hicieron temblar. Gimió de forma audible mientras se aferraba a él con todas sus fuerzas.

Grégory, al notar su orgasmo, la miró a los ojos y hundió su boca en la de ella para acallar su gemido, mordisqueándole los labios.

—Te quiero, Lidwi —musitó con la voz ahogada por la pasión, y temblando convulsivamente él también se rindió al orgasmo.

Se apartó de ella para quitarse el preservativo y enseguida regresó a su lado. Mientras reposaba la cabeza sobre su pecho, sus corazones latiendo acelerados, Lidwine le acarició el pelo, sintiendo una ternura tan intensa que se asustó. ¿Cómo se podía amar a alguien de aquella manera?

Como si acabara de pensar lo mismo, su novio alzó su encantadora cabeza orlada de rizos revueltos y apretó sus labios calientes contra los de ella, haciéndole perder de nuevo la respiración.

—Te quiero —susurró, tomando su rostro entre las manos. Apoyó la frente húmeda contra la suya y repitió con pasión—: Te quiero, te quiero, te quiero.

Lidwine lo abrazó y ambos volvieron a besarse con desenfreno, sintiendo cómo la excitación crecía de nuevo en su interior. Era una sed insaciable, un ansia dolorosa que no podía ser calmada ni satisfecha.

Con mayor desesperación aún, hicieron el amor una vez más. Al terminar permanecieron abrazados, empapados cada uno en el olor del otro, hasta que Lidwine cayó en un sopor profundo.

Cuando unos impacientes golpes resonaron contra la puerta, se despertó con un sobresalto. Se había quedado dormida sin darse cuenta.

Al levantar la vista, vio que Grégory ya se había puesto los pantalones. Le hizo un gesto para que guardara silencio mientras se encaminaba hacia la puerta con sigilo.

Por algún motivo que no supo explicar, un intenso desasosiego se apoderó de Lidwine. Recogió su ropa interior del suelo y se la puso de forma

precipitada.

—¿Quién es? —preguntó Grégory.

Ambos se sorprendieron al oír una voz conocida al otro lado de la puerta.

—Grég, soy yo, Claudine. He pedido el número de tu habitación en recepción. Supongo que Lidwine estará contigo, porque no hay nadie en la suya. —Su voz sonaba extraña, como si estuviera medio llorando—. Ábreme por favor.

—Un momento.

Grégory se puso la camiseta con rapidez mientras Lidwine buscaba su ropa frenéticamente. Una vez ya vestidos del todo, ambos se cogieron de la mano y Grégory abrió la puerta de un tirón.

La visión de Claudine les asustó a ambos: tenía los ojos enrojecidos y el pelo revuelto. Jadeaba como si hubiera venido corriendo.

—Oh, chicos —gimió temblorosa, tomando a Lidwine de la mano—: Tenéis que venir conmigo enseguida. ¡Danielle ha sufrido un accidente!

## CAPÍTULO 20

*«Vaya, Lidwine, parece que te estás volviendo escurridiza, ¿verdad? Siempre te las arreglas para escabullirte... He cometido una equivocación, y ahora es tu preciosa amiguita la que está en el hospital en tu lugar.*

*Pero no te preocupes. Tú y yo terminaremos por vernos las caras... Y será pronto.*

*Muy pronto.*

*Con cariño,*

*Yo. »*

Con un jadeo de angustia, Lidwine releyó una vez más la nota y la apretó entre los dedos hasta arrugarla. La había leído tantas veces que las palabras habían comenzado a perder sentido, a convertirse en meros puntitos temblorosos de tinta sin significado alguno.

Habían pasado dos días desde el accidente de su amiga, que seguía en el hospital. Por suerte, estaba fuera de peligro, pero las consecuencias podrían haber sido terribles.

Al parecer, Danielle había salido de la universidad un poco más tarde que sus amigos, y al dirigirse como cada día hacia la boca de metro, en un callejón poco frecuentado y algo oscuro, un desconocido le había arrebatado el bolso al tiempo que la empujaba con todos sus fuerzas. La chica había perdido el equilibrio y se había precipitado escaleras abajo, rodando sin control. Como consecuencia, se había roto una pierna y por poco el cuello, en el que ahora llevaba un grueso collarín.

Al principio, todos pensaron que había sido un accidente, trágico y casi mortal, pero debido al azar.

Ahora, sin embargo, Lidwine sabía que no había sido así.

El viernes, cuando Claudine había acudido en su búsqueda, toda la pandilla se había dirigido presurosa hacia el hospital, muertos de preocupación por lo que pudiera haberle ocurrido a su amiga.

Para Lidwine, el hecho de regresar al hospital había sacado de nuevo a flote el recuerdo de su accidente un mes atrás, dándole la sensación de que todo el periodo de paz y quietud que había vivido las últimas semanas se le escurría entre los dedos.

El encuentro con Dorine, a quien últimamente había evitado, también supuso un cierto desasosiego para ella, pues esta continuaba dirigiéndole



misteriosas y ponzoñosas miradas que Lidwine seguía sin saber interpretar.

Fue al regresar del hospital cuando encontró la nota prendida en su almohada, igual que la vez anterior. Desde aquel momento, la culpabilidad no la había dejado ni un momento de respiro. Y es que, de no ser por su causa, Danielle no estaría postrada en una cama con la pierna rota justo antes de Navidad.

El factor desencadenante de la tragedia había sido el parecido que ambas guardaban estando de espaldas —sobre todo en una calle oscura—, pues las dos tenían largos cabellos ondulados de un tono entre castaño y rubio oscuro. Podría haber sido cualquier persona, pero el atacante había tenido que equivocarse justo con una de sus amigas más queridas de la universidad. Danielle podría haberse matado.

Lidwine hundió la cabeza entre las manos en la soledad de su habitación.

La culpabilidad no era lo único que la atormentaba. Estaba el ineludible hecho de que quien la acechaba se colaba en su habitación cuando le daba la gana. ¿Cómo sabía que ella o su compañera no estarían dentro? ¿Y de dónde habría sacado la llave?

Los interrogantes la reconcomían por dentro, quitándole el sueño y provocándole un miedo y angustia constantes. Que fuera tan fácil seguirla allí donde iba e incluso meterse en su cuarto solo significaba una cosa: que quien la acechaba era alguien muy próximo a ella, alguien que seguramente conocía, pero... ¿quién?

Se estiró desesperada de los cabellos, deshaciéndose el moño sin darse cuenta, y apoyó la cabeza contra las rodillas, con lágrimas de angustia en los ojos. Era ya incapaz de discernir en quién podía confiar y en quién no. A partir de ese momento tendría que ser más cuidadosa y vigilar a todo el mundo de cerca, al margen de investigar las pistas que poseía. Aquella tarde, sin embargo, solo quería relajarse, por lo que decidió ir a dar uno de sus habituales paseos por la tarde parisina.

Un pesado manto de nubes cubría el cielo y a través de ellas, muy de vez en cuando, asomaba una pálida luna creciente. Tan solo eran las seis y media de la tarde, pero al estar en diciembre afuera era ya de noche.

Con un suspiro, Lidwine se rehízo el moño estirándose bien el pelo hacia atrás y se volvió a enfundar el polar gris que llevaba por encima de la camiseta de manga corta blanca. Se calzó las zapatillas deportivas plateadas y se ató con parsimonia los cordones. Era una lástima que Grégory tuviera que

trabajar todas las noches, de lo contrario hubiera podido ir con ella. Aunque tal vez era mejor que estuviera sola. Así tendría tiempo para reflexionar sobre todo lo ocurrido.

Cuando salió al exterior, el intenso y húmedo frío pareció adherirse a ella como una película de hielo. Se acabó de ajustar los guantes de lana y se remeti6 bien la bufanda de vivos colores por dentro del polar. Se sentía con ganas de un poco de ejercicio, de modo que ech6 a correr por la acera a paso ligero, mientras de su boca brotaban densas nubes de vapor.

Cuando por fin entr6 en calor, se detuvo, jadeante, y apoy6 las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Decidi6 seguir caminando un rato m6s; a fin de cuentas, todavía era pronto.

Pasados unos quince minutos, le llam6 la atenci6n la luz de una cafetería, brillando como un refugio c6ldo y seguro en medio del frío y la oscuridad que la envolvían. Había estado tan abstraída, reflexionando sobre los últimos acontecimientos, que apenas se había percatado de que estaba congelada, con los pies y las manos entumecidos por completo.

En ese momento, una pesada gota le cay6 en la frente. Alz6 la vista a tiempo de ver c6mo un relámpago rasgaba las nubes plomizas, seguido de inmediato por un violento trueno. Un viento huracanado se alz6 a su alrededor y comenz6 a llover a cántaros. Con un estremecimiento, Lidwine se apresur6 a entrar en el bar.

En cuanto entr6, una reconfortante calidez la recorri6 de pies a cabeza. Por suerte, no se había mojado demasiado. Aliviada, se despoj6 del abrigo y se acomod6 en uno de los reservados para pedir un suizo.

Mientras se lo bebía a pequeños sorbos, con una deliciosa sensaci6n de calor fluyendo por sus venas, observ6 a su alrededor. La cafetería era pequeña y estaba poco llena, solo había algunas personas bebiendo café en pareja o en grupo, desperdigadas por los c6modos reservados.

De súbito, su mirada top6 con alguien que le resultaba muy familiar. La persona estaba sola, tomando un café con una pasta mientras leía una revista. Aquella cara morena, la oscura cabellera y los intensos ojos verdes... ¿d6nde los había visto antes?

No obstante, había algo que no encajaba, como si no concordara con la imagen que tenía en mente. Lidwine estudi6 a la mujer con disimulo. La ropa. Eso era lo que le chocaba. Vestía de manera normal: jersey rojo, tejanos y botas de tac6n. La vez anterior la había visto vestida de otra manera, de eso estaba segura. Pero... ¿c6mo?

Entonces lo recordó y, con una exclamación, se incorporó tan de golpe que por poco se volcó encima el suizo, aunque la mujer ni siquiera levantó la vista. Furiosa, Lidwine apretó los puños. Se hubiera dado de tortas por haber tardado tanto en reconocer a la persona que tenía frente a sí.

¡Era la adivina! La misteriosa adivina que le había pronosticado grandes tragedias en la place du Tertre. ¿Qué diablos hacía allí, vestida tan normal y con aspecto de tener diez años menos? Ahora su pelo era negro del todo, sin mechadas canosas. ¿Acaso se disfrazaba para ir por ahí diciendo tonterías a la gente?

Recogió su abrigo del asiento, dejó un billete de cinco euros sobre la mesa y se dirigió presurosa hacia la adivina. Sin embargo, justo entonces esta alzó la vista, la miró como si no pudiera dar crédito a lo que veía y, con sorprendente rapidez, recogió sus cosas y se escabulló del local.

—¡Eh, usted! ¡Espere! —gritó Lidwine atónita y rabiosa, corriendo tras ella.

Varias personas alzaron la mirada en la cafetería. Ella las ignoró y, con el corazón acelerado, se apresuró en pos de la escurridiza mujer.

Cuando salió al exterior, el frío la abofeteó, clavándose en su piel como cuchilladas, y la lluvia, que había arreciado, la dejó empapada en dos segundos. La adivina, que jadeaba de forma audible, le llevaba varios metros de ventaja, pero la distancia entre ambas era cada vez menor.

—¡Vuelva aquí! —chilló con la respiración entrecortada, mientras las heladas gotas de lluvia se escurrían por su cuello.

Si la mujer corría de aquel modo era que algo escondía, pero ella era mucho más joven, y en menos de un minuto la atrapó.

—¡Ya la tengo! —jadeó triunfante, tomando a la mujer por el brazo con violencia.

Lidwine la sobrepasaba en unos diez centímetros y estaba en un estado mucho más atlético que ella, con lo cual no le fue difícil retenerla para que no huyera.

—Déjeme ir, por favor —suplicó la otra—. No he hecho nada malo.

—¿Y entonces por qué corría? —replicó Lidwine, endureciendo sus facciones. Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima de los truenos y la lluvia—. Tiene muy buena memoria o si no, no me explico cómo recuerda quién soy después de un mes. ¿No le parece que esto huele un poco a chamusquina?

—Le repito que yo no he hecho nada. Sí, me acuerdo de usted, y si he

huido es porque también recuerdo la amenaza de su amigo de llamar a la policía.

—Cosa que deberíamos haber hecho, sin duda alguna —resopló la joven, incrementando la presión en el brazo de la adivina, que no dejaba de retorcerse—. ¡Estese quieta! No pienso llamar a la policía ni hacerle ningún daño, pero exijo que me explique la escenita de aquella tarde. ¿Acaso pretendía asustarme por algún motivo? ¿Y dónde diablos está su famoso acento rumano? Yo diría que usted es más francesa que yo, madame.

La impostora la fulminó con su brillante mirada verde. Varios mechones de pelo se le habían escapado de la coleta y los llevaba pegados a la frente, empapados. Estaba temblando, aunque Lidwine no habría sabido decir si era de miedo o de frío.

—Mis padres eran rumanos, y lo del acento forma parte del disfraz. Me gano la vida como adivina, pero no sigo con el papel fuera del trabajo.

—Qué curioso —ironizó la chica, sujetándola aún por la manga, que chorreaba. Se apartó los húmedos mechones que le caían en la frente con la mano libre—. Así que, cómo era... —Fingió pensar, llevándose una mano a los labios—: «Alguien a quien usted ama la traicionará», o un rollo por el estilo. ¿Podría explicarme de dónde sacó eso?

La mujer guardó un obstinado silencio y Lidwine gruñó entre dientes.

—Sabe, aquella tarde me pasaron muchas cosas raras. De hecho, últimamente solo me suceden cosas de lo más extrañas y desagradables. ¡Y el colmo es encontrarme con usted tan tranquila, tomando algo en una cafetería, sin acento y sin disfraz!

Furiosa, miró fijamente a la adivina, quien desvió la mirada.

—Ya le he dicho que no tengo nada que ver con sus problemas —repuso de forma evasiva—. La predicción que le ofrecí fue lo que vi en las líneas de su mano.

—Oh, claro, claro... Así que es usted una gran adivina, por eso necesita ese absurdo disfraz, ¿verdad? —Al ver que la tozuda mujer no parecía dispuesta a soltar prenda, agitó un billete de cincuenta euros frente a sus narices—. ¿Tal vez esto podría hacer que cambiara de opinión?

La mujer miró hacia otro lado y Lidwine sacó otro billete igual, dando gracias de ser tan cabeza hueca como salir a dar una vuelta con los bolsillos llenos de dinero.

Volvió a agitar los billetes ante su cara.

—¿Y ahora, qué me dice?

Como una gata salvaje, la adivina le arrebató el dinero y lo deslizó en su bolso en un abrir y cerrar de ojos. La arrastró bajo un alero para resguardarse de la lluvia y de oídos indiscretos, y la miró con los verdes ojos entrecerrados.

—Está bien, mademoiselle, me pagaron para asustarla. ¿Está satisfecha ya?

—¿Quién? ¿Y con qué propósito?

La mujer volvió a mirarla con testarudez y sacudió la cabeza, haciendo bailar la larga coleta de cabello ondulado, que le colgaba chorreando hasta la cintura.

—Eso no se lo diré. Tan solo me ordenó que la asustara y punto. De hecho, estuvo a punto de no pagarme porque tardé mucho en dar con usted. Por poco se me escapa antes de que pudiera representar mi pequeña comedia.

—Así que era todo una farsa, ¿eh? ¡Todas esas tonterías que solo contribuyeron a asustarme más de lo que ya estaba! —chilló Lidwine furiosa, zarandeando a la mujer.

—Ese era el objetivo —masculló la otra, tratando de desasirse—. Déjeme ir. Ya le he dicho lo que deseaba saber.

—De eso ni hablar. Dígame, ¿usted sabía algo del pintor?

—¿Qué pintor? No sé de qué me está hablando.

—El artista que también trató de asustarme. Lo contrato la misma persona, ¿verdad? —Lidwine ató cabos mientras su mente trabajaba de forma frenética—. Claro. Todo fue un gran engaño para amenazarme y asustarme.

—Escuche, de eso no sé nada. Yo hice mi trabajo y punto. No sé quién es usted ni la conozco de nada. Lamento su situación, pero yo no soy la persona que busca.

—Pues dígame a quién debo buscar —porfió, incrementando aún más la presión en el brazo de la adivina mientras ella se retorció.

—¡No sé lo diré! ¡Y ahora déjeme ir o seré yo quien llame a la policía! —La miró con aire burlón y desafiante—. ¡Usted no puede demostrar nada, nada en absoluto! Será su palabra contra la mía.

Con un último tirón desesperado, la mujer logró desasirse y salió huyendo como alma que lleva el diablo.

—¡Eh! ¡Vuelva aquí! —aulló Lidwine siguiéndola de inmediato.

Por desgracia, resbaló en un desnivel de la acera y cayó de bruces, empapándose todavía más, mientras la adivina corría con el rostro desencajado hasta una parada de autobús. Tuvo la suerte de que uno llegara

en aquel momento, y se subió de un salto, a la vez que Lidwine se incorporaba. Tuvo el tiempo justo de ver el gesto ofensivo que le dedicaba la mujer antes de que las luces del vehículo se perdieran en la lluvia.

Con un suspiro de desaliento, Lidwine pateó el suelo y se alejó de allí, resignada. Por lo menos ya sabía algo.

Mientras regresaba a la residencia, un sinfín de ideas descabelladas le surcaban la mente. De nuevo, volvió a olvidar el intenso frío y el viento que congelaba la lluvia sobre su piel, calándola hasta los huesos, mientras cavilaba intensamente.

Alguien, probablemente la misma persona que la acechaba y le dejaba las notas, había pagado a un par de personas para que la asustaran. ¿Estaría Charlène detrás de aquello o quizá en realidad no tenía nada que ver? Y en cualquier caso, ¿asustarla con qué fin? ¿Tal vez para que terminara dando un paso en falso y fuera una presa más fácil? ¿O es que alguien trataba de volverla loca?

Su móvil sonó de repente, interrumpiendo el interminable flujo de pensamientos que le cruzaban la mente y dándole un susto. Lo sacó del bolso y miró el nombre que parpadeaba en la pantalla: Ruben.

—Mierda —musitó para sí, cerrando los ojos—. El que faltaba.

Con un largo suspiro, deslizó el dedo para responder y se lo llevó al oído.

## CAPÍTULO 21

—Hola Ruben...

—Eh, ¿cómo estás? —La voz del chico le sonó extraña, como agitada.

—Pues yo bien, ¿y tú? Pareces nervioso. —Lidwine frunció el ceño, y sujetando el teléfono contra el hombro, se llevó un caramelo de fresa a la boca.

—La verdad es que lo estoy —admitió él—. Escucha, Lidwine, tenemos que vernos. Ahora. He de... contarte algo bastante fuerte. No me siento capaz de decírtelo por teléfono.

—¿Ahora? —repitió ella, sorprendida—. Venga, seguro que puedes decírmelo por teléfono, se está haciendo tarde y tengo que volver a la residencia para cenar... Te recuerdo que no vivo en mi propia casa y tengo que respetar ciertos horarios.

—No importa, te invito a cenar. Lo que tengo que decirte es muy importante y no puede esperar. —El tono de Ruben sonaba tan apremiante que Lidwine suspiró, vencida.

—Está bien. ¿Te paso a recoger o...?

—No, tranquila, ya vengo yo. En un cuarto de hora estoy ahí.

—¿Un cuarto de hora? Pero, ¿qué...?

Fue inútil, Ruben ya había colgado. Frustrada, Lidwine guardó el teléfono y echó a correr bajo la persistente lluvia. Estaba tan empapada que ya apenas sentía el agua cayendo sobre ella.

Por suerte, estaba ya muy cerca de la residencia, y en cuestión de tres minutos se plantó en su habitación. Estaba desierta, pues Cécile ya se había ido a su casa por Navidad. Se desprendió de la ropa mojada y se envolvió en una toalla caliente que acababa de salir de la secadora, mientras iba al baño a adecentarse un poco.

Intrigada, se preguntó el porqué de la insistencia de Ruben. ¿Qué se propondría decirle? Desde luego, esta vez no pensaba vestirse como una modelo para él, pensó mientras se enfundaba ropa interior seca, un par de tejanos ajustados y una sudadera granate. ¿Y si pretendía declarársele? No, aquello era absurdo. Ya habían hablado del tema varias veces y había quedado zanjado, ¿no?

Mientras su mente seguía dando vueltas, harta de tantos misterios, se sentó frente al tocador y se secó el pelo con el secador, recogéndolo después

en un apretado moño como el que llevaba antes. Se dio unos toques de colorete en su pálida tez, que por una vez no relucía con su habitual tinte rosado, sino que parecía la propia de un cadáver, y se pintó los labios con un poco de brillo.

Cuando terminó se miró al espejo. Se veía más horrible y demacrada que nunca, pero tampoco tenía mucho más tiempo. Justo entonces le llegó un WhatsApp de Ruben, avisándola de que estaba abajo. Aunque lo estaba esperando, el sonido del móvil la hizo saltar como un resorte. Últimamente el más mínimo ruido la asustaba, aunque desde luego, motivos no le faltaban.

Se enfundó una chaqueta seca y la bufanda, cogió el bolso y, tras asegurarse de que el espejo seguía seguro en su interior, salió disparada hacia las escaleras. Tampoco olvidó el paraguas, aunque ya no llovía tanto.

Una vez en la gélida calle, divisó a Ruben esperándola bajo un enorme paraguas negro, con la mirada clavada en el suelo. Parecía sumamente incómodo, y la sonrisa que le ofreció a Lidwine se le antojó forzada y extraña.

—Hola guapa, ¿cómo estás?

—No muy bien, la verdad —suspiró ella, dándole dos besos mientras le estudiaba con disimulo.

Pese a que iba muy sencillo—tejanos rotos por las rodillas, zapatillas negras y una sudadera bajo su habitual chupa de cuero—, estaba tan guapo como siempre, aunque sus ojos, normalmente chispeantes y llenos de vida, se veían apagados.

La tomó del brazo con cariño y la miró a los ojos sin poder esconder su tristeza.

—Sí, haces mala cara... —observó—. ¿Qué te pasa?

—Tu tampoco parece estar en tu mejor momento —replicó ella, ignorando su pregunta.

Él le ofreció otra sonrisa antinatural y tragó saliva.

—Vamos, conozco un restaurante italiano por aquí cerca. ¿Te parece bien? No quería estresarte yendo en moto bajo la lluvia, sobre todo después de tu accidente...

—Gracias. —Lidwine le apretó el brazo—. Eres un encanto, pero por favor, Ruben... —Se paró en medio de la acera y le miró con sus inocentes ojos muy abiertos—. Dime qué ha ocurrido, qué es eso que no puedes esperar a decirme.

De nuevo, observó en él aquella palpable incomodidad. Ruben se



mordió el labio y rehuyó su mirada.

—Te lo diré cuando lleguemos al restaurante —declaró, tomándola de la mano para llevarla consigo hacia delante—. Guarda tu paraguas, creo que con el mío bastará.

Ella aceptó su ofrecimiento y con una sonrisa tímida se arrimó a él, dejando que la apretara con firmeza contra su cintura. Tal vez era solo una excusa para tenerla cerca, pero ella tenía frío y estaba asustada, así que no protestó, dejando que la llevara tan apretada que casi podía sentir el corazón de Ruben contra el suyo. Su suave y profundo aroma la subyugaba, y sus suaves rizos le acariciaban la mejilla, pues como no era muy alto, sus rostros se hallaban casi a la misma altura.

Cuando llegaron al restaurante, Lidwine apenas se fijó en el elegante y cálido interior, decorado en madera oscura y papel granate, de tan ansiosa como estaba por oír lo que su amigo tenía que decirle. Estaba bastante lleno para ser un lunes, pero lograron encontrar una mesa para dos en un rincón, donde enseguida se vieron rodeados por la algarabía que formaban las conversaciones de los demás clientes.

Durante los primeros minutos no hablaron de nada importante, pero en cuanto hubieron pedido, Lidwine juntó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia Ruben, que se había quitado la sudadera y estaba guapísimo con una camiseta ajustada de manga corta negra, dándole un sorbo a su cerveza. En sus rizados cabellos relucían chispeantes gotitas de lluvia, semejantes a diamantes.

—Ruben, te lo suplico —comenzó con mirada implorante— dime qué pasa.

Él echó la cabeza para atrás a su peculiar manera y la contempló desde arriba, mostrando la línea perfecta de su ancha mandíbula.

—Te lo cuento luego... No quiero que nos sienta mal la comida.

—Ni hablar. Quiero que me lo cuentes ahora mismo. —Lidwine estiró la mano y se aferró a la suya—. Me estás poniendo de los nervios.

Él suspiró mientras correspondía a su apretón con cariño, entrelazando los dedos con los suyos. Sus ojos castaños tenían la tonalidad del caramelo, y en ellos brillaba una tristeza inusual.

—Por favor, espera a que acabemos de cenar. Será lo mejor, confía en mí.

Había tal expresión de súplica en su mirada que Lidwine se dio por vencida, preguntándose por qué habría insistido tanto en verla de inmediato,

y ahora en cambio no hacía más que posponer el momento de la verdad.

—En fin, ¿cómo va todo? —inquirió ella, cambiando de tema para relajar la tensión del ambiente.

Él sonrió con sinceridad por primera vez desde que se habían visto.

—Normal. —Se encogió de hombros—. Sigo practicando con el grupo y trabajando en el bar. Ninguna novedad. Lo único es esa actuación que te comenté... De hecho, al final es este viernes.

—Oh no. —Lidwine se llevó la mano a la frente—. No podré ir como te prometí. Estaré en Lyon.

—Así que de vuelta a casa por Navidad, ¿eh? —comentó él con sorna para disimular su decepción, aunque ella notó que le dolía—. En fin, ya habrá otras oportunidades, supongo.

Se encogió de hombros de nuevo y dio un largo trago a su cerveza. Ella se sintió fatal, de modo que cambió de tema otra vez.

—¿Ninguna novia a la vista?

Él le dedicó su sonrisa lobuna y levantó las cejas.

—Nada importante —replicó con aire presuntuoso, agitando una mano.

Lidwine sintió un aguijonazo de celos al imaginarle teniendo encuentros con chicas, aunque fueran sin importancia. Se sintió tan enfadada de albergar semejantes sentimientos absurdos que tan solo asintió y desvió la mirada mientras se cruzaba de brazos, fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Bueno, ¿y tú qué tal con tu novio? —le preguntó él mientras les servían las pizzas. Cortó un pedazo y le dio un mordisco—. Mierda, cómo quema.

—Muy bien —se apresuró a contestar ella, viendo una ocasión perfecta para desquitarse. Le sonrió con suficiencia—. Estamos mejor que nunca. Vendrá a mi casa a pasar las fiestas.

Sin embargo, el tiro le salió por la culata, puesto que Ruben no dio muestras de sentirse enfadado o celoso, sino más bien apesadumbrado, pero de un modo que Lidwine no acertó a interpretar.

—Me alegro —declaró sin convicción, evitando mirarla a los ojos.

Ella se dijo que debían de ser celos al fin y al cabo, y su estado de ánimo mejoró de forma considerable.

El resto de la cena pasó con rapidez mientras comentaban anécdotas, Lidwine de la universidad y Ruben acerca de sus amigos y los clientes del

bar.

Tras acabarse las pizzas, ambos decidieron prescindir del postre y pidieron un par de cafés. La conversación comenzó a decaer a medida que se acercaba el momento de la verdad.

—Bueno —murmuró ella mirando su reloj—. Se hace tarde y estoy agotada; además, mañana he de madrugar y todavía tengo que prepararme los materiales que necesitaré en clase... ¿Podrías decirme ya por qué querías verme?

La sonrisa de Ruben se borró de un plumazo y frunció el ceño. Su rostro mostraba una mezcla de emociones: preocupación, pena y vergüenza.

—Sí, supongo que sí... —musitó, reclinándose hacia atrás.

Suspiró y se frotó la cara hasta que se puso roja. Miró a Lidwine muy serio, apoyando el rostro sobre las manos de forma que le tapaba la boca. En sus ojos brillaba una profunda tristeza.

—Lidwine... —La tomó de la mano, y tragó saliva con dificultad—. Esto no te va a gustar, pero si me considero amigo tuyo, tengo que decírtelo. Tan solo... no mates al mensajero, ¿vale?

—Bueno, pero ¿qué pasa? —exclamó ella. El corazón comenzó a darle saltos contra el pecho—. Me estás asustando, en serio.

—Lo que quería decirte es que... —Tomó aire y la miró muy serio a los ojos—. Grégory te está engañando.

Lidwine le miró de hito en hito.

—¿Qué has dicho? —susurró casi sin voz, como si no le hubiera oído.

Ruben volvió a frotarse el rostro con la mano libre.

—Lo siento, Lidwi, sé que esto tiene que ser terrible para ti. Verás, esta tarde volvía del ensayo con mis amigos y le vi. Era él, sin ninguna duda. Estaba apoyado contra una pared y entre sus brazos tenía a una chica pelirroja muy mona... diría que encima es una de tus amigas —añadió con la mirada baja—. Demasiado pija para mi gusto, pero muy guapa, parecía una modelo.

El chico hizo una pausa para intentar calmarse. Tenía las mandíbulas tan apretadas que le costó continuar.

—El muy cabrón se estaba enrollando con ella como si nada, metiéndole mano ahí en medio, aun cuando todavía había bastante luz en la calle. Él no me vio, por supuesto, pero yo me aseguré de que era Grégory y pasé de largo. Ellos dos ni se inmutaron. Estaban tan metidos en faena que no... Pero Lidwine, ¿adónde vas?

Ruben se interrumpió, perplejo, cuando ella se levantó de golpe con la

cara como un tomate, arrojó un billete de veinte euros sobre la mesa y se dirigió casi corriendo hacia la salida. Por suerte, reaccionó con rapidez: se guardó el billete de Lidwine en el bolsillo, dejó otro par de los suyos en la mesa, le hizo un gesto frenético al camarero, y salió a toda prisa detrás de ella.

—Oye, ¿adónde crees que vas? —exclamó, entre furioso y sorprendido, persiguiéndola por la calle. Gracias a Dios había dejado de llover.

Cuando al fin la atrapó, la tomó violentamente por el brazo, le metió su billete en el bolsillo y la obligó a girarse hacia él.

—¡Déjame! —chilló ella, cubriéndose el rostro con las manos.

Ruben la soltó, atónito y contrito al ver que estaba llorando a lágrima viva.

—Lidwine... —musitó compasivo, tratando de abrazarla, pero ella le apartó con un empujón, furiosa.

—¡No! ¡Eres un mentiroso! ¿Cómo te atreves a decir semejantes cosas de Grégory? —Le miró rabiosa, con el rostro ardiendo y surcado de lágrimas—. ¡Él, que es la persona más honesta y decente que hay! Te jode que me quiera tanto, ¿verdad? ¡Te jode que seamos felices juntos!

—Lidwine, estás equivocada —exclamó él atormentado, intentando abrazarla de nuevo, pero ella le apartó de un manotazo—. Te juro que lo que te he dicho es verdad. Me importas más de lo que crees... No quiero que te hagan daño.

—Eres muy listo, Ruben, ¡además de cruel y retorcido! —Lidwine ya ni sabía lo que decía—. Para colmo, según tu descripción, Grégory me está engañando con Dorine, que es justo la persona de quien más celos tengo. ¿Cómo lo supiste, Ruben? ¿Cómo supiste que ella era la mejor amante que podías inventarte?

—Joder, ¡no me lo estoy inventando! —gritó él, cogiéndola de los hombros—. ¡Te digo la verdad! ¿Qué beneficio iba a sacar yo de mentirte?

—¡Y yo qué sé! —chilló ella, empujándole con violencia—. ¡No me pidas que interprete tu mente enferma, Ruben! Desde que te conozco me he quedado atrapada en un almacén, he estado a punto a morir en una caída desde la torre Eiffel y he sufrido un accidente de coche que casi me mata... ¡la lista es interminable! ¡Todo lo que tiene que ver contigo está gafado! No sé qué pretendes, por qué me acechas ni por qué insistes en tener relación conmigo, ¡pero no quiero saber nada más de ti! ¿Me oyes? ¡Estoy harta de tus

misterios, de tus mentiras y de tus...!

No pudo seguir hablando, puesto que Ruben, desesperado, la apretó contra sí y la besó con rabia. Lidwine, al instante, le apartó con tal arrebato de ira que al pillarlo desprevenido por poco lo estampa contra una farola cercana.

—¡No! —chilló rabiosa, mientras se apartaba varios metros de él—. ¡No me toques! Eres un perverso y un depravado mental, ¡y no pienso tolerar que destruyas mi relación perfecta con Grégory! Todos tenían razón respecto a ti... ¡Todos!

Echó a correr por la acera, con las lágrimas corriendo por las mejillas, sin saber ya a quién creer, a quién escuchar o en quién confiar. Le parecía como si el corazón, asfixiado de tanto dolor, le fuera a reventar en el pecho.

—Lidwine, ¡vuelve aquí!

Ruben la agarró del brazo y la obligó a mirarle mientras ella se debatía.

—¡Tienes que creerme! ¡Eres lo único que me importa ahora mismo, Lidwine! ¿Por qué no puedes creerme? ¡Grégory es un cabrón! Tú no le importas en absoluto, ¡solo te está utilizando!

—¡Basta! —chilló ella tapándose los oídos, pero él gritó aún con más fuerza.

—Lidwine, ¡te quiero! ¿Me oyes? ¡Te quiero! ¡Déjame demostrártelo y envía a la mierda a ese cerdo!

Ciego de dolor, la apretó contra sí y trató de besarla una vez más, pero ella se desasí temblando de cólera y le asestó una sonora bofetada. Ruben retrocedió, como herido por un rayo, con la mano en la mejilla. Aprovechando la situación, Lidwine salió huyendo mientras le gritaba por encima del hombro:

—¡No quiero saber nada más de ti! ¿Lo has oído? ¡Déjame en paz de una vez!

Dejó a Ruben atrás, repitiendo su nombre en medio de la calle oscura mientras la lluvia comenzaba a caer de nuevo, gélida y fina como agujas de hielo, mezclándose con las lágrimas de ambos.

## CAPÍTULO 22

Mientras el avión surcaba el encapotado y tenebroso cielo camino de Lyon, donde la esperaba la única familia que jamás había conocido, Lidwine miraba de reojo a Grégory, preguntándose si la querría tanto como decía... o si la estaría engañando.

El rostro de su novio se veía inocente como el de un niño: sus ojos azul celeste relucían de candidez y sus labios carnosos se torcían en un mohín mientras mordisqueaba los restos de una piruleta, concentrado en el sudoku de la revista que tenía en la mano. Mechones rebeldes de un cremoso rubio dorado se enroscaban sobre su frente, y sus mejillas habían cobrado un encantador tono rojizo debido al calor.

¿Era posible que hubiera verdad en las palabras de Ruben? ¿Podría ser capaz Grégory de engañarla con tanta frialdad? Le parecía imposible. Su novio le cogía la mano con cariño de vez en cuando, la besaba cada cinco minutos, le dedicaba aquella sonrisa de dientes perfectos que le hacía temblar las rodillas y, en definitiva, la hacía sentir más querida que nunca a cada instante.

Pero ¿por qué, a veces, Lidwine tenía la sensación de que no la escuchaba? ¿Por qué se sentía tan incómoda, como si no encajara en el mundo de Grégory, como si nunca fuera a estar a la altura de su belleza?

«Me estoy volviendo paranoica incluso respecto a Grég», pensó con tristeza, mordisqueando una patata frita mientras estudiaba el hermoso perfil de su novio, tan concentrado en la revista.

Se le veía tan inocente, tan angelical... Era imposible que la estuviera engañando. ¿Qué importaba si se tomaba un refresco con Dorine de vez en cuando? A fin de cuentas, eran amigos de toda la vida. No, Grégory nunca le haría daño.

—¿Ocurre algo, cariño? —preguntó él, con su cara perfecta contraída por la preocupación mientras alzaba la mirada del sudoku y la tomaba de la mano.

Sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas, Lidwine enterró el rostro en el cuello de la camisa blanca de Grégory.

—No es nada... —musitó.

Se secó una lágrima con disimulo y deseó que realmente fuera así. En cuanto recuperó el dominio de sí misma, se apartó para mirarle a los ojos. Él

le devolvió la mirada con un semblante tan dulce y considerado que Lidwine sintió la necesidad de robarle un apasionado beso.

—Tú me quieres, ¿verdad? —preguntó al apartarse, tomándole de las manos con expresión suplicante.

Grégory la miró sorprendido.

—Por supuesto, Lidwine, ¿a qué viene esto? —Sujetó su rostro pálido y asustado entre sus manos y la miró con ternura—. ¿Qué te hace sospechar lo contrario?

—Oh, Dios —sollozó ella sin poder contenerse, apretándose contra él mientras cerraba los ojos—. Júrame que no me dejarás, que siempre me vas a querer.

—Vaya, por supuesto que siempre te querré, mi amor. —Grégory la miró con su despreocupada y sensual sonrisa y dio un lametón a su piruleta.

Lidwine contempló su rostro perfecto, rabiosa ante su aplomo y seguridad, y se lanzó sobre sus labios con ardor salvaje, tomándole desprevenido.

—Te quiero, te quiero, te quiero —susurró entre beso y beso, mientras él, sonriente, alzaba las cejas con regocijo.

Mientras se besaban, ella deseó que su amor no le causara dolor, sino felicidad. No entendía cómo un amor tan maravilloso y correspondido podía hacerla sentir tan frustrada, tan sedienta de cariño.

—Yo también te quiero —replicó él cuando al fin se separaron.

Sus besos tenían el mismo ardor que los suyos, pero nada de su desespero.

En tanto que el avión surcaba veloz las nubes dejando una estela, Lidwine deseó con todo su corazón ser capaz de confiar en él ciegamente. Ser capaz de creerle.

Su amor era como la sensación de miedo que tenía en el estómago cada vez que el avión descendía unos metros. Solo esperaba que el amor entre ella y Grégory nunca se viera obligado a realizar un aterrizaje forzoso.

\*\*\*

Las Navidades pasaron sin novedad. Mucha comida, demasiadas cenas en compañía de las odiosas personas que Béatrix idolatraba, muchas risas y cotilleos, vestidos y joyas de fantasía para tantas fiestas que Lidwine perdió la cuenta. Hubo mañanas soleadas durmiendo hasta tarde, y tardes

encantadoras paseando por las calles de Lyon con Grégory y Béatrix. Compras navideñas, muestras de cariño por doquier, tranquilidad y reposo y también, bastantes deberes de la ENSBA.

Sin embargo, Lidwine no fue capaz de relajarse como en su anterior regreso a casa, y aquella vez la sintió extraña, fría y ajena a ella, sin saber muy bien el motivo. Lo más curioso fue que no tuvo dificultad alguna para dormir, y cada día fue capaz de hacerlo de un tirón hasta tarde, sin despertarse durante la noche y sin tener sus recurrentes pesadillas.

No sufrió en exceso por el espejo, pues reacia a meterlo en la maleta como la última vez, lo había vuelto a dejar temporalmente en la *Banque Nationale de Dépôts*, en una cámara de seguridad con una nueva llave que se aseguró de no perder de vista y el código más difícil de adivinar que pudo idear.

Por lo tanto, la reliquia estuvo bien segura durante sus vacaciones, y a pesar de las preguntas de Béatrix sobre el asunto, Lidwine se guardó mucho de contar nada. Tenía tanto miedo de que cualquier persona, por imposible que fuera, pudiera oírlo, que prefirió no mencionarlo en absoluto. La euforia navideña también contribuyó a dejar aparcados los temas desagradables.

Sin embargo, una noche ocurrió algo extraño, y más tarde Lidwine no fue capaz de decidir si lo había soñado o no. Serían en torno a las tres de la madrugada, y ella dormía tranquila en su habitación cuando un ruido la despertó.

Asustada, sus ojos otearon la oscuridad tratando de atravesarla y, cuando por fin se acostumbraron, comprobó sorprendida que el picaporte se movía. Trató de moverse pero le fue imposible, y justo cuando empezaba a ponerse histérica, le dio la impresión de que veía las cosas desde un ángulo anormal. Su susto fue terrible cuando, al mirar hacia abajo, vio su propio cuerpo durmiendo en la cama.

Aterrorizada, pegó un alarido, pero ningún sonido surgió de sus labios. Tenía que estar soñando, por eso le daba la sensación de estar desdoblada de su propio cuerpo. Justo entonces, la puerta comenzó a abrirse muy lentamente revelando a una figura encapuchada que se escurrió en la habitación de forma furtiva.

Lidwine, todavía desde su perspectiva en lo alto del techo, trató de enfocar la mirada, pero no fue capaz de distinguir los rasgos de la persona que acababa de entrar.

Se quedó de piedra cuando esta se inclinó sobre ella y comenzó a



hurgar en el cuello de su pijama. Boquiabierta, se inclinó para ver mejor y observó que la que figura tomaba entre sus dedos la cadena que le pendía del cuello, tratando de quitársela con sumo cuidado.

¡Era la llave de la *Banque Nationale de Dépôts*! ¿Cómo sabía aquella persona, quienquiera que fuese, que tenía el espejo de nuevo en la cámara de seguridad, a no ser que la estuviera acechando? ¿Y cómo diablos había entrado en la casa?

Pero lo más inquietante de todo era... ¿por qué ella no se despertaba? Tal vez lo estaba imaginando todo.

De súbito, se encendió la luz en el pasillo y se oyeron unos pasos apresurados. El intruso, cogido por sorpresa, se escurrió hacia el lavabo, que comunicaba asimismo con el pasillo. Pocos instantes después, Lidwine oyó la voz de Grégory fuera de su habitación conversando en susurros con Béatrix. Ambos parecieron llegar a la conclusión de que el ruido provenía de la casa vecina, y al poco oyó cerrarse las puertas de las dos habitaciones, dejando la casa en silencio. La joven fue incapaz de recordar nada más después de aquello.

A la mañana siguiente, escudriñó los rostros de su novio y su tutora, esperando que le mencionaran algo de la noche anterior. Sin embargo, ninguno de los dos hizo comentario alguno, y ella, temiendo que la creyeran loca de remate, optó por guardar silencio. Tal vez, a fin de cuentas, solo había sido un sueño.

Al observar a Béatrix de cerca, comprobó que seguía igual de demacrada y envejecida que antes. Algo la estaba consumiendo, y Lidwine se sentía culpable, convencida de que era por su causa. Por este motivo, trató de portarse bien y no gruñir cuando su tutora la forzaba a ir con ella al salón de belleza cada vez que tenían que asistir a alguna fiesta, ni cuando la obligaba a abandonar sus adorados tejanos y cambiarlos por un vestido largo y unos zapatos de tacón elegantes.

De hecho, Lidwine se cuidó tanto aquellas vacaciones que, gracias a las sesiones de belleza y al descanso, recuperó el brillo nacarado que solían tener su piel y sus largos cabellos castaños, en los cuales consintió hacerse unas discretas mechas rubias y cortarse varios centímetros para sanearlos.

Béatrix, asimismo, insistió tanto en ampliar su vestuario que Lidwine, a su regreso, tuvo que llevarse una maleta extra para poder meter toda la ropa nueva que su madre adoptiva insistió en comprarle.

—Eres una señorita y en esa residencia llena de gente de alta

categoría tienes que dar ejemplo —insistía mientras iba de un lado a otro en los centros comerciales, cargándola de zapatos, faldas de tubo, camisas y pantalones de vestir, de manera que la joven acababa llevándose media tienda al probador.

En suma fueron unas vacaciones agradables, si bien algo ensombrecidas por el miedo, sobre todo tras el misterioso suceso nocturno. Por lo menos, Lidwine se distrajo reencontrándose con todos sus viejos amigos y saliendo con ellos cuando la apretada agenda que Béatrix les había preparado lo permitía.

Los regalos fueron asimismo estupendos. Aparte de toda la ropa nueva, la abogada le regaló el nuevo Macbook que acababa de salir al mercado. En cuanto a Grégory, se excedió con un conjunto lujoso de collar y pendientes, motivo por el cual Lidwine le regañó, al no creerle en condiciones de gastarse tanto en su nueva situación.

Por algún motivo, el comentario le sentó como a un tiro a su novio, que perdió los nervios por primera vez desde que le conocía.

—Si hay algo que odio en este mundo —casi le gritó, con el rostro encendido y los nudillos apretados— es que se me haga sentir inferior. Yo puedo permitirme lo mismo que tú y que todos los demás. Toda la vida he podido comprarme lo que me ha dado la gana, y eso no va a cambiar.

Lidwine lo miró sin saber qué decir y extendió la mano para acariciarle, aún más sorprendida al notar que temblaba de rabia.

—Lo siento, no era mi intención ofenderte —balbuceó con los ojos muy abiertos—. No quería que te sintieras inferior, es solo que no me gusta que te gastes tanto en mí ahora que estás peleado con tu padre.

—Eso no marca ninguna diferencia —gruñó Grégory, todavía rabioso—. No me digas cómo emplear mi dinero. No soportaría que me trataras como a uno de esos pringados que se matan a trabajar para pagarse la universidad. Somos diferentes a esa gente, Lidwine. Y sino, fíjate en Claudine... No pega nada en nuestro grupo.

—¡Claudine es de las mejores personas que he conocido en mi vida! —replicó Lidwine airada, con el rostro encendido.

—Ya lo sé —reconoció él armándose de paciencia, con las mejillas igual de rojas—. Solo me refería a que yo provengo de una buena familia y ahí está la diferencia. Como tú, como Dorine, como Brice...

—¿Ah sí? —exclamó la joven, apartándose de él como tocada por un rayo—. ¿De qué buena familia provengo yo, Grég? ¿De una con un padre que

jamás tuvo interés en mí y una madre tarada?

Grégory bajó la mirada, comprendiendo que había metido la pata.

—¿Y tú? —prosiguió ella con cinismo, incapaz de morderse la lengua—. ¿De qué clase de buena familia vienes tú? ¡Tu padre metió a su amante en casa apenas dos días después del funeral de su propia esposa, sin importarle que su hijo le rechazara! Por lo menos, los padres de Claudine son personas buenas y decentes. ¿Qué importa que tengan menos dinero?

Al momento se arrepintió de sus palabras, sobre todo al ver cómo Grégory se cubría el rostro con las manos. Se le acercó y le abrazó con fuerza, casi sollozando.

—Perdóname, perdóname, por favor —musitó, mientras él también se aferraba a ella—. Dios, eres la única persona que me importa en este mundo aparte de Béatrix y mira cómo te trato. No debí decir esas cosas... Lo siento, de verdad.

—Está bien —asintió él, aún dolido—. Olvidémoslo.

Sin embargo, esa no fue la única pelea que tuvieron durante aquellas vacaciones. La siguiente tuvo que ver, como era de esperar, con Ruben, pues Lidwine no pudo contenerse más y le habló de las acusaciones que este había formulado contra él.

Sin embargo, lo único que logró fue que su novio, igual que Béatrix, le prohibiera terminantemente volver a relacionarse con «semejante mamarracho mentiroso», como Grégory lo calificó, entre otros muchos calificativos.

—¿Cómo pudiste pensar ni por un segundo que decía la verdad? —exclamó Grégory, con las rubias cejas fruncidas—. No me lo puedo creer...

—Lo siento, yo jamás sospecharía de ti, pero ya sabes cómo me siento respecto a Dorine, y como sois tan amigos...

—Tú lo has dicho: ¡amigos! Por Dios, Lidwine, la conozco desde parvulario... Mira, quizá sea un poco alocada, pero no es mala chica. En cambio, ese tal Ruben... Apenas sabes nada de él, siempre pasan cosas raras cuando quedáis y, perdona que te lo diga, pero lo único que quiere es echarte un polvo.

—¡Grégory! —Lidwine le miró con aire escandalizado. Su novio jamás había utilizado un vocabulario similar.

—Lo siento, pero así es como yo lo veo —concluyó él, y cruzó la habitación rumbo a la puerta—. No quiero que vuelvas a hablar con Ruben, y es mi última palabra.

Lidwine suspiró. Estaba convencida de la inocencia de su novio, pero a la vez, de forma contradictoria, dudaba que Ruben fuera capaz de soltarle una mentira tan descarada. Aceptarlo implicaría que el chico no merecía la pena ni como amigo, y supondría para ella una decepción terrible, ya que se había encariñado mucho con él. ¿Y si había confundido a Grégory con otro...? A fin de cuentas, solo le había visto una vez, y encima en la oscuridad de una discoteca.

Por otro lado, incluso si Ruben decía la verdad, no se sentía con ánimos de enfrentarse a Béatrix y Grégory quedando otra vez con él. Prefería mantenerse a una distancia prudente, por lo menos hasta que aclarara la telaraña de intrigas en la cual se había visto inmersa desde su llegada a París.

Sentía que alguien de su entorno tenía que ser, por fuerza, el traidor o traidora, solo ello explicaría la facilidad que tenía el acosador para acercarse tanto a ella. Aun así, hasta que no descubriera de quien se trataba, haría muy bien en guardarse de desconocidos y personas de conducta sospechosa.

Por desgracia, lo quisiera o no, Ruben encajaba en ambas descripciones. El que cerrara los ojos a lo que sabía y se dejara guiar por su intuición era otra historia, y aunque esta le dijera que debía confiar en Ruben... ¿qué sería de ella si se equivocaba?

## CAPÍTULO 23

Una soleada pero fría tarde de febrero, Lidwine regresaba a la residencia tras pasar la tarde con Claudine y Danielle, con quienes había estado tomando algo por la zona de Le Marais.

Después de las Navidades, apenas había tenido tiempo de ver a sus amigos, ya que las evaluaciones estaban a la vuelta de la esquina, y se había pasado el día estudiando y entregando trabajos. Los exámenes le habían ido muy bien y, aunque aún no conocía los resultados, estaba segura de que los había aprobado todos.

Una parte positiva del estresante período de pruebas era que apenas había tenido tiempo de pensar en el espejo, que seguía en la *Banque Nationale de Dépôts*. Tras los últimos acontecimientos se sentía reacia a sacarlo. Tal vez así intentarían robarlo de nuevo, pero al menos no se pondría en peligro a sí misma o a las personas que quería. El accidente de Danielle seguía muy presente en su mente, pese a que su amiga ya estaba recuperada del todo.

En cualquier caso, veía difícil que alguien pudiera quitarle la llave que llevaba colgada en torno al cuello las veinticuatro horas del día, a pesar del extraño recuerdo que guardaba de las vacaciones en Lyon. En realidad, apenas había vuelto a pensar en el singular episodio: solía acabar agotada de las largas horas de estudio, y se dormía en cuanto su cabeza tocaba la almohada.

No había tenido ocasión de hablar mucho con Béatrix desde su regreso a París. De día solía estar en la biblioteca, con el móvil en silencio, con lo cual no se enteraba de sus llamadas, y de noche se acostaba muy pronto. Cuando intentaba devolverle las llamadas, su tutora siempre estaba reunida o asistiendo a algún juicio, y así habían pasado casi dos semanas sin saber la una de la otra. También debía admitir que algunos días se le había olvidado ponerse en contacto con ella, tan agobiada estaba por los exámenes. Se propuso llamarla aquella misma semana, el domingo a más tardar.

En cuanto a Grégory, seguía más atareado que nunca tratando de compaginar los estudios con el trabajo. Se acostaba cada noche tan agotado que muchos fines de semana ni siquiera tenía fuerzas para quedar con ella más que un par de horas.

Por ello, durante las últimas semanas apenas se vieron, excepto

alguna tarde que quedaban para ir a pasear, y su novio siempre solía estar algo apático, como perdido en sus pensamientos. Lidwine sabía que estaba pasando por una mala racha, por lo cual se guardaba de recriminarle nada, y trataba de animarle con sus besos y sus caricias, que él siempre agradecía con lánguidas sonrisas.

A pesar de ello, llevaban casi un mes sin hacer el amor y aunque la joven se forzaba a pensar que era lógico —Grégory trabajaba demasiadas horas y aún no había superado la muerte de su madre—, el tema comenzaba a preocuparla.

En cuanto a Ruben, no había vuelto a tener noticias suyas desde la terrible pelea de aquella noche lluviosa, que le parecía ya tan lejana. Le fastidiaba tener que reconocerlo, pero ya no estaba enfadada; de hecho, incluso le echaba de menos, aunque habría muerto antes de reconocerlo y, desde luego, no pensaba llamarle. Era él quien tenía que pedirle perdón por haber inventado semejantes mentiras acerca de su novio.

Qué ridiculez: como si Grégory tuviera tiempo para estarla engañando, con la de horas que pasaba en el restaurante y lo cansado que estaba después. ¡Si ni siquiera podía con una sola novia...!

Cuando Lidwine llegó por fin a su habitación, saludó a Cécile —que estaba inmersa en su portátil, chateando por Facebook, y apenas le hizo caso — y fue directa al lavabo, donde llenó la enorme bañera de agua bien caliente. Necesitaba quitarse la sensación de frío que le recorría el cuerpo tras pasear por las heladas calles.

Media hora después, se había enfundado su cálido albornoz de franela color visón, a juego con la toalla que le envolvía el pelo, cuando oyó que llamaban al teléfono.

Sin mostrar mucho interés, pues pensó que sería para Cécile, frotó el vaho del espejo con la manga y procedió a untarse el rostro con crema hidratante. Entonces oyó cómo su compañera la llamaba con impaciencia:

—¡Lidwine! ¡Es para ti!

Sorprendida, Lidwine salió del cuarto de baño y tomó el auricular que le tendía con desgana su compañera.

—¿Diga?

—¿Es usted Lidwine Fontaine?

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Soy el sargento Dumont, del departamento de policía de Presqu'île, en Lyon. Llamo en relación a Béatrix Lafayette, quien si no me equivoco, es

su tutora legal.

Una náusea le sacudió el estómago y le sobrevino un intenso vértigo. Temblorosa, atinó a sentarse mientras Cécile la miraba intrigada.

—No, no se equivoca. ¿Qué ha ocurrido?

El sargento pareció dudar unos instantes.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella mademoiselle Fontaine?

—Yo... no sabría decirlo —balbuceó, con el corazón latiendo tan fuerte que apenas le dejaba oír sus propias palabras—. Llevamos quizá diez días sin hablar, yo estaba de exámenes, ella trabaja mucho y...

—Comprendo —la interrumpió impaciente el sargento—. ¿Tiene la menor idea de dónde podría estar?

—¿Estar? —Lidwine aferró con tanta fuerza el teléfono que se le pusieron los nudillos blancos—. ¿A qué se refiere?

El hombre hizo una nueva pausa y suspiró.

—Lamento mucho tener que decirle esto, pero... —Tomó aire una vez más y por fin dijo—: Me temo que su tutora ha desaparecido.

## CAPÍTULO 24

Lidwine contemplaba caer la lluvia, fina y persistente, a través de los cristales. Se hallaba en la clase de Teoría e Historia del arte, y mientras miraba por la ventana, casi podía sentir el frío fluyendo por sus venas, el agua mojando su piel. La monótona voz del profesor la adormecía, y se sentía extrañamente aislada del resto de la clase, como si flotara por encima de ellos, inmersa en una neblina húmeda y centelleante.

Aquel viernes se aburría en extremo, dado que casi todos sus amigos iban a otro grupo, exceptuando a Grégory, quien de todos modos, volvía a estar cubriendo una baja en el restaurante. La única conocida en su clase aquel día era Dorine, aunque no estaba sentada a su lado. La observó desde lejos, envidiando el grosor de sus labios, la cualidad marmórea de su piel, la transparencia de sus ojos azules.

Hacía varios meses que apenas se dirigían la palabra. Habían dejado de salir todos juntos, dividiendo el grupo original en dos: Lidwine, Danielle y Claudine por un lado, y Dorine, Brice y un par de alumnos tan pijos como ellos, por el otro. En cuanto a Grégory, quedaba con ambos grupos, aunque cuando iba con los pijos —como Lidwine los llamaba—, ella prefería quedarse en la residencia, o aprovechar para salir asimismo con sus amigas.

En cualquier caso, aquel día se alegraba de estar sola y no tener que mostrarse sociable con nadie. Desde que se había enterado de la desaparición de Béatrix, hacía ya casi un mes, apenas había salido de su trance. No comprendía qué estaba pasando, lo único que sabía era que aquellas semanas habían sido las peores de su vida.

Después de que el sargento Dumont la telefonara, había salido de urgencia hacia Lyon, en un vuelo que partía aquella misma noche y en el cual tuvo suerte de encontrar aún asientos libres.

Por supuesto, Grégory había insistido en acompañarla, y el trayecto había sido muy triste para los dos. Era como si todo lo que amaran y conocieran desapareciera: primero la madre del chico, después Béatrix... Apenas habían hablado, y su novio la había dejado sollozar en paz, sabiendo que ella no se sentiría con ánimos de compartir sus sentimientos en aquel momento.

Una vez en Lyon, se habían plantado de inmediato en la comisaría, donde el sargento le había hecho numerosas preguntas a Lidwine. Llegados a



aquel punto, la joven se dijo que no tenía sentido seguir protegiendo el secreto del espejo, y se decidió a poner el asunto en manos de la policía. En aquel momento, lo más importante era Béatrix, la persona que la había cuidado durante casi la mitad de su vida, la única que la había querido cuando a nadie más le importaba lo que le sucediera.

Sin embargo, cuando tras descartar que hubiera desaparecido por voluntad propia, el sargento le preguntó si conocía algún motivo por el cual alguien querría hacer daño a su tutora, se sintió incapaz de pronunciar palabra, como si la lengua se le hubiera pegado al paladar, y solo acertó a decir «No» con sus asustados ojos muy abiertos.

El policía siguió interrogándola durante un rato y al fin la dejó marchar. Le dijo que no se preocupara, que encontrarían a Béatrix, y que podía regresar a París, pues la mantendrían informada de cualquier novedad.

Aquella fue la peor noche de su vida. Por suerte, Grégory estuvo a su lado, abrazándola cada vez que despertaba de una pesadilla, aterrorizada y cubierta en sudor.

Al llegar la mañana, examinaron todas las habitaciones con el corazón en un puño, dado que no se habían visto con fuerzas la noche anterior. Trataron de encontrar algún detalle, por diminuto que fuera, que pudiera habersele escapado a la policía.

No fueron capaces de encontrar nada sospechoso y desistieron hacia mediodía, cuando salieron a comer algo, aunque Lidwine tenía el estómago revuelto. Aquella misma tarde regresaban a París, pues no había nada más que pudieran hacer en Lyon, al margen de volverse locos.

Hablaron asimismo con los vecinos, quienes por desgracia, no habían visto ni escuchado nada anormal. Les contaron que, aunque últimamente Béatrix había ofrecido un aspecto descuidado, muy impropio de ella, la última mañana que la habían visto había partido temprano, tan elegante como antes de su aparente crisis.

Sencillamente, era como si se hubiera desvanecido en el aire.

Aquella misma tarde, dos semanas atrás, Lidwine había regresado a Lyon con el corazón encogido. Estaba segura de que la desaparición de su tutora tenía que ver con *Le Miroir des Merveilles*.

¿Cuándo aparecería su perseguidor? ¿Le impondría algún tipo de rescate?

El espejo, por supuesto, se dijo. Bien, en ese caso había llegado al fin de su aventura. Si aquel monstruo había raptado de verdad a Béatrix, lo único

que podía hacer era rendirse y entregarle la reliquia. Lo había intentado todo por salvarla, pero no pensaba arriesgar su vida ni las de los que la rodeaban por un mero objeto, por valioso que fuera, como habían hecho sus antepasadas.

De hecho, ya había llegado demasiado lejos, con sus extraños accidentes, que casi le habían costado la vida —muchos de ellos en la sospechosa compañía de Ruben, del cual, por cierto, seguía sin saber nada— o el ataque a Danielle.

No seguiría con aquel juego retorcido: si su acosador se ponía en contacto con ella, fuera como fuera, acabaría con todo.

Eso teniendo en cuenta, claro está, que Béatrix realmente hubiera sido secuestrada por la misma persona que llevaba acechándola desde que había tenido el espejo en sus manos. Siempre cabía la posibilidad de que fuera alguien ajeno al asunto, y la verdad era que, tras tantos días sin tener noticias de un posible secuestrador, Lidwine comenzaba a desesperarse y a temer que de un momento a otro la llamaran para informarla de que habían encontrado el cadáver de su madre adoptiva, abandonado en algún callejón tras ser víctima de un robo.

Ya no sabía nada y cada día tenía más miedo.

Prosiguió mirando por la ventana, ajena a las aburridas explicaciones del profesor y a los apuntes, que había dejado de tomar hacía rato. Se introdujo tanto en el borroso y reluciente paisaje que apreciaba a través de las ventanas, que una curiosa calma se adueñó de ella, dándole la sensación de que dormía. Los contornos de la clase comenzaron a difuminarse, hasta que poco a poco dejó de verla.

De pronto, supo que estaba soñando, aunque también sabía que seguía teniendo los ojos abiertos y podía oír, muy lejana, la voz del profesor. No obstante, se había convertido en otra persona, y por algún motivo, supo que era Delphine, su madre.

Tuvo la súbita y poderosa certeza de que debía protegerse de alguien que estaba frente a ella. No se planteó cómo ni por qué lo sabía; introdujo la mano en su bolso, donde al parecer guardaba un afilado cuchillo, y lo sacó sin contemplaciones, empuñándolo con firmeza. Sin perder un segundo, dirigió el arma hacia la persona que tenía delante, de la cual no acertaba a ver el rostro, pues la neblina seguía cubriéndolo todo como un pesado manto.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —Las palabras salieron de su boca como una explosión, y se oyó a sí misma con una voz que jamás había

oído, dulce y aterciopelada, pero algo ronca en aquel momento por el miedo.

Era la voz de su madre.

La persona contestó algo y se le acercó, pero seguía sin poder verla ni oírla.

—Tú, mi propia sangre... —prosiguió, jadeante, mientras blandía el cuchillo en el aire con furia—. Habría esperado la traición de cualquiera... ¡de cualquiera excepto tú!

Pero, ¿quién? ¿Quién era la otra persona?

En la mente de Lidwine, aún aturdida por el trance, relampagueó algo importante. Un nexo en común entre todas sus visiones.: sus antepasadas siempre habían sido traicionadas por alguien cercano a ellas... De hecho, su alter ego en la fantasía aludía incluso a una relación de sangre con su supuesto atacante. Quizá ella había mirado demasiado lejos... ¿Estaría la respuesta más cerca de lo que creía?

La persona que había frente a ella añadió algo más. Si tan solo pudiera librarse de aquella bruma que lo envolvía todo y verle la cara... ¡Tenía que ser la misma que la perseguía ahora a ella!

De súbito, la figura hizo un movimiento brusco que la asustó, como si hubiera sacado un revólver. Lidwine, embargada por el terror —y por una súbita furia que no supo comprender—, se lanzó sobre ella y alzó el cuchillo sobre sus cabezas.

—¡El espejo nunca será tuyo! —chilló furiosa.

Cuando ya iba a bajar el arma, preparada para sentir cómo atravesaba la carne tierna y ver la sangre saliendo a borbotones, un terrible grito la sacó de su fantasía. Ella parpadeó, tratando de enfocar la vista.

Entonces se dio cuenta de que estaba de pie en medio de la clase y de que todos —incluido el profesor, que estaba a su lado sujetándole el brazo—, la miraban boquiabiertos y horrorizados. Cuando bajó la vista para ver por qué la tenía agarrada, observó que realmente empuñaba un cuchillo de cocina de unos treinta centímetros, con tanta fuerza que le dolía la mano.

Aturdida y jadeante, lo dejó caer al suelo. El tintineo metálico resonó como una bomba en el silencio de la clase. Justo delante de ella, también de pie, Dorine la miraba con ojos llameantes y empapados en lágrimas de terror.

—¡Has estado a punto de apuñalarme! —chilló con voz estridente, presa de la histeria. Dio varios pasos atrás, como ya habían hecho los demás alumnos—. ¿Qué coño hacías con ese cuchillo?

—Mademoiselle, me temo que tendré que llamar a la policía —

intervino el profesor por lo bajo, sujetándola con firmeza.

Ella no opuso ninguna resistencia, sino que le miró con expresión desmayada.

—Le juro que no tengo ni idea de qué ha ocurrido —balbuceó, tan mareada que tuvo que agarrarse al borde de la mesa para conservar el equilibrio—. ¿Qué... qué ha pasado?

—¡Que casi me matas, eso ha pasado! —gritó de nuevo la pelirroja, sollozando de forma convulsiva. Varios alumnos la abrazaron en un intento de consolarla y miraron a Lidwine de reojo, con una mezcla de asco y miedo.

—Por favor, acompañadla fuera —pidió el profesor, señalando a Dorine con la cabeza y secándose el sudor de la frente con una mano temblorosa—. Dadle un poco de agua y ayudadla a calmarse.

El pequeño grupito que rodeaba a Dorine la sacó del aula medio a rastras. Ella se giró justo antes de salir para dedicarle una mirada ponzoñosa a Lidwine, y sus sollozos fueron diluyéndose en la lejanía hasta extinguirse por completo.

El profesor se giró entonces hacia el resto de alumnos.

—Los demás, mejor esperad fuera, pero no os vayáis muy lejos. Supongo que la policía querrá haceros algunas preguntas. —Carraspeó, evitando mirar a Lidwine.

—Puede soltarme, no me voy a escapar —le suplicó ella, llorando de la vergüenza y el horror ante lo ocurrido.

El profesor ignoró su súplica y varios alumnos, después de conversar entre ellos, se acercaron a él con aire decidido.

—Tal vez sería mejor que nos quedáramos con usted, profesor, por si acaso intenta algo —propuso uno de ellos.

—¡No voy a hacer nada! —sollozó Lidwine con el rostro ardiendo, mirándole fijamente—. ¡Ni siquiera sé qué ha pasado! ¿No veis que soy incapaz de recordarlo?

—Has tenido una especie de... ausencia —intervino otro, que la conocía por haberla saludado algunas veces. Tampoco fue capaz de mirarla a los ojos—. Incluso... hablabas al vacío, como si vieras a un fantasma. —Tragó saliva con dificultad y desplazó el peso de un pie al otro, incómodo—. No sabes lo que podrías hacer ahora mismo, tú misma admites no recordar nada, por lo tanto, no respondes de tus actos. Lo mejor será que llamemos a una ambulancia...

—Y a la policía —añadió el profesor, sacando su móvil—. Chicos,

sujetadla, por favor. Gracias por quedaros.

Uno de los alumnos, el más alto y robusto, sujetó con fuerza a Lidwine por el brazo y miró en otra dirección, tratando de mantenerse lo más alejado posible de ella.

Ella temblaba y tenía convulsiones, un sudor frío recorriéndole todo el cuerpo. Eran demasiadas emociones juntas, y ni siquiera se sentía del todo de regreso a la realidad. No entendía qué ocurría, ni de dónde había sacado aquel cuchillo, ni por qué había agredido a la primera alumna que se le había puesto por delante. Para colmo, había resultado ser Dorine, quien parecía odiarla, y tendría aún más motivos para arremeter en su contra cuando la policía la interrogara.

Cielo santo, había caído en una especie de trance, confundiendo realidad y fantasía, como les había ocurrido a sus antepasadas y sobre todo a su propia madre.

¿Tendría esquizofrenia, al fin y al cabo?

No pudo soportar la idea y sin darse cuenta de lo que decía, las palabras escaparon de su boca:

—Chicos, creo que me estoy mareando...

No fue consciente de que se estaba cayendo, y perdió el conocimiento antes de que su cuerpo chocara contra el suelo.

## CAPÍTULO 25

Cuando abrió los ojos, fue incapaz de recordar nada durante unos instantes. Estaba tumbada en una cama, en una estancia medio sumida en la penumbra, aunque algunos rayos de luz solar se filtraban por las rendijas de las persianas. No había nadie a su alrededor, y al moverse notó que llevaba un camisón de hospital.

¿Hospital? ¿Qué hacía allí?

De súbito, el recuerdo de los terribles y vergonzosos acontecimientos que habían sucedido en la universidad la golpearon, haciéndole arder las mejillas.

El murmullo de unas voces en la entrada de la habitación la distrajo de sus pensamientos. Aguzó el oído, captando retazos de conversación entre lo que parecían ser un médico y una enfermera.

—Se ha desmayado, no creo que tarde mucho en...

—... una crisis nerviosa o algo parecido.

—... hemos estado analizando su historia clínica, al parecer hay antecedentes de esquizofrenia en su verdadera familia, ya que la chica en cuestión es adoptada...

Sintiendo cómo la ira crecía en su interior, Lidwine se incorporó de golpe.

—¿Hay alguien ahí? ¿Hola?

Rápidamente, la enfermera regresó a sus ocupaciones y el médico entró en la habitación, dirigiéndose hacia la ventana para subir la persiana y permitir que entrara la luz del mediodía.

—Hola, mademoiselle Fontaine, ¿cómo estamos? —Le tendió la mano y Lidwine se la estrechó con desconfianza, a pesar de que su aspecto le agradó enseguida.

Era muy joven, a lo sumo tendría treinta y pocos años. Su rostro era sincero y amable, de mandíbula firme y pequeños ojos castaños. Llevaba el pelo, rizado y pelirrojo, muy corto, y vestía unos pantalones de color claro por debajo de la bata de médico. Su tacto al estrecharle la mano fue cálido y firme.

—No muy bien, la verdad —confesó ella, rodeándose las rodillas desnudas con los brazos—. No entiendo nada de lo que ha ocurrido ni qué hago aquí... Ni siquiera sé dónde estoy.

¿Por qué no estaba con ella ninguno de sus seres queridos? Entonces recordó que Béatrix estaba desaparecida y Grégory de viaje. La única conocida en presenciar lo sucedido era Dorine... y dudaba que esta volviera a dirigirle jamás la palabra.

—Estás en el hospital Armand-Trousseau —aclaró el médico con amabilidad—. Yo soy el doctor Mercier.

—¿Estoy en el manicomio? ¿Usted va a ser mi loquero de ahora en adelante?

Lidwine formuló la pregunta con ironía, fulminándole con la mirada, aun a sabiendas de que el doctor no tenía la culpa.

Él pareció sorprendido en un primer momento; después sonrió.

—No, este es un hospital normal, y prefiero considerarme psiquiatra que loquero. —Amplió su sonrisa y le apoyó la mano en el hombro con cariño—. Me gustaría que cooperaras conmigo para que juntos averigüemos lo que le pasa a tu mente. ¿Te importa que te tutee?

—No, claro que no. —Ella se frotó los ojos y le miró desafiante—. Pero que sepa que a mi mente no le ocurre nada.

—No pretendía decir eso, Lidwine. —El doctor se sentó a su lado, y a ella le sorprendió su trato familiar, aunque supuso que lo hacía para ganarse su simpatía—. Es evidente que has estado sufriendo algún tipo de estrés nervioso, algo que ha alterado tu modo natural de comportarte. Necesitamos hacerte unas cuantas pruebas para determinar que no se trata de ninguna posible enfermedad.

—Sé que saben que mi madre era esquizofrénica —murmuró Lidwine con un sollozo ahogado—. Les oí hablar, hace unos momentos.

El médico suspiró.

—No te voy a mentir, Lidwine, conocemos tu historial clínico y el de tu madre, y no podemos descartar la esquizofrenia. No obstante, no hay todavía motivos en absoluto suficientes para determinar que tengas dicha enfermedad.

El doctor hizo una pequeña pausa.

—Hemos hablado con tus conocidos, tanto los profesores como algunos de los alumnos que han presenciado lo ocurrido esta mañana, y todos afirman que eres una chica muy agradable, y que jamás te habías comportado de este modo antes. La policía ha acordado no intervenir hasta que se determine tu salud mental. Sabemos que estás atravesando una mala época a causa de la desaparición de tu tutora... —Se mordió el labio y apoyó la mano

para reconfortarla—. Es perfectamente normal que alguien se vuelva un poco «loco» en algún momento de su vida. Yo mismo actúo como un demente peligroso en ocasiones, o eso afirman las enfermeras.

El médico sonrió para quitarle hierro al asunto y Lidwine le devolvió la sonrisa a su pesar. Él le palmeó la mano y la miró con afecto.

—No te preocupes, solo queremos hacerte varias pruebas para determinar cuál es tu problema, y yo estaré presente siempre que me sea posible para que te sientas mejor. Cualquier duda que tengas, dímela, y si te sientes incómoda en algún momento, lo mismo. No te guardes nada para ti, ¿de acuerdo?

—Está bien, gracias —aceptó Lidwine, aún muy asustada—. ¿Comenzarán ya las pruebas?

—No —negó el médico moviendo la cabeza—. Mañana por la mañana. Por hoy te dejaremos descansar, y de aquí una hora te subirán la comida. Primero de todo, es necesario que te recuperes del impacto emocional que supone el encontrarse en una circunstancia traumática como la que has vivido hoy.

—Gracias —repitió ella, y le sonrió, comenzando a sentir afecto por el doctor. A fin de cuentas, era el único que tenía a su lado en aquellos penosos momentos.

—No se te ocurra darme las gracias. Estamos aquí para ayudarte. —El médico le guiñó el ojo y se levantó—. Ahora si me disculpas, tengo otros pacientes que ver. Mañana volveré y comenzaremos con las pruebas, pero no te pongas nerviosa, ¿de acuerdo? Te prometo que no sufrirás ningún daño.

—Está bien... hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana. Come bien y descansa. —El médico la saludó con la cabeza y salió por la puerta con su paso rápido y firme.

Lidwine oyó sus pasos alejándose hasta que se hizo el silencio. Después enterró el rostro en la almohada, sintiendo cómo si se le cayera el mundo encima.

De pronto, percibió otra presencia en la habitación y levantó la cabeza. Poco faltó para que le diera un ataque cuando vio que era Dorine. Boquiabierta, se la quedó mirando sin saber qué decir.

La chica tenía un aspecto bastante desmejorado; era la primera vez que la veía así. Tenía el pelo completamente revuelto, como si acabara de levantarse de la cama, y el rostro muy pálido, con los ojos húmedos y desafiantes.



—De modo que estás aquí —soltó con un rictus de desprecio en la boca—. Era de esperar que acabaras en el psiquiátrico, como tu madre.

—Esto no es ningún psiquiátrico, es un hospital normal y corriente —replicó Lidwine furiosa, levantándose. Dorine dio un paso atrás y ella rodeó la cama para acercársele—. ¿Y tú qué narices sabes de mi madre?

—Grégory me lo contó —manifestó la pelirroja con satisfacción. Retrocedió un poco más mientras Lidwine se aproximaba, inexorable—. ¿Qué vas a hacer ahora, niña? ¿Clavarme un bisturí?

—Grég no te ha contado una mierda —le gritó Lidwine, deteniéndose a pocos centímetros de ella con los puños apretados—. Eres una mentirosa.

Dorine se echó a reír, despectiva.

—Qué estúpida eres. En realidad, no sabes nada sobre él. —Se sentó en una butaca y cruzó una de sus perfectas piernas por encima de la otra, mirándola con los ojos transparentes llenos de burla—. Por favor, si ni siquiera te has dado cuenta de que lleva siglos engañándote conmigo...

—¡Eso es mentira! Te lo estás inventado para hacerme daño.

—Lidwine, eres tan insignificante para mí que hacerte daño o no me trae sin cuidado, pero te aseguro que es cierto. —Dorine sacudió la cabeza, y la miró con una mezcla de asco y lástima—. Por Dios, ¿en serio creías que un chico como él iba a estar con una pringada como tú? Una huérfana con antecedentes de tarados en la familia, por si fuera poco... Si te admitió en nuestro grupo fue solo porque tu madre adoptiva tiene pasta, pero nunca serás una de nosotros.

—Vete a la mierda —musitó Lidwine en voz baja y controlada—. Y llévate todas tus mentiras. Confío en Grég y no te creo.

—¿Le llamas así cuando te lo tiras? ¿O quizá Gréggy? —Clavó sus fríos ojos azules en los suyos y añadió con maldad—: Yo prefiero Gory-Gory para esos momentos íntimos... —Sus carcajadas sonaron como las de una bruja perversa.

—¡Largo! —chilló Lidwine furiosa, acercándose tanto a ella que Dorine dio otro paso atrás y chocó contra la pared—. Solo tienes envidia de que Grégory se haya olvidado por fin de ti. Siempre le tuviste como un perrito faldero comiendo de la palma de tu mano, ¡y no puedes soportar que ahora pase de ti!

—Sí, por supuesto —ironizó la otra, poniendo los ojos en blanco—. Te tengo taaaanta envidia. Qué ingenua eres. Si Grégory sigue manteniendo esta farsa es solo porque en el fondo le sabe mal hacerte daño... pero pronto

le ayudare a librarse de esa pequeña debilidad en su carácter.

—Has mencionado antes si planeaba clavarte un bisturí... —Lidwine se le encaró con el rostro sombrío y la pelirroja correteó hasta la puerta—. Me siento muy inestable ahora mismo, ¿sabes? Tal vez esté loca de verdad. Yo de ti no me pondría a prueba. —La miró con ojos llameantes y cogió aire—. ¡FUERA!

Sin necesidad de más amenazas, Dorine le dirigió una última mueca triunfante y se escabulló por el pasillo, repiqueteando con sus botas de aguja sobre las baldosas.

Agotada física y emocionalmente, Lidwine se desplomó sobre la cama y se puso a llorar, tratando de no hacer demasiado ruido por si la oía alguna enfermera. Solo quería que la dejaran en paz.

Cuando al fin se hubo calmado un poco, se arrastró hacia su bandolera y metió la mano dentro para coger el móvil. Con las lágrimas todavía resbalándole por la cara, buscó el nombre de la única persona en la cual, pese a todo, se veía capaz de confiar en aquellos momentos, y deseó no estar tomando la decisión equivocada.

Tras pulsar el botón de llamada, escuchó un tono, dos tonos, tres tonos...

«¡Venga, cógelo, por favor! »

—¿Sí?

La voz que tanto había echado de menos la hizo sonreír entre lágrimas. Se dirigió a él con un leve tartamudeo:

—Ruben, soy Lidwine... Sé que hace siglos que no hablamos pero... te necesito.

## CAPÍTULO 26

Cuando Ruben entró jadeante por la puerta, apenas media hora después de su llamada, Lidwine sintió que el ánimo le remontaba por encima de las nubes, tal vez por la sensación de ver una cara amiga después de tanto miedo y soledad.

Pese a su malestar, pensó que estaba más guapo que nunca, mucho más de lo que recordaba. Se le veía agitado, con los rizos castaños revueltos y el rostro enrojecido, probablemente a causa de la carrera que se había pegado para ir a verla. Vestía una camiseta ajustada de manga corta negra y unos tejanos estrechos con rotos en las rodillas. Nada más entrar, se abalanzó sobre ella.

—Lidwine. —Sin darle tiempo ni a respirar, le dio un breve abrazo y le estampó un beso en la frente—. Perdona si he tardado, me he escabullido del bar lo más rápido que he podido. —Le dirigió una cariñosa sonrisa, que se diluyó al ver su palidez y sus ojeras—. Tía, ¿qué coño ha pasado?

—No lo sé —sollozó ella, enterrando el rostro entre las manos—. Ya te lo he dicho por teléfono, no entiendo qué ocurrió, no consigo recordar nada.

—Vamos, preciosa, no llores.

Ruben, que incluso con su aire macarra, sabía infundir a su voz un toque de ternura, provocó que se le erizara todo el vello del cuerpo al abrazarla. Con timidez, Lidwine alzó el rostro y permitió que le secara las lágrimas. Sus dedos eran suaves y tiernos, y en su mirada brilló un fuego desafiante al asegurarle:

—Te voy a sacar de aquí, te lo prometo.

—Siento muchísimo haberte tratado de aquel modo la última vez que nos vimos —se disculpó arrepentida, sonrojándose. Dudó un momento y se mordió el labio, con los ojos aún llorosos—. Dorine, ya sabes, la chica a la cual intenté... apuñalar —Le tembló la voz y sintió el cálido apretón de la mano de Ruben para infundirle ánimos—, y con la cual según tú, Grégory me engañaba... estuvo aquí hace un rato. Me ha dicho lo mismo que me contaste tú, además de otras cosas horribles.

Su amigo suspiró y miró a otro lado, incómodo.

—No sé, Lidwi, yo no quiero forzarte a creer nada, solo me limité a contarte lo que vi, y si dices que ella misma lo corrobora...

—No sé qué creer —admitió Lidwine, sollozando de nuevo. Le apretó asimismo la mano en busca de apoyo y alzó la vista al añadir—: Pero confío en ti. —Le tembló la voz, pero mantuvo firme su mirada en él.

El rostro de Ruben se iluminó y le dio otro beso, esta vez en la mejilla.

—Me alegro de que confíes en mí. Sabes que yo solo quiero lo mejor para ti... pero ahora no pensemos en Grégory ni en ninguno de los pijos tienes por amigos. —Le guiñó el ojo y se acercó más a ella—. De momento, el que está aquí para ti soy yo. ¿No has sabido nada de nadie?

—Grégory está ilocalizable —suspiró ella—. Y bueno, mi tutora sigue desaparecida...

—¿Tu tutora? ¿Te refieres a Béatrix? —Ruben la miró de hito en hito.

—Sí... es verdad, tú no sabes nada.

De forma resumida, le puso en antecedentes sobre lo sucedido, incluido su viaje exprés a Lyon. Después, volvió a relatarle el incidente de aquella mañana, su extraña visión —sin detenerse demasiado en cavilaciones acerca de su significado, pues seguía reacia a hablarle del espejo— y al final se atrevió a mencionar la enfermedad que, en teoría, había tenido su madre, y que tal vez ella había heredado.

—Dios mío, Ruben, sé que va a pasar algo horrible —sollozó—. Hay momentos en que ni yo me reconozco, y está claro que estoy loca si fui capaz de comprar un cuchillo de semejantes dimensiones, guardármelo en la mochila e ir con él a clase sin darme ni cuenta... —Agitó la cabeza entre lágrimas y desvió la mirada—. Seguro que me encuentran lo mismo que a ella. Tal vez incluso es peligroso que estés cerca de mí. Podría sufrir otro de esos trances y...

Rompió a llorar de nuevo, e impaciente, Ruben la sacudió con suavidad.

—Lidwine, olvídate de esas tonterías y mírame a los ojos. Mírame.

Aún temblorosa, finalmente ella accedió a mirarle y sintió un escalofrío al perderse en sus profundos ojos marrones. Contempló la belleza de su rostro de facciones esculpidas como a golpe de cincel y aquellos labios dulces que había probado más de una vez. Mientras le hablaba le llegó una oleada de su fragancia —aquel eterno olor a cigarrillos y madera quemada— y sintió su cálido aliento en la piel:

—Lidwine, tú no estás loca. Entérate de eso para empezar. Tú misma me dijiste que últimamente te sentías inmersa en una especie de complot por

algo que no podías explicarme con detalle. Por lo que sabemos, ese cuchillo podría haberlo comprado otra persona... y habértelo metido en la mochila sin que te dieras cuenta.

—¿Y mi visión? ¿Y el ataque a Dorine?

—Polvos mágicos. —Lidwine le miró sin comprender y Ruben alzó las cejas—. Drogas. Quizá a ti te suene raro, pero créeme, sé de lo que hablo. He visto a gente hacer cosas muy raras bajo la influencia de ciertas sustancias.

—Pero, ¿quién iba a querer drogarme, y para qué? Es imposible que previeran que yo iba a utilizar el cuchillo, si ni siquiera sabía que estaba allí.

—Preciosa... —Ruben la tomó de la barbilla y volvió a mirarla con sinceridad a los ojos—. Convéncete ya: tú no estás loca. Te conozco. Estoy dispuesto a creer los disparates más absurdos y las conjeturas más conspiranoicas antes de creer que lo estás. Me tienes aquí para todo lo que necesites y... —Le sonrió con su característica mueca traviesa y añadió—: ... te prometo que te sacaré de aquí.

Al oír sus palabras, Lidwine sintió cómo si una corriente eléctrica le fluyera por las venas, insuflando calor a su triste corazón. Correspondió a la sonrisa de Ruben sin apenas darse cuenta.

—Gracias...

Le apretó con más fuerza la mano y él amplió de tal forma su sonrisa que tuvo que apartar la mirada, pues casi temía que se le tirara encima y la besara.

O quizá el problema es que temía hacerlo ella misma.

—Ahora solo queda una pequeña cuestión por resolver... —comentó Ruben mirando a su alrededor como ausente, entrecerrando los ojos.

—¿Qué cuestión?

Él se giró de nuevo hacia ella con aquella increíble sonrisa:

—¿Cómo lo hacemos?

—¿El qué? —replicó Lidwine azorada, con las mejillas ardiendo para variar.

Su amigo se echó a reír y acercó su rostro al suyo hasta ponerla nerviosa.

—Sacarte de aquí, por supuesto. No pensarías que iba a dejar que te hicieran esas pruebas, ¿verdad?

—Pero, ¿qué dices? —exclamó ella escandalizada.

Sin embargo, sintió un cosquilleo de excitación ante la idea de

desaparecer de aquel lugar. ¿Lo diría en serio?

—No pienso dejarte aquí —insistió Ruben, meneando la cabeza—. Sé cómo son estos cabrones. Te dicen que no se van a precipitar en sus conclusiones, pero ¿quién te dice que con un par de pruebas no se dan por satisfechos y te etiquetan de loca? Y con tus antecedentes familiares, perdona que te lo diga, pero lo tienes chungo para salir de aquí. Eso por no mencionar que esa pija... Dorine o cómo se llame, no te pondrá las cosas fáciles, y menos si te tiene celos.

—¿Crees que me tiene celos?

—Pues claro que sí. —Él le acarició la mejilla y le guiñó el ojo—. ¿Qué chica no tendría celos de ti?

Sin saber qué decir, Lidwine se limitó a dedicarle una tímida sonrisa.

—Muy bien —Ruben dio una palmada y se levantó. Comenzó a pasear de un lado a otro mientras se frotaba la barbilla—. No puede ser muy difícil sacarte de aquí de extranjs. ¿Dónde está tu ropa?

Lidwine miró en derredor y señaló el armario.

—Está ahí.

—Perfecto, entonces no hay problema. Solo un pequeño detalle... debería comprarte una gorra o algo así, más que nada por si alguien te reconoce. Así irás más camuflada. Me parece que aquí al lado hay unos grandes almacenes.

—Esto es una locura —musitó Lidwine, levantándose de la cama para coger el monedero. No se dio cuenta del modo descarado en que Ruben le miraba las piernas, apenas cubiertas por el camisón del hospital.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees que hago? —replicó ella, tendiéndole un billete—. Gracias a Dios que siempre llevo dinero. Toma, compra la primera que veas.

—¿La primera que vea y me das cincuenta euros? —Ruben cogió el billete, alucinando—. No hay como tener pasta.

—Anda, cállate si no quieres que me arrepienta de tus ideas de bombero. Al final va a resultar que eres tú el que está loco.

—Ah, ¿pero no lo sabías? —bromeó él con una de sus muecas—. Por eso no te caigo bien. Los locos solo se llevan bien entre ellos... y tú estás demasiado cuerda, Lidwi. Hazme caso —Le sonrió de aquella manera tan suya y caminó hacia la puerta—. ¡Vuelvo enseguida!

Mientras su amigo estaba ausente, una enfermera subió a llevarle la comida. Lidwine comió con apatía, pues la comida no estaba muy buena,

aunque sabía que debía reponer fuerzas. Aún no había terminado cuando Ruben volvió a entrar como una exhalación, sujetando una pequeña bolsa.

—Ya está —exclamó con los ojos brillantes. Se permitió darle un beso en la mano, como un caballero—. Vaya, ¿ya te han subido la comida?

—Sí —contestó ella, escarbando en su yogur—. Enseguida volverá la enfermera a llevárselo y entonces...

—... Entonces podremos llevar a cabo nuestro plan —finalizó por ella Ruben, arqueando las cejas de forma sugerente.

Al poco reapareció la enfermera, que miró con desconfianza al chico y se llevó la bandeja. Antes de irse insinuó que sería mejor si ahora Lidwine descansaba un rato, y que si necesitaba cualquier cosa la llamara.

—Yo enseguida me iré —aclaró él con una sonrisa inocente—. Otra amiga se pasará un momento a verla, pero luego nos iremos y la dejaremos descansar.

La enfermera asintió y se marchó produciendo un leve chirrido con sus zuecos. En cuanto la puerta se hubo cerrado tras ella, Ruben miró a Lidwine y le susurró:

—Ahora, cuando vea que salen dos personas en lugar de una, creerá que voy con esa otra amiga, y no sospechará que eres tú.

—No sé, estoy comenzando a arrepentirme de todo esto... —dudó Lidwine, levantándose de la butaca donde se había sentado para comer—. Me puedo meter en líos graves con la policía.

—No vas a desaparecer para siempre, solo tomarte unos días para investigar quién te está haciendo todas estas putadas —la tranquilizó él—. Además, sé dónde puedes quedarte. En casa de mi tía Lena no hay nadie, se ha ido un par de semanas al extranjero a estudiar no sé qué. Es un cerebritito, la colega.

—¿Tu tía Lena? No sé Ruben, no me hace gracia...

—Mira, lo he estado pensando. Lo mejor será que no salgas a la calle en unos cuantos días, pero yo me pasaré a verte todas las tardes en cuanto salga del bar y te traeré algo para comer. No te voy a dejar sola, Lidwine, ni de coña.

—¿Y los ensayos con tu grupo? ¿No ensayabais por las tardes?

—A la mierda el grupo —dijo Ruben, acariciándole el pelo con ternura. Se le iluminó el rostro—. Te quedan muy bien estos reflejos rubios...

Ella le sonrió y le cogió de la mano.

—¿Por qué haces todo esto por mí?

Su amigo se encogió de hombros y miró al techo.

—Porque soy un buenazo —bromeó. Abrió el armario para coger la ropa de Lidwine y se la tendió junto con la bolsa que le había traído—. Y ahora vístete antes de que sea demasiado tarde y nos jodan los planes.

—Está bien...

—No te pongas nerviosa, no te reconocerán. La enfermera de antes apenas si te ha prestado atención. Mejor métete en el lavabo por si le da por entrar a alguien y te pilla en pleno proceso de huida.

—Hombre, tampoco pensaba cambiarme delante de ti...

Él le sacó la lengua, y tras dedicarle una sonrisa nerviosa ella se metió en el baño. Se quitó el camisón y volvió a ponerse su ropa: un par de tejanos ajustados, una camiseta gris de manga corta y deportivas Puma de color negro y blanco. Lo ideal para no llamar la atención, suerte que ella nunca vestía como Dorine.

Se peinó con las manos lo mejor que supo y se recogió la cabellera bajo la gorra negra que Ruben le había traído. Una vez lista, cogió la bandolera y se reunió con él.

—¿Ya estás? —siseó el chico, echándole un vistazo y sonriendo—. Estás muy mona. Te queda genial la gorra.

—Venga, vámonos —le instó ella. Abrió la puerta con cautela y se adentró en el pasillo con paso inseguro—. Me siento como si huyera de la cárcel... —susurró, bajando el rostro al cruzarse con unas enfermeras, pero estas no les prestaron atención.

—Pues más o menos —comentó Ruben con sorna. Miró a su alrededor y la enlazó por la cintura—. No te pongas nerviosa, es imposible que nos pillen. Para cuando se den cuenta de que la habitación está vacía ya será tarde. Todo va a salir bien.

—Eso espero... —suspiró Lidwine.

No tardaron en alcanzar la planta baja, y cuando por fin atravesaron la puerta principal, la lluvia los empapó en un segundo.

—Ciudad de mierda —se quejó Ruben, sacándose la chaqueta y poniéndola sobre las cabezas de ambos—. ¡Vamos! Démonos prisa. Pillaremos un taxi, ya recogeré la moto en otro momento. Mi tía vive bastante lejos y solo nos faltaría tener un accidente.

Insegura, Lidwine apretó el paso, tan cerca de Ruben que podía olerle y sentir sus rizos haciéndole cosquillas en la mejilla. Miró de cerca sus pómulos marcados y aquellos ojos tan oscuros, y mientras se alejaban de la



fachada gris y amenazadora del hospital, borrosa bajo la lluvia torrencial, se preguntó si habría hecho lo correcto al huir de aquel modo con alguien a quien, en realidad, apenas conocía.

Un trueno estalló sobre sus cabezas y comenzó a diluviar. En dos segundos, las ropas de ambos chorreaban. Mientras Ruben hacía desesperados aspavientos a un taxi, Lidwine se apoyó en él en busca de calor humano. Abrazada a él, pensó que si su amigo tenía algo por esconder, prefería no saberlo...

Al menos por el momento.

## CAPÍTULO 27

—Bueno, ya estamos aquí —anunció Ruben, girando la llave en la cerradura. Precedió a Lidwine en la entrada y le sostuvo la puerta.

Insegura, ella miró a sus espaldas para verificar que no les seguían — se hallaban en la Rue de Surène, según decía el cartel—, y después observó la casa en sí, un adosado cuyo jardín minúsculo estaba inundado por la lluvia.

Al fin, con un hondo suspiro, se decidió a entrar. Por suerte, hacía menos frío en el interior, aunque el aire estaba algo enrarecido, seguramente porque la casa llevaba cerrada varios días.

—Iré a buscar toallas para secarnos. Ponte cómoda. —Su amigo le señaló el sofá del pequeño salón-cocina.

Lidwine miró a su alrededor y le agradó el estilo minimalista. Casi todo era blanco y había pocos muebles. Frente a sí tenía una estantería repleta de libros y a sus pies, una mesita de madera barnizada. Le agradaron los cuadros de ballet que colgaban de las paredes, imitación de famosas pinturas de Degas.

Procurando no llenarlo todo de agua, se acomodó en el sofá blanco de piel y esperó a que llegara Ruben. Este no tardó en aparecer y le tendió una toalla, una camiseta de algodón y unos simples leggins negros.

Al mirar dentro de sus profundos ojos oscuros y tomar las prendas secas de sus manos, la sacudió la extrañísima sensación de que ya había vivido todo aquello. El *déjà vu* fue tan intenso que se quedó mareada por un momento.

—¿Te ocurre algo? —preguntó él preocupado, sentándose a su lado.

—No, no es nada —negó Lidwine, aún desconcertada.

Él frunció el ceño y se incorporó para quitarse la chorreante camiseta, que arrojó al suelo sin contemplaciones. Al ver su torso desnudo —la piel pálida y sin mácula, el vello oscuro bajo el ombligo—, a la chica se le aceleró el pulso.

—Menos mal que la tía Lena todavía tiene algo de ropa mía. Antes venía a dormir aquí de vez en cuando —comentó Ruben, ajeno a la turbación que le provocaba. Se secó vigorosamente y se enfundó una camiseta seca—. He cogido algunas prendas de mi tía para ti, supongo que te irán...

—Gracias —musitó ella, que todavía se sentía medio atontada. Se secó un poco con la toalla y farfulló—: Eh... bueno, ¿dónde está el baño? Lo

digo para cambiarme...

—Ah, no te preocupes, cámbiate aquí mismo. Yo voy a ver si encuentro café y nos preparó dos tazas bien fuertes. —Le guiñó el ojo y le acarició la mano—. Nos irá bien entrar en calor.

La frase pareció cobrar doble sentido al ser pronunciada por su boca insolente. Ella carraspeó y se puso en pie, evitando su mirada. Ruben no dijo nada más y se dirigió a paso tranquilo hacia la cocina.

La sensación de que todo aquello ya había sucedido alguna vez no abandonaba a la chica, y olfateando con fuerza, le preguntó mientras se sacaba la camiseta:

—¿Tú no hueles a pintura?

Un ruido de armarios abriéndose y cerrándose le llegó desde la cocina, amortiguando a medias la voz de su amigo.

—¿Pintura? Yo no huelo nada, tal vez mi tía haya pintado las paredes hace poco. La verdad es que no tengo ni idea, hace tiempo que no vengo a verla.

Tratando de sacudirse la misteriosa sensación de encima, Lidwine se quitó toda la ropa —incluido el sujetador— y se secó con la toalla. Cuando se puso la camiseta, rezó con porque esta no transparentara o marcara demasiado. Se sacó también las zapatillas y los calcetines, que podían escurrirse de lo empapados que estaban, y se enfundó los leggins negros. Por suerte, la ropa le quedaba como un guante.

Pocos minutos después, apareció Ruben con dos tazas de café y unas pastas que habría encontrado en la alacena. Lidwine observó que él también se había cambiado la parte inferior y llevaba unos pantalones de chándal. Iba descalzo como ella, dejando ver sus estilizados pies, bien formados y sin vello.

Con una sonrisa, el chico dejó los platos en la mesa y la invitó a acercarse.

—Bueno, ¿quién te iba a decir esta mañana que, al terminar el día, estarías en la casa de una extraña conmigo, tomando café y pastas después de huir del área psiquiátrica del hospital?

—Desde luego, la vida da muchas vueltas... y la mía últimamente ya ni digamos —resopló Lidwine sirviéndose tres cucharadas de azúcar.

—Te gusta dulce, ¿eh? —observó Ruben con aquella extraordinaria sonrisa, llevándose la taza a los labios. Entonces añadió con cierta timidez—: Tanto como tú.

Sin atreverse a mirarle mientras, una vez más, la sangre concentrada en su rostro le jugaba una mala pasada, Lidwine se bebió el café tan rápido que se quemó la lengua.

Él, por su parte, encendió la tele para deshacer aquel silencio tan tenso. Dejó un canal de vídeos musicales en el que estaban emitiendo un videoclip de Miley Cyrus.

—Menuda basura —comentó con desprecio. Dejó de prestar atención a la pantalla al ver el semblante pálido de su amiga—. ¿Te encuentras mal? ¿Tienes frío todavía?

—No es eso...

Se atragantó con un trozo de palmera y optó por dejar el resto en el plato; de todos modos, no le apetecía. La hacía sentir débil e indefensa saber que la única persona con la que podía contar fuera casi un desconocido, por muy atento que se mostrara.

Le miró a los ojos y murmuró:

—Tengo miedo, no sé si habrá sido buena idea huir del hospital, no sé nada de mis amigos, Béatrix sigue desaparecida...

Sin poder evitarlo, comenzó a llorar. Consternado, Ruben dejó su pasta a medio comer sobre la mesita y se giró para estrecharla entre sus cálidos brazos.

—Chist, chist... No llores, por favor. Estás conmigo, y ya sabes que a mí siempre me tendrás para lo que sea. Nunca te dejaré sola.

Emocionada por las sinceras palabras del chico, el llanto de Lidwine aumentó. Deseaba tanto sentir a alguien real, alguien cercano, que sin darse cuenta se levantó y se apretó contra él, sintiendo su piel ardiente en contacto con la suya.

Todo ocurrió muy rápido. El olor de Ruben la embriagaba y sus manos parecían traspasarle la piel, haciéndola arder con un deseo primario y asfixiante que jamás había sentido. En un momento dado, sus frentes aún húmedas por la lluvia estaban apoyadas la una contra la otra, y al siguiente sus labios se unían con desespero.

Jadeando, él la apretó aún más contra su cuerpo, con un ardor que tan solo contribuyó a incrementar el ansia de Lidwine, acallando así todas las miedos y dudas que tenía en la cabeza. Con pasión, atrapó el labio inferior de Ruben entre sus dientes al tiempo que le levantaba la camiseta. Él se la sacó rápidamente por la cabeza y presionó su cuerpo caliente contra el de ella.

De pronto, la tomó en volandas y la condujo a una habitación al fondo

del pasillo, donde había una enorme cama de matrimonio con dosel. La habitación, que olía a incienso, estaba sumida en una suave penumbra.

Ruben la depositó sobre el lecho y la despojó de toda su ropa. Después, dedicó unos segundos a contemplarla y poco a poco comenzó a explorar su cuerpo, presionando con sus dedos lentamente en los puntos precisos, hasta que Lidwine se sintió mareada y enferma de deseo. Mientras el chico recorría su cuerpo con su lengua, ella le tomó de la cabeza con sus manos temblorosas y le acercó de nuevo a su rostro.

—No puedo esperar más...

Jadeante, le envolvió el cuerpo desnudo con las piernas y permitió que Ruben la penetrara, con una fogosidad tan descomunal que se sintió aturrida por unos instantes. Tuvo la impresión de que las paredes del cuarto se derrumbaban, y que todo a su alrededor se convertía en una ola de fuego.

Jamás había experimentado nada tan perfecto como la sensación de tener a Ruben dentro de ella. Mientras la embestía una y otra vez, provocándole oleadas de placer que le subían desde la punta de los pies hasta la cabeza, sintió que se deshacía entre sus brazos, entregándole el alma mientras él le sorbía la vida por los labios.

Perdió la cuenta de los «te quiero» que Ruben le dijo, a los que ella correspondió con besos y suspiros, hasta que al final, sin ser consciente, sucumbió también a las palabras. Necesitaba sentirle más cerca, tenerle aún más dentro, y chocar contra la frontera de su piel la frustraba. Quería abrazar su corazón con las manos...

Lidwine no sabría decir durante cuánto rato hicieron el amor como salvajes, dejando salir la pasión que llevaban conteniendo desde que se habían conocido. Solo supo que en aquella cama dejó parte de su alma, y que se entregó sin reservas de tal modo que llevaría el olor, el sabor y el tacto de Ruben con ella para siempre.

Cuando despertó unas horas después, se sintió aturrida. La habitación estaba sumida en la penumbra y tardó en recordar dónde estaba. Miró el reloj luminoso de la mesita: pasaban de las ocho de la tarde. Se había dormido sin darse cuenta.

Se estiró como un gato y palpó la cama a su lado, pero estaba vacía. Inquieta, se incorporó de golpe y encendió la luz. Ruben se había ido, pero una sonrisa se dibujó en sus labios cuando vio que le había dejado una nota:

*«He bajado un momento a comprar algo para cenar. Estabas tan*

*mona durmiendo que no he querido despertarte. Hasta ahora. »*

Aún sonriendo, Lidwine se levantó de la cama y se dirigió al baño. Se inclinó hacia el espejo y trató de arreglarse la alborotada cabellera. Por lo menos, ofrecía mejor aspecto que aquella mañana en el hospital.

Se abrazó el cuerpo y se estremeció de anhelo. Todavía podía oler a Ruben en su piel... Sonriente, se pintó los labios con un poco de brillo que guardaba en el bolso y se dirigió hacia el comedor a esperarle. Se acomodó en uno de los sillones y miró la tele sin prestar demasiada atención; seguían emitiendo estridentes musicales, en concreto un especial de vídeos antiguos. En aquel momento, un Tom Jones varias décadas más joven cantaba y bailaba con entusiasmo en la cubierta de un barco.

Después de un rato rememorando la maravillosa experiencia que acababa de vivir, decidió consultar su móvil. Nadie la había llamado, ni siquiera Grégory. ¿Dónde estaría y por qué no haría caso de sus desesperados mensajes de socorro?

Con un suspiro, volvió a guardar el móvil en la bandolera y un papelito se deslizó de su interior. Extrañada, se agachó a recogerlo y su corazón por poco se detuvo al leer el contenido:

*“Me ahorraré los saludos porque ya se me ha acabado la paciencia. Tengo a tu madre adoptiva en mi poder, así que si quieres volver a verla con vida, te espero a las doce de esta noche en el núm. 32 de la rue Brillant. Ya sabes lo que tienes que traer... Esta vez no tienes elección, querida Lidwine. De ti depende si quieres acabar igual que tu madre.*

*P.D. Si avisas a la policía o a cualquier otra persona, Béatrix morirá.”*

Con un jadeo entrecortado, Lidwine se cubrió la boca, dejando caer la nota sobre su regazo. Durante unos instantes, permaneció quieta, con el corazón latiendo a mil por hora y el rostro entre las manos. Los ojos se le llenaron de lágrimas de terror.

¿Qué haría? No podía contarle nada a nadie o su acechador mataría a Béatrix. Sabía que lo haría, que estaba al corriente de todo, como lo había estado desde que ella se había hecho con el espejo.

Probablemente, le había introducido la nota en la bandolera aquella misma mañana y, por pura casualidad, no la había visto hasta aquel momento. De no haberse producido el problema con Dorine y su posterior ingreso en el

hospital, habría sacado los cuadernos en una de sus clases de la mañana y habría descubierto el papel.

Pensar que, por culpa de su alucinación, la nota podría haberle pasado desapercibida por completo y, en consecuencia, Béatrix habría sido asesinada, hizo que se le pusiera la carne de gallina. Todo por culpa de aquel maldito espejo.

Aquella vez no dudaría: iría directa al banco, sacaría el maldito trasto y se lo daría a quienquiera que estuviera acechándola. Le daba igual su valor o sus supuestos poderes. ¿De qué servía todo aquello si solo le traía desgracias y muertes?

Muy decidida, se levantó del sofá con el rostro aún húmedo de lágrimas, y en aquel momento, destelló en su mente el rostro de Ruben.

¿Qué le diría? No podía contarle el motivo de su ausencia aquella noche, él no le permitiría ir sola. Con un hondo suspiro, comenzó a dar vueltas por el comedor, estirándose del pelo. Cuanto más tardara en encontrar una solución, peor sería, pues el chico podía volver en cualquier momento. Debía de haberse ido hacía poco, pero en cualquier caso, comprar un par de cosas en el supermercado no le llevaría mucho.

Lidwine se frotó el rostro con ambas manos. Lo mejor sería dejarle una nota, decirle cualquier cosa, excepto la verdad. Había estado sola todo aquel tiempo, soportando el peso de sus problemas, y sola seguiría. Lamentaba tener que mentirle, pues ahora sí confiaba en él, pero no podía arriesgarse.

Con manos temblorosas, se precipitó sobre la mesita que había al lado del sofá y abrió el cajón en busca de papel y bolígrafo. Sus dedos se habían cerrado sobre el frío metal de una pluma cuando uno de los marcos que descansaban sobre la mesita le llamó la atención. El corazón le dio un vuelco al mirar la imagen y por un momento pensó que tenía alucinaciones. Dejó la pluma para coger el marco y acercarlo a su rostro.

En la fotografía aparecían tres personas. A la derecha se veía una niña de unos nueve años que Lidwine no conocía y, a la izquierda, una versión más joven de Ruben, que en la foto tendría unos quince años y ya iba ataviado con su particular estilo, solo que más extremado: pantalones negros con cadenas y rotos en las rodillas, anillos de calaveras y los ojos perfilados de negro. Llevaba el pelo más largo, con los rizos color chocolate desparramados sobre los hombros. Su aspecto, en circunstancias normales, habría hecho reír a Lidwine.

En aquel momento, no obstante, su mueca fue más bien de horror al centrar su atención en la figura del medio. Unos veinte años, labios gruesos, pelo largo de color castaño y helados ojos esmeralda, que refulgían al sonreír con una mueca maliciosa... Tenía las facciones más redondeadas que en el presente, pero no cabía error posible. Se trataba de Charlène Leclerc, la bibliotecaria.

¿De qué diablos se conocían ella y Ruben?

Con una terrible sensación de vértigo, Lidwine corrió a la habitación en la que escasas horas atrás había dado rienda suelta a la pasión y comenzó a revolverlo todo.

Horrorizada, encontró montones de libros especializados en antiguas reliquias. En uno de ellos, una página con la esquina doblada señalaba el comienzo de una sección sobre el célebre *Miroir des Merveilles*. Algunos párrafos estaban marcados con subrayador fluorescente, y entre las páginas había decenas de post-its con apuntes.

¿Qué significaba todo aquello y qué relación tenía con Ruben?

A punto de vomitar, Lidwine se arrastró de nuevo hasta el comedor, usando las paredes como punto de apoyo para no caer al suelo. Un sudor frío la recorría de pies a cabeza. Se percató de que la sala estaba plagada de fotos de Charlène.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Volvió a tomar la primera que había visto, en la que aparecía su amigo unos años más joven, y la observó mientras la angustia se enroscaba en torno a su cuello como un tentáculo. ¿Estaría Ruben relacionado con todo lo ocurrido? ¿Sería él quien la acechaba, o tal vez estaba compinchado con Charlène?

En aquel momento, oyó el ruido de la llave girando en la cerradura y se puso en pie de un salto justo cuando el chico entraba en el comedor, cargado de bolsas.

—¡Te has despertado! —exclamó, sonriente. Dejó las compras sobre la encimera y se acercó hacia Lidwine con unos envases de cartón entre las manos—. No sé lo que te gusta, así que he comprado dos tipos de...

Se percató entonces del semblante aterrorizado de su amiga y la sonrisa en su rostro se diluyó. Corrió hacia ella con expresión preocupada y la tomó de la mano libre, pues en la otra aún sostenía el marco.

—¡Lidwine! ¿Ha pasado algo? ¿Noticias de Béatrix?

Con mano temblorosa, ella le plantó la fotografía en la cara y él echó



la cabeza hacia atrás, confundido.

—¿Me puedes explicar qué es esto?

Aturdido, Ruben tomó el marco y examinó su propio «yo» unos años más joven. Miró a Lidwine con el ceño fruncido, sin comprender, y después devolvió la mirada a la imagen. Una sonrisa burlona asomó a sus labios, mostrando sus curiosos dientes.

—Joder, ya sé que llevaba pintas raras en esa época, pero de ahí a que te pongas así... —Se echó a reír, pero se detuvo al ver que a Lidwine no le hacía gracia.

—Qué hace Charlène Leclerc en esa foto, Ruben —le exigió con voz fría y dura.

De nuevo, él se mostró sorprendido.

—Ah, pero ¿la conoces? ¿Cómo es posible?

—¿De qué la conoces tú? —exclamó ella con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo que de qué la conozco? —replicó el chico, riendo. Abarcó la habitación con los brazos y resopló—. ¡Estamos en su casa! Charlène es mi tía Lena... En la familia nunca la llamamos por su nombre entero.

—Cielo santo —exclamó Lidwine, cubriéndose el rostro con las manos—. ¿Y lo admites así, como si tal cosa?

—Pero, ¿admitir el qué? —Ruben estaba a claras luces confundido o era muy buen actor. Se acercó e intentó abrazarla, pero ella se desasió con violencia—. Eh, eh, tranquila... ¿Ya estamos otra vez como siempre? —La miró con los ojos llameantes—. ¿Se puede saber qué cojones te pasa?

Lidwine se quitó a toda prisa la ropa prestada y volvió a ponerse la suya propia, que estaba extendida sobre el radiador. Por suerte, ya se había secado.

—Ella te pagaba y a cambio tú le hacías pequeños favores —prosiguió, convencida, mientras se agachaba para atarse los cordones de las zapatillas—, como conducirme ante actores encargados de asustarme... o amañarme el coche para que tuviera un accidente.

—¿Qué? —Ruben la miró sin dar crédito—. Después de lo que ha pasado entre nosotros esta tarde, ¿todavía crees que fui yo? —Meneó la cabeza, incrédulo y herido—. Lo siento, pero creo que estás loca, tía.

—Sí, sí, ¡loca! —gritó Lidwine, histérica. Se colocó la bandolera y le dio un empujón con el hombro al pasar por su lado—. Eso es lo que todos creen, pero ya no me importa. Mejor loca que estúpida. Gracias por tu hospitalidad, pero yo me largo.

Sin darle tiempo a decir nada, salió del comedor y se encaminó hacia la puerta principal. Ruben reaccionó a tiempo y la agarró del brazo.

—Lidwine, tienes que contarme de qué va todo esto, no soy adivino. Estábamos tan bien... No lo entiendo. Por favor, dime qué está pasando.

—Yo confiaba en ti, Ruben —sollozó ella, apartando su brazo y abriendo de un tirón la puerta—. Confiaba en ti —repitió en un susurro, y sin volverse a mirarle, salió corriendo como alma que lleva el diablo por las oscuras calles.

Ruben la siguió hasta el jardín y reparó en un papelito que se le había caído a Lidwine de la bandolera al salir corriendo. Lo recogió del suelo, abrió la verja y salió a la calle, gritando hacia la frágil silueta que cada vez se empequeñecía más en la distancia.

—¡Lidwine, te arrepentirás de esto! ¡Le das la espalda al único que nunca te hubiera fallado! Por favor, ¡VUELVE!

Sin embargo era inútil. En la tranquila y solitaria noche primaveral tan solo reinaba el silencio. Ruben miró a lado y lado de la espectral Rue de Surène, totalmente desierta, y con un suspiro, cerró de un violento portazo.

Mientras tanto, Lidwine corría aterrada, el corazón dándole tumbos en el pecho. Era como si ya hubiese vivido aquel momento: si cerraba los ojos, le parecía ver los contornos difuminados de un París diferente, más hostil y antiguo.

Había empezado a llover de nuevo, y sus ropas se vieron caladas en cuestión de segundos. Consiguió parar un taxi a cinco manzanas de la casa de Ruben y se deslizó presurosa en su interior, indicándole la dirección al conductor.

Cuando el vehículo arrancó en dirección a la *Banque Nationale de Dépôts*, Lidwine tenía una mirada dura y resuelta en su rostro por lo habitual inocente. Sabía lo que tenía que hacer y ya no pensaba acobardarse más ante su destino.

Tras lo que se le antojaron cinco minutos, el taxi paró en el número de la calle que le había indicado. Lidwine pagó al conductor —le temblaban tanto las manos por los nervios que por poco se le cayeron las monedas al suelo— y, tras abandonar la cálida seguridad del coche, cruzó la calle a toda prisa para no mojarse más de lo que ya estaba.

Al irrumpir en el banco, dejando un reguero de gotas por el impecable suelo de mármol, topó con la gélida mirada de la ya casi «entrañable» empleada de aspecto nórdico, Rosaline Caire.

—Mademoiselle Fontaine —la saludó casi con hastío, como si solo de verla ya se oliera problemas. Batió las pestañas y le dirigió su estereotipada sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarla?

Apenas diez minutos después, Lidwine salía por la puerta del banco con un bulto envuelto en tela guardado en su bandolera. Nadie imaginaría al verla caminar por la calle que llevaba más de tres millones de euros en el bolso. Y pensaba deshacerse de ellos sin dudarle un instante, para salvar la vida de la persona que más le importaba en el mundo, la que para ella había sido casi como una auténtica madre.

Béatrix...

El mero hecho de pronunciar su nombre le daba ganas de llorar. Ahora tenía que decidir a quién debía sus lealtades: ¿a una madre que jamás había conocido, y que le había insinuado en sus súplicas que arriesgara su vida por el espejo? ¿O tal vez a quien la había querido y cuidado, ofreciéndole una casa y un entorno familiar?

Lidwine ya había dudado demasiado a lo largo de aquel insufrible medio año en París. Era el momento de tomar una decisión.

Consultó su reloj con nerviosismo. Faltaban quince minutos para las diez de la noche. Menos mal que la *Banque Nationale de Dépôts* estaba abierta las veinticuatro horas, de lo contrario se habría visto en un serio apuro para recuperar el espejo.

Suspiró y metió la mano impaciente en su bolso. Recordaba de memoria la dirección a la cual debía dirigirse a medianoche, pero prefería comprobarlo. Sin embargo, después de varios minutos de búsqueda frenética, y de vaciar todo el contenido del bolso —exceptuando al espejo— sobre la acera, tuvo que rendirse ante lo evidente: había perdido el papel, probablemente en casa de Ruben, lo que no le hacía ninguna gracia.

A pesar de que no tenía nada de hambre, vio brillar las luces de neón de una hamburguesería y cruzó desanimada la calle en su dirección.

Por suerte, el diluvio había quedado reducido a una suave llovizna, pero tenía frío y le dolían las piernas. De improviso se levantó un viento huracanado, que se enroscó a su alrededor, envolviéndola entre sus manos secas y heladas. Con un escalofrío, alcanzó la puerta del bar y se escurrió en su interior.

El local estaba decorado imitando las hamburgueserías americanas de los años cincuenta, con suelo de cuadros blancos y negros y una colección de mesas de plástico rojas. Los únicos clientes eran dos adolescentes de aspecto

aburrido, que masticaban sus bocadillos sin dirigirse la palabra.

Los fluorescentes del techo proyectaban una luz deprimente que hacía resaltar la fea pintura de las paredes, y en el aire flotaba un aroma intenso a salsa barbacoa y carne a la brasa. Una antigua canción de jazz sonaba por los altavoces, dando la impresión de que el local estaba atrapado en una época pasada.

Con un hondo suspiro, Lidwine se desplomó en una de las viejas sillas de plástico, y pidió sin ánimos una hamburguesa y una Coca-Cola. Mientras esperaba, limpió el vaho de la ventana y contempló con miedo la noche oscura que parecía cernirse sobre ella.

Pronto estaría en aquellas oscuras y heladas calles, dirigiéndose hacia su destino. Arriesgándose por el espejo una vez más, tal vez la definitiva.

Aquello tenía que acabar... Y sabía que dentro de poco, su pesadilla terminaría.

O tal vez, no había hecho más que comenzar.

## CAPÍTULO 28

Cuando Lidwine terminó su cena, tomó un taxi hacia la dirección indicada en el papel que le había dejado el supuesto secuestrador de Béatrix.

En cuanto el coche se detuvo frente a la dirección indicada, pagó el importe al taxista y se apeó, quedando indefensa bajo la lluvia, que había vuelto a convertirse en un diluvio. Como todavía faltaban quince minutos para medianoche, decidió inspeccionar las proximidades del edificio en cuestión.

Se encontraba en el 13<sup>ème</sup> *arrondissement* de París, y la zona resultaba de lo más deprimente, tan cercana al cementerio de Gentilly que Lidwine alcanzaba a divisar sus muros en la lejanía.

La Rue Brillant era tranquila y lúgubre, plagada de contenedores de basura y cajas de cartón tiradas por las sucias y desérticas aceras. Los pocos comercios de la zona estaban ya cerrados, con las persianas bajadas llenas de grafitis. La farola que quedaba justo frente al número 32 se había fundido, creando una atmósfera de película de terror. La penumbra incrementó el desasosiego de la joven, que contemplaba el panorama resguardada de la lluvia bajo un tejadillo.

Con un suspiro, estudió el lugar en el que debía entrar. Se trataba de una simple vivienda adosada cuyo estado dejaba bastante que desear. Se notaba que ahí no vivía nadie desde hacía tiempo: el buzón de la parte delantera estaba tirado por el suelo, y muchos de los cristales de las ventanas —en su mayoría desvencijadas— estaban rotos, algunos de ellos cubiertos con papeles de periódico.

No se veía ninguna luz en el interior de la casa. ¿Sería todo una trampa? ¿Estaría alguien espíandola desde el interior, aguardando a que entrara para dejarla sin sentido?

O incluso matarla...

El ruido súbito de unas bolsas al volcarse del contenedor la hizo dar un respingo. Se giró con la mano en el pecho y distinguió los ojos de un felino en la oscuridad. Con un ronco jadeo, dejó salir el aire que había retenido en los pulmones.

—Solo es un gato —musitó para sí, con la mano en el pecho, medio mareada—. No hay motivo para asustarse... todavía.

Con otro resoplido, consultó su reloj. Cinco minutos para

medianoche. Lo mejor sería ir entrando en la casa. Solo tenía ganas de terminar con todo aquel asunto de pesadilla de una vez por todas.

Tratando de controlar sus violentos temblores, subió al viejo porche sumido en tinieblas y pulsó el timbre. Ningún ruido brotó en el interior.

Aún con las piernas temblorosas, se pegó más a la puerta y la golpeó con los nudillos, pero se llevó un sobresalto al ver que esta se abría hacia dentro al tocarla. Inhalando tal cantidad de aire que se mareó por el exceso de oxígeno, asió con fuerza el picaporte de latón y se adentró en las penumbras de la casa.

Lo primero que atisbó una vez sus ojos se adaptaron a la oscuridad fue un vestíbulo, cuyo aspecto era tan desolador como el exterior de la antigua mansión. No había muebles, tan solo enormes bolas de polvo y telarañas. En el suelo se veían colillas y envoltorios de comida, como si algunos jóvenes o quizá vagabundos se hubieran colado en el interior. En el extremo opuesto a la puerta, un pasillo conducía a otras habitaciones, y a la izquierda una escalera de caracol se perdía en las penumbras.

Sin saber muy bien adónde dirigirse, Lidwine avanzó unos pasos por el pasillo. Mientras se aventuraba en las entrañas de la casa, comprobó que a lado y lado se abrían estancias similares al vestíbulo: viejas, vacías y llenas de polvo o basura.

De pronto, divisó una luz débil al fondo y se apoyó aterrada contra la pared, cuyo papel estaba tan viejo que se había despegado en algunas zonas. Un sudor frío la bañaba de pies a cabeza, mezclándose con el agua de lluvia que ya la cubría como un manto.

Con un estremecimiento, preguntó con voz trémula:

—¿Hay alguien ahí?

No obtuvo respuesta alguna. Conteniendo el aliento, llegó hasta el final del pasillo y se introdujo en la única habitación iluminada. Debía de haber sido la sala de estar, pues tenía chimenea, que alguien había encendido para contar con algún tipo de iluminación. También había diversas velas dispuestas alrededor de la estancia, creando cierta atmósfera tétrica. Los cristales de las ventanas estaban rotos y la lluvia se colaba a través de ellos, mojando el sucio suelo de crujiendo tablonos de madera.

Lidwine se había adentrado unos pasos en la habitación, cuando de golpe el helado cañón de una pistola se le clavó en la espalda.

—No te muevas.

Se echó a temblar al reconocer la voz, y sintió que las náuseas le

subían por la garganta. Sin hacer caso de la amenazadora orden, se dio la vuelta poco a poco. Contempló a la persona que tenía delante sin dar crédito a lo que veían sus ojos, que se llenaron de lágrimas al instante.

—Tú... —musitó, con la voz tan ahogada que apenas se oyó por encima del ruido de las gotas que se estrellaban contra la madera—. Pero... ¿cómo? ¿Por qué?

Grégory le dirigió una sonrisa helada sin dejar de apuntarla con la pistola. Se encogió de hombros, los ojos azules reluciendo con indolencia, perdido ya todo su aire inocente.

—¿Por qué no? Esa siempre me ha aparecido una buena respuesta.

—Todo esto es una broma, ¿no? —aventuró Lidwine con una sonrisa nerviosa—. Venga, Grég, por favor...

Trató de acercarse, pero él la rechazó con violencia; después, amartilló el arma con un chasquido.

—Atrás, Lidwine —la amenazó con ojos llameantes—. No me hagas decírtelo más veces.

Mientras las lágrimas le caían como un torrente por el rostro, ella le miró a los ojos, tratando de encontrar un atisbo de la persona que había conocido. Sin inmutarse, él señaló su bolso.

—¿Tienes el espejo?

—Sí —replicó Lidwine, temblorosa—. ¿Y tú a Béatrix?

Grégory sonrió con una mueca de desdén.

—Si quieres que te diga la verdad, no. Pero eso ya no importa en absoluto. Dámelo.

—¿Qué? ¿Cómo que no? —Volvió a estallar en violentos sollozos, pero él siguió apuntándola con la pistola, impertérrito—. Has sido tú quien ha estado intentando matarme durante todo este tiempo, ¿verdad? ¡Qué fácil lo has tenido! ¡De entre todas las personas, jamás habría pensado que tú me traicionarías! ¿Cómo has podido? —Se cubrió el rostro con las manos.

—En realidad, nunca he intentado matarte —replicó él con desprecio, encogiéndose de hombros—. Admito que soborné a un imbécil la noche de Halloween para que te encerrara con Ruben en la discoteca, y así poder registrar tu habitación mientras tanto... También te empujé cuando estabas en la torre Eiffel; te había seguido por si tramabas algo, y no quise desaprovechar la oportunidad de asustarte, como tú dices, era tan fácil... —Soltó una risita y Lidwine le miró sin poder creer que aquel fuera el mismo chico del que llevaba meses enamorada—. Ah sí, y contraté a aquellos

patanes para que te confundieran con pistas falsas mientras te paseabas por Montmartre. Supongo que puedo explicártelo todo, a fin de cuentas, llevo esperando mucho tiempo para hacerme con el espejo... Un poco más ya no importa.

Se sentó en el suelo, sin importarle el polvo que cubría las viejas tablas de madera y que mancharía sus preciados pantalones de marca, y la invitó a sentarse con gesto ceremonioso mientras sonreía con ironía, todavía apuntándola con la otra mano, que no temblaba ni un poco.

—Ponte cómoda por favor.

Aterrorizada, Lidwine se dejó caer al suelo, dejando resbalar su espalda por la pared hasta que su trasero impactó contra las tablas y se quedó ahí, mirando a la persona que más había querido a través de un velo de lágrimas ardientes.

—Explícamelo para qué lo entienda, Grégory. —Su voz fue más una súplica que una orden—. Explícame por qué me has mentido todo este tiempo. Explícame cómo has sido capaz de hacerme todo esto... ¿Dónde estabas cuando yo estuve a punto de morir varias veces? ¿Fuiste tú quién me envió todas aquellas amenazas? Lo del bautizo que se suponía que tenías hoy también era una mentira, supongo. ¡Todo mentiras! ¡Mentiras!

—Chist, tranquilízate, Lidwine —ordenó él sin abandonar la sonrisa, con una insoportable—. Todo a su debido tiempo. Debo reconocer que he sido un chico malo... —Se echó a reír y Lidwine se estremeció al darse cuenta de que era incapaz de reconocer a la monstruosa criatura que tenía delante.

» Todo empezó con la muerte de mamá y el distanciamiento de mi padre. Me quedé solo, sin familia y sin dinero. Necesitaba un modo de ganarme la vida, pero no me veía trabajando. ¿Cómo iba a ponerme a servir pizzas en un restaurante de mala muerte, yo, que provengo de unas de las mejores familias de Francia? —Los ojos de Grégory relucieron de forma peligrosa, ebrios de furia—. Era inconcebible. Sencillamente, inconcebible. Entonces tú, con tu inocencia habitual, me diste la solución. —Grégory esbozó una nueva sonrisa mientras jugueteaba con la pistola en su mano.

» Fue aquel día en que, al regresar a tu habitación, encontraste a tu compañera registrando tu armario. Me sorprendió que armaras tanto jaleo por un simple espejo, y entonces me lo contaste todo. Me quedé alucinado al darme cuenta de que estabas hablando de algo que yo conocía perfectamente: *Le Miroir des Merveilles*. La única obsesión de mi difunta madre, que era una



persona bastante racional para todo lo demás. Entonces entendí cuál era mi destino. —Grégory se puso serio—. Era la solución perfecta a mis problemas. Hacerme con el espejo, venderlo para conseguir dinero... y de paso, cumplir la última voluntad de mi madre, su sueño: comprobar que el espejo existía de verdad. Tenerlo en mis manos y admirarlo por ella, por su memoria. —Una sombra de dolor cruzó el rostro de Grégory, quien enseguida recuperó su expresión de calma, aunque había en sus ojos un punto de locura.

» Por supuesto, no fui yo quien trató de matarte. Ignoro quién estropeó tu coche o secuestró a Béatrix. Supongo que soy lo que los de tu calaña llamaríais un «niño de papá» —Grégory sonrió con suficiencia—, igual que Dorine... Matar gente no es lo mío. Prefiero dejar que otros se ensucien las manos.

—Las amenazas —musitó Lidwine casi sin voz—. ¿Fueron cosa tuya?

—Ahí me has pillado—reconoció Grégory—. Comencé a dejarte esas notitas para asustarte, atribuyéndome todas las cosas extrañas que pasaban, como tus misteriosos accidentes o el empujón que le dieron a Danielle al confundirla contigo. En realidad, fue muy fácil engatusarte, utilizando además mis conocimientos sobre tus antepasadas. Esos diarios tuyos me fueron de gran ayuda.

—¡Tú me los robaste! —le acusó Lidwine, furiosa.

—Enhorabuena, Sherlock —ironizó de nuevo Grégory, sonriendo con sus perfectos dientes—. No conseguí encontrar el espejo, pero debo confesar que los diarios me fueron de perlas para trazar mi plan de ataque: todas tus antepasadas habían recibido ese tipo de amenazas absurdas. Me fue que ni pintado atribuirme la responsabilidad de todas las cosas raras que te estaban pasando y hacer que tuvieras cada vez más miedo. Sabía que solo tenía que esperar a que pasara algo gordo para fingirme una vez más responsable y que tú mordieras el anzuelo. Por suerte, no tuve que esperar demasiado: Béatrix desapareció y, de inmediato, tus sospechas recayeron en quien te había estado acechando, igual que a tus antepasadas: el misterioso personaje de las notas. En realidad, fue de lo más sencillo. Solo tuve que dejarte otro papelito más... y ¡zas! —Chasqueó los dedos— Caíste de lleno en la trampa.

—Pero entonces... ¿quién intentó que me matara con el coche? —exclamó Lidwine sin comprender nada. La cabeza le daba vueltas.

Grégory dejó escapar una risita.

—Bueno, supongo que no soy la única persona que tiene aprecio a ese

espejito tuyo, Lidwine. O tal vez caes peor de lo que pensabas. —Nuevas risitas cínicas. Se encogió de hombros—. Ahora en serio. Alguien más debe de quererlo, digo yo. No es para menos... —Frunció el ceño—. Esa reliquia vale una fortuna. Habría que ser imbécil para no venderla.

—Para algunos, hay cosas más importantes que el dinero...

Él se echó a reír de forma despectiva.

—Eso solo lo diría una perdedora, Lidwine.

—Nunca me has querido, ¿verdad? —inquirió ella con lágrimas en los ojos, que trató de enjuagarse en vano.

Él la miró con indiferencia unos instantes antes de hablar.

—Estoy saliendo con Dorine —anunció al fin—. Todos los del grupo lo sabían, bueno, menos tus queridas Danielle y Claudine. Solo seguía contigo por lo del espejo, y mientras tanto le daba excusas a Dorine, como que no quería hacerte daño después de todos tus problemas recientes, que pronto cortaría contigo, bla, bla, bla. —El chico hizo un gesto desdeñoso—. En realidad, si comencé a salir contigo fue solo por una apuesta. —Se encogió de hombros y bostezó, como si el asunto le aburriera.

—¿Qué? —susurró Lidwine casi sin voz, encogiéndose aún más.

—Fue idea de Dorine —explicó Grégory con aquella escalofriante frialdad—. «A qué no consigues tirarte a esa pingada en menos de un mes». No lo conseguí realmente, resultaste ser más estrecha de lo que había imaginado en un primer momento... y me llevó algo más de tiempo.

Se echó a reír y Lidwine sintió que le ardía el rostro de vergüenza y mortificación. ¿Cómo no se había dado cuenta de la verdadera personalidad de Grégory? ¿Cómo podía haberle entregado su corazón a alguien así? Ruben se lo había advertido desde el principio... y ella no había querido creerle.

—Con estas tímidas nunca se sabe... —prosiguió el chico—. Bien, el caso es que perdí la apuesta, pero seguí contigo. No negaré que me atraías, eres muy diferente del tipo de chicas al que estoy acostumbrado. Sin embargo, Dorine comenzó a ponerse celosa y se me insinuó. —Le dirigió una nueva sonrisa irónica—. Y lo siento, Lidwine, pero no puedes compararte a ella.

—Tú tampoco puedes compararte a Ruben —masculló Lidwine, sintiendo cómo el odio la dominaba.

En aquel momento, se dio cuenta de que en realidad, a pesar de todo, se sentía casi aliviada al averiguar que —si salía con vida de aquello— podría estar con Ruben. ¡Cielo santo, era él a quién había querido desde un

principio!

—¿Ruben? —Grégory por poco se atragantó de la risa—. Por Dios, Lidwine... ¿ese personajillo ridículo que va por ahí con gafas de sol incluso de noche y cadenas por todas partes? —Sacudió la cabeza, riendo con más ganas—. No podría ser más macarra ni queriendo. Es patético.

—Tú eres el patético, solo te importa el dinero —replicó ella, apretando los dientes. Se permitió dirigirle una sonrisa parecida a las suyas—. Yo tampoco te he sido fiel del todo. Esta misma tarde me lo he montado con Ruben a tus espaldas.

Grégory echó la cabeza atrás y prorrumpió en nuevas carcajadas.

—Ahora lo entiendo: solo hacía falta encontrar a un garrulo para tumbarte de espaldas. Las chicas de clase baja sois todas iguales...

—Eres un hijo de puta.

—Puede ser —aceptó él, encogiéndose de hombros. Le dirigió una sonrisa torcida—. Ni siquiera estuve trabajando de verdad en ese restaurante cutre, Lidwine. Era una excusa para salir con Dorine sin que te enteraras.

—Ruben os vio —exclamó ella, comprendiéndolo todo. Sacudió la cabeza, los ojos húmedos de nuevo—. Y yo no le creí...

—Debiste hacerlo. —Grégory la miró con su expresión burlona y desagradable.

Era como si fuese otra persona completamente distinta. Se puso en pie y le apuntó el pecho con la pistola. Sus facciones perfectas se endurecieron y una sombra cubrió sus ojos claros. El fuego hizo relucir las hebras doradas de su pelo mientras avanzaba hacia ella. Incluso en aquel momento parecía un ángel, vestido con sus pantalones de marca, su reloj caro y su camisa arremangada por los codos.

Se detuvo cuando sus piernas tocaban con las rodillas de Lidwine, que seguía sentada en el suelo, y la miró con dureza desde arriba.

—Basta de cháchara. Dame el espejo. Ahora.

—¿Y por qué iba a hacerlo? No tienes a Béatrix para hacer el intercambio.

Grégory sonrió con frialdad.

—Creo que no lo has entendido bien, Lidwine. Tengo una pistola y te estoy apuntando con ella. Reconozco que nunca he matado a alguien... pero ahora mismo estoy bajo mucha presión.

Al mirarle más de cerca, la chica advirtió que toda aquella calma y frialdad eran pura fachada. Una vena le latía en la sien y tenía la frente y el

labio superior perlados de sudor. Incluso le temblaba la mano que sujetaba la pistola.

—No podré terminar los estudios si no consigo dinero. No pienso arrastrarme ante mi padre ni lamerle el culo a nadie para cobrar menos de mil euros al mes. Necesito el espejo o mi prometedor futuro se esfumará ante mis ojos. —Hizo un esfuerzo por sonreír y le salió una mueca extraña que asustó a Lidwine—. De modo que ahora, el trato cambia. Ya no hay Béatrix que valga. Ahora es tu vida... a cambio del espejo.

—Está bien —se rindió ella.

Sin que Grégory se diera cuenta, deslizó un brazo detrás de la espalda y aferró una de las velas diseminadas por el suelo que iluminaban la estancia, mientras con la otra hurgaba en el bolso, fingiendo buscar el espejo.

—¡Aquí tienes!

Lidwine extendió la mano y prendió fuego al pantalón de Grégory.

Del susto, el chico dejó caer la pistola y se arrojó al suelo, lanzando alaridos de dolor mientras rodaba sobre sí mismo, tratando de apagar las llamas.

Acababa de lograrlo, cuando una figura salió de las sombras del pasillo y se lanzó sobre él, estampándole en la cabeza un pesado objeto metálico. A Lidwine le bastó un segundo para reconocerla.

—¡Béatrix!

## CAPÍTULO 29

Lidwine se lanzó a sus brazos, sollozando, mientras Béatrix la acunaba contra el pecho, los ojos casi saliéndose de las órbitas.

—¡Mi niña! Gracias a Dios que te he encontrado...

Dirigió una mirada de intenso odio a Grégory, que se hallaba inconsciente en el suelo. El pantalón hecho jirones dejaba ver las quemaduras de su pierna, y un hilillo de sangre se deslizaba por su frente.

—Tenemos que llamar a la policía —musitó Lidwine, mareada. Comenzaba a sufrir los efectos de la impresión y estaba al borde del desmayo. Se dejó caer al suelo de nuevo—. Pero antes, dime, ¿dónde has estado? Dios mío, creía que te habían hecho algo, que te habían secuestrado o que habías...

No pudo terminar la frase, y hundió la cabeza entre las piernas, estallando de nuevo en lágrimas. Béatrix se agachó a su lado para abrazarla.

—He estado secuestrada —le explicó, con la voz temblorosa.

Profundas ojeras se dibujaban bajo sus ojos y los pómulos le sobresalían en exceso. Parecía haber envejecido diez años y perdido por lo menos siete kilos, como si apenas se hubiera alimentado durante todo aquel tiempo. Lidwine volvió a abrazarla, aún sin creer que estuviera de nuevo a su lado.

—Esto tiene que acabar algún día —gimió—. Todo el horror causado por ese maldito espejo... No puedo más. —La cogió de los hombros y la miró muy seria—. ¿Quién te ha tenido secuestrada? ¿Y por qué te ha soltado? ¿Cómo sabías que me encontrarías aquí? No entiendo nada.

—No me ha soltado —musitó Béatrix, con la mirada perdida en el vacío. Estaba muy extraña, seguramente por el shock post traumático—. Me he escapado. Pero no puedo explicártelo así. Hay tantas cosas que debes comprender antes...

Se estremeció y tiró de Lidwine para ponerla en pie. Recogió la pistola del suelo y le hizo un gesto para que la siguiera por el pasillo.

—Pero, ¿adónde vamos? ¡Tenemos que llamar a la policía! Y a una ambulancia, Grégory está herido.

—Deja que ese desgraciado se pudra —gruñó Béatrix, furiosa—. Ya llamaremos después. Antes hay algo que debo mostrarte.

—¿Por qué has cogido la pistola? Si ven tus huellas podrían sospechar de ti. No deberías haberlo tocado.

—Eso es lo que menos me preocupa ahora mismo —resopló la abogada, subiendo por la escalera de caracol—. Tenemos que estar protegidas... por si acaso.

—¿Por si acaso... ? ¿Te ha seguido el secuestrador hasta aquí?

Lidwine no entendía nada y Béatrix ignoraba sus preguntas. No sabía por qué se estaba comportando de un modo tan misterioso, pero supuso que seguía en shock debido al secuestro, de modo que decidió guardar silencio por el momento. En cuanto llegaran arriba, la convencería para llamar a la policía y salir de allí.

Una vez en el piso superior, su madre adoptiva la condujo a otra habitación y se giró hacia ella, mirándola fijamente en la oscuridad.

—Béatrix, tenemos que llamar a la policía —insistió con impaciencia.

—No, no podemos llamarles todavía —negó la aludida, aún con aquella expresión tan rara—. Primero...

—¿Sí...?

De repente, la expresión de Béatrix comenzó a cambiar. Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro mientras alzaba la pistola en dirección a Lidwine. Extendió la otra mano, sucia y magullada, y ordenó con voz imperiosa:

—Antes, dame el espejo.

La chica la miró perpleja.

—Béatrix, no es momento para hacer bromas. Tenemos que salir de aquí. —Dio media vuelta y se dirigió hacia las escaleras, sacando el móvil del bolso—. Voy a...

El sonido de un disparo la hizo interrumpirse y soltar un alarido. Se cubrió la cabeza con ambas manos, temblando, mientras una lluvia de pintura seca caía del techo.

—Suelta el teléfono ahora mismo —masculló Béatrix entre dientes, los ojos reducidos a una rendija de fuego verde—. Siéntate, las manos donde pueda verlas. ¡Vamos!

«Esto no es real», se repitió mentalmente Lidwine, como en un sueño. «No puede serlo. Mi madre adoptiva no está apuntándome con una pistola. Mi novio no está inconsciente en el piso de abajo después de intentar matarme.»

No se dio cuenta de que se había desmayado hasta que algo le golpeó con violencia el rostro y abrió los ojos, sintiendo cómo las náuseas ascendían en oleadas. Béatrix le había dado una bofetada tan fuerte que le ardía la

mejilla.

—No puedo permitir que te desmayes —murmuró. Debía de haber ido a buscar unas cuantas velas, pues una leve luz dorada bañaba el lóbrego cuarto. Su voz se redujo a un gruñido escalofriante—: Tienes que comprender.

—Comprender... ¿qué?

Lidwine se cubrió el rostro con las manos, asustada y confundida. Béatrix se las apartó de un manotazo y la obligó a mirarla.

—¡Mírame, estúpida! ¿Todavía no te resultó familiar? ¿De verdad aún no te has dado cuenta?

Lidwine la miró sin comprender, y por primera vez captó que ambas compartían ciertos rasgos: la frente alta, los pómulos marcados y la forma de la nariz. Pero aquello no tenía por qué significar nada...

—¡Toma! —le espetó Béatrix, arrojándole un trozo de periódico doblado—. Seguro que ahora lo entenderás todo.

Se trataba de un artículo antiguo, publicado en un periódico parisino de hacía unos veinte años. Lidwine lo alisó con la mano y lo leyó con dificultad, pues el mareo y la escasa luz hacía que se le arremolinaran las letras.

#### «TRAGEDIA FAMILIAR EN LE MARAIS»

*Los cadáveres de Antoine y Audrey Fontaine, matrimonio residente en el barrio de Le Marais, han sido hallados esta mañana en el chalet adosado donde vivían con sus dos hijas, Delphine y Béctorice, de 18 y 16 años respectivamente.*

*Las hermanas encontraron los cuerpos sin vida de sus padres en la cama donde ambos dormían, asesinados a puñaladas. Las jóvenes han sido internadas en el Centre Hospitalier Sainte Anne, donde siguen en estado de shock. La policía está tratando de reunir la mayor información posible, pero todas las fuentes coinciden en que los Fontaine no tenían enemigos.*

*‘Eran unas personas encantadoras’, ha declarado esta mañana la vecina más cercana a la familia, que ha preferido mantener su nombre en el anonimato. La mujer lloraba desconsolada mientras miraba la casa donde hasta ahora había vivido el matrimonio junto a sus dos hijas. “No entiendo cómo ha podido suceder una tragedia así en un barrio como este.”*

*La policía no descarta que se trate de un crimen premeditado, puesto que solo atacaron al matrimonio, mientras sus dos hijas dormían sanas y*

*salvas en el cuarto de al lado [...]*

Lidwine dejó de leer para estudiar la fotografía de la familia. No reconoció los rostros de sus abuelos, pero sí el de su madre, ya con su particular mirada de tristeza, como si supiera lo que le deparaba el futuro.

Cuando contempló el rostro de Béctorice, la supuesta hermana de su madre de la que jamás había oído hablar, se le nubló la vista. Ahí, con veinte años menos, estaba Béatrix, mirando al objetivo con inocencia.

Lidwine dejó caer sobre su regazo el recorte de periódico y se giró hacia ella con los ojos desorbitados.

—¿Qué significa esto?

—Está claro que has heredado la idiotez de tu madre —resopló la abogada con ironía. Se encogió de hombros y la miró casi divertida—. Lidwine, nuestra relación no se limita a yo sea tu tutora legal... somos parientes de sangre. ¿Es que no lo entiendes? ¡Yo soy Béctorice Fontaine! —le espetó a dos centímetros de su cara—. ¡Soy tu tía! ¡Tu verdadera tía por parte de madre!

—No... ¡no! —tartamudeó la joven, sacudiendo la cabeza, horrorizada.

Béatrix se giró y paseó por la habitación, cruzándose de brazos y mirándola con una sonrisa cínica.

—Pues claro que sí. Obviamente, no podías haberlo sabido nunca, pues me cambié el nombre poco después del «trágico» asesinato de mis padres, sustituyendo Béctorice por Béatrix, y el apellido Fontaine por el mucho más elegante Lafayette.

—Un momento —exclamó Lidwine levantando el brazo, sintiéndose tan débil que apenas podía pensar con claridad—. Pero entonces... ¿mi madre siempre supo que eras tú quien me había adoptado? Entonces, ¿por qué nunca quiso conocerme?

—Yo se lo impedí —replicó Béatrix, como si tal cosa—. Supongo que será mejor que empiece por el principio. Como he oído que decía el estúpido de tu amiguito, llevo mucho tiempo esperando este momento, toda una vida, así que un poco más no importa.

La abogada hizo una pausa para frotarse el rostro con las manos, aunque no dejó de apuntarla ni un segundo con la pistola.

—Sí... una eternidad esperando —prosiguió al fin—, muchísimo más de lo que ese payaso habría sido capaz de soportar, con sus torpes artimañas



para engatusarte. Oh sí, reconozco que yo también tuve mi dosis de torpeza al tratar de hacerme con el espejo. —Le sonrió, jugueteando con el colgante de oro que pendía de su cuello.

—¿Entonces no estabais compinchados?

—¿Yo y ese inútil? ¡Estarás de broma! —exclamó furiosa Béatrix, apretando los puños—. Ese imbécil solo es capaz de ver el valor monetario del espejo. No tiene ni idea de lo que hay detrás, mientras que yo llevo toda la vida especializándome en magia negra. La abogacía era solo una fachada, una manera de ganarme la vida, pero mi verdadera pasión siempre fueron las artes oscuras. ¿Quién si no te crees que le enseñó a la estúpida de tu madre todo lo que sabía?

—¿Magia negra? —repitió la joven, sin dar crédito a lo que oía—. Pero tú siempre has dicho que eso eran cuentos chinos.

Béatrix le dedicó una sonrisa sardónica.

—¿Y qué esperabas que te dijera? Algo así como: «¿Sabes, Lidwine? Mi verdadera vocación es la magia negra, por eso me deshice de tu madre, que por cierto, era mi hermana, para obtener el espejo que había heredado.»

—¡TÚ LA MATASTE! —chilló Lidwine horrorizada, comprendiéndolo todo de golpe—. ¡Y a mi padre, y probablemente, a los tuyos propios, a mis abuelos! ¡Eres una asesina hija de puta y una...!

No pudo terminar la frase, pues el sonido de un disparo estalló en el aire y al momento sintió un dolor lacerante en la pierna derecha. A punto de desmayarse, sin poder creer lo que veían sus ojos, observó la mancha de sangre que comenzaba a crecer en su pantalón. La bala la había rozado y había ido a incrustarse en la pared, pero le había quemado todo el costado de la pierna derecha.

—Esto te enseñara a mantener la boca cerrada —masculló Béatrix con una voz gutural que Lidwine no le había oído jamás.

Se tambaleaba ligeramente, como si estuviera drogada, y por la expresión enloquecida de sus ojos, Lidwine pensó que quizá así era. O tal vez se había autoinducido a una especie de trance con sus supersticiones y extraños rituales de magia negra. Ya nada podría sorprenderla.

Temblando, la joven se quitó el jersey y se lo ató a modo de venda en la pierna, que no dejaba de sangrar, mientras la otra paseaba a su alrededor en círculos, como un lobo acechando a su presa.

—Sí, Lidwine... Maté a tu madre, a tu padre y a tus abuelos, así que vigila esa lengua si no quieres correr la misma suerte. —Prosiguió

paseándose arriba y debajo de la estancia, como si no pudiera estarse quieta, mientras su sobrina temblaba al borde del desmayo—. Pero como he dicho antes, lo mejor será empezar por el principio.

Y entonces, Béatrix le contó por fin todo lo que llevaba ocultándole durante ocho largos años.

## CAPÍTULO 30

—Nací en agosto de 1970, en el barrio Marais de París, como ya sabrás después de haber leído el recorte de periódico. Mi familia nunca me quiso. No, no pongas esa cara —musitó, haciendo un gesto con la mano—. Es la verdad. Mis padres estaban encantados con Delphine, a quien ya tuvieron algo mayores, y no les hizo mucha gracia tener que cargar con otro bebé. Digamos que fui un error... Mi familia era bastante modesta, y supongo que no habían previsto tener más hijos. Total, ¿para qué? Ya tenían a su adorada Delphine, la primogénita y por tanto, heredera legítima del espejo.

Endureció las facciones y se humedeció los labios resecos. Sus ojos cobraron un brillo peligroso.

—No importaba cuánto luchara yo, que fuera la mejor del colegio, que terminara cada año con las mejores calificaciones, que me comportara siempre con educación y decoro... Ellos siempre, siempre prefirieron a Delphine. Sobre todo mi madre. Y tiene gracia, porque Delphine era la oveja negra de la familia, opuesta a mí en todo: suspendía muchas asignaturas, se saltaba las clases... —Una mueca burlona y perversa se dibujó en su rostro—: Mis padres siempre tenían que andar detrás de ella para no cometiera locuras. Nunca destacó en nada y a los dieciséis ya estaba trabajando de cajera en un supermercado... Jamás habría sido capaz de estudiar Derecho como yo. Era una bala perdida, siempre bebiendo en alguna fiesta, vestida de ramera, con aquella obsesión por las medias rotas y las botas militares. Una macarra asquerosa. —Torció la boca en un mohín de disgusto—. Mi estilo no tenía nada que ver con el suyo. Tal vez mi familia tenía poco dinero, pero yo actuaba como si fuésemos de clase alta. Tenía pocas prendas, pero buenas, y caminaba siempre con la cabeza alta. Jamás hubiera frecuentado el tipo de compañías que se complacía en tener mi hermanita.

Lidwine pensó en Ruben sin poder evitarlo y una intensa calidez inundó su ser. Tal vez en el fondo se parecía más a su madre de lo que creía. En realidad, toda la ropa pija que había en su armario había sido elección de Béatrix, no suya... Se obligó a prestar atención de nuevo, pues la otra seguía hablando.

—Bien, te preguntarás como llegué a saber sobre el espejo si, según la tradición, solo Delphine podía enterarse, y además, únicamente tras la muerte

de nuestra madre. El caso es que una noche en la que, como de costumbre, me había quedado estudiando mientras mi hermana salía por ahí con los quinkis de sus amigos, oí cómo mis padres mencionaban nuestros nombres, de modo que me agazapé detrás de su puerta para escuchar lo que decían. Yo tendría unos quince años, pero aunque haga tanto tiempo, todavía recuerdo la rabia que sentí. —Béatrix apretó con fuerza los puños y los dientes, provocando que los huesos de la mandíbula se le marcaran a través de la demacrada piel del rostro—. Estaban hablando de lo que harían con el espejo. Les daba pena tener que dejarme fuera, pero la tradición dictaba que fuera Delphine quien heredara la reliquia. Yo no era nada tonta, y en cuanto escuché el nombre *Le Miroir des Merveilles*, comencé a investigar.

» Cuando descubrí todo lo que tenía que saber, me quedé destrozada. No podía entender cómo mis padres, que conocían mi pasión por el ocultismo, que me sabían mucho más responsable que la inútil de mi hermana, con su cabeza llena de pájaros, podían preferir entregarle el espejo a ella antes que a mí. ¡Al cuerno con la leyenda! ¿Acaso no me lo merecía más yo? ¿Qué había hecho Delphine para ganarse semejante honor? ¿Nacer dos años antes? Aquello era absurdo e injusto. Totalmente injusto.

Una vez más, Béatrix apretó los dientes, una vena latiendo con tal fuerza en su cuello que Lidwine temió que le reventara. En aquel momento, pese a todo, sintió algo de lástima por ella.

—Tal vez enloquecí, pero ciega de rencor y avaricia, tracé un plan para librarme de mis padres. —Lidwine se cubrió el rostro con ambas manos y tragó saliva—. Tenía la absurda teoría de que, como Delphine no sabía nada del espejo, quizá una vez ellos muertos yo podría quedarme con él.

» Una noche en que ella estaba por ahí puteando como siempre, decidí que había llegado el momento de ejecutar mi plan. —Suspiró hondo y meneó la cabeza, pero sus ojos siguieron reluciendo con el mismo frenesí enloquecido que aterraba a Lidwine—. Muchas veces me daba por cocinar para todos, así que solo tuve que asegurarme de echar una buena dosis de somníferos en los platos de mis padres, para asegurarme de que no se despertarían. Después, cogí uno de los cuchillos de cocina más grande que teníamos y me deslicé en su habitación. Ni siquiera llegaron a ver quién era, pues me puse un pasamontañas, y en cualquier caso, era de noche. —Se encogió de hombros—. Fue casi demasiado fácil.

» Tras comprobar que no respiraban, lavé a fondo el cuchillo para eliminar las huellas dactilares, quemé mi ropa manchada de sangre y me

deshice de ambas cosas. Lo había planeado todo con mucho cuidado. Además, siempre he sido muy buena actriz. Me fui a dormir como si nada y, al día siguiente, monté la comedia al despertarme. Comencé a chillar, desperté a Delphine... etc. —Puso los ojos en blanco y comentó—: Supongo que te preguntarás por qué no aproveché para matarla también a ella y heredar directamente el espejo, pero tenía dos buenos motivos. Primero, tal vez resultara sospechoso que alguien asesinara a nuestros padres y nos dejara a nosotras con vida, pero más extraño hubiera resultado que yo fuera la única superviviente. Y segundo, necesitaba a alguien que me mantuviera. Delphine era mayor de edad, y con su trabajo y sus ahorros podía hacerse cargo de mí. De lo contrario, yo hubiera ido a parar a un orfanato... y eso no entraba en mis planes. Ni eso ni la cárcel para menores.

Esbozó una sonrisita de suficiencia, y Lidwine se echó a temblar al darse cuenta de que había estado conviviendo ocho años con una asesina. ¿Qué habría impedido que la matara también a ella? Un sudor frío le recorrió todo el cuerpo.

—Bien, después de aquello, a Delphine le costó sobreponerse, pero lo logró. Si algo bueno tenía mi hermana, es que era muy fuerte. Como tú, supongo. —Al decir esto, Béatrix frunció el ceño—. El caso es que siguió trabajando como una loca y nos sacó adelante a las dos. Imagino que su error fue confiar en un imbécil como François y quedarse embarazada. Pronto, estuvimos los tres viviendo juntos: ella, François y yo. Una familia feliz. —Béatrix sonrió con ironía y acarició la pistola.

» Durante todo aquel tiempo, yo estuve tratando de averiguar algo sobre el paradero del espejo, pero Delphine jamás me contó nada. Por desgracia, asesinar a mis padres no sirvió de nada, pues de algún modo, ella consiguió heredarlo por el medio habitual, es decir, en secretismo absoluto. Supongo que tendría que haber deducido que todas las malditas herederas del espejo habían elaborado un método infalible, que aún a día de hoy ignoro, para pasarse el espejo de forma secreta y ocultarlo. Sitios como la *Banque Nationale de Dépôts* ayudaron bastante, supongo, claro que yo a mis dieciséis años no tenía ni idea de que existieran lugares así, por muy inteligente que fuera. —Arrugó el ceño y resopló—. El caso es que, mientras viví con ellos, seguí buscándolo de forma incansable. François incluso me sorprendió un día hurgando entre las cosas de Delphine, pero estaba tan borracho, como siempre, que fue incapaz de recordarlo más tarde. Un macarra fracasado, como todos en los que se fijaba la idiota de mi hermanita. —Hizo una pausa

en su constante ir y venir y fulminó con la mirada a su sobrina—. Era del estilo de ese amigo tuyo del hospital, un auténtico crápula, claro que ese por lo menos parecía estar sobrio...

» En fin, poco después el muy cabrón se largó dejándola sola con el bebé y Delphine perdió su trabajo. Entonces comenzó a obsesionarse con el tema del espejo y a consumirse lentamente. No fue muy difícil expandir unos cuantos rumores sobre lo desatendida que estabas... y que le quitaran la custodia. —Béatrix le dirigió una sonrisa gatuna a Lidwine, que la observó, incapaz de asimilar sus palabras.

—Tú fuiste la culpable de que yo acabara en un orfanato... —susurró al fin.

Béatrix asintió con perversa satisfacción.

—Sí, así fue. Creo que lo mejor será que empiece a resumir la historia o nos tiraremos toda la noche hablando.

» Cuando Delphine fue internada por esquizofrenia, yo tuve que buscarme la vida. Durante cuatro años, trabajé como una esclava para poder seguir pagándome los estudios en la Sorbonne. Por fortuna, entre eso y los ahorros que nos habían dejado nuestros padres, logré costearme el primer año, mientras me mataba a trabajar para costearme los años venideros. Aun así, fui capaz de seguir sacando buenas notas, y para cuando Delphine y yo volvimos a encontrarnos, ella era una desgraciada fugitiva que se había escapado del hospital psiquiátrico y yo, que ya me había cambiado el nombre, una abogada recién licenciada con los máximos honores que acababa de encontrar trabajo en un bufete de prestigio. Sobra decir que, desesperada, lo primero que hizo fue tirarte directamente a mis brazos. Le faltó poco para arrodillarse y suplicarme que te adoptara. Así se aseguraría de que contabas con un entorno familiar bueno y a la vez, ella podría visitarte cada día. —Los ojos le centellearon a Béatrix—. Por fin tenía a mi hermana donde la quería, humillada frente a mí.

» Sin embargo, en aquel entonces yo solo tenía veintidós años y acababa de encontrar un trabajo que requería toda mi atención: me era imposible adoptar a una niña pequeña. De modo que le pedí paciencia a Delphine y, mientras, proseguí con mis investigaciones sobre la reliquia y su leyenda Supongo que mi segundo error fue creer que, en su locura, la idiota de mi hermanita le había confiado el espejo a su ex-novio y padre de su hija, François. De modo que le amenacé y, al no sacar nada en claro, terminé matándole.

Lidwine ahogó una exclamación y contuvo de golpe el aliento. El hecho de que Béatrix fuera capaz de asesinar a sangre fría y confesarlo como si tal cosa le helaba la sangre en las venas. La otra le sonrió y se encogió de hombros al captar su inquietud.

—Fue aún más fácil que el asesinato de mis padres. No obstante, por desgracia, volví a fallar. El imbécil de François no sabía nada sobre el espejo. Entonces comprendí que todas aquellas veces había estado metiendo la pata. Era a Delphine a quien debía eliminar si quería hacerme con él. Solo así lo conseguiría. No obstante, antes tracé un cuidadoso plan, por si algo fallaba, y entonces me di cuenta de que tú, que tan fastidiosa me habías parecido en toda aquella historia desde el principio, eras mi salvación. Te adoptaría y solo así, me aseguraría de que en caso de que el espejo se me escapara una vez más, te tendría a ti, la heredera directa de este, en mis manos. Supongo que el resto es historia. Hemos sido felices estos ocho años, ¿verdad?

Béatrix le guiñó el ojo a Lidwine, una sonrisa cínica aleteando en sus labios.

—No, un momento —farfulló Lidwine, ignorando su último comentario. Se puso a toser. Le dolía tanto la herida de la pierna que debía esforzarse por no jadear, pero tenía que intentar ganar tiempo... No sabía de qué le serviría, pero no podía rendirse—. Hay muchas cosas que todavía no entiendo. Si tú me adoptaste, ¿por qué nunca vi a mi madre? ¿Por qué te mudaste a Lyon si también vivíamos en París? ¿Y por qué mi madre nunca te mencionaba en sus diarios? Solo me describía a mí, pero nunca dijo nada de una hermana que me hubiera adoptado.

—Por partes —exclamó Béatrix alzando ambas manos, incluida la de la pistola—. Para empezar, yo me comprometí ante Delphine a adoptarte y cuidar de ti, pero solo si ella no intervenía. Ya había metido bastante la pata, le dije. Únicamente yo me encargaría de tu educación. Ella podría mirarte desde lejos y saber todo lo que quisiera sobre ti, pero jamás establecer contacto directo. De lo contrario, te contaría la verdad sobre ella, que era una esquizofrénica fugitiva, y te llevaría muy lejos conmigo, donde no pudiera encontrarnos.

—Así te aseguraste de tenerme donde tú querías...

—Exacto —asintió Béatrix con malicia—. Supongo que tu querida madre no me mencionó nunca en sus escritos porque me guardaba rencor. Y en todo caso, se suponía que esos diarios eran para hablar exclusivamente del espejo; el que ella te mencionara por ahí en medio fue una estupidez por su

parte, pues así daba pistas a terceras personas sobre la identidad de la siguiente heredera. Me refiero en caso de que alguien le robara los diarios, como te sucedió a ti.

Hizo una pausa para carraspear y clavó en ella sus fríos ojos verdes.

—En cuanto a tus otras preguntas, decidí mudarme a Lyon y llevarte conmigo para alejarme de un entorno donde todo el mundo nos conocía. Además, tras una concienzuda búsqueda, encontré un trabajo mejor allí. En ese otro bufete, el mismo en el que he trabajado hasta la fecha, me pagaban casi el doble que en el antiguo, de modo que no me lo pensé dos veces.

» Por supuesto, Delphine decidió mudarse también a Lyon para seguirte de cerca. El que yo nunca quisiera llevarte de vacaciones a París, pese a tus constantes súplicas, era por el miedo de que, de algún modo, te enteraras de la verdad. No tienes ni idea del inmenso parecido que guardas con Delphine. De habernos encontrado con algún entrometido que me conociera de mi antigua vida, hubiera sido imposible que no te relacionaran con ella. No podía correr ese riesgo.

—¿Y qué me dices de todo este tiempo y de tu falso secuestro?

—Decidí desaparecer para centrarme en mis investigaciones. — Béatrix la miró muy seria—. Tenía que concentrarme al cien por cien en mi objetivo, convertirme en una auténtica erudita de las ciencias ocultas para lograr extraer la clave del espejo y descifrar el maravilloso secreto que contiene.

—¿Y tu trabajo en el bufete? —insistió Lidwine sorprendida.

—A la mierda el trabajo —masculló la abogada, furiosa de repente—. Cuando el espejo sea mío, tendré tanto poder que no me hará falta trabajar. No tienes ni idea de lo que alguien con mis conocimientos sobre magia negra y mis capacidades puede hacer con un objeto así. Ha sido una verdadera desgracia, por no decir un sacrilegio, que idiotas como tú y tu madre lo heredarais.

En aquel momento, Lidwine se dio cuenta de que Béatrix estaba loca. Había convivido todos aquellos años con una persona demente y peligrosa. Su rostro desencajado no era el propio de una persona cuerda, y el modo en que sus ojos se desorbitaban al hablar de los supuestos poderes del espejo resultaba aterrador.

—Entonces, ¿fuiste tú quién trató de robármelo del banco? —Lidwine sintió un intenso vahído al caer en la cuenta de algo—. Por eso me regalaste el coche... ¡para poder amañarlo después y hacer que me matara! ¡También



fuiste tú quién empujó a Danielle por las escaleras al confundirla conmigo!

—Sí, admito que cometí una serie de torpezas imperdonables. — Béatrix apretó de nuevo los dientes—. Lo del coche no surgió efecto, jamás entenderé cómo saliste con vida de aquello, y eso que contraté a uno de los mejores en ese tipo de trabajos. Era como si tuvieras a un maldito ángel guardián protegiéndote las veinticuatro horas. Incluso en Navidad te di un somnífero cada noche para registrar tu habitación mientras dormías, pero no encontré nada. ¿Dónde diablos habías metido el espejo?

—Volví a dejarlo en la *Banque de Dépôts* —replicó Lidwine con frialdad.

La otra chasqueó la lengua, desalentada.

—Debí haberlo supuesto.

—Ahora entiendo por qué me sentí tan rara todas aquellas noches — observó la joven, meneando la cabeza—. Me tenías drogada...

—La verdad es que has tenido mucha suerte hasta ahora, *trésor* — señaló Béatrix con una sonrisa malvada—. Demasiada, diría yo. Pero esa suerte va a terminar esta misma noche. —Le apuntó al corazón con la pistola y extendió la mano—: Dame el espejo. No te servirá de nada resistirte.

Derrotada, Lidwine hurgó en su bandolera y extrajo una vez más el bulto envuelto en telas. Su tutora —o mejor dicho, su tía— se lo arrebató con impaciencia y lo desenvolvió con una sola mano, pues con la otra seguía apuntándole al pecho. Cuando al fin retiró el último pedazo de tela, el brillo cegador del espejo le bañó el rostro. Lo tomó entre las manos, maravillada, olvidándose por una vez de la pistola.

—*Le Miroir des Merveilles* —susurró, como inmersa en un trance—. Por fin mío.

De repente, unas luces giratorias surgieron de la nada, bañando de rojo la estancia, mientras afuera estallaba el estridente sonido de una sirena de policía.

—¿Les has llamado tú? —gritó Béatrix frenética.

Dejó el espejo en el suelo con cuidado y la aferró por la camiseta, rozándole la pierna herida al acercarse, ante lo cual Lidwine soltó un alarido. Estaba empapada en sudor por el dolor, y que aún no se hubiera desmayado era un misterio.

Entonces una voz amplificada a través de un megáfono retumbó en la mansión.

—¡Tire el arma! ¡Hemos rodeado la zona!

—Mierda —masculló Béatrix desesperada, regresando junto al espejo. Histérica, procedió a envolverlo de cualquier manera—. ¿Qué coño voy a hacer ahora? ¡Llevo veinte años esperando este momento! —Lágrimas de odio y frustración bañaban sus hundidas mejillas—. ¡No van a arrebatármelo ahora! No pueden quitarme todos estos años esperando... —Se giró hacia Lidwine furiosa—. Todo esto es culpa tuya, ¡te odio!

Gritando como un animal salvaje, alzó la pistola y trató de disparar a Lidwine, pero fruto de algún milagro, la bala se atascó en el cargador. Histérica, la abogada saltó sobre ella y le estrelló el arma contra la cabeza, abriéndole un corte que comenzó a sangrar con profusión. La joven cayó al suelo casi sin sentido, pero antes de que pudiera recuperarse, Béatrix volvió a echársele encima, sus garras clavándosele en el cuello en un intento de estrangularla.

Con la poca lucidez que le quedaba, mientras sus pulmones se quedaban sin oxígeno y pequeños puntitos brillantes fluctuaban ante sus ojos, a Lidwine oyó un escándalo abajo y que la policía gritaba:

—¡DETÉNGASE AHORA MISMO!

En lo que le pareció una eternidad, Lidwine percibió que una figura desenfocada entraba en la habitación, pero la abogada estaba tan fuera de sí que no se dio cuenta, empeñada en estrangularla.

Antes de comprender lo que estaba pasando, la joven oyó un fuerte porrazo y la presión en su garganta desapareció de golpe, mientras Béatrix se desplomaba encima de ella con todo su peso. Su cerebro aletargado comprendió que alguien le había golpeado en la cabeza. Tosiendo y ahogándose, se arrastró por el suelo para quitársela de encima y se frotó el enrojecido cuello, donde se apreciaba la profunda marca de sus uñas, que le habían saltado la piel en algunos puntos.

—Dios mío, Lidwine, dime que estás bien, por favor, por favor... — La persona que la había salvado solo repetía lo mismo una y otra vez, sollozando mientras la acunaba entre sus brazos.

La joven trató de enfocar la mirada y distinguió el rostro de Ruben, destellando en la penumbra como el de un ángel. Justo entonces, la policía irrumpió en el cuarto como una exhalación.

—Le dijimos que se quedara fuera —gruñó furioso un oficial bastante joven, mientras los otros dos apuntaban a Béatrix y se agachaban a su lado al ver que estaba inconsciente—. ¡Cielo santo, esta chica está desangrándose! —Se arrodilló al lado de Lidwine y la tomó de la mano, muy solícito—. No

se preocupe, mademoiselle, la ambulancia está en camino.

Lidwine le miró sin apenas verle o comprender nada de lo que decía. Luego se giró hacia Ruben y este comenzó a hablarle, pero ella solo captó fragmentos confusos de sus palabras:

—...cuando vi aquel extraño papel lo comprendí todo: tu comportamiento inexplicable desde que te conocí, tus cambios de carácter... —Perdió el hilo durante unos instantes—. La policía vino lo más rápido posible pero... —De nuevo, niebla mental, un zumbido sordo impidiéndole oír todo lo que decía—: Decidí entrar por mi cuenta antes de que fuera demasiado tarde. Apriétame la mano si me oyes, por favor.

Lidwine le apretó los dedos con las escasas fuerzas que le quedaban y el chico suspiró aliviado. Entonces logró articular:

—Abrázame... abrázame fuerte antes de que las luces se me lleven.

—Está desvariando —musitó el policía con compasión.

Ruben la estrechó con delicadeza entre sus brazos y le besó la mejilla, húmeda de lágrimas y sangre.

—No te preocupes, cariño —susurró, todavía lloroso— Te vas a poner bien. La pesadilla se ha terminado por fin.

—Sí —musitó Lidwine ya con los ojos cerrados—. Se ha terminado...

Aliviada, se desmayó en los protectores brazos de su amigo, rindiéndose ante la oscuridad que deseaba engullirla, allí donde ya nada ni nadie podría hacerle daño.

## EPÍLOGO

### *París, cuatro meses más tarde*

Una calurosa tarde de julio, Lidwine cerró tras de sí el portón de su edificio y se echó a caminar bajo el insufrible sol de verano.

Llevaba un mes viviendo con Danielle en un apartamento de la Rue de l'Odéon, cerca de los Jardins de Luxembourg, y no mucho más lejos de la universidad de lo que había estado cuando vivía en *La Moderne*. Ambas habían decidido dejar sus respectivas residencias para encontrar un piso donde tuvieran más intimidad y pudieran hacer el horario que quisieran.

Ahora Lidwine estaba sola pues todos sus compañeros —con excepción de Claudine, que era de París—, se habían ido a sus respectivas casas a pasar las vacaciones, Danielle incluida.

Aquella tarde se había arreglado con más esmero que de costumbre. El tejido de su vestido blanco se ajustaba hasta la cintura, para después ensancharse en delicadas ondas hasta las rodillas, haciendo destacar la piel bronceada por las largas horas leyendo en el parque. Lo había combinado con unas sandalias también blancas con tacones de madera y una diadema en forma de hojas trenzadas que echaba hacia atrás sus cabellos, casi rubios por efecto del verano.

Después de unas tres manzanas caminando, divisó a Ruben al lado de la fuente en la que habían quedado. Con una sonrisa nerviosa, se apresuró a llegar hasta él, correteando con torpeza sobre sus altos tacones. Una vez a su lado, le observó con disimulo.

Hacía una eternidad que no se veían, y lo encontró más guapo que nunca. Se había cortado un poco el pelo, y los rizos aun húmedos de la ducha le caían hasta el principio del cuello. Su piel, pálida como siempre pese al verano, parecía más suave que nunca, las mejillas y la barbilla perfectamente afeitadas. Lidwine le encontró irresistible pese a la sencillez de su atuendo: un par de tejanos rotos y una camiseta gris ajustada.

Sin saber muy bien cómo saludarle, optó por darle un rápido abrazo.

—¡Hola! —exclamó muy contenta.

Se separó un poco para mirarle. Ruben parecía tan feliz como ella y sus oscuros ojos chispeaban, traviosos.

—¡Preciosa, qué alegría verte! Espero que ya estés bien del todo —

musitó algo preocupado, mirando la ya casi invisible cicatriz que se marcaba en la pierna derecha de Lidwine, así como la fina línea blanca en la sien: la primera como consecuencia de una bala y la segunda, de un golpe de pistola.

—Tranquilo, estoy genial —contestó ella, sonriente—. Solo fue un rasguño, la bala apenas me rozó. —La expresión de Lidwine se entristeció un poco entonces y se disculpó—: Siento haberte tenido tan abandonado durante todos estos meses. Pero ya sabes, entre la universidad, los juicios, la mudanza al nuevo piso con Danielle...

—No te preocupes —replicó Ruben enseguida—. No tienes por qué disculparte. Entiendo perfectamente que has pasado unos meses muy duros. Ahora me lo contarás todo, pero primero busquemos un bar, no aguanto este puto calor.

Le guiñó el ojo y la tomó de la mano. Lidwine se dejó llevar con una sonrisa en los labios. En pocos minutos, ambos estuvieron instalados en la fresca penumbra de un bar, con sendas bebidas frías aguardando ante ellos: Ruben, una cerveza, y Lidwine, un granizado de limón. El chico dio un sorbo a la suya y se inclinó hacia delante, apoyando los brazos sobre la mesa. La miró con aire inquisitivo.

—Bueno... —murmuró, incómodo—. ¿Qué pasó al final con Béatrix y Grégory?

Lidwine se estremeció.

—Si no quieres hablar de ello... —se apresuró a añadir Ruben agitando las manos, pero ella negó con la cabeza.

—No, tranquilo. Lo voy superando poco a poco, y de todos modos, algún día tendré que contártelo. —Sorbió un poco de granizado a través de la pajita y dejó vagar la mirada hacia el fondo del bar—. Béatrix pasará un buen tiempo a la sombra. Le han caído cuarenta años. Al final, después de mi declaración, se derrumbó y confesó todos sus crímenes, el asesinato de su familia y sus intentos de acabar conmigo. Fue espantoso. —Apoyó la mano en la frente y suspiró—. Se va a pudrir en la cárcel, pero se lo tiene bien merecido. No dejo de pensar que viví todos esos años con una asesina, sin tener ni idea...

—No te martirices. No podías saberlo de ningún modo.

—Supongo... —musitó Lidwine, frotándose los ojos—. En cuanto a Grégory, es cierto que me apuntó con una pistola, pero al no tener antecedentes, y teniendo en cuenta la situación económica de su familia, solo tuvo que desembolsar unos cuantos miles de euros y logró salir bajo fianza.

—Se encogió de hombros, apática—. Estoy segura de que le faltó tiempo para hacer las paces con su papaíto forrado... no hay como estar en la cárcel para que ver las cosas desde otra perspectiva —ironizó con un resoplido. Enseguida añadió, alzando una ceja—: Pero no me preocupa. Ya no puede hacerme nada. Y la verdad es que dudo que la universidad le admita de nuevo, en caso de que tenga la desfachatez de intentar volver, así que con suerte, no volveré a verle—. Hundió la cabeza entre las manos y los ojos se le humedecieron—: Fui tan estúpida, Ruben. Tenías razón en todo. Me estaba engañando con Dorine, y yo era una especie de pasatiempo para él... Salió conmigo por una apuesta entre ellos. Después, siguió conmigo solo por el espejo. No sé cómo pude ser tan inocente. Debí haberte hecho caso.

—Venga, tía, no te tortures —la regañó él, acariciándole la cabeza—. A ver, está claro que yo me olía que el niño ese era un cabronazo que solo estaba jugando contigo, pero de ahí a suponer que sería capaz de hacer lo que hizo... Jamás lo hubiera imaginado, ni tú tampoco. Así que no te ralles. —Le guiñó el ojo y Lidwine sonrió sin poder evitarlo ante la manera de expresarse de su amigo—. Bueno, y cuéntame. ¿Cómo es que has decidido quedarte a vivir aquí? ¿Y qué hay del espejo?

—El espejo, gracias a Dios, ya no es responsabilidad mía —replicó Lidwine aliviada—. No sabes el peso que me he quitado de encima. Lo puse a subasta y un coleccionista muy importante lo adquirió hará cosa de un mes. Con el sistema de seguridad que tiene ese hombre en su casa, dudo que nadie pudiera soñar siquiera con intentar robarlo. Además, lo prestará a exposiciones de colecciones privadas de vez en cuando, lo cual me parece muy bien. Así, la reliquia podrá ser por fin admirada por todo el mundo, y dejará de ser un mito legendario.

—¿Creíste alguna vez en todo ese rollo de la magia? —intervino Ruben.

—La verdad es que no del todo —contestó Lidwine, encogiéndose de hombros. Le había contado toda la historia a Ruben por teléfono—. Creo que todas las personas que alguna vez poseímos el espejo nos vimos sometidas a una presión muy grande, lo cual en cierto modo nos predispuso a perder un poco la cabeza. Yo misma tuve algunas visiones, como bien sabes, y me pasaron cosas que no tienen explicación. Supongo que ya nunca sabré si de verdad había algo mágico en todo el asunto. —Miró a la lejanía a través de la ventana, que daba al río—. Pero no me importa, créeme. —Se giró de nuevo a Ruben para sonreírle—. No quiero correr el riesgo de convertirme en una

neurótica obsesiva como Béatrix, tenga realmente tantos conocimientos sobre magia negra o no.

Hizo una pausa para sorber un poco más de granizado y se aclaró la garganta, mientras Ruben le apretaba la mano para infundirle ánimos.

—En cuanto a París —continuó al fin—, bueno, es obvio que no hubiera regresado a mi antigua casa en Lyon por nada del mundo. —Se estremeció y se le puso la carne de gallina—. Con la venta del espejo he ganado tanto dinero que no tendría ningún problema en pagar yo sola el alquiler de mi piso, pero preferí compartirlo con alguien para no sentirme tan sola, y Danielle es una de mis mejores amigas. Ella y Claudine se enfadaron mucho cuando se enteraron de todo lo que había sufrido estos últimos meses, pero comprendieron que no me viera capaz de confiar en nadie. Se quedaron horrorizadas cuando se enteraron de toda la historia, ya no te digo de cuando supieron lo que había hecho Grégory. —Lidwine agitó una vez más la cabeza con tristeza y se humedeció los labios—. En fin, todo es una especie de ironía. De no ser por el espejo, no habría podido seguir estudiando en la misma universidad ni teniendo el mismo nivel de vida, pero de no ser por él, tampoco habría necesitado ser independiente económicamente, puesto que mi madre adoptiva no habría intentado matarme. —Se echó a reír con amargura—. Bueno, ni tampoco me habría adoptado. Todavía no puedo creer que fuera mi auténtica tía.

—Por desgracia, uno no puede escoger a sus familiares...

—Hablando de tías... —Lidwine se mordió el labio y bajó la vista—. No sabes cuánto siento haberte tratado así aquella noche, en casa de Charlène. Yo... bueno, realmente creí que tenía motivos para sospechar de ella, ya que tenía tanto interés en el espejo, y al descubrir que tú eras su sobrino...

Se cubrió los ojos con las manos, pero Ruben se las apartó, sonriendo.

—¿Quieres parar ya de disculparte? —resopló, meneando la cabeza—. ¡No pasa nada! Te entiendo. Yo también habría estado paranoico con una historia así. Y la verdad es que motivos no te faltaban... Lo curioso es que Charlène no es mi tía de sangre, sino que se casó con el hermano de mi padre, que murió hará unos tres años. De haber sido realmente mi tía, Dorine y yo estaríamos emparentados, ya que ella es su prima... según me contaste. —El chico alzó las cejas, como extrañado ante tantas casualidades. Entonces añadió—: En fin, después de enterarme de toda la historia, entiendo que siempre estuvieras tan rara conmigo.

Se echó a reír para quitarle hierro al asunto y le revolvió el pelo a Lidwine con cariño. Ella le sonrió.

—Debí de volverte loco de remate con mi actitud.

—Sí, pero no de la manera que tú crees...

Lidwine enrojeció hasta la raíz del pelo e ignoró su último comentario.

—Te aseguro que soy una persona diferente. Por lo menos ahora podré demostrarte mi auténtico «yo» —exclamó sin mirarle, por el bochorno que sentía.

—Oh, pero ¿y si yo quiero que vuelva la antigua Lidwine, la que se enfadaba y me acusaba de todo lo que le salía mal? —Ruben sonrió con aire malévolo y ella le sacó la lengua. El chico se puso más serio y añadió con timidez—. A fin de cuentas, fue de esa chica de quien yo me enamoré...

Al decir esto, Lidwine hizo un movimiento tan brusco que por poco volcó su bebida, salpicando toda la mesa de granizado.

—Oh, disculpa —exclamó muerta de vergüenza, cogiendo un montón de servilletas para limpiarla.

Cuando terminó, mientras Ruben la contemplaba muy serio, perdido en sus pensamientos, ella alzó la vista de nuevo y murmuró:

—Sabes, en el fondo fue una suerte que esa noche me enfadara contigo y me marchara tan de golpe, porque si no llega a caérseme el papel al suelo, tú nunca habrías sabido dónde estaba, ni habrías enviado a la policía en mi busca. ¿Cómo supiste que se trataba de algo raro?

—Intuición, supongo —respondió él, alzando las cejas—. La verdad es que ni yo mismo lo sé, pero fue como... como si te sintiera.

La tomó de la mano y la miró a los ojos. Lidwine no fue capaz de apartar la mirada, mientras sentía el calor del chico en su piel. Recordó sin poder evitarlo aquella tarde con él en casa de su tía, el sabor de su piel y de sus labios, el peso de su cuerpo sobre ella... Un intenso ardor prendió fuego a sus mejillas, y el corazón se le disparó.

—Habían pasado tantas cosas raras que supuse que tramabas algo. Sabía que si estabas metida en algún asunto turbio no era por tu culpa, igual que sabía que no estabas loca. Puede que simplemente confiara en ti, o puede que esa magia en la que ni tú ni yo creemos exista realmente, y a veces conecte las mentes de la gente sin que se den cuenta...

—O los corazones —añadió Lidwine con timidez, y alzó los ojos, que había bajado, para encontrarse con las oscuras pupilas de Ruben clavadas en



las suyas.

—Vamos a dar una vuelta —dijo él de pronto, levantándose.

Pagaron la cuenta y salieron al paseo que bordeaba el río, donde por suerte soplaba una suave brisa. Lidwine contempló la corriente del Sena fluir sin descanso, a veces más rápida, a veces más calmada, llena de pequeños obstáculos, como la vida misma: puentes, barcos, objetos arrojados en su fondo...

Comenzaron a cruzar uno de los puentes y ella se detuvo para apoyarse en el borde, admirando la belleza de la tarde. París... Su ciudad natal, donde todo había comenzado hacía más de tres siglos, y donde todo había terminado. Aquella ciudad tenía algo mágico, algo que siempre la había atraído.

No se lamentaba de saber que no volvería a Lyon. Ahora pertenecía a París. Su vida estaba allí: sus nuevos amigos, sus estudios, sus ambiciones, sus sueños... Incluso el espíritu de su madre parecía rodearla con su magia. Ahora sabía que ella siempre la había querido, y que nunca había descuidado su atención como le habían hecho creer. Delphine siempre estuvo ahí para ella, aunque fuera a distancia, y en su corazón Lidwine jamás le guardaría rencor, pues fue una víctima más de la trágica maldición que parecía rodear al espejo.

—¿Cómo te va con tu grupo? —preguntó al fin, girándose hacia Ruben, que estaba muy callado.

Él sonrió y su rostro se iluminó.

—¡Genial! Hemos conseguido fichar por una discográfica bastante modesta. Nos van a hacer un contrato.

—¿Cómo no me dijiste nada? —chilló la chica, echándosele encima para darle un abrazo—. Dios mío, ¡es maravilloso!

—Sí, yo todavía no me lo creo —reconoció él. Sus ojos castaños relucieron llenos de alegría y Lidwine se dio cuenta de lo mucho que Ruben le importaba—. Estoy viviendo un sueño... Es lo que siempre había querido, y ahora de golpe me entra el acojone —Se echó a reír con su habitual desparpajo y le clavó en broma un dedo en las costillas—. Espero que me vengas a ver cuando actuemos.

—¿Bromeas? —exclamó Lidwine, mirándole con los ojos muy abiertos—. ¡No pienso perderme ni una sola actuación!

—Bien, pero esta vez no me tires una cerveza encima justo antes, por favor, ni vengas acompañada de un novio pijo y repelente —bromeó él.

—Por favor —Ella puso los ojos en blanco—. Ya he tenido suficiente con esa clase de nenes de papá. Se han acabado para siempre.

—Oh, ¿eso significa que tengo una oportunidad? —preguntó Ruben medio en serio medio en broma, con la voz llena de una ilusión burlona y exagerada.

—Puede ser —aventuró misteriosamente Lidwine, riendo.

—En realidad, teniendo en cuenta tu último fracaso sentimental, creo que debería ser yo quien te eligiera los novios —manifestó él con aire pomposo—. Seguro que tengo mejor gusto que tú, que eres experta en encontrar lo mejorcito que hay: niños relamidos, cabrones como hay pocos, y encima, psicópatas.

—Puede que tengas razón —admitió Lidwine, jugueteando tímidamente con los rizos del chico y encogiéndose de hombros. Preguntó con falsa inocencia—: ¿Tienes a alguien en mente ahora mismo?

—Hum... puede ser —musitó Ruben, enlazándola por la cintura para acercarla a su cuerpo—. Puede ser —repitió, y la tomó por la barbilla para fundir sus labios en un larguísimo y apasionado beso.

---

<sup>[1]</sup> En francés, la palabra «huérfana» tiene nueve letras (*orpheline*).

<sup>[2]</sup> *École Nationale Supérieur des Beaux Arts*.

<sup>[3]</sup> *Unité de valeur*, el equivalente francés a los créditos de las universidades españolas.